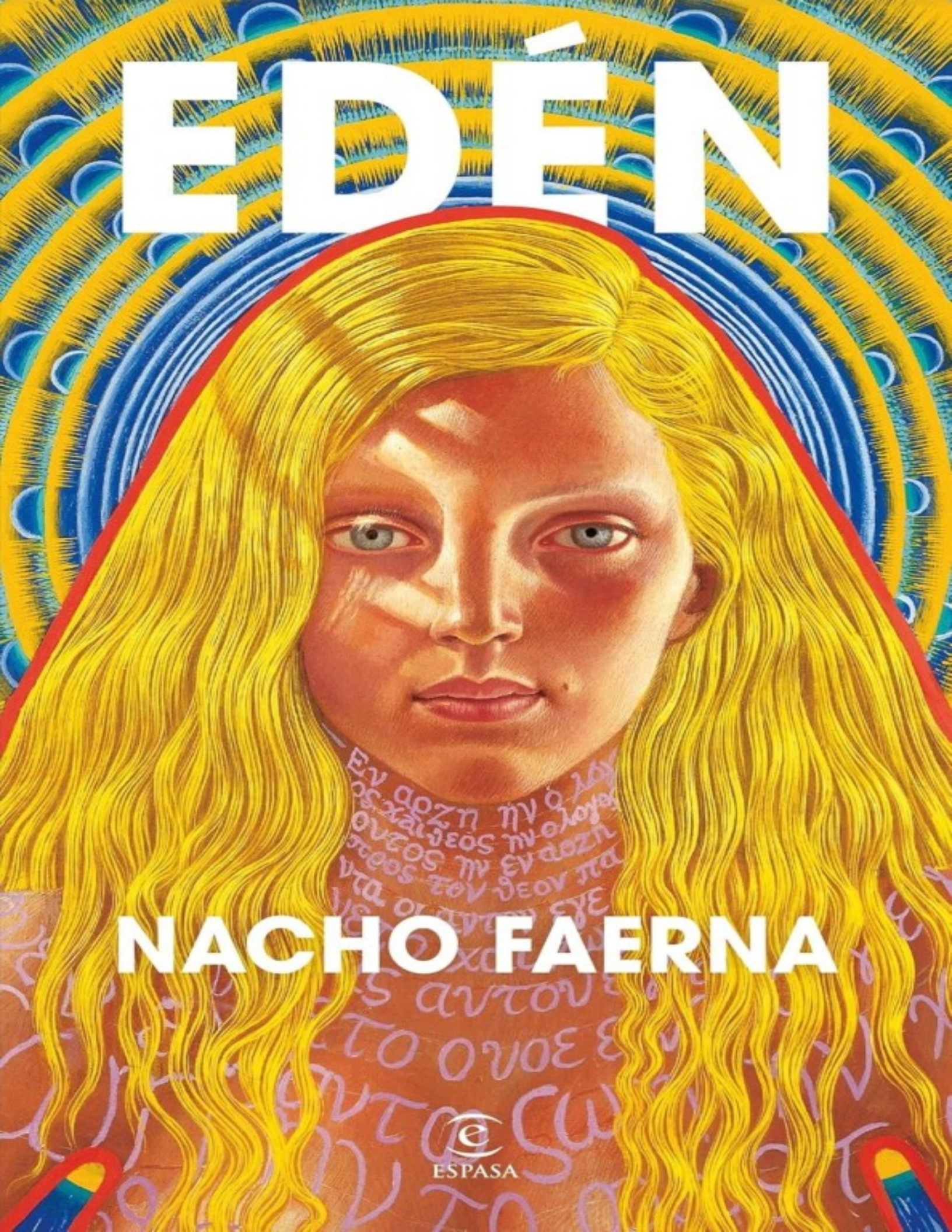
EDÉN



NACHO FAERNA

ESPASA

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Primera parte. Revolución

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12

Segunda parte. Perdidos en el espacio

1

2
3
4
5
6
7
8
9
10

Tercera parte. La Zona Prohibida

1
2
3
4
5
6
7
8
9

Créditos

EDÉN

NACHO FAERNA



Para Chon, por Maru. Y viceversa.

—¡Jóvenes! —dijo McDonald con desprecio—. Siempre pensáis que hay algo que descubrir.
—Así es, señor —dijo Andrews.
—Pues bien, no hay nada —dijo McDonald.

JOHN WILLIAMS, *Butcher's Crossing*

—¿Cree que es posible que la cámara mienta?
—Por supuesto. Es lo que hace casi siempre.

Entrevista a WALKER EVANS

Ibiza está hecha a la medida humana. Tiene las dimensiones necesarias —contorno, relieve y altura— para que los ojos del hombre se posen en ella sin fatigarse demasiado.

Guía turística de 1968

PRIMERA PARTE
REVOLUCIÓN

1

Carmel Highlands, California
Enero de 2001

Hoy he recibido en casa la fotografía que yo nunca llegué a hacer, pero que otro hizo en mi lugar sin mi conocimiento ni participación; una imagen que pensaba que solo existía en mi cabeza, de cuya materialidad no tenía ninguna noticia hasta que me topé con ella en la exposición. Es la recreación minuciosa de un recuerdo personal, una puesta en escena, no la instantánea del momento real que viví. Un retrato de cuerpo entero de Eva en la casa de Las Salinas, posando desnuda junto a la ventana y frente a la cama en la que yo estaba tumbado. Reproduce con perturbadora exactitud lo que vi una mañana de principios de junio de hace treinta y tres años, pero aquel día en ese cuarto solo estábamos Eva y yo, y no había ninguna cámara.

La foto sigue en el embalaje de madera en el que la ha enviado la galería de arte de Ibiza, con los adhesivos que advierten de su fragilidad, tan elocuentes, bien visibles. De momento desconozco las circunstancias que llevaron a Eva a replicar un pedazo de nuestra intimidad en colaboración con un tercero, por cercano que este fuera. El fotógrafo hace muchos años que está muerto y a ella hace décadas que le perdí el rastro, de modo que no he podido preguntárselo a ninguno de los dos. Sin embargo, no fue la intriga ni

el hecho de sentirme engañado o expuesto lo que provocó el episodio —así lo acaba de llamar la terapeuta— que sufrí el mes pasado en la galería al descubrir la foto. Esa visión ha invocado un sinfín de otras imágenes que se agolpan desde entonces en mi cabeza y reclaman atención, martilleándome. La terapeuta cree que debo ordenarlas y trasladarlas al papel, como en uno de esos ejercicios que hacemos a menudo en la consulta y que consisten en transcribir los pensamientos que me provocan ansiedad o angustia para así objetivarlos y corregirlos después.

«Cuéntalo como si le hubiera pasado a otro», dice. Sugiere que empiece por la foto. Se la he descrito pormenorizadamente, asombrado de la fidelidad con la que todo lo que recoge el encuadre se corresponde con la realidad de aquella mañana. Me anima a que haga eso mismo con palabras: reelaborar la historia alrededor de esa foto con la máxima precisión de la que sea capaz. Le comento que he olvidado infinidad de detalles, que hay cosas que no sé si pasaron antes o después, que cómo voy a transcribir conversaciones que tuvieron lugar hace tantos años, palabras que dije o me dijeron cuando no prestaba especial atención, estaba drogado o pensando en otra cosa, frases de cuya trascendencia no podía tener ninguna pista cuando fueron pronunciadas.

Responde que todo eso da igual, que cuente lo que yo crea que pasó, lo que recuerde que sentí mientras pasaba y lo que siento ahora al hacer memoria. Se detiene en esa expresión: «hacer memoria». Asegura que de eso se trata precisamente: de hacerla, de fabricarla, porque la memoria no existe hasta que no le damos forma. Lo de menos es quién hizo el retrato y por qué, afirma. Me pregunta si no me he encontrado alguna vez con una vieja foto que ni siquiera recordara que me hubieran tomado y si no me ha sorprendido ver la ropa que llevaba puesta, cómo iba peinado, lo

delgado o gordo que estaba, qué feas eran esas gafas que entonces me parecían tan modernas. La memoria nos traiciona, no porque nos mienta, me explica, sino porque nos delata. Cuando eres joven, continúa, son las fotos que te hicieron de niño las que te producen esa impresión, porque uno no adquiere verdadera conciencia de sí mismo hasta que es adolescente, hasta que empieza a mirarse en los espejos o a huir de ellos. Así que ese era yo, se dice uno cuando rescata del fondo de un cajón un álbum familiar con fotos de su infancia. ¿Te reconocerías si no hubiera alguien, tal vez tus padres, que te señale e identifique, que confirme que ese niño es la misma persona que ahora hojea el álbum y cuyo carácter descubres cuando ellos te explican lo simpático o terco o llorón que eras? Necesitas su testimonio para estar seguro, para interpretar correctamente lo que a ti no te puede constar con la misma claridad con la que quienes ya eran adultos lo recuerdan.

Luego, a medida que envejeces —no que cumples años, que no es lo mismo, recalca la terapeuta—, cuando has llegado, como es tu caso, me dice, a la cincuentena y sabes a ciencia cierta que te queda menos tiempo por delante del que ya has vivido —que en eso y no necesariamente en marchitarse consiste envejecer—, entonces esa sensación de extrañeza ante tu propia imagen se produce al contemplar fotos de cuando ya tenías, o creías tener, plena conciencia de quién eras. Si quien aparece en la foto no eres tú, sino alguien que ya no forma parte de tu vida —Eva, en este caso—, la incomodidad puede ser aún mayor. La cámara ha congelado un instante de felicidad irrecuperable que adquiere un sentido distinto ahora que sabes que no duraría, que no duró, eternamente. Hacer memoria es recopilar todas las fotos, las reales y las que nunca llegamos a hacer ni nos hicieron; completar el álbum y explicar mientras lo hojeamos cómo éramos, igual que nuestros padres con

nuestros retratos de infancia, contándolo, repite, como si le hubiera pasado a otro. Porque, de hecho, enfatiza, le sucedió a otro.

Al llegar a casa me he sentado delante del ordenador para intentarlo. En una esquina, aún embalada, y por tanto oculta a la vista, está la foto. Supongo que tardaré algún tiempo en sacarla a la luz. Busco una manera de transportarme a aquel instante que no implique volver a enfrentarme a ella. El agua del mar, la del Pacífico que ruge ahora mismo al otro lado de la ventana de mi estudio, y la del Mediterráneo que hace más de treinta años rompía mansamente a pocos metros de la casa de Las Salinas, es siempre la misma. Todo lo demás es diferente.

El cursor de la pantalla del portátil parpadea en la página en blanco. No sé por dónde empezar. Me doy cuenta de que no acabo de entender qué quería decir con exactitud la terapeuta cuando me ha recomendado que lo contase como si le hubiera pasado a otro. ¿Acaso debo inventarme un personaje, alguien sospechosamente parecido a mí, pero que tenga otro nombre, otra profesión, que sea más alto, que tenga menos pelo, como si llevara un disfraz? ¿Se refería a que la narración tendría que ser en tercera persona? Y una duda que ahora me asalta y que, de repente, me parece mucho más importante: ¿a quién se supone que se lo cuento? ¿A ella? ¿O a un extraño que, por tanto, desconoce todo de mí?

2

Barcelona
Mayo de 1968

Una por una, las niñas posaban con sus vestidos de organdí, la sonrisa impuesta en el que sería —eso les habían dicho— el día más feliz de sus vidas. Las manos, enfundadas en guantes de tul color marfil, juntas por las palmas sujetando el rosario en actitud orante. La mirada fija en «el pajarito» que habían de imaginar en la mano izquierda de Toni, el fotógrafo, que sostenía con la derecha el disparador de la Rolleiflex. Toni había elegido para la sesión un rincón bañado por la luz natural que filtraban las ojivas del aula. Solo necesitó un par de focos para iluminar el telón pintado, que representaba la pérgola de una rosaleda, y frente al que, por turno, se colocaban las comulgantes.

—Sube un poco las manos —dije—, y no las pegues a la barbilla. No me mires a mí, a la cámara. Y sonríe un poco. Así, muy bien.

En eso consistía mi trabajo: en guiar como un director de orquesta el posado de las niñas en el improvisado estudio. Yo les daba las instrucciones y, sin necesidad de mirarnos, en una coreografía repetida mil veces, esbozaba con la mano un gesto de aprobación a Toni y él apretaba el disparador. La que se enfrentaba ahora al objetivo de la cámara tenía el pelo rubio, los ojos verdes y las mejillas sonrosadas. El sol se abrió paso entre dos nubes y sus rayos

hicieron resplandecer los rizos de la niña bajo la blancura de la mantilla, contribuyendo a crear una imagen beatífica capaz de encandilar a la teresiana que supervisaba la sesión.

—Un ángel —la oí murmurar a mi espalda.

Hice el gesto y Toni disparó.

—La siguiente —dije alzando la voz.

En el pasillo, otra religiosa hizo pasar a una nueva niña al aula y cantó su nombre y apellidos. Puse una marca junto al nombre en la lista que sostenía en la mano y me consolé pensando que solo quedaban media docena de retratos y una misa para terminar la jornada. Odiaba trabajar en domingo.

La furgoneta Dos Caballos de color gris estaba aparcada en la puerta del colegio de las teresianas, frente a la fachada de ladrillo rojo del edificio diseñado por Gaudí. En el lateral de la carrocería podía leerse «Estudio Fotográfico Carreras» en una rotulación que convertía la floritura de la «ce» mayúscula de mi apellido en una cinta de celuloide que envolvía y enmarcaba todo el letrero.

Toni cargaba en la furgoneta el equipo, los trípodes y los focos mientras yo me despedía de la superiora, que me daba recuerdos para don Alberto, mi padre, y me contaba por enésima vez que llevaban más de dos décadas encargando las fotos de la primera comunión a nuestro estudio y que, Dios mediante, así lo harían también el año próximo.

—Yo también lo espero...

Nunca sabía si debía dirigirme a las monjas llamándoles madres o hermanas, así que le estreché la mano con torpeza, sin llegar a terminar la frase.

Toni se quitó la americana —que le quedaba grande y era de una lana demasiado gruesa para el caluroso mayo barcelonés—, se la colgó doblada del brazo y encendió un cigarrillo apoyado en la furgoneta. Me acerqué mirándolo con teatral desaprobación.

—No he querido mencionarlo delante de las monjas, pero te he dicho mil veces que no vengas a trabajar en tejanos.

Por si no quedaba claro el reproche, señalé con un movimiento descendente de la mano mi atuendo: traje azul marino, camisa blanca limpia de arrugas y corbata granate. Cogí el paquete de Bisonte, que Toni aún no había guardado en el bolsillo, y me encendí también un cigarrillo.

—Hombre, Daniel, que le he pedido prestada la americana a mi primo —dijo él en su descargo.

—La americana está bien, pero con pantalón de vestir. Y corbata.

Toni, cuatro años menor que yo —ninguno de los dos habíamos cumplido aún los veinticinco—, llevaba un pañuelo anudado al cuello que le confería un aire bohemio rematado por las patillas y, sobre todo, por el largo flequillo que se apartaba inútilmente de los ojos cada dos por tres con la mano. Este problema yo no lo tenía porque me peinaba con fijador. Le devolví el paquete de tabaco y me subí al asiento del copiloto. Toni se puso al volante y arrancó la furgoneta.

—Pareces don Alberto —dijo.

Muchas veces, hablando entre nosotros, nos referíamos a mi padre de esa forma, que era como le llamaba todo el mundo.

—Es que la bronca me la gano luego yo —repliqué.

El Dos Caballos se incorporó al tráfico de la calle Ganduxer y giró por Alicante.

—Te dejo en casa, ¿no?

Negué con la cabeza.

—Te acompaño a la tienda. Tengo que recoger unos papeles.

—¿El fin de semana que viene hay alguna otra comunión?

—La de hoy era la última de la temporada —respondí.

Bajé la ventanilla para expulsar fuera el humo del Bisonte.

—Gracias a Dios —dijo Toni.

Él también odiaba trabajar en domingo.

La tienda estaba en la calle Lauria, entre Caspe y Gran Vía, a un paso de la plaza de Urquinaona. El cartel de «Estudio Carreras» figuraba encima de la puerta del local desde que mi abuelo fundara el negocio en los años treinta. A través del cierre metálico, que estaba echado, se veían en el escaparate algunas cámaras y una selección de marcos con distintas fotos entre las que destacaba una de la actriz Mónica Randall, firmada y con la dedicatoria: «Para mis amigos de la familia Carreras, un cariñoso abrazo». Cuando yo era niño, los Julià —apellido real de la Randall, que tampoco se llamaba Mónica, sino Aurora— eran nuestros vecinos. Aurorita —así le decían en casa— me sacaba un par de años y siempre estuve enamorado de ella en secreto. Las primeras fotos para buscar trabajo de modelo se las hizo en nuestro estudio y, cuando triunfó como actriz, primero en el teatro y luego en el cine, convencí a mi padre de que la imagen de la artista sería una buena publicidad para el negocio.

Mientras Toni colocaba en el cuarto oscuro el equipo y los negativos de la sesión en las teresianas, yo me puse a buscar unas facturas en los cajones de detrás del mostrador. El viernes terminaba el mes y mi padre quería actualizar los libros de cuentas. Desde que había muerto su Conchita, mi madre, hacía ocho años, don Alberto se había ido apartando de forma paulatina del día a día del negocio para dejarlo finalmente en mis manos. Ahora se limitaba a supervisar los números desde casa, sin apenas pisar la tienda. El padre de Toni —Antonio con todas las letras— había sido el fotógrafo del estudio desde los tiempos de mi abuelo. Toni aprendió el oficio a

su lado y había heredado el puesto con solo diecinueve años, tras la jubilación de Antonio el verano anterior. De este modo, en menos de una década se había producido un relevo generacional completo en el Estudio Carreras. Don Alberto y Antonio nunca se habían tuteado. Mi padre le llamaba por su nombre de pila, pero le trataba de usted; sin duda también porque Antonio era mayor que él. No creo que jamás hubieran mantenido ninguna conversación que no fuera profesional, más allá de preocuparse por la salud de las respectivas familias, comentar los resultados del Barça o hablar del tiempo. Toni y yo no éramos exactamente amigos, pero nos conocíamos desde niños y nuestra relación era cordial y el trato informal, como correspondía a los nuevos tiempos.

La bombilla roja en el dintel del cuarto oscuro estaba apagada, de modo que entré directamente, sin llamar.

—¿Qué fotos son esas?

Toni se sobresaltó e intentó apartar de mi vista las dos copias en papel que hasta hacía un segundo colgaban de unas pinzas y se secaban en el cordel.

—Nada —contestó Toni.

Demasiado tarde. No pudo evitar que yo las cogiera y las mirase.

—Ayer estuve en Sitges —confesó, quitándole toda la importancia a lo que eso pudiera implicar.

En la primera foto se veía a dos chicas tomando el sol en bikini, apoyadas en una barca de pescadores varada en la orilla del mar. La otra era un retrato a contraluz de la más guapa de las dos, con el pelo oscuro recogido en dos coletas.

—¿Ayer? ¿Y cuándo las has revelado?

—Anoche.

—Un día te va a pillar mi padre.

Le devolví las fotos, cansado de reprenderle.

—Y ese día —continué— no vengas a pedirme que interceda por ti. Espero que no te llevaras la furgoneta.

No hizo falta que Toni dijera nada.

—Hosti, Toni...

—Si el viejo no se entera. Siempre lleno el depósito.

—Hasta que se entere. Vámonos, anda, que, si no estoy sentado en la mesa a las dos en punto, don Alberto empieza a comer sin mí y se cabrea.

Toni metió las fotos en una carpetilla y me siguió hacia la puerta que comunicaba el estudio con el interior del portal. Antes de abrirla, apagué el interruptor general.

—Francesas. Están estudiando aquí —dijo Toni mientras buscaba las llaves en el bolsillo del pantalón—. Me dieron su teléfono. He quedado con ellas esta noche. Te apuntas, ¿no?

Cerré la puerta y Toni echó la llave y el cerrojo.

—A mí no me líes.

—Que yo no puedo con las dos, Daniel.

La luz del sol inundó el portal. Salí a la calle sin esperar a Toni.

—Mañana madrugo. Y tú también.

Los canelones ya estaban en el centro de la mesa cuando entré en el comedor. Agustina los acababa de traer de la cocina y mi padre estaba sentado leyendo *La Vanguardia*. Miró de reojo el reloj de pared. Faltaba un minuto para las dos.

—Ya era hora —dijo, al tiempo que dejaba el periódico a un lado —. Muchas gracias, Agustina. Ya nos servimos nosotros.

La cocinera me sonrió antes de salir y dejarnos solos. En cuanto me senté, mi padre juntó las manos, bendijo con voz inaudible la mesa, se santiguó y alcanzó la fuente con la ensalada. Se sirvió y luego me la pasó.

—¿Qué dice el periódico? —pregunté, para entablar conversación.

—A De Gaulle le está temblando el pulso y se le están subiendo a las barbas.

—Llevan ya un mes de protestas.

Mi padre había engordado mucho desde la muerte de mi madre. Sin Conchita a su lado para controlarle las comidas y sacarlo a caminar todas las tardes por el paseo de San Juan, a don Alberto le habían crecido muy visiblemente la papada y la barriga. El deterioro físico era evidente, pero sobre todo se le había agriado mucho el carácter y tomaba pastillas para todo: para la hipertensión, para la acidez, para dormir, para el dolor de cabeza... Se irritaba con sorprendente facilidad, como en ese momento.

—¿Protestas? Esos energúmenos han incendiado la Bolsa de París, han volcado coches y montado barricadas. ¡Eso no es protestar! Son delincuentes, y los delincuentes donde tienen que estar es en la cárcel.

Paró un momento para beber un poco de agua.

—Pero hablemos de otra cosa, que se me llevan los demonios. ¿Qué tal hoy?

—¿La comunión? Bien. La monja me ha dado recuerdos para ti.

—No son monjas. Las teresianas son religiosas, pero no viven recluidas en un convento —dijo, todavía iracundo.

—¿Y cómo hay que llamarlas? ¿Madres? ¿Hermanas?

—Yo las llamo hermanas. Madre no hay más que una —señaló la botella de vino—. Sírveme un poco.

Llené las dos copas. Nos quedamos callados durante varios segundos.

—La sesión ha ido muy bien. Toni ha escogido un sitio distinto al de años anteriores donde la luz era espectacular.

—¿Y se ha dignado a ponerse una corbata?

Para ganar algo de tiempo, di un sorbo al vino antes de contestar.

—No, pero pidió prestada una americana. Es un avance.

—Ya podía aprender de su padre. Antonio iba siempre con traje y corbata mientras trabajaba. Siempre. Con más motivo en una primera comunión.

Volvió a encolerizarse.

—Ese gandul no respeta nada. Mañana me va a oír.

—Deja que me ocupe yo —intenté tranquilizarle.

El resto de la comida transcurrió en silencio. Mi padre dio buena cuenta de dos raciones de canelones con media barra de pan, tres copas de vino, y no perdonó su postre favorito, las natillas que hacía Agustina. Después del café *perfumat* —dos dedos de anís—, se levantó de la mesa y se fue a su cuarto a dormir la siesta. Yo empecé a recoger los platos, pero apareció Agustina y, como siempre, se negó a que la ayudara.

—Tú siéntate un rato a leer el periódico, que entre la tienda y las comuniones llevas un mes sin parar de trabajar ni un solo día.

Hice caso a Agustina y me senté en el sofá del salón con *La Vanguardia*. Fui directo a la crónica que informaba de lo que estaba sucediendo en París. Los estudiantes llevaban en pie de guerra desde principios de mayo. El día 10, los disturbios en el Barrio Latino habían acabado con cientos de heridos y la ciudad amaneció con carros blindados en la calle para restablecer el orden. Tres días más tarde, los sindicatos convocaron una huelga general que tenía paralizado el país y los estudiantes ocuparon la Universidad de la Sorbona. Desde entonces, las negociaciones del gobierno con los sindicatos no habían dado ningún fruto. El panorama que describía Tristán La Rosa, el corresponsal del periódico destacado en París, era muy preocupante.

Estudiantes y trabajadores iban armados con barras de hierro, cadenas de bicicletas y garrotes. Las tapaderas de los cubos de la basura servían de escudo. Algunos se protegían con improvisadas caretas antigás. La barricada levantada en el bulevar Saint-Germain, entre la plaza del Odéon y el bulevar Saint-Michel, fue construida en poco más de media hora. Había en ella varios coches y un gran árbol.

Las barricadas de esta noche pasada eran más sólidas que las de las precedentes. Y más altas, en general. Los árboles fueron utilizados con profusión, lo mismo que rejas, puertas, ventanas, farolas y postes de señalización.

Muchas cañerías fueron reventadas y ardieron grandes montones de basura. Cerca de la plaza del Odéon, las llamas alcanzaron considerable altura. El fuego prendió en una casa. Toda la noche estuvieron sonando las sirenas de los bomberos.

Hubo un intenso despliegue de bombas lacrimógenas, cuyos estallidos aumentaban el dramatismo de la escena.

La calzada del bulevar Saint-Germain estaba acordonada por una doble fila de jóvenes cogidos de las manos; de esa manera se mantenía libre la circulación de ambulancias y coches de socorro.

Me llamó la atención ese último párrafo: la descripción del cordón de jóvenes con las manos entrelazadas facilitando el tránsito de las ambulancias. Había detectado en las crónicas de La Rosa cierta simpatía hacia los manifestantes; sobre todo, a partir de los cruentos enfrentamientos con la policía del día 10. Pero me impresionó aún más leer, a continuación, un comentario del corresponsal que, sin duda, había provocado la indignación de don Alberto y que me sorprendió encontrar en las páginas de su periódico de cabecera.

Los estudiantes y trabajadores que luchaban en las barricadas no solo no me molestaron en el cumplimiento de mi deber, sino que, en una ocasión, me ayudaron a salir de una situación difícil, y en otra me aliviaron del efecto de los gases.

El modo en que La Rosa cerraba la información alertaba de una posible deriva de los sucesos nada tranquilizadora.

> Temen algunos dirigentes comunistas que los trabajadores avanzados tomen la iniciativa de los acontecimientos y se rebelen contra el quietismo dictado por el partido. La dirección de la clase obrera podría, en tal caso, cambiar de manos.
>
> Se tiene la impresión de que el Partido Comunista es, en realidad, el dueño de la situación. Puede romper las negociaciones. Puede dejar a París sin fluido eléctrico. Puede acudir masivamente en ayuda de los estudiantes.
>
> No puede, sin embargo, olvidar que en las afueras de París hay importantes contingentes del Ejército.

Acababa de leer la última frase de la crónica, cuando el grito ahogado de Agustina y el ruido de cristales rotos me arrancaron de las barricadas en los bulevares de París. Solté el periódico y corrí por el pasillo hacia el dormitorio de mi padre. Agustina estaba parada en la puerta. Con una mano se apoyaba en el quicio y con la otra se tapaba la boca. A sus pies, un vaso hecho añicos y agua derramada en las baldosas del suelo. Me asomé al dormitorio. Mi padre yacía atravesado en la cama, los brazos en cruz y en mangas de camisa. La prominente barriga, inmóvil como la cúpula de una iglesia, no dejaba lugar a dudas. Me acerqué con cautela y comprobé que no respiraba. Le cogí la mano y no sentí el pulso en la muñeca.

—Llama al doctor Padrós, Agustina. Que venga enseguida.

La cocinera asintió y salió corriendo hacia el teléfono del pasillo. Delante del cuerpo inerte de mi padre, y mientras oía a Agustina hablar entre sollozos con el médico de la familia, pensé en qué pasos debía dar a continuación. No sentí nada especial, solo responsabilidad. Creo que don Alberto habría estado orgulloso de que esa fuera mi reacción en ese momento; que me centrara en los aspectos prácticos en lugar de dejarme llevar por la emoción.

Reaccioné como él lo habría hecho en mi lugar. Lo primero era lo que acababa de encargarle a Agustina, llamar al doctor, no para que lo atendiera, sino para que certificara la defunción. También tenía que avisar al párroco. Eso sería lo siguiente. Pero había otra cosa que tenía que hacer inmediatamente después y que no sabía cómo abordar. Debía comunicárselo a mi hermana. Su rostro fue lo primero que se me vino de golpe a la cabeza en el mismo instante en el que comprendí que mi padre acababa de morir. Me di cuenta de que hacía semanas que no pensaba en ella, y eso me extrañó. Demasiado trabajo últimamente.

Ahora tenía que encontrar a Laia.

3

A don Alberto, que siempre estuvo muy orgulloso de su título de perito mercantil, le habría agradado saber que la primera corona de flores que llegó a casa fue la de la asociación de antiguos alumnos de la vieja Escuela Superior de Comercio de la calle Balmes. Allí mi padre, entre otras muchas cosas, había aprendido a hacer la esmerada caligrafía que empleaba para los asientos contables de los libros del estudio de fotografía y para las etiquetas con los precios de los productos expuestos en el escaparate y las vitrinas de la tienda. También era de su puño y letra el cartel de «Cerrado por defunción» que yo había puesto en la entrada y que escribió cuando falleció mi madre. Desde entonces, había estado guardado en un cajón.

—Al final, don Alberto ha conseguido que te pongas corbata.

Toni llevaba la misma americana prestada del domingo, pero en lugar del pañuelo al cuello se había puesto, efectivamente, una corbata negra.

—Me ha obligado mi padre.

Estábamos los dos solos en la tienda cerrada. Yo, vestido con un terno gris oscuro y una corbata también de luto, recortaba la esquela de mi padre en la sección de necrológicas de *La Vanguardia*. Como los lunes no salía edición, había aparecido en el periódico de esa mañana. El texto me lo sugirió el redactor con el que hablé por teléfono. Cuando terminé de recortarla, se la di a Toni, que la esperaba jugando con un rollo de papel celo.

—Pégala donde se vea bien —le dije.

Toni la colocó en la puerta por dentro del cristal, a un lado del gancho con ventosa del que colgaba el «Cerrado por defunción». Luego, bajó el estor de algodón que ocultaba el interior de la tienda desde la calle.

> **† Don Alberto Carreras Domènech**
>
> Ha fallecido cristianamente a los 56 años de edad (E. P. D.) el día 26 del corriente. Sus afligidos hijos, Daniel y Eulalia, la razón social Estudio Fotográfico Carreras, y amigos ruegan tenerle presente en sus oraciones y se sirvan asistir al acto del entierro que tendrá lugar hoy día 28 a las 11 en la iglesia parroquial de la Purísima Concepción (calle Aragón, 299), donde se ofrecerá una misa exequial para el descanso de su alma. Seguidamente, el cadáver será trasladado al cementerio de Las Corts.
>
> No se invita particularmente.

—¿Crees que Laia verá la esquela en el periódico? —preguntó Toni.

Negué con la cabeza. No confiaba en que Laia leyera la prensa, menos aún el diario que siempre vio en casa desde niña. Mi única esperanza era que alguien a su alrededor sí lo hiciera.

Le robé a Toni un Bisonte y lo encendí.

—¿No habéis vuelto a tener noticias suyas desde que se marchó?

—No —mentí.

—O sea, que no tienes ni idea de dónde puede estar.

—No —mentí de nuevo.

Mi hermana pequeña se había ido de casa dos años antes. No se escapó, porque se despidió de mí y de mi padre desde la puerta del comedor; llevaba el pelo recogido en una larga trenza, cargaba la mochila ya al hombro, vestía con un poncho y calzaba sandalias. Me recordó a Natalie Wood en *Centauros del desierto*. En contra de lo

que habría sido previsible, dados los antecedentes y las circunstancias, la escena no se vio acompañada de gritos, de reproches ni de lágrimas. Don Alberto ni la miró, no apartó los ojos del plato de sopa vacío que tenía delante, y solo abrió la boca para ordenarme, pero sin levantar la voz, que no me moviera de la mesa y dejara que se fuese, que «perderla de vista» era lo mejor para todos. Laia dijo adiós con la mano, un gesto infantil que me pareció fuera de lugar, y se marchó cerrando con cuidado la puerta de la casa, sin hacer ruido. Todo fue tan poco dramático que pensé que regresaría al día siguiente y que haríamos como si la discusión de la noche anterior —esa sí llena de gritos, reproches y lágrimas— nunca hubiera sucedido. Por eso, también obedecí a mi padre y no traté de convencer a Laia de que soltara la mochila y se sentara a cenar con nosotros, porque me resistía a creer que aquello no fuera simplemente otra bronca más entre ellos dos, una de tantas desde que muriera nuestra madre. Porque me resultaba inverosímil que Natalie Wood se fuera a vivir con los comanches y no volviéramos a verla otra vez.

El sueño de mi madre siempre había sido tener una hija. Cuando nací yo, toda la ropa que Conchita había preparado para el recién nacido era rosa, así que fue de ese color el faldón de cristianar con el que me bautizaron. Mi madre tardó dos años en volver a quedarse embarazada y entonces sí que sus deseos se hicieron realidad. La llegada de la pequeña Eulalia —Laia para la familia desde el primer día— inundó de felicidad nuestra casa. La niña heredó el pelo negro, el sentido del humor y el buen carácter de nuestra madre, y dulcificó el de nuestro padre. Don Alberto, tan huraño siempre en el trato, adoraba incondicionalmente a su esposa, la única persona en el mundo capaz de hacerle sonreír. Conchita era su debilidad, y Laia se convirtió en cómplice de mi madre en esa tarea de domesticar y

apearle el don al *pater familias*. A mí me correspondió el papel de hermano mayor y protector, que asumí de mil amores. Laia creció prodigando y cosechando sonrisas, rodeada de alegría, llenando álbumes con las fotos que le hacía Antonio por encargo de mi padre. Cualquier ocasión era una buena excusa para organizar una sesión en el estudio o fuera de él: cumpleaños, Navidades, el 12 de febrero —día de Santa Eulalia—, excursiones a la playa... En mis tres primeros años de vida, las únicas fotos que me hicieron fueron las de mi bautizo. A partir del nacimiento de Laia, pasé a un segundo plano y solo aparecía como actor de reparto junto a la estrella principal. Muchas de esas fotos de nuestra idílica infancia, enmarcadas en plata y alpaca, adornaron la cómoda del salón hasta el día en que Laia se fue para no regresar. Mi padre las retiró todas esa misma noche.

La armonía había durado poco más de una década, hasta que a mi madre le diagnosticaron un cáncer, dos semanas después del duodécimo cumpleaños de Laia. Murió once meses más tarde, en abril de 1960. Había nacido cuarenta y cinco años antes en Carabaña, un pueblo de la vega del río Tajuña, a cincuenta kilómetros de Madrid, desde el que su familia se había trasladado a Barcelona cuando ella era una niña. El ánimo inquebrantable de mi madre mantuvo a la familia unida durante los meses de tratamiento y hospitalización. Ni los terribles dolores, ni la certeza de la inevitable muerte, pudieron borrarle la sonrisa a Conchita. Laia conservó la fe hasta el último momento, persuadida de que sus oraciones y promesas salvarían a nuestra madre. Iba a menudo con Agustina a la cripta de la catedral para rogarle a santa Eulalia en su sepulcro que obrara el milagro. Todas las noches, antes de acostarse, rezaba el rosario hasta quedarse dormida. «Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá», le había recitado el

cura en el confesionario ofreciéndole consuelo. Laia pidió, buscó, llamó y nada recibió ni halló ni se le abrió a cambio. Cumplió trece años, los mismos que tenía santa Eulalia cuando sufrió los tormentos del martirio y, por primera vez, Antonio no le hizo ninguna foto. Mi madre pasó los últimos quince días de su vida ingresada e inconsciente. Mi padre caligrafió el cartel de «Cerrado por defunción» que ahora volvía a colgar en la puerta del estudio y las risas se apagaron para siempre en el hogar de los Carreras.

—¿Qué piensas hacer? —me preguntó Toni.

—¿A qué te refieres?

—Con el negocio.

Cerré el periódico y guardé las tijeras en el cajón.

—No te entiendo. ¿Cómo que qué voy a hacer?

—¿Vas a contratar a alguien para que se encargue de lo que hacía tu padre, llevar la contabilidad? ¿Te vas a ocupar tú también de eso?

—No lo he pensado, la verdad. Ya veremos.

Sí lo había pensado, pero todavía no quería decirle a Toni que me planteaba traspasar el negocio. No me veía contratando a nadie ni llevando solo el estudio, aunque en la práctica hacía casi dos años que todo el peso recaía sobre mis espaldas. Tampoco quería seguir viviendo en el piso familiar, demasiado grande para una persona, demasiado lleno de buenos y de malos recuerdos, todos dolorosos.

Haberme quedado huérfano a los veinticuatro años me producía una profunda, pero excitante, tristeza. No sabía qué iba a ser de mi vida a partir de entonces; no quedaba nadie a quien rendirle cuentas, tampoco a quien pedírselas. Estaba descubriendo que podía sentirme solo, abandonado y, al mismo tiempo, expectante; incluso, ilusionado. Llevaba dos noches sin dormir, aunque no acusaba el cansancio. Permanecía anestesiado desde que el médico firmó el certificado de defunción de mi padre; como si, con su corazón, se

hubiera detenido también la rotación de la Tierra y todo estuviera en suspenso, sometido a una inercia indolora, como si flotara en el vacío.

—Hay que irse —dijo Toni, sacándome del ensimismamiento.

Tenía razón. En menos de una hora empezaba la misa; mejor nos poníamos en marcha. Apagué el cigarrillo. Salimos del estudio por el portal.

Una vez en la calle, al pasar por delante del escaparate, me fijé en la foto de la Randall, de mi querida Aurorita. Quizá ella sí que hubiera visto la necrológica en el periódico y acudiera al entierro. Y esa posibilidad bastó para aliviar mi ánimo.

Pero ni Laia ni Aurorita aparecieron en la iglesia. Sí lo hicieron los padres de la actriz, que me dijeron que estaba rodando una película en Madrid, que habían hablado con ella por teléfono y me mandaba un beso y su pésame. Don Alberto congregó en su despedida a muchísimos amigos, vecinos, clientes del estudio y comerciantes del barrio. Pasé más de media hora de pie en el cementerio agradeciendo sus condolencias, estrechando manos, recibiendo abrazos y palmadas en la espalda. Antonio y Rosa, los padres de Toni, me ofrecieron irme con ellos a comer a su casa, pero decliné la invitación. Agustina, que no había parado de llorar desde el domingo, me preparó un filete que comí sin ganas y luego me fui a mi cuarto a tumbarme un rato.

Cuando desperté, todo estaba oscuro a mi alrededor. Miré el reloj de la mesilla y vi que eran casi las dos de la madrugada. Había dormido diez horas seguidas, con la ropa puesta y sin cambiar de posición, como si hubiera sufrido un desmayo. No recordaba haber soñado; tenía la sensación de haber cerrado los ojos tan solo unos

segundos, y al volver a abrirlos estaba más cansado que antes de acostarme. Sin moverme de la cama, dirigí la mirada a la estantería que había encima del secreter. Allí, en cuatro largas baldas de madera sujetas a la pared por unos perfiles de hierro negro, convivían desde que yo era muy pequeño Sandokán, Long John Silver, el capitán Nemo, Guillermo Brown y los Proscritos, Ulises, Fantômas, Robinson Crusoe y Viernes, Aquiles, Holmes y Watson, Shanti Andía, Winnetou y Old Shatterhand, Peter Pan y Wendy, Auguste Dupin, Alicia, Tarzán... Más recientemente, se habían mudado junto a ellos Celia y todas las hermanas March. Eso en las tres baldas superiores, porque la inferior albergaba, en doble fila, las colecciones completas de *El Coyote*, *Dos hombres buenos* y *Los Bustamante*, novelas de bolsillo que el quiosquero de Urquinaona le guardaba celosamente a don Alberto en cuanto se publicaban. Mi padre aseguraba haber conocido de niño a Mallorquí, el autor de esas tres series del Oeste que no pasaban a mis manos hasta que él las hubiera devorado. Los ejemplares de *Mujercitas* y de *Celia en el mundo* tenían el nombre de Laia en las portadillas y estaban fechados el día de su primer cumpleaños, en 1948. La letra era de mi madre. Siempre me había parecido enternecedor que se los hubiera regalado cuando aún era un bebé y que los hubiera firmado en su lugar. Llegado el momento, se convirtieron en los libros favoritos de mi hermana. Mi padre vació el cuarto de Laia a los pocos días de su marcha y subió sus cosas al trastero. Yo había rescatado *Mujercitas* y *Celia en el mundo* y los había colocado en mi estantería.

Me levanté de la cama y cogí de la balda *La isla del tesoro*. Busqué un sobre que había guardado tiempo atrás entre sus páginas, pero no lo encontré. Extrañado, lo abrí en abanico, convencido de que era allí donde lo había puesto. Había

desaparecido. Hojeé también las dos novelas de mi hermana, por si en algún momento había decidido cambiarlo de sitio y lo hubiera olvidado. Tampoco estaba allí. Nadie tocaba mis libros; Agustina se limitaba a pasarle el plumero a los lomos. ¿Quizá mi padre había encontrado el sobre y no me había dicho nada? Si eso era lo que había ocurrido, muy probablemente lo habría tirado a la basura. Maldije a don Alberto, y debí de hacerlo en voz demasiado alta, porque segundos más tarde Agustina tocó en la puerta y me preguntó desde el pasillo si pasaba algo. Abrí y me la encontré vestida todavía con el traje de chaqueta negro con el que había ido al entierro. Yo también llevaba puesta la misma ropa, la camisa blanca y la corbata negra.

—¿Qué haces aún levantada, Agustina?

Tenía los ojos y la punta de la nariz enrojecidos.

—Estoy doblando y guardando en cajas la ropa de tu padre. Mañana vienen de la parroquia a recogerla. Es lo que me dijiste que querías que hiciera con ella, ¿no?

—Sí, pero no había prisa, mujer. No tenías que hacerlo ya mismo.

—Los malos tragos, cuanto antes mejor.

Rompió a llorar y la abracé.

Agustina tenía catorce años más que yo. Entró muy joven a trabajar en casa, al poco de nacer Laia. Siempre decíamos que era la cocinera, pero, en realidad, se había ocupado también de todas las demás tareas del hogar: ir a la compra, limpiar, lavar y planchar, cuidar de mi hermana y de mí, llevarnos y traernos del colegio. Nació y se crio en un pueblo de Huesca, en donde seguían viviendo sus padres.

—Anda, vete a la cama e intenta descansar —le dije.

Se sacó un pañuelo de la bocamanga y se sonó los mocos.

—Cuánta gente ha venido a la iglesia y luego al cementerio, ¿verdad?

—Mucha, Agustina.

—A tu padre lo apreciaba todo el mundo.

Reprimió un nuevo ataque de llanto, me dio un beso en la mejilla mientras me acariciaba la cara y se marchó hacia la alcoba de mis padres a seguir vaciando el armario. Entré en mi cuarto. Estaba aflojándome el nudo de la corbata cuando recordé lo que había traído a Agustina a mi puerta.

Yo maldiciendo en voz alta a don Alberto. El sobre perdido.

Me saqué la corbata por la cabeza sin terminar de deshacer el nudo y la tiré de cualquier manera encima del respaldo de la silla que había delante del secreter. Hacía años que mi padre solo leía *La Vanguardia* y las novelas del Oeste de Mallorquí. ¿Por qué se habría puesto a curiosear entre los libros de mi infancia? No le encontraba mucho sentido. Volví a sacar de la estantería el libro de Stevenson. Le quité la sobrecubierta y lo agité en el aire por si el sobre se hubiera quedado pegado a alguna página. Nada. Lo puse de nuevo en su sitio. Entonces, dudé.

¿Y si había enterrado mi tesoro en otra isla?

El nombre de Julio Verne se repetía en varios volúmenes de distintas editoriales. Encontré el que buscaba entre *Las tribulaciones de un chino en China* y *Miguel Strogoff*.

—*La isla misteriosa* —dije en voz baja.

Al abrir el libro, el sobre asomó enseguida entre dos de sus páginas, como el naipe de una baraja en un truco de magia. Mi nombre y la dirección del estudio de fotografía estaban escritos con letras de molde, pero en su día yo había reconocido a primera vista la caligrafía de Laia, que había mandado la carta a la tienda, porque sabía que era yo quien se ocupaba de abrir el correo. No llevaba

remite. Dentro, una postal del puerto de Ibiza con la catedral dominando la ciudad. Al dorso, unas pocas palabras que me sabía de memoria.

> *No le digas a papá dónde estoy, solo que soy feliz, que no se preocupe.*
> *Paz y Amor, germanet.*

Laia había dibujado al lado de su firma, con trazos infantiles —como su gesto de despedida con la mano—, unas margaritas y el símbolo *hippie* de la paz. Poco antes de marcharse de casa, empezó a llamarme siempre así, *germanet*, «hermanito» en catalán, de forma cariñosa, pero también irónica y, en ocasiones, maliciosa.

Guardé la postal en el sobre y la dejé sobre la mesilla. Terminé de desvestirme y me metí en la cama. Apagué la luz. No pretendía volver a dormir, sino más bien recuperar la rutina, esperar a que amaneciera para levantarme, darme una ducha, afeitarme, vestirme y desayunar como si fuera una mañana más y tuviera que ir a abrir el estudio. Si la vida continuaba, tal y como me habían recordado cientos de veces esas últimas horas, mejor empezar cuanto antes a fingir que era cierto. Otra expresión que había oído repetidamente desde el domingo era «no somos nadie». La primera vez, me provocó una sonrisa, me pareció una broma. ¿Quién podía creer que semejante condena metafísica fuera a proporcionar algún consuelo? Todos los que habían elegido esa fórmula para darme el pésame eran hombres, curiosamente. Las mujeres preferían trasladar mensajes de esperanza, del tipo «Ahora descansa en paz» o «Se ha reunido con tu madre», o variantes de la constatación de que, a pesar de todo, la vida seguía su curso.

Me sobresalté con el ruido de una de las baldosas del pasillo, que bailaba siempre que la pisaban. En una época no muy lejana, ese sonido en mitad de la noche anunciaba el momento en que Laia

abría la puerta sin llamar y se colaba descalza en mi cuarto. Aguanté la respiración unos segundos. Los pasos se alejaron.

Agustina habría decidido que ya era hora de irse también a la cama.

4

Las manchas en la calva de Puigvert, el notario, me recordaban a los cráteres y mares de la Luna. El hombre estaba sentado detrás de su escritorio en una silla con brazos y un respaldo muy alto, casi un trono. Fumaba un cigarrillo con una boquilla de baquelita blanca que mordisqueaba mientras estudiaba los papeles que tenía delante.

—¿Ni siquiera una dirección, no sé, un apartado de correos?

—La postal vino en un sobre, pero sin remite —respondí negando con la cabeza.

—¿Y hace cuánto que se fue?

—Dos años.

—Cuando se fue, su hermana no tenía aún veintiún años. Era menor. Sigue siéndolo hasta marzo del año que viene. ¿Por qué no denunció su padre la desaparición?

—No desapareció, señor notario. Simplemente, se marchó. Y mi padre no quiso hacer nada al respecto.

Puigvert apagó el cigarrillo en el cenicero. Cogió la pitillera y me ofreció a mí uno. Lo acepté.

Sonó el teléfono.

—Disculpe —me dijo mientras descolgaba el aparato y se lo llevaba a la oreja.

Mientras escuchaba a su interlocutor, sujetando el auricular con el hombro, colocó un cigarrillo en la boquilla y encendió primero el mío y luego el suyo con un mechero de sobremesa.

—No, dígale que espere, por favor —pidió por teléfono.

Colgó, dejó la boquilla con el cigarrillo recién encendido apoyada en el cenicero y se levantó.

—Vuelvo enseguida. Será solo un minuto. Tengo que despedir a un cliente.

—No se preocupe.

Puigvert salió y yo me quedé fumando. El tabaco era más suave que los Bisontes de Toni. Miré la marca. Lucky Strike sin filtro. Distraje la mirada por el amplio despacho, forrado en lustrosa madera. Tenía tres de las cuatro paredes cubiertas con archivadores encuadernados en piel. Un tresillo de cuero con una mesa baja de cristal ocupaba el rincón más alejado de la puerta. Sobre la mesa, un jarrón con flores. En la pared detrás del escritorio, que era grande como un trasatlántico, un retrato de quien imaginé el abuelo de Puigvert: la misma calva —aunque sin manchas—, los mismos ojos enterrados en los párpados y la sola diferencia de un bigote prusiano que el artista había pintado con extraordinario detalle, casi pelo a pelo, quizá para compensar las pocas pinceladas que había tenido que dedicar al reluciente cráneo. A izquierda y derecha del cuadro, dos balcones se asomaban al paseo de Gracia, cuya actividad se adivinaba al otro lado de los visillos.

La notaría de Puigvert siempre había llevado todos los asuntos de mi padre, pero yo no había pisado hasta ahora el despacho que ocupaba el principal de un edificio modernista del lado Besós del paseo. El olor a cera de la tarima y el del humo del tabaco que flotaba en el aire se mezclaban con el de las flores del jarrón, que empezaban a marchitarse. El notario entró disculpándose de nuevo y se sentó en su sillón. Retomó nuestra conversación.

—Bueno, resumiendo, la situación es la que le he explicado —dijo tras recuperar el cigarrillo—. Usted es el *hereu* y el albacea de su hermana hasta que ella cumpla la mayoría de edad. A la señorita

Eulalia le corresponde la legítima, esto es: el veinticinco por ciento del negocio familiar, del piso y del dinero depositado en las cuentas bancarias de su padre. Además, era voluntad de don Alberto que recibiera también las joyas de su madre.

—¿Y si no la encuentro?

—El local del estudio de fotografía no es en propiedad. El único bien inmueble sujeto a la herencia es el piso de la calle Aragón. Para poder inscribirlo en el Registro de la Propiedad tendrá que acreditar el pago a su hermana de los derechos legitimarios. Más allá de ese contratiempo, mientras la señorita Eulalia no aparezca no podrá reclamar la herencia y usted será el depositario de su parte.

—¿Qué me aconseja? —pregunté—. Para encontrar a mi hermana —aclaré.

Puigvert se recostó en su sillón.

—El único hilo del que tirar es esa postal de Mallorca.

—De Ibiza —le corregí—. No he estado nunca allí, pero la foto es del puerto de Ibiza.

—Dice que su hermana la mandó dentro de un sobre. ¿Lo conserva?

—Conservo ambas cosas, sí; la postal y el sobre.

—¿Se ha fijado en el sello del franqueo? Lo digo porque la postal puede ser de Ibiza y haberla mandado desde otro sitio.

Negué con la cabeza.

—Compruébelo —dijo el notario—. Si, como parece lógico, el matasellos es de la oficina de correos de Ibiza, quién sabe; tal vez su hermana siga en la isla.

—¿Y qué hago? ¿Contrato a un detective privado?

Puigvert sonrió y dejó de nuevo la boquilla apoyada en el cenicero.

—Ya me contó su padre que era usted muy peliculero, que se mete en las salas de sesión continua y se ve la que esté en cartel dos y hasta tres veces seguidas.

Me sorprendió mucho que mi padre hablara de mí con personas fuera de la familia. Puigvert era su notario, pero no un amigo. No recordaba haber charlado nunca con mi padre de mi afición al cine. No era una pasión compartida. La única vez que me llevó a ver una película yo debía de tener diez u once años. Fuimos a una sala de programa doble, no sé si al Excelsior o al Roxy, porque quería que yo viera *King Kong*. Era su película favorita, la que más le había impresionado, según me dijo. Me contó que fue al estreno en el cine Tívoli, una tarde después de las clases en la Escuela de Comercio, y que cuando salió a la calle tardó un buen rato en recuperarse, que anduvo sin rumbo fijo esperando que el gigantesco gorila apareciera por la Diagonal y sembrara el pánico en Barcelona.

—¿No le aburre volver a ver de nuevo la misma película, por mucho que le haya gustado la primera vez? —me preguntó Puigvert con verdadera curiosidad.

Tardé un poco en contestar. No estaba seguro de poder explicarlo bien.

—La segunda vez, no sé, ves cómo está hecha, cómo funcionan las historias.

—Pero ya sabes cómo acaba.

—Bueno, eso no es lo más importante —respondí un poco avergonzado.

Asintió con la cabeza, no muy convencido, y volvió al asunto que nos ocupaba.

—Dudo de que haya detectives en Ibiza. Y contratar a uno de aquí que vaya a investigar a la isla le costaría una fortuna.

Sacudió la ceniza del cigarrillo y se llevó la boquilla a los labios. No fumó, se limitaba a seguir mordisqueándola.

—¿Por qué no va usted mismo? —preguntó—. Ibiza no es tan grande.

—No sabría por dónde empezar, la verdad.

El notario descolgó el teléfono y habló con su secretaria.

—Búsqueme el número de Luis Ribas Tur, por favor.

Y colgó inmediatamente.

—Detectives no, pero en todas partes hay abogados.

La secretaria llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta. Le dio a Puigvert una nota manuscrita que el notario me ofreció directamente: el nombre y apellidos del abogado, un teléfono y una dirección.

—El señor Ribas seguro que le puede ayudar. Yo le llamaré para ponerle en antecedentes.

Doblé la nota y me la guardé en el bolsillo de la chaqueta. Estreché la mano del notario y le di las gracias por todo. La secretaria me acompañó hasta la salida. Me despidió en el amplio recibidor, pero vi a Puigvert haciéndome señas desde el pasillo.

—Téngame informado, se lo ruego, señor Carreras —dijo.

—Por supuesto, descuide.

—A mí sí me importa saber cómo acaban las historias.

Sonrió sosteniendo la boquilla entre los dientes y se metió de nuevo en el despacho.

Esa misma noche le pagué a Agustina tres meses de su asignación y el precio del billete de tren, cinco mil quinientas pesetas en total. Le sugerí que se fuera una temporada al pueblo con sus padres. No le

di muchos detalles, pero le expliqué que pensaba que Laia podía estar en las islas Baleares y que iba a buscarla.

—Pero entonces, ¿has sabido de la niña? —me preguntó emocionada.

Agustina fue la única que en ningún momento perdió el cariño y la confianza de mi hermana. Nunca la juzgó ni le reprochó nada cuando Laia hacía locuras. Pasara lo que pasara, Agustina siempre la recibía con los brazos abiertos. Su compasión y su comprensión eran infinitas. Atribuía cualquier exceso de Laia al duro golpe que supuso para toda la familia —pero para ella especialmente, con solo trece años— la muerte de mi madre. Tomó partido por mi hermana cuando empezó a distanciarse de mi padre, primero; y de mí, después. Para Agustina siempre sería la niña, su niña. La única foto de mi hermana que quedaba en la casa ocupaba un lugar preferente en su mesilla de noche junto a otra de sus padres que les había tomado Antonio en el estudio durante una de las raras visitas que hicieron desde el pueblo. No fue ninguna casualidad que Laia eligiera un jueves, el día que libraba Agustina, para marcharse. Con ella presente, no creo que hubiera podido cruzar la puerta con la mochila. Delante de Agustina, mi padre no se habría atrevido a decir que perder a Laia de vista era lo mejor para todos. Como no era la primera vez que la niña pasaba la noche fuera de casa, Agustina no supo que se había marchado para no volver hasta la mañana siguiente, cuando yo reuní el valor necesario para contarle lo sucedido. Nos retiró la palabra a mi padre y a mí durante semanas. Continuó poniendo un tercer plato en la mesa hasta que un día don Alberto se levantó y se fue a su dormitorio sin tocar la comida. Eso marcó el final del desafío de Agustina.

—¿Ha visto la esquela en el periódico?

—No, Agustina. Hace tiempo me llegó el rumor de que sus amigos estaban en las islas. Voy a intentar encontrarla.

Pensaba que era mejor que no supiera que, pocas semanas después de irse, Laia me había mandado una postal que no había compartido ni con ella ni con mi padre. Pero el gesto de Agustina reflejaba tanto desasosiego que a punto estuve de confesar. Ella se me adelantó.

—Está en Ibiza —dijo.

La miré con una mezcla de incredulidad y sorpresa.

—¿Cómo lo sabes?

—Me manda postales. No aquí, al pueblo. A casa de mis padres. Ellos las meten dentro de las cartas que me envían.

Se acababa de quitar un gran peso de encima. Debí de haberme imaginado que Laia no querría perder el contacto con Agustina. No entendía cómo había podido estar tan ciego.

—Iba a contártelo, pero no sabía cómo hacerlo. Ella me hizo prometer que no os diría nada ni a tu padre ni a ti. Si no, amenazaba con desaparecer del todo.

—¿Tienes su dirección?

Ella negó con la cabeza.

—¿Cómo se lo prometiste, entonces?

—También ha llamado alguna vez por teléfono.

—¿Aquí? ¿Ha llamado a casa?

—Conoce tus horarios y los de tu padre. Suele llamar después de comer, cuando tú ya te habías ido a abrir el estudio y tu padre dormía la siesta.

—¿Cada cuánto llama?

—Muy de vez en cuando. Por mi cumpleaños, en Navidad... La última vez fue el día de su santo. Me dijo que estaba en las fiestas de un pueblo del que santa Eulalia es la patrona.

En Ibiza había un pueblo que se llamaba Santa Eulalia del Río, lo había visto en un mapa de una guía de viajes que me había comprado después de la visita a la notaría.

—¿Y las postales? ¿Con qué frecuencia te escribe?

—Ya conoces a tu hermana. Puede pasarse meses sin dar señales de vida y, de repente, en una semana recibo dos. Muchas veces ni siquiera me escribe nada, solo me manda dibujos que hace, flores, animales, arcoíris... Las postales son siempre muy bonitas, fotos de playas, de atardeceres. ¿Quieres verlas?

La acompañé a su cuarto y me quedé en el umbral de la puerta mientras ella buscaba algo en su armario. Ese era un territorio prohibido. Mi madre nos había inculcado desde niños que jamás debíamos invadir el espacio privado de Agustina, ni siquiera si ella nos invitaba a entrar.

—Las guardo aquí.

Me dio una caja metálica decorada con una célebre pintura de Ramón Casas: el retrato de una joven con un vestido verde que le dejaba el hombro al descubierto, recostada en un sillón junto a media docena de claveles. Recordaba haber visto antes esa caja en el cuarto de Laia. Mi hermana la usaba para guardar fotos, collares y pulseras. Dentro, dos fajos de postales, unas veinte en total. Como había dicho Agustina, muchas solo tenían dibujos coloreados. En otras contaba brevemente alguna anécdota, como que había rescatado a un pajarito con el ala rota, o que se había bañado a la luz de la luna en una cala perdida.

—¿Y los sobres? —pregunté. Ninguna de las postales llevaba sello.

—Mis padres me las mandan así. Siempre les digo que se fijen en si hay un remite en el sobre antes de tirarlo. Y cada vez que Laia llama, le pido por favor que me diga cómo localizarla por si ocurre algo, pero no hay manera, se niega en redondo a decírmelo.

—¿Qué te cuenta? ¿Está bien?

—No dice gran cosa. Me pregunta por ti, por tu padre. Prefiere que le cuente yo. Ella solo dice que es feliz.

Habían hablado en febrero, hacía casi cuatro meses. Las postales no estaban fechadas.

—¿Cuándo recibiste la última?

—Mis padres me escriben todas las semanas. En la carta del viernes pasado me mandaron esta.

Señaló una postal con una foto de dos mujeres payesas vestidas de negro y con grandes sombreros de paja caminando por una carretera rodeada de pinos. Laia le contaba al dorso a Agustina que tenía una vecina que vestía igual que las de la foto y que le traía todos los días huevos frescos de sus gallinas.

—¿Quieres quedártelas? Si crees que te van a servir para encontrar a la niña...

—No, Agustina. Guárdalas.

—No estás enfadado conmigo, ¿verdad?

—Claro que no.

Le devolví la caja. Agustina la sostuvo contra su pecho como si fuera un relicario.

—Llámame al pueblo en cuanto la encuentres, ¿me lo prometes? Tienes el número del bar de mi sobrina en la agenda.

—Te avisaré tan pronto averigüe cualquier cosa —le dije.

—Y tráetela de vuelta a casa, Daniel. Su sitio está aquí, contigo.

Me vino a la cabeza la reciente visita de un turista japonés a la tienda. No hablaba más idioma que el suyo, y me tuve que entender con él por señas. Asentía todo el rato a mis explicaciones, pero no conseguíamos comunicarnos. Tardé un buen rato en darme cuenta de que sus gestos de asentimiento no significaban nada, eran

solamente una muestra de cortesía. Lo mismo hice yo con Agustina, dije que sí con la cabeza con el único fin de tranquilizarla.

Mi intención era bajar al puerto en taxi, pero Toni insistió en acercarme en el Dos Caballos. Le había explicado previamente por qué suponía que mi hermana vivía en Ibiza y que tenía que encontrarla para anunciarle la muerte de mi padre y arreglar todos los papeles de la herencia. Noté que le había molestado averiguar que le hubiera ocultado la existencia de la postal de Laia. En varias ocasiones, durante los últimos dos años, Toni me había preguntado si teníamos noticias de ella y yo siempre le había contestado secamente que no, dando a entender que era un asunto del que prefería no hablar.

Saqué un paquete de Lucky del bolsillo.

—¿Quieres?

Toni miró de reojo los cigarrillos y arrugó el ceño.

—¿Desde cuándo compras tabaco?

—Estos días no voy a tener a mano mi suministro de Bisontes.

Me puse dos cigarrillos en los labios y los encendí a la vez. Le pasé uno a Toni. Lo cogió sin expresar ningún agradecimiento.

—¿Cuánto tiempo piensas estar fuera?

—No lo sé. Lo que tarde en encontrarla.

—¿Una semana?

—Algo así, calculo. Ribas, el abogado que me recomendó el notario, ya está haciendo gestiones para localizarla.

—¿Quitamos el cartel de cerrado por defunción?

—Déjalo de momento.

—¿Y los proveedores?

—¿Qué pasa con los proveedores?

—¿Qué les digo si llaman?

—No van a llamar. Todos saben que estamos cerrados hasta nuevo aviso. Toni, tú tienes tarea de sobra en el cuarto oscuro con las comuniones. Termina todos los encargos pendientes. Mientras tanto, la tienda seguirá cerrada al público.

A la altura de la plaza del Ángel, una moto se cruzó delante del Dos Caballos y Toni pegó un largo bocinazo. Su mal humor era evidente y no lo provocaba el tráfico de Barcelona.

—Menuda papeleta, Daniel. Me dejas tirado. Solo ante el peligro.

—No exageres, Toni. Además, tu padre se ha ofrecido a echarte una mano.

—Peor me lo pones. Encima tengo que volver a aguantar a mi padre en el trabajo.

Por las aceras de Vía Layetana ya se veían muchas chicas con minifalda, pero ni siquiera eso conseguía desarrugarle el ceño a Toni.

—Llévate el Dos Caballos los fines de semana. Puedes escaparte a Sitges o a Cadaqués a hacer fotos a las turistas.

—¿Por qué no me llevas contigo a Ibiza?

No era una pregunta, ni una propuesta, sino un reproche.

—No me voy precisamente de vacaciones, Toni.

—Podría ayudarte a buscar a Laia. Mi padre se ocuparía de las comuniones.

De repente, lo comprendí. Toni no quería irse a Ibiza conmigo para ligar con extranjeras. Laia era solo un año mayor que él, habían crecido juntos, aunque con la sutil distancia que imponía el hecho de que Toni fuera hijo de un empleado de mi padre. Conchita no era como don Alberto y ella tuteaba a Rosa, la mujer de Antonio, y la trataba como a todo el mundo, con su natural simpatía y mucho afecto. De niños, Laia y Toni trasteaban en la tienda y jugaban en el parque. Antonio les hizo muchas fotos en aquella época. En una de

ellas posaban los dos cogidos de la mano, con cuatro o cinco años, junto al mamut del parque de la Ciudadela. El día que Laia cumplió doce, el último cumpleaños feliz antes de la enfermedad de mi madre, Antonio, en lugar de fotografiar a mi hermana en el estudio, le hizo uno de sus reportajes y se la llevó al parque. Ya por entonces Toni acompañaba siempre a Antonio para ir aprendiendo el oficio. Al pasar junto a la escultura del mamut, Laia se empeñó en hacerse con Toni la misma foto que de niños. Antonio le dijo a su hijo que se pusiera a su lado y ella le cogió la mano.

—Esto es algo que tengo que hacer yo, Toni —le expliqué con toda la delicadeza de la que fui capaz.

Él asintió y no volvió a abrir la boca hasta que llegamos al muelle y me ayudó a bajar la maleta de la trasera del Dos Caballos.

—No te preocupes por las comuniones —me dijo.

Tiró el cigarrillo al suelo y lo pisó.

—Gracias, Toni. Te llamaré para contarte.

Le habría dado un abrazo, pero él no hizo ningún ademán que lo propiciara. Tampoco me iba a la guerra. Le di un palmetazo en el hombro, cogí mi maleta y me dirigí hacia la pasarela del vapor de Trasmediterránea. En cuanto avancé unos pasos, oí ponerse en marcha el motor del Dos Caballos. Giré la cabeza y lo vi alejarse hacia la ciudad.

5

Era mi primer viaje en barco. En mi imaginación había surcado los siete mares con los piratas de Stevenson y Salgari, pero en la vida real mi experiencia como navegante se reducía a las barcas de remos de la Ciudadela y a las Golondrinas que salían del Rompeolas para ir a los baños de la Barceloneta. Había ido en tren a París, y a Londres y Nueva York, en avión. Mi padre era un firme defensor de la idea de que conocer mundo era una parte importante en la educación de un muchacho. Además de francés en el colegio, y luego en la recién estrenada Escuela de Altos Estudios Mercantiles, había estudiado inglés en el Instituto de Estudios Norteamericanos. Don Alberto admiraba mucho los Estados Unidos, un país que, según decía siempre, «premia al que trabaja duro». En la tienda entraban muchos turistas extranjeros y, cuando yo les atendía en su idioma, mi padre, que solo hablaba castellano y catalán, se sentía muy orgulloso.

Llevaba un buen rato perdido por los pasillos del barco con la maleta a cuestas. Un *hippie* con una sonrisa interminable y su macuto se interpusieron en mi camino.

—Perdona, amigo.

Tuvo que arrimarse mucho a mí para poder pasar. Desapareció bajando unas escaleras. Me acerqué a un hombre que llevaba una chaquetilla blanca.

—Disculpe, estoy buscando mi camarote.

Me llevé la mano al bolsillo derecho de mi americana, donde pensaba que guardaba el billete. Lo encontré en el izquierdo. Se lo enseñé al camarero.

—Segunda clase. Bajando por esa escalera —dijo señalando a mi espalda.

Miré extrañado mi billete.

—¿Cómo que segunda clase? Yo compré un billete en primera.

—Pues le han vendido una cabina de segunda, caballero.

—¿Y no se puede arreglar? Pago la diferencia.

—Primera va completo, lo siento.

El camarero siguió su camino sin darme opción a protestar. Justo en ese instante, el vapor se puso en movimiento. Me agarré a un pasamanos para no caerme y di media vuelta. Descender por la escalera con la maleta no fue fácil. En el pasillo de la cubierta inferior, el ruido de los motores era atronador. Me crucé con otro pasajero y tuve que retroceder hasta una plataforma para cederle el paso. Finalmente, encontré mi camarote. Abrí la puerta y un olor acre me dio la bienvenida. En la pared de enfrente, un ojo de buey y debajo un lavabo. A izquierda y derecha, dos pares de literas. En la de debajo a la izquierda estaba tumbado el *hippie* del macuto. Debía de tener mi edad, el pelo lacio y castaño le llegaba por los hombros, un bigote poblado se le juntaba con las patillas, y llevaba una camisa de flores, pantalones de terciopelo negro y esparteñas. Sonreía enseñando una dentadura muy blanca que parecía tener más dientes de lo normal. Me saludó agitando en el aire la mano con la que sostenía un cigarrillo liado a mano.

—Me alegro de verte otra vez, amigo —dijo.

Retiró su macuto de la otra litera inferior.

—Te recomiendo que cojas esta. Si hay olas, te puedes caer de las de arriba.

Le di las gracias con un ligero movimiento de cabeza y puse mi maleta sobre esa litera.

—Por suerte, estamos por encima de la línea de flotación —añadió.

La cordialidad de su tono de voz era natural, nada forzada.

—¿Fumas?

Me ofreció el cigarrillo y lo rechacé con una sonrisa, aunque el perfume que provenía de su humo resultaba agradable.

—¿Seguro? Es *primo* afgano, no esa mierda de polen marroquí —dijo.

—No, gracias.

Nunca había probado la grifa, a pesar de que me la habían ofrecido muchas veces en la calle al pasar por la Plaza Palacio, al lado del puerto. Si te veían joven, los que la vendían se te acercaban y te preguntaban si buscabas «una rama». También en una ocasión sorprendí a mi hermana fumando un porro, asomada a la ventana de su cuarto. Ella lo llamó hachís, una palabra que no había oído antes. Pero eso que yo había visto fumar a Laia, a legionarios y a un vecino de Toni que decían que robaba coches, no olía igual que lo que fumaba mi vecino de camarote.

—Me llamo Ferrán.

Me tendió la mano y yo se la estreché.

—Daniel. ¿No viaja nadie más con nosotros?

—Ojalá. La última vez me tocó compartir cabina con un tipo que debía de pesar cien kilos y con dos que volvían de la mili. El gordo era un carca de cuidado y los otros dos le reían todos los chistes, que no tenían ninguna gracia. Por eso me he alegrado al verte.

Yo no le debía de parecer un carca.

—¿Vas a menudo a Ibiza? —pregunté.

—Mucho. ¿Y tú?

—Es la primera vez.

—Te va a encantar. ¿De vacaciones?

—A hacer una gestión.

Llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta la foto más reciente de Laia que había podido encontrar en casa. Se me pasó por la cabeza la idea de enseñársela a Ferrán. Lo descarté porque pensé que sería muy peliculero, que diría el notario Puigvert. Además, empezaba a sentirme mareado. No sabía si era por el humo del porro, por el movimiento del barco o por una combinación de ambas cosas.

—Creo que voy a darme una vuelta por cubierta —le dije.

—Claro, amigo. Luego nos vemos.

Salí y cerré la puerta. En el pasillo no olía a porro, sino a petróleo. Estuve a punto de vomitar allí mismo. Subí corriendo las escaleras buscando aire fresco. Al llegar a la cubierta me asomé por la borda para recibir el viento salado en la cara. Cerré los ojos y la cabeza me dio vueltas, así que los abrí y fijé la mirada en el horizonte. La tierra firme ya no era más que una línea marrón apenas visible. Respiré hondo y poco a poco desapareció la sensación de náusea.

Deambulé un rato por el barco para despejarme. Me crucé con turistas extranjeros, la mayoría parejas de mediana edad con la piel quemada por el sol; viajeros solitarios como yo que no tenían pinta de ir de vacaciones, sino a trabajar tal vez en hostelería durante el verano; algunos melenudos con el mismo aspecto que Ferrán, y media docena de guardias civiles vestidos de uniforme que charlaban en voz alta y de cuya conversación se deducía que habían sido destinados en la isla.

Una gaviota detuvo el movimiento de las alas y se quedó suspendida en el aire justo encima de mí, mecida por las corrientes de aire. Me sobrevoló unos segundos y se alejó graznando.

—Oiga, ¿sería tan amable?

Me volví y me encontré a uno de los guardias civiles, el más joven de ellos, un muchacho muy corpulento con gafas de concha. Sostenía en la mano una cámara de fotos.

—¿Le importa? Es muy fácil, solo tiene que mirar por el visor, enfocar y apretar aquí —dijo.

Cogí la cámara, un modelo compacto que reconocí inmediatamente.

—Una Konica C35. El último grito. ¿Dónde la ha comprado? No es fácil de conseguir.

—Tengo un hermano que vive en Canarias —respondió satisfecho —. ¿Entiende de fotografía?

—Un poco. Pónganse ahí, que les dará mejor la luz y se ve el mar al fondo.

El joven volvió junto a sus compañeros y los colocó junto a la borda, donde yo le había indicado. Encuadré y ajusté el foco.

—Una sonrisa.

Disparé.

Le devolví la cámara.

—Muchas gracias, hombre.

—De nada. Es una máquina estupenda —dije señalando la Konica.

—La estoy estrenando. Espero que haga buenas fotos.

—Seguro que sí.

Me dio las gracias otra vez, se despidió con un gesto de la mano y me alejé del grupo. La sensación de mareo había desaparecido y ahora lo que tenía era hambre. Seguí las flechas que me llevaron hasta la cantina, un espacio inhóspito con una pequeña barra en la que vendían refrescos, cerveza y bocadillos. Compré uno de salchichón y un botellín de cerveza de una marca desconocida para mí, Rosa Blanca, y me senté en una mesa de la que se acababa de

levantar un matrimonio de turistas franceses. Ella le recriminaba a él en voz alta y en un tono desabrido que se hubiera manchado de vino la camisa. Todos los presentes nos giramos a mirar a la pareja, que cruzaba la cantina discutiendo. Era una escena embarazosa, la mujer trataba al marido como si fuera un niño pequeño y oímos cómo le seguía regañando cuando ya habían salido y estaban fuera de nuestra vista.

Sentado en la mesa de enfrente, un hombre que tomaba un café intercambió conmigo una sonrisa. Habría apostado lo que fuera a que era norteamericano; le delataban su aspecto, su atuendo y su actitud. Rondaba los cuarenta y tenía el pelo oscuro y rizado peinado con raya, profundas entradas, la nariz grande, los ojos pequeños y las piernas muy largas, estiradas y cruzadas a la altura de los tobillos; camisa gris con bolsillos en la pechera remangada por los codos, pantalones color caqui, que dejaban al aire unos calcetines rojos, y zapatos de cordones con gruesa suela de goma. Leía un libro con las tapas azules: *Couples*, de John Updike. Me quedé con las ganas de preguntarle si las parejas que daban título a su lectura eran tan ridículas como nuestros franceses.

El pan del bocadillo estaba reblandecido y el salchichón tenía demasiada pimienta, pero me lo comí igual. La cerveza ayudaba a pasar la comida. El americano se terminó su café, dejó la taza sobre la mesa junto a un ejemplar manoseado del *Diario de Ibiza*, cerró el libro y se levantó. Era todavía más alto de lo que imaginaba. Guardó el libro en un capazo y se marchó caminando a grandes zancadas. Me estiré para alcanzar el periódico y comprobé que era de dos días antes. Estaba doblado por la página que recogía la noticia de la inauguración del II Festival de Música de Alta Fidelidad en un lugar llamado El Baluarte del Portal Nou; entre los participantes, un pianista cubano, Salomé, Torrebruno, Alberto Cortez y un conjunto

local, Es Amics, que según decía el periódico había ganado ese mismo año el Festival de la Canción Moderna de la isla.

A Laia le gustaba mucho la música, quizá acudiría a un certamen como ese. Los amigos con los que comenzó a salir en Barcelona por las noches, cuando tenía quince o dieciséis años, vivían en una comuna en La Floresta, en la sierra de Collserola, y frecuentaban el San Carlos Club, un local en Mayor de Gracia donde se celebraban bailes y actuaciones de grupos de moda. Arranqué con cuidado la noticia, que estaba ilustrada con la foto de otros dos artistas que formaban parte del cartel: Nina & Frederik, una rubia muy guapa y un tipo con barba que sujetaba una guitarra. Alguien había pintarrajeado con bolígrafo el rostro de él, convirtiéndolo en un personaje grotesco con gorro de bufón, ojos saltones y una lengua que colgaba como la de un perro. Doblé el recorte y lo metí en mi cartera.

Afuera empezaba a atardecer y había descendido la temperatura. No quedaba casi nadie en cubierta. El grupo de guardias civiles se había ido. Era hora de volver al camarote. Nada más bajar las escaleras escuché el sonido de una guitarra y una voz de mujer cantando en inglés. La música provenía del interior de mi cabina. Antes de entrar, me quedé unos segundos escuchando desde el pasillo. Una segunda voz, también femenina, hacía los coros en el estribillo. No reconocí la canción, que era bonita, aunque monótona como una salmodia, y decía algo de un corazón de cristal. Empujé la puerta.

—Pasa, amigo. Cierra rápido —dijo Ferrán, que seguía sentado en la misma litera.

Parte del humo que flotaba en el aire se escapó por la puerta antes de que yo pudiera hacer caso a Ferrán. El porro lo tenía en la mano una de las dos chicas que cantaban sentadas en mi litera,

apoyadas en mi maleta. La guitarra la tocaba un barbudo flaco como un faquir que estaba subido en la litera de arriba. Había otra persona en la de enfrente, pero estaba tumbada y solo podía ver la suela desgastada de sus botas.

—Siéntate aquí, Daniel —dijo Ferrán.

Me acomodé a los pies de su litera. Las chicas seguían cantando con los ojos cerrados, sin prestarme ninguna atención. Nosotros hablábamos en voz baja para no distraerlas.

—¿Un poco de *schnapps*?

Ferrán me ofreció una botella sin etiqueta para que bebiera a gollete. Ya le había rechazado antes el porro y no quería que pensara que era un carca, como había dicho de sus compañeros de camarote en la anterior travesía. Acepté la botella con una sonrisa a pesar de que no tenía ni idea de lo que era aquel licor transparente. Resultó ser un aguardiente que corrió como lava por mi esófago y me perforó el estómago. Ferrán me miró compasivo.

—Un clavo saca otro clavo, amigo. Lo único que apagará el incendio es un segundo trago.

Aquello no tenía ningún sentido, pero seguí el consejo. Sorprendentemente, era cierto. El fuego sofocó el fuego. Más o menos.

—No sabía que los camarotes fueran mixtos —le dije a Ferrán cuando recuperé el habla.

—Y no lo son. Günther y sus amigas viajan en cubierta, pero como aquí teníamos sitio les he dicho que vinieran. No te importa, ¿verdad?

Antes de que pudiera contestarle, las pantorrillas de la persona que estaba arriba aparecieron colgando del borde de la litera. Unas botas de *cowboy* blancas de caña corta quedaron a la altura de mi

cara. Las piernas desnudas eran evidentemente de mujer y estaban bronceadas por el sol.

—¿Me pasáis el porro? —dijo en inglés la dueña de las botas.

Una melena rubia y ondulada cayó en cascada entre las dos piernas y tras ella asomó un rostro que incluso del revés sorprendía por su extraordinaria belleza. Un rosario de cuentas de madera le colgaba del cuello. Tenía los ojos de un azul verdoso.

—Hola, ¿tú quién eres? —preguntó.

—Daniel.

Me regaló su sonrisa invertida.

—¿Me pasas el porro, Daniel?

—Yo no lo tengo —respondí.

La melena y el rostro de la vecina de arriba desaparecieron un segundo y a continuación las botas de *cowboy* aterrizaron a mi lado seguidas de las pantorrillas y los muslos bronceados, un vestido rojo de tirantes muy corto y de nuevo la cabeza, ya en su posición normal, confirmando que del derecho la pasmosa hermosura de la mujer tampoco se discutía. Las otras dos chicas alargaron la última nota del último verso y Günther el Faquir cerró la canción con un arpegio. Aprovechando el final de la actuación, Ferrán hizo las presentaciones.

—Daniel, estos son Günther y sus amigas rusas.

—Katya, Alina y Eva —dijo Günther señalando a cada una con el dedo.

Katya y Alina eran las cantantes y Eva, la vecina de arriba. Las tres sonrieron. En cuanto Eva localizó el porro en la mano de Alina se lo reclamó con un gesto. Lo recuperó, se sentó conmigo, le dio una calada e hizo ademán de pasármelo. Yo le dije que no con la cabeza, pero dudé un instante. Günther y las otras dos rusas reanudaron el recital.

Eva no dejaba de mirarme. Dio al porro una calada más profunda, retuvo el humo manteniendo la boca entreabierta y me cogió la cara con las manos. Se acercó como si fuera a besarme. Del revés, del derecho y de cerca; la perfección del rostro de Eva no entendía de ángulos ni de perspectivas. Cuando sus labios ya casi tocaban los míos, expulsó despacio el humo dentro de mi boca. El aire cálido y denso recorrió rápidamente la tráquea, me llenó los pulmones, pasó al torrente sanguíneo e invadió hasta la última célula de mi cuerpo. Dotado de repente de un microscopio interno capaz de desplazarse por mis venas y cavidades, no me sorprendió visualizar todo ese trayecto. El efecto fue balsámico, no como el del aguardiente, pero duró solo un par de segundos. Inmediatamente sentí náuseas y el ojo de buey se convirtió en un sumidero que amenazaba con tragarme y lanzarme al fondo de un océano de luz. Perdí pie y me precipité al abismo.

Fundí a negro. *Kaputt*.

Aquel sería el primero de muchos viajes por la madriguera de conejo. Nunca los disfruté realmente. No se parecían a ninguna borrachera que hubiera tenido antes. Sin duda, la botella debía contener algo más que aguardiente —seguramente ácido, no se lo llegué a preguntar a Ferrán—, pero esa noche en el barco, el vértigo y la caída libre quedaron para siempre en mi recuerdo envueltas en el humo embriagador de aquel beso que no fue. Mi bautismo con las drogas marcó mi relación posterior con ellas; me gustaban mientras favorecían la desinhibición y te predisponían al placer, y me provocaban rechazo cuando conducían a la amnesia o a realidades paralelas. El día que pillé a mi hermana Laia fumando el porro en su cuarto, ni siquiera me lo ofreció. Dijo que no me iba a gustar, que yo no era una persona curiosa, que solo despertaba mi interés aquello en lo que me reconocía. Que desconfiaba de lo exótico. Esas fueron

las palabras exactas que empleó. No lo dijo con menosprecio o displicencia. Al contrario, sugirió que tal vez yo me encontrara en un nivel de conciencia superior al suyo y no necesitara asomarme a otros mundos porque ya los habría visitado en vidas anteriores. Me habló de la flor de loto y de cómo sus semillas reproducían con precisión la planta en su pleno desarrollo. Días más tarde me regaló un dibujo que hizo de una flor de loto azul en el que había escrito: «Todo está en el origen». Cuando se marchó de casa, lo busqué por todas partes y no lo encontré.

Me desperté solo en el camarote. La cabeza me estallaba de dolor. La luz del sol entraba inmisericorde por el ojo de buey. Me acabaron de espabilar unos golpes en la puerta y la voz del revisor que gritaba que estábamos desembarcando. El único rastro que dejaron mis compañeros de velada fue la huella de sus cuerpos en las colchonetas de las literas y el olor penetrante de los porros que había impregnado mis ropas. Si no fuera por ambos indicios, podría pensar que todo había sido un sueño: Ferrán, Günther el Faquir, y las sirenas rusas que me atrajeron con sus cantos. Me refresqué la cara en el lavabo y me sequé las manos con el faldón de la camisa, que luego remetí dentro de los pantalones. Cogí mi maleta y salí al pasillo.

La postal de Laia, exactamente la misma vista del puerto, me esperaba arriba en cubierta: la catedral presidiendo la ciudad, las casas blancas amontonadas alrededor de la muralla, los mástiles de los barcos apuntando al cielo. Me quedé plantado junto a la barandilla e hice un esfuerzo por encontrar las diferencias entre el paisaje que tenía delante de mis ojos y la imagen impresa en la postal e instalada en mi cerebro, contaminada por emociones

personales ajenas a este sitio, a su historia, a su verdadera naturaleza. Intentaba ver el lugar tal cual era, y no a través del filtro de lo que la postal significaba para mí, olvidándome de lo que había sentido dos años atrás cuando la saqué del sobre, reconocí la caligrafía de mi hermana y la imaginé a ella en la misma posición en la que estaba yo ahora, arribando a la isla también por vez primera. Eliminé mentalmente el grano de la foto, el brillo y la saturación excesiva de los colores, las nubes retocadas, e incorporé sonidos y olores con los que afloraron detalles inesperados. Era como asistir a la resurrección de un cadáver.

El puerto y la ciudad cobraron vida propia al margen de la postal. Ibiza dejó de ser para mí un territorio mitológico —como Ítaca, Mompracem, la isla misteriosa o la del tesoro—, y se transformó en un pedazo de tierra rodeado de agua y habitado por semejantes entre los cuales esperaba encontrar a Laia.

La mayor parte de los viajeros ya había desembarcado. Yo era uno de los últimos en bajar por la pasarela. Busqué por todas partes a Ferrán, a Günther y a las rusas —sobre todo a Eva—, sin éxito. Un claxon a mi espalda me sobresaltó y me hice a un lado. Era un Land Rover verde de solo dos puertas y techo de lona que acababa de bajar del barco. El conductor se disculpó por el susto con un gesto y una sonrisa. Era el americano que había visto la tarde anterior tomando café en la cantina. Me saludó al pasar y se alejó hacia la salida del muelle.

—¿Taxi, señor?

Un muchacho, tan joven que era imposible que tuviera el carné de conducir, se ofreció a cogerme la maleta.

—Mi padre lo tiene aparcado aquí mismo. ¿A dónde va?

—Al hotel Montesol.

—El Montesol está en la Alameda. Puede ir andando —dijo sin ocultar la decepción.

Me dio las indicaciones para llegar al hotel. Efectivamente, estaba muy cerca del puerto.

—Tome, guárdesela y llame si en algún momento necesita un taxi. Viajamos por toda la isla —me informó el muchacho extendiéndome un trozo de cartulina escrito a máquina en el que se podía leer «TAXI ALFONSO IBIZA» y un número de teléfono. Le di las gracias y me lo guardé en el bolsillo. El muchacho se fue en busca de otros clientes.

El Montesol estaba a escasos cien metros de distancia, haciendo esquina en un paseo muy amplio que tomaba el nombre de un ilustre ibicenco, el general Vara de Rey, héroe de la guerra de Cuba, en cuyo honor se alzaba una estatua enfrente de la entrada del hotel. La fachada y la decoración del edificio eran de estilo colonial y uno tenía la sensación de estar en el trópico. Me acerqué a la recepción y me atendió un hombre con un fino bigote que se convertía en una línea perfectamente horizontal cuando sonreía.

—Bienvenido, ¿tenía usted una reserva?

Le contesté que sí y me pidió el carné de identidad. Consultó un libro con forma de dietario.

—Habitación individual, cuatro noches. ¿No es eso?

—Quizá tenga que alargar mi estancia.

—Ningún problema, señor Carreras. No tiene más que avisarnos. Ahora mismo llamo a un botones para que le ayude con la maleta.

—No hace falta, gracias.

Firmé en el registro y el recepcionista me dio la llave.

La habitación estaba en el segundo piso y tenía vistas al paseo. Dejé la maleta sobre la cama y comprobé que el ventilador de techo funcionara, aunque lo dejé apagado porque no hacía demasiado

calor. Abrí el balcón para que entrara la brisa del mar cercano. Veía a la derecha al general levantando su sable hacia el cielo, en una postura forzada. Agachado a su lado, un soldado parecía sujetarlo y dos figuras femeninas, una con alas y la otra con una trompeta en la mano, rodeaban el pedestal. Consulté la historia del general en la guía turística de bolsillo que compré en Barcelona. Murió en la batalla del Caney, lo que parecía un chiste, porque rimaba con su apellido, como en las historietas del *Tío Vivo*. Alrededor del monumento pasaban algunos coches y en la acera del hotel un toldo me impedía ver al completo la terraza de un café en la que varios turistas disfrutaban de la soleada mañana.

Deshice la maleta y colgué en el armario la poca ropa que había traído. Entré al baño a dejar el neceser. Me miré en el espejo. Mi aspecto era lamentable. La camisa, que no me había quitado en veinticuatro horas y olía a una mezcla de sudor y porros, estaba muy arrugada. Tenía el pelo de punta en la coronilla. Me quité la camisa y la tiré al suelo. Lo mismo con la camiseta interior de tirantes. Antes de meterme en la ducha, descolgué el teléfono y pregunté en la recepción cómo hacer una llamada al exterior. Si era a un número local podía marcarlo directamente, me respondieron. Saqué de mi cartera el papel que me dio Puigvert en la notaría y llamé al despacho del abogado Ribas. Su secretaria me citó con él media hora más tarde en la terraza del Café Alhambra, al lado del hotel. Volví al baño y abrí el neceser para preparar junto al lavabo la brocha, el jabón y la maquinilla de afeitar. Me di cuenta de que me había olvidado de traer el fijador para el pelo. Iba a ser la primera vez en mucho tiempo en que me peinara sin usarlo.

6

La mayor parte de las mesas de la terraza del Alhambra estaban ocupadas por parejas de distintas edades y nacionalidades en un ambiente colorido, cosmopolita. Me fijé en la única persona que, como yo, estaba sentada sola en un velador. Veintitantos, muy moreno, gafas de sol y largas patillas. Llevaba un chaleco de ante con flecos, una camisa ablusada de color hueso, pantalones tejanos y unos mocasines también de ante. Leía el periódico y bebía agua de Vichy.

—Su café y su aspirina, señor.

El camarero dejó en mi mesa una taza de café, un vaso de agua y un platito con una pastilla.

—Otro café para mí, Julito, haz el favor —le pidió al camarero un hombre voluminoso embutido en un traje color crema que se aproximaba tendiéndome la mano. En la otra llevaba un maletín. Completaban su atuendo una camisa azul con rayas grises, una corbata roja y unos zapatos marrones y blancos de rejilla. La combinación cromática resultaba estridente, pero lo que desactivaba cualquier atisbo de formalidad que el traje y la corbata pudieran proporcionar era que se había dejado una perilla rala y tenía el pelo, escaso en la parte superior de la cabeza, demasiado largo en el cuello, donde se rizaba formando caracoles.

—Enseguida, señor Ribas —respondió el camarero, que se metió de nuevo en el café con la bandeja.

Me levanté a estrecharle la mano al pintoresco abogado.

—El señor Carreras, supongo —dijo Ribas jocoso.

—¿Cómo ha sabido que era yo?

—Es el único que está solo en la terraza.

Miré alrededor. Señalé discretamente con un movimiento de cabeza al del chaleco de ante con flecos.

—También está ese hombre.

Ribas le saludó con la mano y él le devolvió el gesto.

—Jerry el Americano es amigo mío. Pero, si no lo fuera, tampoco tiene pinta de ser cliente del notario Puigvert —afirmó soltando una carcajada. Nos sentamos.

—Mejor quedar aquí que en mi despacho, ¿no le parece?

—La verdad es que se está de maravilla.

—Ya ha empezado el calor, pero a esta hora hace una temperatura ideal. ¿Le duele la cabeza?

Señaló con un dedo gordezuelo la aspirina. Llevaba una sortija con una piedra roja en el meñique.

—No he dormido bien en el barco.

Aproveché para tomarme la pastilla con un poco de agua.

—Su primera vez en la isla, ¿verdad?

Asentí con la cabeza y puse un terrón de azúcar al café.

—¿Es usted de aquí? —le pregunté.

—Vilero, hijo y nieto de vileros. Vivo en la misma casa en la que nací, a cinco minutos andando de donde estamos. Estudié la carrera en Barcelona, pero volví a Ibiza a ejercer en cuanto me licencié.

—Debe de ser estupendo vivir en un lugar como este.

—Pues sí, para qué negarlo. Lo malo es que cada vez más gente piensa lo mismo y nos están invadiendo.

El camarero volvió con el café del abogado.

—Aquí tiene, don Luis.

—Gracias, Julito.

Ribas no le puso azúcar al café ni esperó a que se enfriara un poco. Le dio un sorbito sosteniendo la taza con el dedo de la sortija estirado.

—¿Demasiados turistas? —dije retomando la conversación.

Volvió a dejar la taza en el platillo.

—Un escritor alemán que vivió en la isla en los años treinta se quejaba en una carta a un amigo de que se retrasaba el verano y, con él, la llegada de los primeros higos, pero que los turistas «ya habían caído del árbol, desgraciadamente la mayoría aún verdes, poco maduros algunos» —soltó profiriendo una nueva carcajada—. No se dé por aludido, querido amigo. Usted no viene a hacer turismo.

La risa de Ribas era tan escandalosa como contagiosa.

—Aquí estamos acostumbrados a las invasiones —añadió—. Hemos sufrido muchas a lo largo de la historia.

Colocó el maletín sobre las rodillas y lo abrió lo justo para sacar un portafolios de plástico transparente con unos papeles dentro que no alcancé a ver. Se puso serio de repente.

—Bueno, vamos a lo que nos ocupa. El señor Puigvert me comunicó por teléfono los datos de su hermana. Eulalia Carreras Molina, ¿no es eso?

—En casa la llamamos Laia.

—Lo suponía.

Se quedó mirando uno de los papeles, pero no se decidió a abrir la boca.

—¿Ha podido averiguar algo? —le pregunté.

—No gran cosa. Aunque al tratarse de una menor necesitaría autorización paterna para abrir una cuenta, he comprobado que no existe ninguna a su nombre en las sucursales de la isla. Tampoco he

encontrado contrato de la luz, apartado de correos, o alguna propiedad en el Registro.

Dejó el papel de nuevo en el portafolios y me miró fijamente.

—¿Por qué está tan seguro de que su hermana está en Ibiza? Puigvert me contó lo de la postal, pero la recibió hace muchos meses. Quizás viniera de vacaciones.

—Ha seguido mandando postales desde la isla. No a mí, a otra persona. La última hace menos de dos semanas.

—Entiendo.

Se quedó de nuevo pensativo. Apuró su café. Guardó el portafolios en el maletín, lo cerró y lo volvió a dejar en el suelo.

—Aquí hay muchos jóvenes viviendo en casas de campo alquiladas a payeses, sin luz eléctrica ni agua corriente, cuidando de un huerto. Podría ser su caso.

—Sí, eso le pegaría a Laia —confirmé—. En una postal mencionó el pueblo de Santa Eulalia del Río. Y en otra, que tiene unos vecinos que le regalan huevos y cosas así.

Ahora me arrepentía de no haberme traído las postales de Agustina.

—¿Tiene una foto reciente?

Saqué del bolsillo interior de mi chaqueta un sobrecito. Dentro guardaba varias fotos de Laia de tipo carné. En ellas su aspecto era muy formal, con el pelo recogido y una blusa cerrada. Le di una.

—Se la hizo poco antes de marcharse.

—¿Me la puedo quedar?

—Claro. En la habitación tengo alguna ampliada. Si quiere subo a buscarla.

La foto se la había hecho Toni en el estudio y conservaba el negativo. Le pedí que hiciera copias en varios tamaños.

—No, esta me sirve.

Se guardó el retrato en una abultada billetera llena de recibos y tarjetas de visita.

—¿No ha pensado en acudir a la policía? —preguntó.

—Prefiero no meter a la policía en esto. Solo quiero encontrarla para resolver la herencia de nuestro padre. Yo pretendía contratar a un detective, pero Puigvert me dijo que no creía que hubiera ninguno en la isla y que usted conocía a todo el mundo.

—Y el señor notario tiene razón —dijo Ribas con una gran sonrisa. Cogió el maletín y se puso de pie—. ¿Hasta cuándo tiene previsto quedarse?

Me levanté también.

—Hasta que haga falta.

—Haré lo que pueda para ayudarle. Y ahora discúlpeme, pero tengo una reunión con un cliente.

Hizo un gesto al camarero.

—No, por favor —le paré sujetándole el brazo—. Ya pago yo los cafés.

—De ningún modo. ¡Julito, apúntalo en mi cuenta!

El camarero, que estaba atendiendo a otros clientes, asintió con un gesto.

—Señor Ribas, no hemos hablado de sus honorarios.

Se encogió de hombros.

—Si encontramos a su hermana, necesitarán un abogado para arreglar todo lo referente a la herencia. Ya hablaremos entonces.

Me dio otro apretón de manos y se marchó con prisas, saludando sin detenerse a varias personas con las que se cruzó. Yo me senté de nuevo y terminé el café. Vi que el tal Jerry ya no estaba en su mesa.

Dos perros comenzaron a reñir en el centro del paseo. Ladraban y se lanzaban tarascadas sin que sus respectivos dueños, una anciana

y un *hippie* que iba descalzo, consiguieran separarlos. Ella tiraba de la cadena de su terrier y el *hippie* trataba de sujetar a su chucho agarrando la cuerda que llevaba atada a guisa de collar. Se formó un gran revuelo alrededor de los dos animales, que se enzarzaban y giraban sobre sí mismos, saltando el uno encima del otro, concentrando las miradas de los viandantes y de todos los que estábamos en la terraza, que seguíamos la pelea a través de las piernas de los que hacían corro.

Las botas de *cowboy* blancas.

Se esfumaron igual que habían aparecido, en medio del alboroto. Pero estaba seguro de haberlas visto. Eran las botas de Eva. Me levanté y la busqué entre la gente, que empezaba a dispersarse porque el *hippie* había logrado por fin llevarse a su perro y la anciana estaba agachada calmando al terrier. Creí reconocer el perfil de una de las rusas en una chica que estaba a punto de perderse por una calle lateral. A su lado, de espaldas, atisbé a una rubia que podría ser Eva. Un camión de reparto de cerveza se cruzó en mi camino y me tapó completamente la vista. Cuando lo rodeé, las dos mujeres ya no estaban. Corrí en la dirección en la que pensé que se habían marchado.

Al abandonar el paseo surgió delante de mí, majestuosa, la muralla de la ciudad. Habían levantado una tarima junto a una torre circular —el baluarte de Portal Nou— donde esa noche se celebraba el festival de música que anunciaba el recorte de periódico que me guardé en la cantina del vapor. Frente a la torre, un pasadizo conducía al casco antiguo de la ciudad, al otro lado de la muralla. Atravesé el arco y desemboqué en una encrucijada de escalinatas que partían en todas las direcciones. No veía a las rusas por ningún sitio. Los turistas paseaban por el adarve de la muralla y se diseminaban por las rampas y callejuelas que subían hacia la

catedral. Me lancé por la más concurrida y escudriñé cada rincón esperando localizar a Eva entre los que entraban y salían de las tiendas de artesanía y los cafés.

—¿Te has perdido, amigo?

Me giré y vi a Ferrán, mi compañero de cabina en el vapor.

—Esa es la mejor forma de conocer Ibiza, perdiéndose —dijo sonriendo.

Llevaba la misma camisa de flores del día anterior. Iba aparentemente solo.

—Hola, Ferrán. No, no me he perdido todavía —contesté—. Oye, ¿estás con Günther?

—Günther se fue a San José.

—¿Y sus amigas las rusas?

—Creo que ellas se quedaban cerca de Las Salinas. ¿Por?

—Me ha parecido verlas hace un momento.

—Es posible, amigo, es posible. ¿Qué tal amaneciste? Cuando el revisor nos echó del camarote, a ti no hubo manera de despertarte. Ya te dije que el *primo* era algo serio.

—¿Os echó el revisor?

—El polen te pegó duro, ¿eh? Alguien se quejó de la música y nos mandaron a cubierta. Yo tenía billete y podía haberme quedado, pero preferí subir a ver las estrellas.

—No recuerdo nada.

Asintió y miró por encima de mi hombro, pendiente de algo o de alguien. O quizá fueran imaginaciones mías.

—¿Has encontrado a tu hermana?

La pregunta me pilló por sorpresa. Tampoco recordaba haberle hablado de Laia.

—¿Te conté eso?

—Nos contaste tu vida, amigo. Bueno, se la contaste a una de las rusas, pero todos escuchamos la historia.

—Eva. Es a ella a la que he creído ver hace un momento. ¿En dónde has dicho que estaban?

—En Las Salinas. A unos quince kilómetros al sur. Pero ¿tú a quién estás buscando, amigo, a tu hermana o a la rusa?

No sabía qué les había dicho la noche anterior, ni con qué grado de detalle. La incertidumbre me producía una sensación incómoda, mezcla de pudor y recelo.

A Ferrán le entraron de repente las prisas. Me dio una palmada en el hombro.

—Bueno, me tengo que largar. Oye, esta noche hay una fiesta. Vente. Günther irá casi seguro. Quizá las rusas también. A lo mejor, hasta tu hermana.

Lo dijo mientras se alejaba subiendo la cuesta. Se reunió con alguien que acababa de salir de una casa. Reconocí el pelo negro, las patillas, las gafas de sol y el chaleco de ante con flecos.

—¿Dónde es la fiesta? —pregunté alzando la voz.

Temí que no respondiera. Jerry el Americano caminaba a buen paso cuesta arriba y Ferrán no quería separarse de él.

—Pásate esta tarde a eso de las ocho por El Mono Desnudo y vamos juntos —me gritó antes de desaparecer al doblar la esquina.

Mientras desandaba el camino de vuelta al hotel me pregunté si había entendido bien a Ferrán. ¿Qué podía haber querido decir con que me pasara por «el mono desnudo»? ¿Habría en algún rincón de la ciudad una estatua dedicada a un mono, como el mamut del parque de la Ciudadela? Pero ¿por qué desnudo? Lo raro sería que el mono estuviera vestido.

Tras cruzar la muralla encontré una farmacia e hice una parada para comprar aspirinas. Estuve a punto de preguntarle al boticario

por el mono, pero me sentí ridículo. Al salir de la farmacia, crucé el paseo y miré de cerca la estatua del general Vara de Rey. Me paré en seco. En la misma acera del Montesol y del Café Alhambra, justo a continuación, había un cine. El Serra. Y la película en cartel era un estreno que en Barcelona me había quedado con ganas de ver en el Urgel: *El planeta de los simios*. Era posible que Ferrán se refiriera a la película. Me acerqué a ver los horarios de los pases. Sesión continua a partir de las cuatro. En un panel, fotocromos de Charlton Heston medio desnudo rodeado de monos vestidos. En otro, estaba en una playa montando a caballo con una actriz en la grupa que me recordó a Laia.

Entré en el hotel y me decidí a preguntarle al recepcionista, que enderezó su bigote cuando me vio caminar hacia él.

—Una pregunta... ¿A usted le dice algo «el mono desnudo»?

El bigote alcanzó la total horizontalidad.

—Sí, señor. Es un bar al lado del puerto. Está muy de moda entre la juventud.

—¿Sería tan amable de indicarme dónde exactamente?

Le di la guía abierta por la página en la que estaba dibujado el plano de la ciudad. Lo estudió y de inmediato señaló el lugar.

—Aquí, en el barrio de la Marina. A diez minutos andando.

—Muchas gracias.

—No hay de qué, señor Carreras.

Subí a mi habitación para descansar un rato. Encendí el ventilador de techo. Las distracciones me habían hecho olvidarme momentáneamente del dolor de cabeza, pero no había desaparecido del todo, aún percibía un murmullo lejano. Si cerraba los ojos, el murmullo ganaba en intensidad, se confundía con el zumbido del ventilador y se mezclaba en mi cabeza con el eco de la conversación que había mantenido la noche previa con Eva en el barco. Eran

fragmentos inconexos —palabras sueltas, risas, el sonido de la guitarra—, que evocaban imágenes yuxtapuestas, desincronizadas, como el reflejo de un espejo hecho pedazos.

Me tomé otra aspirina y me tumbé encima de la cama. La idea era comer algo después de la siesta del carnero y meterme a ver la película. Parecía el plan perfecto para matar el tiempo antes de ir a un bar que se llamaba El Mono Desnudo. Pero si quería dormir necesitaba apagar el murmullo y la sucesión de *flashbacks* de la noche anterior hasta que hiciera efecto la aspirina. Pensar en otra cosa.

En carneros y simios.

En Charlton Heston y Laia, a caballo en una playa.

En Mortadelo y Filemón, agencia de información.

Y en el general Vara de Rey, héroe del Caney.

Todos dando vueltas en un tiovivo.

7

La taquillera del cine me advirtió de que la sala no estaba refrigerada. Normalmente, a esas alturas del año solían estar ya cerrados, pero debido al éxito que estaba teniendo la película habían decidido prolongar las proyecciones hasta el fin de semana.

—¿Entonces no hay cine durante el verano en Ibiza? —le pregunté.

—En la plaza de toros, al aire libre —respondió, dándome la entrada.

La fachada del cine era moderna, pero debía de haber sufrido una reforma reciente porque la decoración interior conservaba las paredes tapizadas, molduras y policromías propias de una sala de hacía varias décadas. Tenía platea, palcos y gallinero. Elegí una butaca junto al pasillo central, en la fila seis. En ese primer pase éramos alrededor de un centenar de personas en el patio de butacas. Se apagaron las luces y se iluminó la pantalla.

La fanfarria del NO-DO dio paso a las *Noticias españolas*: el inevitable resumen anual del Desfile de la Victoria, presidido por Franco y con la destacada presencia del infante don Juan Carlos; la visita de doña Carmen Polo a una feria turística de la Costa del Sol en Madrid, y una pieza cómica sobre Rosa Zumárraga, la ganadora del concurso de televisión *Un millón para el mejor*, que se había convertido en uno de los personajes más famosos del país. Pero fue el último reportaje el que atrajo mi atención: sobre el plano de una verja cerrada con una cadena apareció el rótulo *Disturbios en*

Francia y sonó una música dramática. El narrador adoptó un tono solemne mientras se sucedían las imágenes:

«A través de nuestros corresponsales en Bélgica, hemos recibido este impresionante reportaje sobre los sucesos de Francia desde sus inicios —con los desórdenes estudiantiles de París, las huelgas y ocupación de fábricas— hasta poco antes de que el general De Gaulle abandonase su retiro en Colombey-les-Deux-Églises para poner fin al conflicto».

Los estudiantes arrancaban los adoquines del suelo y se los lanzaban a la policía.

Talaban un árbol que caía en mitad de un bulevar.

Barricadas de coches en llamas.

Porrazos, disparos, tanquetas, bombas lacrimógenas.

Sirenas de ambulancias.

Todo tal cual lo había contado Tristán La Rosa en *La Vanguardia*.

Según había leído en la prensa esos últimos días, a la espera de la celebración de las elecciones a final de mes, el general De Gaulle había prohibido las manifestaciones y había ilegalizado los grupos de extrema izquierda, arrestando a varios de sus líderes. Terminó el NO-DO y otra fanfarria, la de la 20th Century Fox, nos rescató del blanco y negro de la realidad, que fue sustituida por un firmamento de destellos de vivos colores en Panavision. Otra voz en *off*, también en tono solemne, nos transportó a todos los presentes a una moderna nave espacial:

«Este será mi último informe antes de que lleguemos a nuestro destino. Hemos colocado los dispositivos automáticos y estamos a merced de los computadores. Mis compañeros duermen profundamente dentro de las cámaras. Yo me acostaré enseguida. Dentro de una hora hará seis meses que partimos de Cabo Kennedy. Seis meses en el profundo espacio».

Durante la siguiente hora y media disfruté mucho con las aventuras de ese narrador, el astronauta Taylor, interpretado por

Charlton Heston, en el planeta de los simios. La actriz que hacía el papel de Nova, la humana cautiva con la que escapaba Taylor, se parecía más a Mónica Randall que a Laia. No hablaba en toda la película. El maquillaje de los actores que interpretaban a los simios estaba realmente logrado. La historia, además de muy entretenida, suscitaba muchas lecturas interesantes. Algunos espectadores entraban ahora en la sala y ocupaban las butacas libres. Como me sobraba tiempo para acudir a la cita con Ferrán, decidí quedarme al siguiente pase, aunque no pudiera ver la película entera de nuevo. Eso es lo que pensaba mientras Taylor y Nova se alejaban por la playa a lomos de un caballo y se adentraban en la Zona Prohibida.

Salvo que ese no era el final.

La escena se alargaba y la banda sonora contribuía a crear una atmósfera onírica y desconcertante. Todo el cine contuvo la respiración cuando Taylor y Nova encontraron en la playa algo que provocó que el astronauta se bajara de la montura y mirara incrédulo lo que se erguía delante de él. Los espectadores no vimos de qué se trataba, solo una extraña silueta con unas púas gigantes. El astronauta se hincó en la arena y sus palabras, teñidas de asombro al principio, mutaron en una imprecación llena de rabia:

«He vuelto.

Estoy en mi casa otra vez.

Durante todo este tiempo no me he dado cuenta de que estaba en ella.

¡Por fin lo conseguí!

¡Maniáticos! ¡La habéis destruido! ¡Yo os maldigo a todos! ¡Maldigo las guerras!

¡OS MALDIGO!».

Nova alzó la mirada y vimos las ruinas de la Estatua de la Libertad.

El fundido en negro sumió la sala en un silencio únicamente roto por el sonido de las olas muriendo en la orilla. No había música acompañando los créditos finales. Se encendieron las luces y nadie se levantó de la butaca. Estábamos sobrecogidos. Los recién llegados para el segundo pase miraban alrededor sin comprender muy bien lo que ocurría y yo me acordé de lo que dijo el notario Puigvert en su despacho.

Saber cómo acaba una historia era importante.

Después de ducharme, había decidido no afeitarme y notaba la aspereza de la barba cuando me tocaba la cara. Tras muchos años usando fijador, sentía el pelo moverse con el aire y me sorprendí atusándome el flequillo casi con la misma frecuencia con la que lo hacía Toni. Esto era una novedad para mí. Imaginé la bronca que me habría echado don Alberto si me hubiera visto así, despeinado, sin afeitar, con tres botones de la camisa abiertos, las mangas recogidas casi por el codo y la chaqueta colgando del hombro. Habría dicho que parecía un *baldragues*, palabra en catalán que solo le había oído a él y que usaba cuando gandul, otra de sus favoritas, le parecía demasiado suave. También me acordé de mi padre porque al terminar la película había pensado en su reacción cuando vio *King Kong* por primera vez. Como don Alberto en aquella ocasión, yo había necesitado pasear por las calles un rato para sacarme a los simios de la cabeza. Lo primero que vi al salir del cine fue la figura de Vara de Rey en lo alto del pedestal, blandiendo el sable como la ruina de Miss Liberty alzaba la antorcha en la playa y herido de muerte como el rey Kong antes de precipitarse desde la cúspide del Empire State. Los *hippies* que merodeaban por la plaza, algunos con el torso desnudo, podrían haber sido extras de la película, congéneres de Nova. Y yo, un desaliñado astronauta a la deriva como Taylor.

Mi paseo me llevó hasta un obelisco en el puerto que rendía honores a los corsarios que defendieron la isla a lo largo de los siglos. Como había dicho Ribas, los ibicencos estaban acostumbrados a las invasiones. Muy cerca del obelisco había un café en el que sonaba *jazz* moderno y que se llamaba Domino, con dos enormes fichas de ese juego incrustadas junto a la puerta; sumaban siete, el cuatro-tres y el cinco-dos. La terraza estaba llena de gente de aspecto bohemio, mayoritariamente extranjeros, a juzgar por la variedad de idiomas que se escuchaban. Continué caminando por el muelle, muy animado a estas horas. Por fin encontré El Mono Desnudo, un bar también con terraza, pero de cuyo interior salía música de rock psicodélico. El nombre estaba escrito con letras de molde encima de la puerta, sin adornos ni dibujos. La abundante parroquia era más joven que la del Domino y predominaban los *hippies*. Aunque todavía era un poco pronto, busqué a Ferrán por las mesas. A él, o alguna otra cara conocida. Entré en el local y conseguí hacerme un hueco en la barra.

Asistí a un extraño ceremonial. La camarera, una pelirroja tan alta como yo que recordaba a una joven Maureen O'Hara, estaba sirviendo un licor verdoso en un vasito de cristal a un cliente de más edad que la media, calculé que alrededor de cuarenta, con el rostro curtido y las facciones muy marcadas. Después de servir el licor, la camarera colocó una especie de cuchara con agujeros encima del vaso y un terrón de azúcar sobre la cuchara. Cogió una jarrita de agua y la vertió lentamente sobre el terrón de azúcar, disolviéndolo. El agua azucarada mezclada con el licor adquirió un tono lechoso.

—¿Qué te pongo? —me preguntó mientras guardaba la peculiar cuchara.

—¿Qué es eso? —quise saber señalando el brebaje que acababa de servir.

—Absenta. ¿Quieres probarla?

—No, gracias. Una cerveza.

La camarera asintió y sacó de la cámara una botella. La abrió con un rápido movimiento de muñeca y la dejó delante de mí en la barra.

—¿Vaso?

—No, gracias.

—Mejor —bromeó.

Y se puso a fregar los que tenía sucios y amontonados junto a la pila. Bebí un poco de la cerveza. Podría haber estado más fría.

—Me han dicho que este es el bar de moda en Ibiza. Que todo el mundo pasa por aquí.

—Todo el que tiene sed —dijo sonriendo.

Parecía simpática, así que me lancé. Saqué del bolsillo una foto ampliada de Laia.

—¿Te suena esta chica?

La camarera miró la foto de reojo. No reaccionó de ninguna manera y siguió aclarando vasos.

—¿Para qué la buscas?

Percibí desconfianza en su tono de voz.

—Es mi hermana.

Cerró el grifo y cogió un trapo para secarse las manos. Su actitud cambió radicalmente.

—¿Eres el hermano de Laia?

No me podía creer que hubiera acertado a la primera. La camarera me miró con curiosidad, divertida.

—¿Sabes dónde está? —le pregunté.

—Pensaba que serías más joven.

—¿Por qué? Tengo tres años más que ella.

—Siempre se refiere a ti como su *germanet*.

Conocía a Laia y ella le había hablado de mí.

—Me llamo Daniel. ¿Y tú?

—Mona.

Me quedé mirándola, esperando que me dijera que era una broma.

—Sí, ya sé —dijo—. La Mona del Mono Desnudo. No se te ocurra hacer ningún chiste porque te puedo asegurar que ya los he oído todos. Pero qué le voy a hacer, me llamo Mona en honor a mi abuela irlandesa y trabajo en este bar. ¿Sabe Laia que estás aquí?

—No... ¿Dónde puedo encontrarla? ¿Dónde vive?

—En casa de Blind John. —Cogió la foto y la miró con más calma —. Casi no la reconozco, tan modosita.

—¿Blind John has dicho? ¿Quién es? ¿Su novio?

Me devolvió la foto.

—Blind John tiene muchas novias.

—¿Y es ciego de verdad?

—El ciego más clarividente de la isla. Y seguramente del mundo —respondió Mona enigmática.

Ferrán entraba en ese momento en el bar y me localizó enseguida.

—¿Ya estás aquí? —me dijo palmeándome la espalda—. ¿Cómo va eso, Mona? ¿Ya conoces a mi amigo Daniel?

—Sí, ya nos hemos presentado —respondió ella.

—Es amiga de mi hermana —exclamé yo excitado.

—¿En serio? —preguntó Ferrán.

—Es una de las chicas que vive con Blind John —dijo Mona—. Tienes que haberla visto.

Ferrán cogió la foto que yo aún sostenía en la mano. La estudió con atención.

—¿Es la misma que nos enseñaste en el barco?

No recordaba haberles enseñado ninguna foto de Laia, pero si lo había hecho, habría sido una de las pequeñas tamaño carné.

—Sí —contesté—. Pero esta es una ampliación.

—Ahora que lo mencionas, sí que se parece a una de las chicas de Blind John —dijo Ferrán todavía dudando—. ¿Cómo se llamaba?

—Laia. Eulalia —respondí.

—Blind John la llama Layla —recordó Mona.

Ferrán chasqueó los dedos.

—¡Eso, Layla! La morena que hace unos guisos tan ricos.

Laia siempre estaba con Agustina en la cocina.

—¿Ahora se hace llamar Layla?

—Eso es cosa de Blind John —dijo Mona.

—Aquí no parece ella, con esas pintas —comentó Ferrán refiriéndose a la foto—. Anda, Mona, ponme una cerveza.

Doblé la foto y la guardé en el bolsillo del pantalón.

—¿Dónde vive ese Blind John?

—En una casa en el campo —dijo Mona cogiendo otra cerveza de la cámara.

—Es tu día de suerte, amigo —añadió Ferrán—. Allí es la fiesta a la que vamos luego.

Mona quitó la chapa a la cerveza y se la dio a Ferrán, que le pegó un buen trago. Yo no salía de mi asombro.

—¿La fiesta es en la casa donde vive Laia?

Ferrán asintió.

—Vamos ahora mismo.

Saqué la cartera para pagar las cervezas.

—Todavía es muy pronto —dijo Ferrán—. Además, tenemos que esperar a que me traigan nuestro medio de transporte. Mona, nos llevamos fuera las cervezas.

Ferrán salió a la terraza sin esperarme.

—¿Qué te debo? —pregunté a Mona.

—Invita la casa, *germanet*.

Sonrió y se fue al otro extremo de la barra a atender a otro cliente.

Salí buscando a Ferrán y lo encontré sentado en un poyete de piedra. Se palpaba los bolsillos buscando algo.

—¿Tienes tabaco?

Saqué el paquete de Lucky y le ofrecí uno. Cogí otro para mí y Ferrán los encendió con la misma cerilla.

—¿Quién es Blind John?

—Un inglés que tiene una casa en la carretera de San José.

—¿A qué se dedica?

Ferrán sonrió y desvió la mirada. Dio una calada al cigarrillo antes de contestar.

—Amigo, esa es la clase de pregunta que nadie hace en Ibiza.

—¿Por qué?

—Porque es una pregunta aburrida y aquí la gente viene a divertirse. A eso se dedican.

—Pero de algo vivirán.

Ferrán y sus doscientos dientes se volvieron hacia mí.

—¿A qué te dedicas tú?

Esa mañana había dicho que le había contado mi vida a Eva en el barco y que todos habían podido escuchar la historia. Probablemente, ya sabía a qué me dedicaba.

—Mi familia tiene un negocio. Un estudio de fotografía.

—¿En dónde?

—En Barcelona.

—Entonces, ¿qué haces aquí, tan lejos?

—Ya te lo he dicho. He venido a buscar a mi hermana.

—A lo que te dedicas, por tanto, es a buscar a tu hermana. Y ya la has encontrado. Luego a lo que te dedicas ahora realmente es a fumar, beber cerveza y hacer preguntas.

Dio un trago a su botella.

—¿Y tú? ¿A qué te dedicas tú? —le pregunté.

—A fumar, beber cerveza y responder a tus preguntas.

No sabía si Ferrán estaba bajo los efectos de alguna droga. Siempre tenía los ojos brillantes.

—Mentira —repliqué riéndome—. Te dedicas a evitar responderlas. Venga, dime: ¿a qué se dedica Blind John cuando no hace fiestas en su casa?

Su seriedad anticipó que por fin iba a revelarme alguna información valiosa. La pausa dramática intensificó esa sensación.

—No tengo ni la más remota idea —dijo.

Los dos reímos juntos.

—¿Lo ves? Ni una sola respuesta, Ferrán.

—Porque te equivocas con las preguntas, amigo.

Desde que sabía que esa noche iba a ver a Laia, notaba que me había relajado. No me importaba realmente a qué se dedicaba Blind John ni si era o no el novio de mi hermana. Suponía que vivirían en una especie de comuna, como los amigos que Laia frecuentaba en Barcelona. Por el modo en que Mona y Ferrán se habían referido a ella, parecía totalmente integrada en la vida de la isla. Estaba de buen humor y decidí seguirle la corriente a Ferrán.

—A ver, ¿cuáles son las preguntas correctas?

—Las que sepa contestar.

Miré alrededor, como si jugásemos al veoveo.

Ya lo tenía.

—¿Por qué este sitio se llama El Mono Desnudo?

Ferrán aplaudió. Había acertado con una pregunta cuya respuesta conocía.

—Es el título de un libro.

—No lo había oído nunca.

—Pues es muy famoso. El mono desnudo somos nosotros, claro, el *Homo sapiens.*

—¿Por qué desnudo?

—Porque no tenemos pelo como el resto de los primates.

—¿Y de qué va el libro? ¿Lo has leído?

Asintió con energía.

—Explica el comportamiento humano desde un punto de vista exclusivamente zoológico.

—¿Es interesante?

—Mucho. Seguro que sabes que el hombre es el primate que tiene el cerebro más grande...

—Sí, claro.

—¿Y cuál crees que tiene el pene más grande?

—¿El pene? No sé. ¿Los gorilas?

Negó más enérgicamente aún.

—El hombre también.

—¿Seguro?

—¿A que ahora entiendes muchas cosas, amigo?

Ferrán miró hacia el muelle, donde algo le llamó la atención. Terminó la cerveza, dejó la botella vacía en el suelo y se levantó.

—Ya está aquí —dijo.

—¿Quién?

—Nuestro medio de transporte.

Se acercó a un muchacho que acababa de llegar. Era el que me había ofrecido el taxi de su padre en el puerto esa mañana. Pero no había venido en coche, sino en un ciclomotor de color naranja.

Intercambió unas palabras con Ferrán, le dio el ciclomotor y después se marchó.

—¿Vamos a ir en eso? —murmuré, preguntándomelo a mí mismo.

Ferrán me hizo gestos subido ya al ciclomotor. Fui a su encuentro.

—¿Vamos a ir en esto? —repetí, ahora que sí podía oírme.

—«Esto» es un Vespino, amigo.

—No va a poder con los dos.

—Claro que puede. Cincuenta centímetros cúbicos.

—Tiene pedales. Es una bicicleta.

—Son solo para arrancar. Venga, súbete de una vez.

—¿Vamos ya a la casa de Blind John?

—Antes tenemos que pasar por otro sitio.

8

No sabía qué le iba a decir a Laia cuando la viera. Mientras recibía el aire en la cara, sentado detrás de Ferrán en el Vespino como Nova en la grupa del caballo del astronauta Taylor, ensayaba mentalmente cuáles deberían ser mis primeras palabras. Mi hermana y yo nos íbamos a reencontrar, después de dos años, en una fiesta, rodeados de extraños —al menos para mí—, y ella no tenía ni idea de que yo fuera a hacer acto de presencia. Sería una sorpresa, sin duda, pero probablemente también una situación embarazosa. Tal vez no debería aparecer sin anunciarme, sin avisarla de que estaba allí. Porque, aunque Laia me recibiera con los brazos abiertos, a renglón seguido me preguntaría qué hacía en Ibiza. Y yo no podía soltarle a bocajarro que nuestro padre había muerto. Tendría que llevármela a un aparte para hablar con ella en privado. Y le arruinaría la fiesta.

Quizá no fuera una buena idea que yo apareciera esa noche.

—¿Dónde estamos yendo?

Mientras yo elucubraba, Ferrán se había metido con el ciclomotor en el casco antiguo de la ciudad, lo que en la guía llamaban Dalt Vila, y estábamos ascendiendo por callejuelas empinadas.

—Tengo que recoger una cosa aquí al lado. Ya estamos llegando.

Minutos más tarde, detenía el Vespino en la puerta de un hotel. Nos bajamos del ciclomotor y lo puso en el caballete.

—Espérame aquí. No tardo nada.

Se metió dentro del hotel sin darme la oportunidad de abrir la boca. Estábamos muy cerca de la catedral, o sea en lo más alto de

la ciudad. El nombre del hotel era El Corsario, y ocupaba un edificio muy antiguo, posiblemente medieval. El cielo había empezado ya a oscurecerse. Calculaba que en menos de una hora sería de noche. Ferrán no me había dicho a qué distancia estaba la casa de Blind John, pero seguro que en el Vespino tardaríamos una eternidad en llegar.

Encendí el último Lucky del paquete. Nunca había fumado de manera habitual, solo los Bisontes que le pedía o le birlaba a Toni en el estudio. Desde que había muerto mi padre, sin embargo, fumaba cada día más que el anterior. Cuando arrugué la cajetilla vacía y la tiré al suelo, lo hice sintiendo una insólita ansiedad, y paladeaba cada bocanada como si en vez de tabaco estuviera quemando la mirra del santo pesebre. Las volutas de humo que flotaban en el aire me trajeron inevitablemente a la cabeza el recuerdo de Eva. Con la excitación de saber que dentro de un rato tendría la oportunidad de reencontrarme con mi hermana, había pasado por alto que Ferrán me había dicho que quizá las rusas también acudirían a la fiesta. Si no era capaz de imaginar qué le diría a Laia, menos aún se me ocurría cómo podría enfrentarme a Eva, ni qué pensaría ella de mí después de que la noche anterior me hubiera desmayado. ¿Admitiría delante de la rusa que solo tenía recuerdos muy vagos, casi inexistentes, de nuestra conversación?

Ferrán salió del hotel. Volvía con una especie de talega de cuero colgada en bandolera que antes no llevaba.

—Listo, amigo. Ahora sí podemos irnos a la fiesta.

Arrancó el Vespino y le di una última calada al cigarrillo antes de trepar de nuevo en el asiento detrás de Ferrán. Bajamos por las calles en cuesta más deprisa de lo que me habría gustado.

—¿Está muy lejos la casa de Blind John?

—A una media hora.

Nos llegaba el eco de la música del festival que se celebraba al otro lado de la muralla, en Portal Nou, donde ya no tenía sentido ir a buscar a Laia. Salimos del casco antiguo por la misma puerta que habíamos entrado, la principal, flanqueada por dos estatuas romanas, y nos alejamos de la música dejando poco a poco la ciudad detrás de nosotros. Todavía había claridad en el cielo. En pocos minutos desaparecieron las casas a ambos lados de la carretera y el asfalto en muchos tramos. Los pinos, las sabinas y algunos olivos se apropiaron del paisaje.

El Vespino alcanzaba en las rectas los cuarenta kilómetros por hora, cincuenta si la pendiente ayudaba. Ferrán mantenía el puño del acelerador girado a tope, exigiéndole al motor su máxima potencia. Rebasamos a tres campesinas que caminaban en fila por la cuneta. Iban vestidas como las de la postal que Laia había mandado a Agustina, cubiertas de la coronilla a los pies. Debajo del pañuelo que les tapaba la cabeza asomaban unas gruesas trenzas. Ferrán las saludó con dos breves bocinazos y agitando en el aire la mano izquierda. Entramos en una zona de vegetación más tupida a ambos lados de la carretera y Ferrán encendió el faro del Vespino.

—¿De qué conoces al hijo del taxista?

—¿Cómo dices, amigo?

Hablábamos elevando la voz por encima del ruido del motor.

—El que te ha traído la moto.

—¿Fonsi?

—No sé cómo se llama. Esta mañana estaba en el muelle buscando clientes para su padre. Me dio su teléfono.

—Fonsi. Un buen chaval.

—¿Es suya la moto?

—Digamos que la tenemos a medias. Le faltaba algo de dinero para comprársela y yo le conseguí un trabajo. A cambio, me la

presta cuando se la pido.

—¿Qué trabajo?

—Le presenté a gente que contrata el taxi de su padre para moverse por la isla.

El tramo de carretera por el que pasábamos tenía el firme en muy mal estado, lleno de baches. Ferrán aminoró la marcha.

—¿Gente como Jerry el Americano?

Ferrán no contestó. No sabía si porque le había molestado la pregunta o porque debía concentrarse en el camino que, de repente, se había transformado en un canchal. El Vespino traqueteaba violentamente y tenía que agarrarme con fuerza al asiento para no caerme. Ferrán no acertó a esquivar un socavón en el que se clavó la rueda delantera produciendo un ruido que no presagiaba nada bueno. Detuvo el motor y nos bajamos a trompicones del ciclomotor. Lo empujó hasta el arcén para inspeccionarlo. Se confirmó la evidencia. Habíamos pinchado.

—Mierda... Mierda... Mierda —pronunció Ferrán tras confirmar que la rueda había perdido la presión. Ningún énfasis, más allá de la repetición, en la interjección por triplicado; misma entonación y cadencia desganada en los tres casos.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

Se había hecho de noche y estábamos varados en una carretera perdida. Ferrán miró a izquierda y derecha, orientándose.

—Creo que estamos a mitad de camino —dijo—. Demasiado lejos, tanto para ir como para volver a pie.

Se sentó en un mojón de piedra que en algún momento debió de tener pintado el kilómetro y el número de la comarcal. A mitad de camino, acababa de decir. Hacía casi media hora que habíamos salido de la ciudad, que era el tiempo que me había comentado que tardaríamos en llegar a la fiesta.

—¿Entonces?

—Entonces, amigo, habrá que esperar a que pase alguien y nos lleve.

Abrió la talega de cuero que recogió en el hotel y sacó un librillo de papel de fumar.

—¿Te queda tabaco? —preguntó.

—Me fumé el último mientras te esperaba en el hotel.

—No importa. También tenemos hierba.

Había poca luz, la de una luna creciente que se colaba entre los pinos, y yo no distinguía bien el contenido de la talega. Ferrán hurgó dentro y cogió de entre varias cosas un saquito lleno de unas hojas verdes. Colocó un pellizco en un papelillo y comenzó a liarlo.

—En lugar de pedirle prestado el Vespino, podías haberle dicho a tu amigo que su padre nos trajera a la fiesta en el taxi.

Ferrán se rio y asintió con la cabeza. Paseó la lengua por el borde engomado del papelillo. Se tomó unos segundos para encender el porro con parsimonia. Le dio una calada reteniendo el humo y luego me lo ofreció.

—No, gracias.

Expulsó el humo hacia el cielo.

—¿Quién te ha hablado de Jerry? —preguntó con curiosidad.

Decidí hacerme el misterioso.

—Un amigo común.

Volvió a asentir. Escupió una hebra del porro que se le había quedado en la lengua.

—Supongo que no vas a contestarme si te pregunto a qué se dedica —dije con sorna.

La dentadura infinita de Ferrán brilló a la luz de la luna.

—Tienes que dejar de hacer tantas preguntas, Daniel.

No pensaba hacerle caso.

—¿Es a él a quien has ido a ver al hotel?

—Lo digo en serio, amigo —contestó.

Pero lo dijo sonriendo.

Los faros de un coche barrieron la primera fila de pinos en la última curva que habíamos tomado antes de pinchar. Inmediatamente después, el ruido del motor. Enseguida apareció un todoterreno que se aproximaba a nosotros cabeceando y levantando polvo por la accidentada carretera.

—Hazle señas, que nos vea —me pidió Ferrán poniéndose de pie.

La calzada era estrecha. Di un paso hacia el centro y levanté los brazos en el aire. Era el mismo Land Rover verde con techo de lona que vi desembarcar del vapor. Se detuvo a nuestra altura. Al volante no iba el hombre que lo conducía esta mañana, sino una mujer menuda de unos treinta años con el pelo alborotado, nariz respingona y unos dientes grandes que le obligaban a fruncir los labios como si siempre estuviera reprimiendo una sonrisa. Sacó el brazo por la ventanilla y señaló el Vespino.

—¿Necesitáis ayuda?

Hablaba en inglés con un fuerte acento alemán.

—Se nos ha pinchado una rueda —contestó Ferrán—. ¿Nos puedes acercar? No vamos muy lejos. ¿Conoces la casa de Blind John?

—Claro. Me pilla de camino. Uno de vosotros tendrá que ir detrás.

Ferrán me dio una palmada en la espalda y se metió en el Land Rover por la puerta trasera.

—¿Y dejamos aquí la moto? —le pregunté preocupado.

—Ya volveré a buscarla —respondió con su flema habitual.

Subí al asiento del copiloto y la mujer reanudó la marcha.

—Así que Blind John da la bienvenida al verano con una de sus fiestas —dijo.

Cuando por fin desplegó una sonrisa, sus ojos se entornaron y los pómulos se le inflaron en un gesto de niña traviesa. No era especialmente guapa, pero derrochaba encanto y personalidad.

—¿Por qué no te apuntas? Todo el mundo es bienvenido en las fiestas de Blind John —sugirió Ferrán.

—No puedo. Me espera en casa un bebé de tres meses. Oye, esa hierba huele de miedo.

—Perdona, ¿quieres?

Ferrán metió el brazo entre nuestros asientos y le ofreció el porro. Ella dudó un segundo y luego lo cogió con dos dedos.

—Una caladita nada más.

Dio una chupada corta e intensa e hizo ademán de pasármelo. Lo rechacé con una media sonrisa.

—A mi amigo le sienta regular —explicó Ferrán con tono burlón tras recuperar el porro. A su alrededor, en la parte trasera del Land Rover, se amontonaban bastidores y lienzos y olía a trementina.

—¿Pintas? —le pregunté a nuestra rescatadora.

—Sí. He ido a la ciudad a recoger materiales. Tenía que haberlo hecho mi marido esta mañana al bajar del barco, pero se le ha olvidado.

—¿Un americano muy alto con el pelo rizado? —pregunté.

—Ese es Cliff. ¿Le conoces?

—Nosotros también llegamos esta mañana en el vapor. Le vi bajar con el coche. ¿Él también es artista?

Sentía la mirada de Ferrán clavada en mi nuca. La ignoré.

—Es escritor.

—¿En serio? ¿Qué escribe? ¿Novelas?

—Ahora está escribiendo la biografía de un colega pintor que también vive en la isla. Pero normalmente escribe ficción, sí.

—¿Un pintor famoso? ¿Cómo se llama?

—Elmyr. No es tan famoso, pero su vida merece la pena ser contada.

—Conozco a Elmyr —dijo Ferrán—. Un viejo muy simpático.

—Si te oye llamarle viejo —replicó ella riendo— dudo mucho de que vuelva a ser simpático contigo.

Permanecimos un rato en silencio. La mujer conducía el Land Rover deprisa, con la confianza de quien ha memorizado los baches y el trazado de la carretera.

—Si no os importa, os dejo al principio del camino que va a la casa de Blind John.

Llegamos a una zona en la que empezaban a verse algunas luces de casas desperdigadas por las colinas que nos rodeaban.

—¿Eres amiga suya? De Blind John, me refiero.

Vi por el retrovisor a Ferrán moviendo la cabeza, dándome por imposible.

—Somos vecinos —respondió ella.

—Parece que todo el mundo conoce a todo el mundo en Ibiza.

—Es una falsa impresión. Aquí, en realidad, nadie conoce a nadie. En esta isla hay más secretos que pinos. Y, como ves, hay muchos pinos.

Sonrió y frenó el coche sin parar el motor. Nos detuvimos junto a una pista de tierra.

—Muchas gracias, amiga —dijo Ferrán zanjando la conversación.Luego abrió la puerta trasera y saltó al exterior.

—Pasadlo bien —dijo ella.

Yo abrí la portezuela, pero antes de bajar, me giré hacia la mujer.

—¿Puedo preguntarte cómo te llamas?

—Edith —respondió.

Le tendí la mano y ella me la estrechó.

—Daniel. Daniel Carreras. Muchas gracias por recogernos, de verdad.

—Un placer, Daniel.

Salté del Land Rover y ella arrancó. Se despidió agitando la mano por la ventana. Ferrán había empezado a recorrer la pista de tierra sin esperarme. Estaba muy oscuro y temía perderle. Corrí para alcanzarle.

—Qué mujer más agradable, ¿no? —comenté cuando llegué a su lado.

—Así que Daniel Carreras. —Ferrán se rio—. Por un momento he pensado que ibas a entregarle una tarjeta de visita. ¡O a sacar una placa!

—¿Qué dices?

—Tú y tus preguntas, amigo. Pareces un policía. Encima de que se para y se ofrece a traernos, tú la sometes a un interrogatorio.

No estaba enfadado, su tono era jovial. Se diría que mi comportamiento le producía más risa que desdén. Caminaba rápido y yo no veía bien por dónde pisábamos.

—Era simple curiosidad —me excusé—. De algo teníamos que hablar. No he visto que se sintiera incómoda en ningún momento.

—Ella no. Y a mí tampoco me importa que me frías a preguntas. Pero si piensas continuar sometiendo al tercer grado a toda la isla, te vas a encontrar con gente a la que no le haga tanta gracia.

—¿Por qué?

—Porque muchos vienen aquí precisamente para no tener que dar explicaciones. Unos se marcharon de su país para no ser reclutados y enviados a Vietnam. Otros quieren alejarse de un padre o de un marido violento, o pretenden comenzar de nuevo después de pasar una temporada en la cárcel, o buscan evitarla por haber lucido el uniforme de los perdedores en la Guerra Mundial. Por eso nadie usa

el apellido. Jerry es el Americano para distinguirlo de Gerry el Irlandés. Están los dos Steve, a los que los locales llaman Steve Primero y Steve Segundo. Yo conozco, al menos, a cuatro John: Blind John, Wanted John, Unwanted John y Spade John. No sé el apellido de ninguno. A nadie le importa de dónde vienes ni por qué. Ni, por supuesto, a qué te dedicas.

La mención a los perdedores de la guerra me sorprendió.

—¿Hay nazis en la isla?

—Los alemanes llegaron antes que nadie, en los años treinta. Primero, judíos que huían de Hitler. Luego, nazis que huían de Nuremberg. Y yo he visto a unos y otros jugar juntos a la petanca.

—¿Lo dices en serio? ¿Cómo es posible?

—Porque ninguno le pregunta al vecino sus apellidos ni a qué se dedicaba antes de establecerse aquí. Así funcionan las cosas en Ibiza, amigo.

Oímos, aún lejanos, unos tambores.

9

El resplandor de una hoguera se vislumbraba entre los pinos. Los tambores sonaban cada vez más cerca. Ferrán y yo parecíamos dos exploradores aproximándonos en mitad de la noche al campamento de los adoradores de Kong en la isla Calavera.

—Te prometo que a Blind John no le haré preguntas. No te avergonzaré delante de nuestro anfitrión.

—Blind John no va a estar en la fiesta.

—¿Cómo?

—Está en Londres.

—¿Da una fiesta en su casa y él está de viaje?

Ferrán se encogió de hombros.

—¿Cómo no me lo has dicho antes?

—Porque no me lo has preguntado. Y mira que me has hecho preguntas, pero esa no —dijo riéndose de mí.

—¿Y si Laia se ha ido con él?

—Lo dudo. Blind John tiene mujer e hijos y una vida respetable en Londres.

La hoguera estaba en un claro delante de la casa, dos cubos blancos superpuestos con un emparrado en la entrada bajo el que tocaba una pareja de percusionistas. Uno de ellos era Günther el Faquir. El otro, un negro con el pelo afro. Estaban rodeados de media docena de personas sentadas en cojines y en unos muebles de jardín de hierro. Charlaban, bebían y compartían una pipa de agua a la luz de las velas. Cuando Günther nos vio, introdujo una

serie de golpes más secos y a contratiempo en sus bongós, una especie de código, que alertó a los demás de nuestra llegada. Se giraron a mirarnos y fuimos recibidos con un murmullo unánime de aprobación. Más exactamente, Ferrán fue recibido con un murmullo unánime de aprobación. Dos de los que fumaban en los cojines se levantaron y se lo llevaron casi en volandas hacia el interior de la casa.

—Pórtate bien, amigo —me aconsejó Ferrán, y giró la cabeza antes de hacer mutis.

Günther sonrió y me saludó con un gesto sin dejar de tocar los bongós. No me pareció oportuno interrumpirle para preguntarle por las rusas —en realidad, por Eva—; le devolví el saludo y la sonrisa y rodeé la casa sin atreverme aún a acercarme demasiado. Laia estaba en alguna parte de esa propiedad. Las ventanas estaban abiertas y a través de ellas veía siluetas y sombras temblorosas de gente bailando. Dentro sonaban una flauta y un instrumento de cuerda que no identificaba tocando una melodía de aire hindú. Pero la mayor parte de los invitados conversaban formando corros en el jardín trasero.

Me tropecé con algo que me sacudió los pantalones y emitió un graznido. Me dio un susto de muerte. Un pato. Ahora que mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, comprobé que también había gallinas sueltas que picoteaban la hierba a mi alrededor. Al fondo había una alberca de piedra en la que flotaban unas lamparitas de papel con unas velas pequeñas, como las votivas que se ponían delante de las imágenes de vírgenes y santos en las iglesias. De hecho, toda la iluminación interior y exterior de la casa procedía de velas, candiles y quinqués; no había electricidad, por lo que era difícil distinguir los rostros de las personas que pululaban por el jardín. Paseé entre los corros disimulando, esbozando una

sonrisa, lamentando no tener un cigarrillo que me diera una excusa para hacer algo con las manos.

La gente era de lo más variopinta. Predominaban los jóvenes *hippies* de ambos sexos y de todas las razas, pero también había cincuentones con *blazer* y pantalones blancos que bien podrían estar bebiendo en la cubierta de un yate, y mujeres con traje de noche que no desentonarían en la ópera. La persona de mayor edad era un hombrecillo de unos sesenta años que llevaba una camisa estampada por fuera de los pantalones, pero ceñida a la altura del ombligo con un cinturón de cuero. Se peinaba el pelo canoso con la raya muy baja, para tapar las generosas entradas. Las cejas eran, sin embargo, pobladas y oscuras. Me descubrió mirándole y sonrió insinuante. Cuando movió la cabeza, un reflejo me reveló un accesorio en el que no había reparado: llevaba un monóculo. Levantó su vaso de vino y yo sonreí y aparté la mirada. Seguí con mi paseo, huyendo discretamente de un posible acercamiento.

Laia no estaba en el jardín. Eva tampoco, ni ninguna de sus dos amigas. Por un momento barajé la posibilidad de marcharme caminando por donde había venido y hacer autostop para regresar a la ciudad. O podría llamar al taxista para que viniera a recogerme, aunque si no había electricidad, dudaba mucho de que hubiera teléfono. No me quedaba otro remedio que armarme de valor y entrar en la casa.

El salón era muy amplio y estaba repartido en dos alturas. En las paredes encaladas colgaban algunos cuadros abstractos y piezas de cerámica. A la izquierda había una chimenea con el hogar lleno de cirios. Enfrente, un banco de obra ocupado por gente que discutía animadamente en inglés sobre un asunto que tardé en comprender. Hablaban de ratas. Uno se quejaba de que la ciudad vieja estaba infestada de roedores. Otro apuntaba a que el problema había

saltado a las páginas de los periódicos y que el Ayuntamiento había prometido poner coto a la situación. Responsabilizaban a la afluencia de turistas. Por su culpa había más basura en las calles. Eso también provocaba que hubiera muchos mosquitos, argumentó una mujer que se levantó la falda para enseñar las picaduras que tenía en los muslos. No llevaba bragas, sino un minúsculo triángulo de tela que le tapaba exclusivamente el pubis y que se sujetaba a las caderas por un fino cordel. Nadie, salvo yo, pareció prestar atención a ese detalle; todos se fijaron en los habones que, efectivamente, enrojecían sus piernas.

Continué con mi ronda de reconocimiento. No encontraba a quien buscaba, pero me topé con la mesa en la que estaban dispuestas las bebidas. Había todo tipo de licores, vino blanco y tinto, una cubitera llena de hielo y unos platitos con aceitunas, frutos secos y unos canapés. Me serví una copa de tinto y cogí un hojaldre relleno de sobrasada. Al fin tenía las manos ocupadas. En una estancia aledaña estaban el flautista y otro tipo que tocaba una especie de laúd. Era la primera vez que veía un sitar. Unos cuantos invitados, chicos y chicas, bailaban con los ojos cerrados, como en trance. Ninguna de ellas era Laia. En un rincón localicé a Ferrán sentado en una cama con los dos que habían salido a buscarle y una mujer oriental que no paraba de hablarle al oído y con la que compartía un porro. Alguien me tocó en el hombro.

—Señor Carreras, qué sorpresa.

Era el abogado Ribas. Había cambiado el traje y la corbata por una túnica negra con unos bordados en hilo dorado. Llevaba en la mano una copa de vino blanco que sujetaba estirando el meñique de la sortija con la piedra roja.

—Mi hermana vive aquí —le dije sin preámbulos.

—Lo sé. Nada más llegar enseñé su foto a varias personas y enseguida la identificaron.

—¿Dónde está? ¿La ha visto? —pregunté con una vehemencia que delataba mi ansiedad.

Ribas negó con la cabeza.

—Su hermana vive aquí, pero ahora mismo está de viaje.

Me venció la desesperación.

—En Londres con Blind John —aventuré, y después me bebí la copa de vino de un trago. La dejé sobre una mesa. Ribas acusó con un gesto la sorpresa que le produjo comprobar que disponía de tantos datos.

—No. Su hermana se fue a finales de abril, principios de mayo. Al parecer a Marruecos.

—¿Marruecos? ¿Y cuándo vuelve?

—No me han sabido decir.

De repente, la música monocorde, el ambiente cargado y la penumbra se me antojaron insoportables y sentí la necesidad de salir a respirar aire fresco. El abogado me siguió hasta el jardín.

—¿Qué se le ha perdido a Laia en Marruecos? —pregunté.

—Ha ido con un par de amigos. Imagino que de vacaciones.

—Laia vive en unas vacaciones permanentes desde hace muchos años, señor Ribas.

El abogado metió una mano en un pliegue de su túnica y sacó un paquete de cigarrillos.

—¿Fuma?

Era justo lo que necesitaba. Cogí uno y Ribas me lo encendió. Luego prendió él otro. El hombrecillo del monóculo surgió de la nada y se plantó delante de nosotros.

—¿No me vas a *introducir a ton ami*, Louis?

Lo dijo clavándome la mirada y repitiendo la sonrisa seductora. Hablaba susurrando con un acento indefinido, mezclando palabras en distintos idiomas.

—Por supuesto —contestó el abogado—. Daniel, le presento a Elmyr, toda una institución en Ibiza. Daniel acaba de llegar hoy mismo a la isla.

Elmyr me tendió una mano blanda y con la palma hacia abajo, como invitándome a besársela. Yo se la estreché.

—Mucho gusto —dije.

—*Enchanté*, Daniel —saludó el hombrecillo—. No haga caso a Louis... *Une institution*, qué maldad, no soy tan *vecchio*.

Ribas soltó una de sus carcajadas.

—Lo que quiero decir es que eres uno de los miembros más destacados de nuestra comunidad.

—*Io sono* uno más... Elmyr, un humilde artista.

Entrecerró los ojos y dejó caer el monóculo, que quedó colgando de una cadenita sujeta a un ojal de su camisa.

—Un artista famoso —dije yo—. Tanto que están escribiendo su biografía.

A Elmyr le encantó constatar que su fama le precedía.

—¿Cómo sabe esto, Daniel? —preguntó vanidoso.

—Me lo ha dicho una amiga suya: Edith.

—*Meine liebe* Edith! *J'adore*... ¿*Elle* está *qui*?

—No, tenía que cuidar de su bebé —respondí, como si la conociera de toda la vida.

—Muy malvada, Edith —dijo fingiendo estar molesto—. Ella ha contado nuestro *petit secret*.

—Toda Ibiza sabe que Clifford está escribiendo un libro sobre ti —intervino Ribas.

—Toda Ibiza no... *Non sono* tan importante...

Reparó en que yo no tenía nada de beber en la mano y en que la copa del abogado estaba prácticamente vacía.

—Elmyr sabe dónde *haber champagne* bien *freddo* —dijo el pintor guiñándonos el ojo en el que hasta hace un momento llevaba el monóculo.

—Lamentándolo mucho —se disculpó Ribas—, yo ya me iba. Mañana tengo una reunión en la Cámara de Comercio a primera hora.

—¿Ha venido en coche? —le pregunté.

El abogado asintió.

—¿Le importa llevarme de vuelta a la ciudad? Yo también debería irme.

—Claro, será un placer —dijo Ribas.

—No *mi abbandonare*, por favor —imploró Elmyr—. Quédate un rato, Daniel. *Io* también tengo mi coche *e* puedo *portarlo* luego *a casa sua*.

—Es usted muy amable, Elmyr, pero apenas he dormido en el barco y estoy agotado.

El hombrecillo puso cara de cordero degollado.

—En otra ocasión —prometí tratando de ser cortés.

Se le iluminó el rostro y se aferró a mis palabras.

—*Domani* vienen amigos a cenar a La Falaise. *Petit comité.* Viene Edith y viene Cliff —dijo Elmyr, y se volvió al abogado —: Louis, tú vienes con *mon ami* Daniel.

Le colocó la mano en el pecho y cerró teatralmente los ojos. Era un encargo que no podía ser rechazado.

—Allí estaremos —aseguró Ribas sonriendo.

Yo, qué remedio, sonreí también.

—Hasta pronto —se despidió Elmyr acariciándome suavemente el brazo.

El abogado y yo nos marchamos rodeando la casa.

—¿Dónde ha dicho que es la cena? —pregunté en cuanto nos alejamos unos pasos.

—La Falaise es el nombre de la casa de Elmyr. Una de las más bonitas de la isla.

Giré un momento la cabeza y vi que el hombrecillo seguía exactamente donde le habíamos dejado, mirándome con esa sonrisa juguetona suya. Continué caminando sin volver a mirar atrás.

—Entonces es usted amigo de Edith —dijo Ribas.

—La he conocido esta tarde, hace un rato. Al que me ha traído a la fiesta se le ha pinchado una rueda de la moto y ella nos ha recogido en su coche.

—¿No quiere despedirse de su amigo?

—No creo que Ferrán me vaya a echar de menos.

—Ah, Ferrán —dijo Ribas, dando a entender que sabía a quién me refería.

—Lo conoce, claro. Puigvert desde luego no exageraba.

Ribas se rio.

—Ferrán es muy popular.

El tono de sus palabras sugería que su popularidad se debía a motivos inconfesables. Aun así, intenté que el abogado me los revelara.

—¿Popular en qué sentido?

Pasamos junto a la hoguera. Tiré la colilla de mi cigarrillo al fuego. Günther y su compañero ya no estaban tocando los tambores.

—Entenderá que, dada mi profesión, me vea obligado a hacer gala de la mayor discreción —dijo Ribas.

—¿Ferrán es cliente suyo?

—No puedo proporcionar esa clase de información.

Era obvio que el abogado disfrutaba con ese juego del gato y el ratón; en ningún momento le abandonó la sonrisa. Le acompañé hacia el otro costado de la casa, en donde había varios coches aparcados en una explanada. El suyo era un Volkswagen Escarabajo de color blanco.

—¿Trabaja entonces para algún cliente suyo? Esta mañana lo vi con su amigo Jerry.

Tiró su cigarrillo al suelo y lo pisó. Se subió al coche. Me abrió desde dentro la portezuela del copiloto. No respondió.

—El Americano, no el Irlandés —insistí.

A punto estuvo de soltar una de sus carcajadas. Me senté a su lado, cerré y él giró la llave de contacto.

—Es sorprendente la cantidad de gente con la que se ha cruzado en su primer día en la isla —comentó con sincera admiración mientras quitaba el freno de mano. Encendió los faros y comenzamos a descender despacio por el mismo camino de tierra por el que habíamos subido andando Ferrán y yo.

—Con todos menos con la que venía a buscar.

—¿Qué piensa hacer? ¿Se vuelve a Barcelona? Yo le avisaría tan pronto como su hermana regrese de sus vacaciones.

—Tengo cuatro noches de hotel pagadas. Y me han invitado a una cena mañana. No quiero que Elmyr piense que soy un maleducado.

—Por supuesto que no. Aproveche también para hacer un poco de turismo. Puede alquilar un coche, o le puedo recomendar a un taxista de total confianza que le hará un *tour* por un buen precio.

—¿Alfonso, el padre de Fonsi, por un casual? —pregunté fingiendo inocencia.

Ahora sí. La carcajada de Ribas resonó dentro del coche. Llevábamos las ventanillas cerradas para evitar que se colara el polvo del camino.

—Daniel... —me pidió cuando se recompuso—. ¿Le importa si nos tuteamos?

—En absoluto. Ya me han explicado que en Ibiza nadie usa el apellido.

—Daniel, me encanta tu sentido del humor —dijo con honestidad —. Creo que nos vamos a llevar muy bien. Pero debes tener cuidado con algunas cosas.

El abogado se calló un momento porque habíamos llegado a la carretera. Antes de incorporarse, miró a izquierda y derecha para asegurarse de que no venía ningún vehículo.

—Hago demasiadas preguntas, ¿no?

Negó con la cabeza.

—Esperas demasiadas respuestas.

Ribas aceleró y condujo en la oscuridad por la sinuosa carretera de tierra con la misma soltura que había demostrado Edith. Entreabrí la ventanilla para que corriera algo de aire.

—¿Sabes?, yo mismo estoy sorprendido —le confesé—. No sé qué me pasa. Yo no soy así, no me gusta meterme en la vida de nadie. Pero desde que he llegado a la isla siento la necesidad de entender todo lo que me rodea. Como si fuera un astronauta en un planeta desconocido recolectando datos de una civilización extraterrestre. ¿Has visto *El planeta de los simios?*

—Aún no. Dicen que es muy buena.

—Yo la he visto esta tarde.

—¿También te ha dado tiempo a ir al cine?

—No te la quiero chafar, pero comienza con unos astronautas que llevan seis meses viajando por el espacio exterior. Como lo hacen a una velocidad muy superior a la de la luz, esos seis meses son en realidad setecientos años de la Tierra. Pues bien, me parece increíble que fuera ayer, hace solo unas horas, cuando me embarqué

en el vapor en Barcelona. No te digo setecientos años, pero tengo la sensación de que ha pasado por lo menos una semana.

Al abogado le divertía mucho lo que le contaba. Me miró con suspicacia.

—¿Es posible que tu amigo Ferrán tenga algo que ver con esa sensación?

Justo en ese preciso instante, las luces del Escarabajo alumbraron el Vespino naranja abandonado en la cuneta. Lo dejamos atrás.

—A Ferrán lo he conocido en el barco. Compartíamos cabina. Anoche montó una pequeña fiesta con unos amigos y bebí y fumé con ellos. Caí redondo. No recuerdo nada de lo que hice durante varias horas. Me he despertado solo en mi litera con un dolor terrible de cabeza.

La nueva carcajada de Ribas, la más estruendosa hasta el momento, se escapó por la rendija de mi ventanilla abierta.

—Definitivamente, debes tener cuidado, Daniel —me advirtió sin dramatismo.

—Creía que la grifa no era tan peligrosa.

—Lo que suele fumar Ferrán no es la grifa de los que hacen la mili en África, ni el hachís que encuentras en la calle. Es polen afgano de la máxima calidad. Mucho más potente. Si no estás acostumbrado, puede tumbarte, como me acabas de contar que te pasó a ti. También te tumbaría beber vino como si fuera agua, o *whisky* como si fuera vino. No es particularmente peligroso. Como todo en la vida, depende de la dosis.

Recorrimos en diez minutos la misma distancia que nos había llevado media hora en el Vespino. El alumbrado eléctrico anunciaba la proximidad de la ciudad.

—Aquí en la isla circulan muchas drogas —continuó—: hachís, ácido, barbitúricos, opio, heroína... Seguro que te tientan con ellas

en algún momento. Si decides consumir, que no sea heroína. Ese es mi único consejo a título personal. Como abogado, te recuerdo que todas son ilegales, claro.

—¿Tú tomas alguna?

Ribas sonrió.

—Lo que te acabo de decir: esperas demasiadas respuestas.

Recibí el mensaje y no le importuné más. Enseguida reconocí las calles por las que circulábamos.

—Tengo el garaje lejos de tu hotel —dijo—. Si te bajas en el puerto, ¿sabrás llegar andando desde allí?

—Sin problema —contesté.

Ribas detuvo el Escarabajo en una esquina desde la que se veía la fachada lateral del Montesol a un par de manzanas.

—Muchas gracias por traerme. Y por todo lo demás.

—Descansa, Daniel. Mañana te paso a buscar a eso de las seis, seis y media. ¿Te parece bien? Los extranjeros cenan temprano.

—A las seis estaré esperándote en la terraza del Alhambra. Buenas noches —me despedí.

Bajé del coche y crucé por un paso de cebra. Había bullicio, gente caminando por la acera. El Escarabajo se alejó y desapareció por una bocacalle. Conforme me acercaba al hotel, tomé verdadera conciencia de lo cansado que estaba. Solo podía pensar en llegar a mi habitación y tirarme en la cama a dormir. Necesitaba un sueño reparador y profundo, como el de los astronautas en las cápsulas de cristal de su nave.

Este mono desnudo se rendía por hoy.

10

Me despertaron los golpes en la puerta de la limpiadora del hotel. Eran más de las diez y el sol entraba por el balcón desde hacía horas sin que yo hubiera abierto los ojos ni una vez. Le pedí a la mujer que por favor volviera más tarde y me metí bajo la ducha para despejarme. El agua fría consiguió que la sangre volviera a circular por mi cuerpo.

Delante del espejo, decidí no afeitarme tampoco esa mañana. Me peiné el pelo todavía húmedo hacia atrás, sin hacerme la raya que siempre había llevado. Un mechón rebelde caía a un lado de la frente, no tan largo como el flequillo de Toni. Me recordó que tenía que llamarle. A él y a Agustina. A esta hora, Toni estaría trabajando en el cuarto oscuro. Llamé a recepción y les di el número del estudio. No me dio tiempo a terminar de vestirme; a los pocos minutos lograron establecer la conferencia.

—¿Dígame?

—Toni, soy yo.

—Daniel, espera un segundo. No cuelgues.

Me senté en la cama. Necesitaba un cigarrillo, pero no tenía.

—Ya está. Es que tenía que poner unas copias en el baño de paro. ¿Qué tal? ¿Has sabido algo de Laia?

—Sí. He averiguado dónde vive y que está bien. Pero no la he podido ver. Se ha ido de viaje.

—¿De viaje? ¿A dónde?

—A Marruecos. Y no tengo ni idea de cuándo vuelve.

Toni se quedó callado. Me abotoné la camisa.

—¿Por ahí todo en orden? —pregunté.

—He revelado todos los retratos individuales de las teresianas. Solo me falta ampliar las fotos de dentro de la iglesia.

—Has ido rápido. ¿Te está ayudando tu padre?

—No. Prefiero trabajar solo.

Se produjo un silencio.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

—Quedarme unos días, como tenía previsto. Trataré de enterarme de los planes de Laia.

—¿No dices que has averiguado dónde vive? Déjale recado, escríbele una carta y cuando vuelva se pondrá en contacto contigo.

—No puedo decirle por carta que nuestro padre ha muerto.

Un nuevo silencio.

—¿Y el estudio? —preguntó.

—No lo sé. Quizá deberíamos cerrar por vacaciones antes este año.

—¿Cerrar ahora?

—¿Tú qué piensas?

—El jefe eres tú.

Seguía enfadado conmigo, era evidente.

—Bueno, cuando termines las comuniones volvemos a hablar.

Colgó antes que yo. Pensé en llamar también a Agustina, pero no quería hacer esperar más a la mujer de la limpieza. Me puse los zapatos y dejé libre el cuarto. El recepcionista del bigote me hizo un gesto cuando me vio bajar por las escaleras.

—Señor Carreras, han dejado una nota para usted.

Cogí el sobre timbrado del hotel que retiró de la casilla de mi habitación. Dentro, unas palabras escritas a mano por el abogado Ribas. Me decía que había tenido que marcharse a Palma a primera

hora de la mañana para un asunto imprevisto en los juzgados y no volvería a tiempo de llevarme a la cena. Había hablado con Elmyr, que insistía encarecidamente en que yo acudiera de todos modos. Se disculpaba por el cambio de planes de última hora y me dejaba la dirección de La Falaise. Me guardé la nota en el bolsillo del pantalón y salí a la calle.

Lo primero que hice fue buscar un estanco para comprar un cartón de Lucky. Antes de que el estanquero me hubiera dado las vueltas, ya había encendido un pitillo. Era la primera vez que fumaba en ayunas. Inhalar el humo me proporcionó un alivio inmediato. Literalmente, me sentía más ligero. Caminé con el cartón debajo del brazo y busqué un sitio donde desayunar. Llegué a una plaza con un mercado en el centro y varios cafés alrededor, con mesas fuera. Me senté en la terraza del bar que hacía esquina y desde donde se veía la muralla y la puerta de la ciudad vieja custodiada por dos estatuas romanas que Ferrán y yo atravesamos con el Vespino. Le pedí al camarero un café y una tostada con tomate y butifarra que anunciaban en una pizarra, porque salvo el hojaldre de sobrasada en casa de Blind John, no había comido nada desde el mediodía del día anterior.

Saqué la guía turística y leí que en la ciudad había dos playas, la de Talamanca y la de Figueretas. Tal vez, pensé, iría a conocer alguna de ellas después de desayunar.

—Buenos días, *germanet*.

Al levantar la cabeza vi delante de mí a Mona apoyada en una bicicleta, con un capazo colgando del hombro del que asomaban unos puerros y una barra de pan.

—¿Puedo sentarme contigo?

—Por supuesto.

Puso la pata de cabra a la bicicleta, se acomodó en la única silla libre que había en mi mesa y cogió otra de la de al lado para dejar el capazo con la compra.

—Me he fijado en que aquí todo el mundo lleva una de esas —dije señalando la cesta.

—El *senalló.* Complemento imprescindible de cualquier ibicenco que se precie.

—Tendré que hacerme con uno.

—Se vende en todas partes. ¿Qué tal anoche con Laia?

Pidió permiso con un gesto para coger un cigarrillo de la cajetilla que yo había puesto encima de la mesa, sobre el cartón. Asentí y le di fuego. Hay mujeres a las que les favorece mucho fumar. Mona era una de ellas.

—Laia está en Marruecos.

La noticia le pilló de sorpresa.

—Vaya, lo siento. No tenía ni idea. Hace semanas que no la veo, pero a veces pasa mucho tiempo sin bajar a la ciudad.

—Ya volverá —dije con falsa resignación.

El camarero trajo el café y la tostada.

—¿Qué quieres tomar? —pregunté a Mona.

—Nada, estoy bien.

—Déjame que te devuelva la invitación de ayer.

Sonrió.

—Venga. Uno con leche, por favor.

El camarero se metió en el bar. Me había traído dos rebanadas de pan con tomate y butifarra.

—Ayúdame —le pedí a Mona—. No sabía que me pondrían dos.

—Esto es lo que se llama aquí una tostada. Sí solo quieres un trozo de pan, tienes que pedir una media.

Tomé nota y le pegué un mordisco a una de las rebanadas.

—¿Por lo menos lo pasaste bien en la fiesta? —preguntó.

—Me quedé poco rato. Pero me dio tiempo a ligar.

—Ah, ¿sí?

—Lástima que no fuera mi tipo.

—Qué raro. Blind John solo invita a chicas guapas a sus fiestas.

—Es que no era una chica. Era un hombre que podía ser mi abuelo. Elmyr, ¿lo conoces?

Mona se partió de la risa. Claro que conocía a Elmyr.

—Y si solo invita a chicas guapas, ¿cómo es que tú no fuiste?

Tal como le había explicado la noche anterior a Ribas, no me reconocía a mí mismo desde que había bajado del vapor. En Barcelona nunca le habría dicho algo así a una mujer. Era el tipo de cosas que haría Toni, pero no yo. Y a Mona parecía gustarle. El camarero trajo el café con leche. Ella le añadió un terrón de azúcar y le dio vueltas con la cucharilla.

—En realidad, Blind John no invita nunca a nadie —dijo—. Si te enteras de que da una fiesta y sabes dónde está su casa, puedes considerarte bienvenido.

—Aunque luego él esté en Londres.

Se volvió a reír.

—¿Tampoco conociste a Blind John?

—Tuve que conformarme con charlar con Elmyr. Y con Ribas, un abogado que me está ayudando a localizar a Laia.

—Luis el Gordo.

Mona bebió un poco de café.

—Es de locos. Todo el mundo conoce a todo el mundo en esta isla.

—Es una isla pequeña —dijo mientras depositaba la taza en el platillo.

—Pero anoche me lo desmintieron. Me contaron que en realidad nadie conoce a nadie, porque se guardan demasiados secretos.

—Eso también es cierto.

—¿Tú también?

Fumaba despacio, mirándome a los ojos.

—Yo no soy como ellos.

—¿Qué quieres decir?

—No soy artista, no busco que me descubran ni tengo ganas de experimentar. Yo ya he hecho todos los disparates que estoy dispuesta a hacer y ahora solo quiero vivir tranquila. Soy una jubilada de veinte años.

Lo dijo completamente en serio y con una extraña serenidad.

—Quiero ser mi abuela Mona —añadió sonriendo—. No quiero vivir en Irlanda, llueve demasiado, pero por lo demás ella es mi modelo.

—¿Cuándo llegaste a Ibiza?

—Nací aquí. Mi padre fue corresponsal en la Guerra Civil y cuando terminó se dedicó a recorrer el país. Vino a la isla a mediados de los años cuarenta. Conoció a mi madre, española y mucho más joven que él, la dejó embarazada y se casaron. Él es americano. Le llaman el Irlandés porque de allí proviene toda mi familia paterna.

—¿Tu padre es Gerry el Irlandés? —Mona asintió—. No le conozco, solo he oído mencionar su nombre.

—Es una celebridad en la isla. Tiene casi setenta años. Vive en el norte, en San Miguel, y consagra su existencia a sus dos grandes pasiones: beber y salir a pescar.

—¿Y tu madre?

—Vivimos juntas. Ellos se separaron hace mucho tiempo.

Mona tenía las manos grandes y los dedos largos. El modo en el que sujetaba el cigarrillo entre el índice y el corazón, a la altura de los nudillos, habría resultado masculino en cualquier otra mujer, pero

no en ella. Lo mismo sucedía con su complexión; tenía la espalda ancha, poco pecho, la mandíbula robusta. Parecía una nadadora olímpica. Lo que no aparentaba era la edad que tenía, la misma de Laia. Era una mujer hecha y derecha. Me preguntaba si mi hermana también habría madurado antes de tiempo en estos años.

—¿Qué disparates has hecho para querer jubilarte a los veinte?

Bebió un trago largo del café.

—Yo crecí muy asilvestrada, todo el día en la playa, corriendo por el monte y peleándome a puñetazos con los niños del colegio. Con quince años mi madre me mandó a estudiar a Irlanda para civilizarme. Vivía con mi abuela en Cork. Enseguida conocí a Rory, un chico que tocaba la guitarra en un grupo. Me escapé con él a Londres para ver a los Rolling Stones. Ese concierto nos cambió la vida. El grupo de Rory empezó a tener éxito y a tocar fuera de Irlanda. Yo les seguía a todas partes: Hamburgo, Londres... Hasta actuaron en la base americana de Torrejón.

Hizo una pausa para fumar. Sonreía mientras invocaba los recuerdos.

—Mi pobre abuela les dijo a mis padres que tiraba la toalla. Me convertí en una *groupie*. Durante cuatro años estuve borracha y drogada las veinticuatro horas del día, dando tumbos por Europa. Hasta que me cansé y volví a casa. Hace un año y medio de eso.

—¿Y Rory?

—La última vez que lo vi fue en un concierto que dio con su grupo en el Maritime Hotel de Belfast. Esa noche lo fichó un agente famoso y ahora debe de estar de gira por América.

Se terminó el café y apagó el cigarrillo en el cenicero. Cogió el capazo.

—¿Cuándo te vuelves a Barcelona? ¿O vas a esperar a que aparezca Laia?

—No lo tengo claro. De momento me quedo unos días. —Le enseñé la guía—. Haré algo de turismo.

—Yo trabajo casi todas las tardes en El Mono Desnudo. Hoy libro. Pero si tienes sed otro día, ya sabes.

Se levantó y se subió en la bicicleta.

—Gracias por el café.

—Espera. ¿Te apetece acompañarme a cenar a casa de Elmyr?

—¿Esta noche?

—Acabas de decir que libras. ¿Tienes otros planes?

—Pensaba quedarme en casa.

—Te lo ruego, ven. No me dejes solo con Elmyr. Irán también una pintora alemana muy simpática, Edith, y su marido, un escritor americano.

—Está bien —dijo Mona—. ¿Cómo quedamos?

—¿A las seis y media en el Montesol? Me dieron el teléfono de un taxista que nos puede llevar.

—No hace falta. Tengo coche. A las seis y media, perfecto.

Sonrió y se marchó en la bici. Tenía una pedalada enérgica con la que desapareció rápidamente por detrás de los puestos del mercado. Me comí el resto de la tostada. Volví a abrir la guía, pero en ese mismo instante cambié de opinión, la cerré y llamé con un gesto al camarero.

—Cóbreme, por favor. ¿Tienen teléfono público?

El camarero asintió y señaló hacia el final de la barra. Saqué la cartera para pagar la cuenta y además de coger el dinero busqué el trozo de cartulina con el número del taxista.

11

Alfonso era mudo de nacimiento. Su hijo Fonsi buscaba clientes entre los recién llegados en el vapor, respondía al teléfono y hacía de copiloto, dando conversación y explicaciones con la soltura de un cicerone turístico. El padre emitía unos sonidos guturales incomprensibles para todo el mundo salvo para Fonsi, que los traducía sobre la marcha como un intérprete profesional. El coche de Alfonso era un Seat 1500 de color negro que olía a limpio. La tapicería estaba como nueva y el parabrisas y las ventanillas parecían que no tenían cristales. A mi lado, en el asiento trasero, descansaba el capazo de esparto que me acababa de comprar antes de subir al taxi y en el que había guardado el cartón de Lucky y la guía de viajes de Ibiza. Fonsi presumía orgulloso de la radio del coche de su padre.

—Lacora. Doce voltios. De segunda mano. Estaba en un Simca 1200 que tuvo un accidente con menos de quinientos kilómetros. Siniestro total. Pero la radio, ni un rasguño. La pena es que en cuanto salimos de la ciudad no se coge bien la señal.

Por eso la llevábamos apagada.

—¿Hay muchos taxis en Ibiza?

—Con permiso municipal, como el de mi padre, no tantos.

—¿Siempre vas con él?

—Ahora en verano, sí, casi siempre. Como no tengo colegio...

Alfonso intervino en el diálogo con una retahíla de gorjeos.

—Dice que en cuanto cumpla los dieciocho y me saque el carné, se jubila.

Los tres sonreímos.

—Seguro que ya sabes conducir —dije.

—Mi padre me enseñó en cuanto alcancé los pedales con los pies.

—¿Le consigues muchos trabajos?

—Todos los que puedo.

—¿Cómo te apañas con los extranjeros? ¿Hablas inglés o francés?

—Entiendo un poco de inglés. Nos comunicamos con gestos.

—¿Desde cuándo conoces a Ferrán?

Le había dicho que éramos amigos.

—Desde el verano pasado.

No creí oportuno mencionar el Vespino delante del padre, por si acaso no estaba al tanto del asunto.

—¿Y a Luis Ribas lo conoces?

Fonsi puso cara de no conocer el nombre. Y la ignorancia parecía genuina.

—Le llaman Luis el Gordo. Es un abogado importante. También me recomendó vuestro taxi.

—Ah, creo que ya sé quién es. Su secretaria nos manda a veces a recoger gente al aeropuerto.

—¿Y a un americano, Jerry, con el pelo negro y unas patillas muy largas?

El padre «dijo» algo. Fonsi negó con la cabeza.

—No me quedo con los nombres de los extranjeros. Mi padre dice que estamos llegando.

No alargué más el interrogatorio. Como sentenció Ribas, esperaba demasiadas respuestas.

Atravesábamos una zona de marismas. Cuando hablé con Fonsi por teléfono desde el bar y me preguntó dónde quería que me

llevaran, le dije que a dar un paseo por una playa que no estuviera muy lejos, pero que me apetecía salir de la ciudad. El mar turquesa se extendía a nuestra izquierda. Pasamos junto a una línea férrea.

—No sabía que hubiera trenes en la isla.

—Este es el único. Se usa para transportar la sal. Mire.

Fonsi señaló unas montañas blancas hacia las que nos dirigíamos y que reflejaban el sol como si fueran de nieve.

—¿Entonces esto es lo que llaman Las Salinas?

—Sí, señor.

En algún lugar, no muy lejos, debían de estar Eva y las rusas. Pero no había ningún pueblo ni casa a la vista. Alfonso detuvo el coche cerca del muelle de donde salían los vagones cargados de sal.

—A partir de aquí tiene que ir a pie. Pase de largo el embarcadero y encontrará unas casetas de pescadores. Detrás, verá una cala con el agua más transparente del sur de la isla.

—Gracias, Fonsi. ¿Vosotros os quedáis aquí?

—El tiempo que haga falta. Por eso no se preocupe.

—No tardaré más de una hora. Solo quiero dar un paseo.

Señaló el capazo.

—¿Lleva bañador?

—No te lo vas a creer. Se me olvidó meterlo en la maleta.

—No creo que haya mucha gente —dijo en tono confidencial—. Haga como los *peluts* y métase tal cual Dios le trajo al mundo. Aquí nunca vienen los guardias.

Me guiñó un ojo.

El sol brillaba en lo alto de un cielo totalmente despejado. Me había quitado los zapatos y los calcetines y los había metido en el capazo. Llevaba la camisa abierta hasta el ombligo y los pantalones

remangados casi hasta las rodillas. La brisa jugaba con mi pelo y el agua me llegaba por los tobillos. Estaba más fría de lo que esperaba. Apenas había olas y la arena era fina y blanca. Caminé por la orilla de la cala desierta. La idea de seguir el consejo de Fonsi, quitarme la ropa y meterme en el mar, era muy tentadora.

Solo una vez me había bañado desnudo, el verano anterior en Tosa de Mar, mientras disfrutaba de unos días de vacaciones, invitado en casa de la familia de un compañero del Instituto de Estudios Norteamericanos. Conocimos a dos chicas del pueblo y nos fuimos una noche de luna llena con ellas a la playa. Mi amigo tocaba muy bien la guitarra y estuvimos cantando todas las canciones del *Ara que tinc vint anys* de Serrat. Una de las chicas se puso a llorar cuando llegó el turno de «La mort de l'avi», porque su abuelo, que era pescador, como el de la canción, había fallecido unos meses antes. Yo intenté consolarla y ella se lanzó a mis brazos y me besó en la boca. Hicimos el amor detrás de unas rocas y luego se empeñó en que nos metiéramos en el agua. Ella dijo que para limpiarse y no quedarse embarazada. Era la segunda vez que me acostaba con una mujer. La primera había sido un desastre. Con una prostituta del Barrio Chino durante un permiso mientras hacía las milicias universitarias. Estaba muy borracho y me quedé dormido encima de ella. Como todo fue muy rápido, aquella señora me dejó quedarme un rato en la habitación mientras salió a buscar otro cliente. Me desperté desnudo, solo en aquel cuartucho, y me largué corriendo y avergonzado a mi casa.

Miré alrededor para asegurarme de que no hubiera nadie, aunque no estaba totalmente decidido a bañarme sin ropa. En todo caso, me dejaría puesto el calzoncillo, pensaba. No veía a nadie, pero sí una mancha roja y blanca en mitad de la playa, a unos veinte metros de donde me encontraba. Me acerqué y en un primer momento pensé

que los rayos del sol en la cabeza me estaban provocando visiones. Pero no, eran las botas de *cowboy* blancas de Eva y, arrugado en la arena, el mismo vestido rojo que llevaba en el barco. El mar me deslumbraba con millones de destellos. Puse una mano a modo de visera y entorné los ojos para buscar alguna figura humana nadando cerca de la orilla. Tardé unos segundos en localizarla porque estaba mucho más lejos de lo que preveía. En realidad, solo vi un chapoteo entre dos ligeras ondulaciones del mar que acabaron rompiendo sin levantar espuma.

—¡Eva! —grité al tiempo que movía los brazos en el aire como un náufrago indicando su posición. Me arrepentí inmediatamente y bajé los brazos, abochornado.

Afortunadamente, era imposible que me hubiera oído a esa distancia. Un minuto más tarde, Eva —porque tenía que tratarse de ella, pensé— se puso de pie y comprobé con asombro que, a pesar de estar a unos treinta metros de la orilla, el agua no le llegaba a la cintura. Su silueta avanzó lentamente a contraluz rodeada de los destellos del sol en el agua, como una estrella de cine bajo los *flashes* de los reporteros. Cuando por fin pude reconocer sus facciones, me di cuenta de que iba completamente desnuda. Solo llevaba colgando del cuello el rosario de cuentas de madera que también tenía hacía dos noches. Ella no me reconoció a mí hasta que estuvo fuera del agua. Y cuando lo hizo, sonrió y aceleró un poco el paso.

—Hola, Daniel —dijo con dulzura.

Todo su cuerpo estaba bronceado por igual, salpicado de gotas de agua que brillaban con el sol y sin marcas de bikini en la piel.

—Hola, Eva.

Me cogió la mano y me dio un beso en la mejilla.

—¿Has encontrado a tu hermana?

—Sí. Bueno, no. Ayer estuve en su casa, pero ella está de viaje.

Mientras hablaba conmigo se escurrió el pelo retorciéndolo suavemente con las dos manos. El agua cayó en la arena dibujando caprichosas formas de barro.

—Qué bien. Sabiendo dónde vive, solo tienes que esperar a que vuelva, ¿no?

—Esa es la idea. ¿Y tú? ¿Te quedas aquí cerca?

Señaló con la cabeza en dirección a un grupo de sabinas.

—Aquí al lado. ¿Quieres venir? ¿O ibas a darte un baño?

Negué enfáticamente con la cabeza.

—Voy contigo.

Se puso el vestido rojo de tirantes por la cabeza y cogió las botas con una mano. Con la otra me agarró la mía y comenzamos a andar hacia los árboles.

—¿Katya y Alina?

Sus nombres eran una de las pocas cosas que recordaba de la noche en el barco y por eso las mencioné.

—Se han ido a Formentera. Yo a lo mejor voy también dentro de unos días.

—¿Entonces estás sola?

—Con mi amiga Zoe.

—Zoe... No había oído nunca ese nombre. ¿De dónde es?

Eva se rio.

—El nombre, no sé. Zoe es holandesa, como yo. Te hablé de ella, ¿no te acuerdas?

Por supuesto, no tenía ni idea de lo que me estaba diciendo.

—¿Holandesa? ¿Tú no eras rusa?

—Mi padre es ruso. Y mi madre inglesa. Yo nací en Rotterdam. Alina es ucraniana. Katya es la única rusa de verdad. Pero como mi

apellido es ruso y Ucrania es parte de la Unión Soviética, mucha gente nos llama las rusas.

—¿Y cómo te apellidas?

Yo no quería que Eva fuera para mí la Rusa. Me daban igual las costumbres de la isla. Quería saber su nombre completo.

—Wladimiroff. Eva Wladimiroff.

Hizo una pequeña reverencia a modo de saludo. Le besé la mano siguiendo la broma. Habíamos llegado al final de la playa, donde ya había piedras y ramas secas en el suelo. Eva se sentó en una roca y se sacudió la arena de los pies. Se calzó las botas de *cowboy* blancas directamente, sin calcetines. Yo también aproveché para ponerme mis zapatos.

—Ayer te vi en la ciudad. Había dos perros peleándose.

Eva recordaba ese detalle.

—¡Sí! En la Alameda. Fui de compras con Zoe y Alina. ¿Por qué no me saludaste?

—Te perdí entre la gente.

—Menos mal que te dije dónde estaba la casa de Zoe.

No podía confesarle la verdad, que todo lo que me contó en el camarote había sido borrado de mi memoria. Y me negaba a aceptar que nuestro reencuentro fuera fruto de una feliz casualidad. Prefería creer que una fuerza misteriosa me había atraído hasta ese lugar, que nuestro destino, el del astronauta y la bella cautiva, estaba escrito y el resto de nuestra vida en común comenzaba en esa playa.

Eva me llevó de la mano a través del sabinar. Al otro lado apareció una casa, un simple cubo encalado, que estaba a escasos metros de la arena. Junto a la puerta, una bicicleta y una pequeña sorpresa: el Vespino naranja con la rueda perfectamente inflada. Dentro de la casa, Ferrán, Günther y la oriental con la que vi al primero en la fiesta de Blind John estaban alrededor de un magnetófono de bobina

abierta que había sobre la mesa, en una estancia que hacía las veces de cocina, comedor y salón. Al verme, Ferrán me recibió con su proverbial sonrisa.

—Hombre, amigo. Al final encontraste a la rusa.

—Y yo veo que recuperaste la moto. Hola, Günther.

El Faquir me saludó con un gesto, pero estaba ocupado manipulando la cinta que enhebraba en el magnetofón.

—Anoche te busqué en la fiesta, pero te fuiste muy pronto —dijo Ferrán—. Tu hermana está en Turquía.

Le miré extrañado.

—A mí me dijeron que en Marruecos.

—Hazme caso, amigo. Está en Turquía. Volverá en un par de semanas.

La mujer con rasgos orientales estaba sacando unos vasos y abriendo una botella de vino.

—Daniel, esta es Zoe —dijo Eva.

Zoe me dio un abrazo muy sentido. Se quedó varios segundos pegada a mí. Luego sirvió el vino.

—Llegáis justo a tiempo —dijo.

—Zoe acaba de llegar de Londres —me explicó Eva dándome un vaso—. Se ha traído esto de Kinfauns.

Se refería a la cinta magnetofónica que estaba preparando Günther. La caja vacía donde había estado guardada tenía escrito «REVOLUTION» con un rotulador rojo. Al ver mi cara, Ferrán dedujo acertadamente que no sabía lo que era Kinfauns.

—La casa de George Harrison en Surrey —dijo—. Estás a punto de oír en primicia la maqueta de una de las canciones que Lennon ha compuesto para el próximo elepé de los Beatles.

Günther estaba listo para apretar el botón de «*play*». Todos se sentaron alrededor de la mesa, expectantes y concentrados. Eva y

yo nos quedamos de pie. El Faquir puso en marcha el magnetófono y la cinta comenzó a girar. Era una grabación casera, la voz de Lennon acompañada por una guitarra acústica y unas palmas. La letra hablaba de que la gente ansiaba una revolución y de que todos queríamos cambiar el mundo, pero decía también que rechazaba la violencia. En lo más parecido a un estribillo, Lennon repetía como un mantra que todo iba a salir bien.

Zoe, Günther y Ferrán escuchaban la canción en completo silencio, como si estuvieran en misa. Eva me cogió de la mano, sonrió y me llevó hacia el interior de la casa. Entramos en un cuarto con un colchón tirado en el suelo y una mosquitera colgando del techo. Había velas apagadas repartidas por todas partes: encima de una cómoda, en el alféizar de la ventana, en el cajón de madera que servía de mesilla de noche. Eva cerró la puerta, pero seguíamos oyendo la canción. Me quitó la camisa sacándomela por la cabeza y la tiró al suelo. Hizo lo mismo con su vestido rojo. Me rodeó el cuello con los brazos, pegó su cuerpo al mío y me dio un beso largo en la boca. Sus labios y su lengua estaban salados. Cuando nos separamos, me empujó suavemente y caí encima del colchón. Nos reímos. Ella seguía con las botas puestas. Se quitó el rosario y fue a dejarlo sobre la cómoda, pero la detuve con un gesto.

—Espera. Ponte ahí, junto a la pared —dije señalándole el hueco entre la cómoda y la ventana—. Coge el rosario con las dos manos.

—No es un rosario. Es mi *yapa mala.*

—Pues sujétala entre las manos.

Eva, divertida, obedeció las indicaciones.

—¿Qué estás haciendo?

—Haz lo que te pido, por favor —le rogué desde la cama.

Se paró con la espalda pegada a la pared blanca, totalmente desnuda salvo por las botas también blancas. La piel morena

recortaba perfectamente su figura. Sus ojos verdes me miraban intrigados. La luz del sol entraba por la ventana y hacía brillar el pelo rubio, que aún estaba húmedo.

—Sube un poco las manos y junta las palmas, como si estuvieras rezando —dije—. Sonríe un poco. Así, muy bien.

La contemplé desde el colchón e hice el gesto con la mano que indicaría a Toni el momento de apretar el disparador.

—Un ángel.

La fotografía que nunca llegué a hacer.

Al otro lado de la puerta, Lennon seguía asegurando que todo iba a salir bien.

El sexo con Eva no tuvo nada que ver con el polvo en la playa de Tosa de Mar, y mucho menos con mi estreno en el Barrio Chino. Hasta ese momento, mis orgasmos siempre habían ido acompañados de cierta sordidez. Ni siquiera cuando me encerraba en el baño de mi casa para masturbarme conseguía eliminar la sensación de que satisfacer mi deseo mancillaba a las actrices que me sonreían desde las portadas de *Fotogramas* o de *Cine en 7 días*, obligadas a servirme de inspiración. Aunque en el caso de la chica de Tosa de Mar la iniciativa había sido suya y fue ella la que me arrastró detrás de las rocas, el baño posterior en el mar para borrar de su cuerpo las huellas de nuestro escarceo me hizo sentir sucio.

Con Eva desapareció todo eso. También el pudor. Por primera vez, el placer fue cosa de dos. Estuvimos un buen rato acariciándonos y besándonos por todo el cuerpo, a la luz del día, con los ojos bien abiertos. Ella guiaba mis manos con las suyas y me indicaba dónde y cómo quería que la tocara. No usamos condón y me dijo que no me preocupara, que tomaba la píldora. Se corrió moviéndose despacio

encima de mí, pero no paró hasta que unos segundos más tarde me corrí yo también. Caí a continuación en un sopor tan placentero como el clímax, un hormigueo que me atravesó el cuerpo desde las puntas de los dedos de los pies hasta la coronilla.

Me quedé dormido. La sed me despertó una hora más tarde. Recordaba haber sentido en el entresueño que Eva se levantaba de la cama y salía de la habitación. No había nada que beber a la vista. Me puse los pantalones y volví a la estancia principal. Allí solo quedaba Günther, que estaba comiendo queso y pan que cortaba con una navaja grande de pastor.

—¿Dónde están los demás? —pregunté.

—Eva se ha ido con Ferrán en la moto a casa de unos vecinos. Zoe ha ido a buscar conchas a la playa.

Yo le había preguntado en inglés. Günther me respondió en un castellano fluido.

—Qué bien hablas español.

—Viví en Almería desde los cuatro hasta los quince años. Mi padre es ingeniero y trabajaba en las minas de oro de Rodalquilar.

—¿Rodalquilar? ¿Es el nombre de un pueblo?

—Cerca del cabo de Gata. ¿Has visto las películas de Sergio Leone?

—Claro. Me encantó *La muerte tenía un precio*.

—Pues las escenas del escondite de la banda de Indio, el personaje de Gian Maria Volonté, se rodaron al lado de las minas. En el cortijo del Fraile. Lleva años abandonado. Mis amigos y yo nos colábamos dentro de su capilla para jugar. Y fue el escenario real del crimen en el que se basó Lorca para escribir *Bodas de sangre*.

—No he ido nunca a Almería. A Andalucía, en general.

—Las rusas y yo venimos huyendo de Mojácar. Esas bombas nucleares que cayeron hace un par de años en Palomares, después

de chocar dos aviones americanos, trajeron una maldición. Desde entonces, toda la zona se ha echado a perder. Han construido un aeropuerto y un parador nacional y se ha llenado de turistas. Lo mismo pasará aquí dentro de nada. ¿Quieres?

Günther me ofreció un pedazo de queso que acababa de cortar. Era lo último que me apetecía meterme en la boca reseca.

—No tengo hambre, gracias. ¿Hay agua?

—En el botijo —respondió señalando un rincón.

Me hizo gracia cómo aspiró la jota, con una mezcla de deje andaluz y acento alemán. En el rincón a la sombra vi el *càntir*, que es como lo habría llamado yo, y le pegué un buen trago que me supo a gloria.

—Mi padre decía que era el mejor invento del mundo —dijo Günther refiriéndose al botijo. Lo volví a dejar en el suelo. El magnetófono seguía encima de la mesa con la cinta puesta.

—¿Qué te ha parecido la canción? —pregunté.

—Una mierda pretenciosa. Como todo lo que hace Lennon.

—¿No te gustan los Beatles?

—No me gusta Lennon. McCartney es un gran músico, las mejores canciones del grupo son suyas. Y Ringo, un tipo estupendo. A Harrison no lo conozco personalmente, Zoe dice que es auténtico, pero Lennon es un charlatán.

—¿A Lennon sí lo conoces personalmente?

—Hice una película con él. En Almería, pocos meses después de lo de las bombas. Es un gilipollas. Ringo, en cambio, fue a verle por su cumpleaños y me pareció muy divertido.

—¿Haces películas?

—A veces. Construyo y pinto decorados. Y hago *scouting*. Busco lugares donde rodar. Como crecí en Almería conozco bien la región. Yo le enseñé a Leone el cortijo del Fraile.

Günther fue la primera persona que conocí que se dedicara al cine. A Mónica Randall no la había vuelto a tratar desde que dejó de ser Aurorita.

—¿Y las rusas? ¿Ellas también trabajan en el cine?

—Alina y Katya cosen, diseñan ropa. Cuando las conocí formaban parte del equipo de vestuario de una serie para la televisión. Y Eva es actriz, ya te lo habrá dicho.

—¿En serio? No lo sabía.

—Bueno, en realidad era bailarina. Pero se lesionó y tuvo que dejarlo. Desde entonces ha trabajado de modelo para revistas y ha hecho algunos papeles pequeños.

Quizá Eva me lo había contado en el barco. La campana de un despertador interrumpió nuestra conversación. Günther juró algo en alemán y se levantó a apagarlo.

—Es de Zoe. Se pasa el día poniéndolo para que le recuerde hacer cosas y la mitad de las veces no está cuando suena.

Miré la hora. Las cuatro. Recordé de repente que Fonsi y su padre debían de estar esperándome en el taxi. Y que a las seis y media había quedado con Mona en el hotel.

—¿Crees que Eva tardará mucho en volver? —le pregunté a Günther.

—Han ido a por huevos y patatas que nos dan los vecinos. A lo mejor tardan un rato, porque a cambio Ferrán ayuda al vecino a arreglar el tejado.

—Yo debo irme. Dile a Eva, por favor, que esta noche tengo cosas que hacer, pero que mañana vendré a verla.

—Claro, yo se lo digo en cuanto vuelva.

—Gracias, Günther.

Volví al cuarto a por la camisa y los zapatos, cogí mi *senalló* y me marché corriendo. A la salida de la casa, un camino de tierra

discurría paralelo a la playa, entre los árboles, y llevaba directamente al muelle de Las Salinas. Fonsi estaba esperándome junto al 1500. Su padre dormía la siesta en el coche, que había aparcado debajo de un toldo.

—¿Al final se ha bañado? —preguntó Fonsi mientras me abría la portezuela del asiento trasero.

—No. Solo me he mojado los pies. Perdona, he tardado más de lo que pensaba.

—Por nosotros no se preocupe. Para eso estamos. ¿A dónde le llevamos?

—De vuelta al hotel.

No hablamos más durante todo el trayecto. Yo contemplaba el mar y evocaba imágenes de Eva desnuda, mirándome a los ojos, sonriéndome. Conservaba su olor en las yemas de los dedos, su sabor en la boca. Miré hacia adelante y me vi reflejado en el retrovisor. No me reconocí. El motivo no era atribuible únicamente al pelo revuelto y más rubio de lo que parecía cuando lo peinaba con el fijador, ni a la sombra de la barba incipiente. No se trataba solo de una extrañeza física, exterior. El cambio era mucho más profundo. Por primera vez en mi vida, no me sentía culpable. De nada. Me había librado definitiva y bruscamente de toda la herencia recibida de mis padres, de la educación que me habían dado los hermanos maristas, de los miedos, prejuicios y traumas que me acompañaban desde la infancia y adolescencia.

Recordé una conversación que tuve con Laia en la época en la que se colaba todas las noches en mi cuarto. Esa era la única manera que tenía de huir de las pesadillas que la acosaban tras la muerte de mi madre y poder conciliar el sueño. Se acurrucaba a mi lado en la cama y me pedía que le contara historias. En aquella ocasión, Laia había calculado qué edad tendríamos ella y yo en el año 2000. Me

dijo que yo cumpliría cincuenta y seis y ella, por tanto, tres años menos. Quería que le dijera cómo imaginaba que sería el mundo del futuro. Recurrí a mis lecturas de ciencia ficción y describí a mi hermana de trece años una Barcelona en la que su yo de cincuenta y tres se desplazaría en coches voladores y en cohetes ultrasónicos que le permitirían ir y volver a Nueva York en el día. Sin duda, mi optimismo tecnológico se inspiraba en el anuncio de Kennedy, que por aquellas fechas se había comprometido a enviar una misión tripulada a la Luna antes de que acabara la década. Siete años más tarde, el programa Apolo avanzaba tal y como el ahora difunto presidente americano había pronosticado. Además de los coches voladores y los cohetes ultrasónicos, predije a Laia una vida apacible, sin guerras, una era idílica en la que la humanidad habría aprendido finalmente de los errores del pasado. Se durmió en mis brazos.

Más de un lustro antes del Verano del Amor, yo había dibujado a mi hermana una sociedad utópica que se parecía mucho a la que predicaban ahora los *hippies*. Quizá, sin darme cuenta, esa noche planté en Laia la semilla de la rebeldía que con los años la llevó a marcharse de casa para vivir en una comuna. Y quizá por eso también, yo recordaba esa conversación en aquel preciso instante, después de haberme acostado con Eva mientras la voz del hombre que había afirmado ser más popular que Jesucristo cantaba que todos queríamos una revolución. La mía personal había tenido lugar en ese colchón tirado en el suelo de un cuarto en una casa rodeada de sabinas junto al mar de Ibiza. Había soltado todo el lastre. A partir de ese momento, nunca más me volvería a importar si don Alberto, que había muerto precisamente con la edad que yo tendría en el año 2000, habría aprobado o censurado nada de lo que yo pudiera hacer, pensar o decir durante el resto de mi vida.

12

La Falaise, haciendo honor a su nombre en francés —«El Acantilado»—, estaba en un lugar privilegiado desde el que se veía el mar, en lo alto de una colina a las afueras de la ciudad, el Puig des Molins, famosa por su necrópolis púnica. Mona y yo llegamos en diez minutos escasos en el coche de su madre, un Seiscientos blanco descapotable con unas franjas también blancas alrededor de las llantas, que conferían al utilitario un aire distinguido.

Cuando vi a Mona esperándome enfrente del hotel apoyada en el capó con un vestido de croché azul claro, el *senalló* colgado del brazo y la melena cobriza suelta cayéndole sobre los hombros, supe inmediatamente que era la mujer con la que quería pasar el resto de mi vida. Un pensamiento de nuevo impropio de mí, o de quien solía ser antes de mi llegada a Ibiza. De pronto me enamoraba como en las películas o en las novelas, proyectaba un porvenir que nunca había planificado y elegía con quién compartirlo. Mi experiencia personal del tiempo, no solo del futuro, también del presente y del pasado, había sufrido una transformación radical. En Barcelona vivía al pairo, a merced de la rutina, instalado en un tedio uniforme y cotidiano con el que me sentía conforme, a gusto. Ayer, hoy y mañana eran adverbios intercambiables. En cambio, desde que había bajado del vapor, los días duraban horas; las horas, minutos; y los minutos, segundos. Había entrado en otra dimensión. Por no hablar de la altura y ambición de mis expectativas. El día anterior era un veinteañero que había debutado con una prostituta de la calle

San Ramón y que había confirmado la alternativa con una lugareña en la playa de la Mar Menuda. Esa tarde había hecho el amor con una diosa, y dos horas más tarde encontraba a la madre de mis hijos. Y lo más extraño de todo era que me parecía lo más normal del mundo.

Pero ¿por qué me inspiraban sentimientos tan distintos la irlandesa nacida en Ibiza y la rusa que, en realidad, era holandesa? Mona irradiaba algo difícil de definir de lo que Eva carecía. Era como el fuego de un hogar; querías estar cerca de ella y podías pasarte horas mirándola. También intuías que no se dejaba domesticar fácilmente y que si querías disfrutar de su calor sin quemarte debías estar alerta. Esa combinación de refugio y peligro, de abrigo y promesa de aventura, resultaba irresistible. No fue amor a primera vista, sino un flechazo con efectos retardados, en tres tiempos. Cupido me había puesto en el punto de mira cuando la vi por vez primera detrás de la barra de El Mono Desnudo, tensó su arco en la terraza del café de la plaza del Mercado Viejo y se había cobrado la pieza en la puerta del Montesol.

—Bienvenidos *a casa mia* —dijo Elmyr al recibirnos.

Se mostró infinitamente más afectuoso con Mona que conmigo. A ella le besó la mano y elogió su vestido. Le preguntó por «el papa», como si Gerry el Irlandés fuera Su Santidad Pablo VI, y por «la mamma», como si su madre fuera siciliana en lugar de ibicenca. Conocía a ambos desde hacía años. A mí prácticamente me ignoró; se limitó a saludarme con una sonrisa protocolaria y no volvió a dirigirme la palabra durante el resto de la velada. Ni rastro de las cucamonas que me había dedicado en casa de Blind John.

La cena consistía en un abundante bufet dispuesto sobre un mantel de hilo en una mesa alargada. Los invitados —de momento el *petit comité* ascendía a una docena de personas— debíamos

servirnos nosotros mismos en una vajilla de porcelana que contrastaba con la informalidad del procedimiento. Los cubiertos eran de plata y la cristalería de Bohemia. Cogí un plato con miedo de que se me quebrara en las manos. Me fijé en que entre los cuadros que adornaban las paredes había un Modigliani y un Matisse.

—Parecen auténticos, ¿verdad?

Jerry el Americano cogió el siguiente plato del montón. Llevaba el mismo chaleco de ante con flecos que el día anterior, pero con una camisa púrpura debajo.

—Los ha pintado Elmyr —añadió.

—¿Son copias?

—Él dice que son cuadros «a la manera de». También dice que estos platos, las copas, la cubertería y el mantel son una herencia familiar. En realidad, los adquirió en una subasta. Pertenecían a una familia de Barcelona que vivía en Pedralbes. Tú también vives allí, ¿no?

—Sí. En Barcelona, pero no en Pedralbes.

—No, claro. A eso me refería —me ofreció la mano y yo se la estreché—. Daniel, ¿verdad?

La sonrisa de Jerry escondía algo inquietante. Me recordaba a alguien que no conseguía identificar. Tenía los labios carnosos, el mentón prominente partido en dos y los ojos castaños.

—El hermano de Laia —afirmó más que preguntó.

—Y tú eres Jerry el Americano.

—Para distinguirme del padre de tu amiga —replicó señalando a Mona, que sostenía una copa de champán y charlaba con Elmyr y otro hombre muy alto que me daba la espalda. Jerry me sirvió un poco de ensaladilla en el plato sin que yo se la pidiera.

—Luis el Gordo me contó que acaba de fallecer tu padre. Lo siento.

—Gracias. ¿Eres amigo de mi hermana?

—La conozco desde que llegó a Ibiza.

Me preguntó con un gesto si quería rosbif y yo asentí. Puso un par de lonchas en mi plato y luego se sirvió él también.

—Luis me dijo que Laia se ha ido a Marruecos, pero Ferrán, un amigo común, dice que a Turquía.

Se encogió de hombros. Llenó dos copas con vino tinto y me tendió una dando por supuesto que la aceptaría.

—Sabes el puerto del que zarpas, pero nunca el destino final —dijo en un tono que me hizo pensar que se trataba de la letra de una canción o la cita de un libro. Le seguí con el plato en una mano y la copa en la otra hasta unos pufs de cuero que había en un rincón.

—¿Tienes idea de con quién se ha ido?

Nos sentamos en los pufs y dejamos las copas en el suelo. Jerry empezó a comer la ensaladilla sosteniendo el plato en el aire. Yo apoyé el mío en las rodillas, en un equilibrio precario.

—Con Chucho y su novia.

—¿Chucho?

—Un mexicano de Baja California. Se fueron en su furgoneta.

—¿Y ellos también viven en la casa de Blind John?

—Chucho y Carly viven en la furgoneta.

Me disponía a seguir averiguando cosas sobre esa pareja con la que se había ido de viaje mi hermana, pero una cara conocida se acercó a nosotros sonriendo. Era Edith, la pintora que nos rescató a Ferrán y a mí en la carretera.

—Nos volvemos a encontrar —dijo dirigiéndose a mí y evitando saludar a Jerry. Yo dejé el plato en el suelo, recogí la copa y me levanté a recibirla—. Elmyr me comentó que te había invitado —prosiguió.

—Voy por más vino —anunció Jerry absurdamente, porque tenía la copa llena. Se puso de pie y se marchó con la copa en una mano y el plato en la otra. En cuanto se hubo alejado unos pasos, Edith me dijo al oído:

—El profesor chiflado y yo no nos caemos bien y ninguno de los dos lo disimula.

—¿Jerry es profesor?

—Eso dice él. Doctor en Psicología por Harvard. Alumno aventajado de Timothy Leary. —Edith entendió al ver mi gesto que no sabía de quién me estaba hablando—. El gurú de la psicodelia. Pero yo llamo así a Jerry por su tocayo, el actor Jerry Lewis. Son clavados, ¿no crees?

Ese era, efectivamente, el insólito parecido que no había conseguido sacarle a Jerry. Si se hubiera afeitado las patillas y cortado el pelo, habría sido igual que el cómico, sobre todo en la versión Mr. Hyde de la parodia a la que se refería Edith, cuando Lewis interpreta a Buddy Love, el galán conquistador, arrogante y narcisista en el que se convierte el poco agraciado profesor de química tras tomarse la pócima de su invención. Una variante sutilmente siniestra de ese personaje.

—¿Por qué no te cae bien?

—No es trigo limpio. Mi marido se ríe de mí cuando lo digo, pero yo creo que trabaja para la CIA. ¿Verdad, Cliff?

El hombre alto con el que hasta hacía un momento hablaban Mona y Elmyr era el marido de Edith, el mismo con el que coincidí en la cantina del vapor. El viejo pintor se había ido a recibir a nuevos invitados recién llegados y Cliff y Mona se unieron a nosotros. Mona se colgó de mi brazo. El contacto físico me hizo estremecer. Sus rizos olían a flores de jazmín.

—Daniel, te presento a mi marido —dijo Edith.

—Encantado de conocerte. Aunque ya nos hemos visto antes. Vinimos juntos en el barco.

Cliff me estrechó la mano y fingió amablemente acordarse de mí.

—¿Quién trabaja para la CIA, cariño? —preguntó a Edith.

—Le contaba a Daniel que estoy convencida de que Jerry es un espía.

Cliff sonrió mientras sacaba del bolsillo un paquete de tabaco que nos ofreció a todos. Mona y yo cogimos sendos cigarrillos.

—He conocido a unos cuantos espías a lo largo de mi vida y no tenían la pinta del bueno de Jerry —replicó Cliff dándonos lumbre con un mechero. Por último, se encendió el suyo.

—¡Por supuesto! ¿Qué clase de espía sería si lo pareciera? —exclamó Edith. Todos reímos. —¿Tú qué opinas, Mona?

—No sé si será un espía, pero es un tipo turbio. Siempre me ha dado mala espina.

—¿Lo veis? Las mujeres tenemos un sexto sentido para detectar estas cosas.

—Si de verdad fuera un espía —intervine— no solo no parecería uno, sino que tampoco se comportaría de forma sospechosa.

Cliff levantó su copa y me señaló dándome la razón.

—¡Cuidado, Daniel!

La advertencia de Mona llegó tarde. Un caniche había descubierto mi plato en el suelo y se abalanzó sobre él para comerse el rosbif. Se marchó corriendo con el botín en las fauces. Recuperé el plato y lo deposité en una bandeja con otros también sucios.

—¿Por qué no buscáis sitio en el jardín —propuso Cliff a las dos mujeres— y Daniel y yo llevamos un par de platos con comida para picar los cuatro?

—Excelente idea, mi amor. Así vemos la puesta de sol. Dadnos las copas para que tengáis las manos libres.

Edith y Mona cogieron nuestras copas y salieron al jardín. Yo acompañé a Cliff de nuevo al bufet. Había gente delante y tuvimos que esperar nuestro turno. Una criada con cofia apareció para llevarse los platos y cubiertos sucios y colocar nuevos limpios. También reponía puntualmente las viandas.

—Edith me contó que estás escribiendo la biografía de Elmyr.

—Bueno, no es una biografía convencional. Con él eso es imposible. El libro se centra sobre todo en su caso.

—¿En su caso?

—Le relacionan con la falsificación de obras de grandes maestros.

Señaló con la cabeza los cuadros que colgaban en las paredes.

—¿Los vende como originales?

—Él no, pero se asoció con una pareja de marchantes, Legros y Lessard, un egipcio y un canadiense, que hacían ambas cosas: firmarlos y venderlos a museos y coleccionistas como si fueran auténticos. Ahora están los dos en la cárcel en Suiza.

—¿Y Elmyr puede acabar también en prisión?

Cliff se encogió de hombros.

—Su mayor temor es que lo deporten y perder La Falaise. Tuvo que irse de aquí hace unos años y acabó en Australia. Cuando volvió, Legros se había instalado en esta casa y Elmyr no la recuperó hasta finales del año pasado.

Por fin accedimos al bufet.

—El pollo a la paprika y el *goulash* de Elmyr son legendarios —me recomendó Cliff pasándome dos platos que llenó con ambos guisos.

—¿Y a ti te lo ha contado todo para el libro?

Sonrió.

—Elmyr cuenta lo que le da la gana y cada vez de una manera distinta. Lo único seguro es que nació en algún lugar de Hungría en un año indeterminado de la primera década del siglo. Le encanta

hacerse el misterioso. ¿Sabes lo que le dijo una vez a Edith? Que si un día le pillaba deprimido y se decidiera a contarle su secreto, ella se sorprendería tanto como si le confesara que en realidad era Martin Bormann.

—No sé quién es.

—El secretario personal de Hitler. Se le dio por muerto en 1945, pero muchos aseguran que sigue vivo en algún país suramericano.

Mi cara debía de ser muy divertida, porque Cliff soltó una carcajada al verla. Cogió cinco platos apilados y sirvió en el de arriba un surtido de embutidos y canapés que iba eligiendo de las distintas fuentes.

—Otras versiones, alimentadas por el propio Elmyr, dicen que durante la Guerra Mundial pasó una temporada en una cárcel de Transilvania y que después fue llevado a un campo de concentración nazi. Afirma que su padre era embajador del Imperio austrohúngaro y que su madre pertenecía a una familia de banqueros. Yo no he podido encontrar evidencia de ninguno de esos datos.

Miré a Elmyr, que charlaba animadamente en un corro con dos señoras muy elegantes. Se colocó el monóculo y distrajo la mirada por la estancia, cruzándola con la mía. De inmediato, giró la cabeza para prestar de nuevo toda su atención a sus interlocutoras. Supuse que, al verme llegar a la cena acompañado de Mona, Elmyr había entendido que sería una pérdida de tiempo tratar de seducirme.

—No es la mejor elección para el *goulash*, pero a Edith le encanta esquilmar las reservas de Moët de Elmyr.

Cliff agarró una botella de la cubitera donde se enfriaba el champán y salimos con los platos de comida al jardín. Encontramos a Edith y a Mona en una mesa junto a la piscina, extasiadas ante la panorámica en tecnicolor que ofrecía el mar al atardecer. Cliff dejó los platos con comida en el centro de la mesa y repartió los cuatro

vacíos para que cada uno nos sirviéramos. Descorchó la botella y brindamos a la salud de Elmyr.

—Edith me estaba contando que tienen un mono en casa —comentó Mona muerta de risa.

—El bueno de Engen —dijo Cliff—. Lo gané en una partida de póker.

—Y me lo regaló por mi cumpleaños —añadió Edith.

—¿Le regalaste un mono? —pregunté incrédulo.

—¿No te parece romántico? —bromeó Cliff.

Es curioso cómo surge a veces la amistad, de manera espontánea, convirtiendo en cuestión de minutos a unos desconocidos en cómplices y confidentes. Cliff y Edith eran quince y diez años mayores que yo respectivamente, tres más de diferencia con Mona, a pesar de lo cual los cuatro congeniamos desde el primer momento. Saltábamos de un tema de conversación a otro y dábamos buena cuenta del pollo a la paprika y del *goulash*, que estaban deliciosos.

—Este pollo me lo comería en la cabeza de un tiñoso —dijo Mona mientras se chupaba los dedos y sonreía al ver nuestras caras de extrañeza—. Perdón, es uno de los célebres dichos de mi abuela irlandesa.

Antes de terminarnos la primera botella de Moët ya compartíamos chistes privados y guiños como si fuéramos viejos amigos. Mona se había cruzado alguna vez con el matrimonio previamente, pero ni Edith ni Cliff eran clientes habituales de El Mono Desnudo. No habían tenido vida social desde que en abril naciera su hijo, al que llamaban Nedsky. Aquella era la primera ocasión en meses que Edith cenaba fuera de casa. Nedsky estaba al cuidado de Antonia, una vecina de total confianza que se ocupaba del jardín del matrimonio y ahora también de su bebé. Habían elegido esa noche porque Edith era una vieja amiga de Elmyr, desde antes de que ella conociera a Cliff. Los

unía su compartida dedicación a la pintura. Según nos contaron, nuestro anfitrión llevaba una temporada con el ánimo por los suelos a raíz de los problemas con sus antiguos socios y lo único que le alegraba era ir de fiesta en fiesta o recibir a los amigos.

—No es el mismo desde que ha vuelto a la isla —se lamentó Edith —. A ver si Cliff termina pronto el libro y así Elmyr recibirá un montón de atención, que en el fondo es lo que le gusta, saberse el centro de todas las miradas.

—¿Y el libro no atraerá también la atención de la policía? —pregunté mientras descorchaba una segunda botella de champán que Mona había ido a buscar al bufet.

—El comisario de la Brigada Criminal de París que lleva el caso me explicó que implicar a Elmyr será prácticamente imposible —contestó Cliff acercándome su copa y la de su mujer—. Se necesitarían testigos que declarasen haberle visto pintar los cuadros y falsificar las firmas, y tendrían que probar que cuando se los entregó a sus socios lo hizo con la intención de que los vendieran como originales. En mi último viaje me he entrevistado también con el ayudante del fiscal del Distrito del Condado de Nueva York y es de la misma opinión que el comisario francés.

—Hace poco leí en el periódico una noticia sobre otro falsificador de obras de arte que habían detenido en Nueva York —dijo Mona.

—Sería David Stein —apuntó Edith.

—A Stein lo procesó el fiscal del que os acabo de hablar —dijo Cliff —. Pero es un caso muy distinto. Él vendió directamente a una galería de Manhattan unos Chagall falsos.

—Unas acuarelas —aclaró Edith—. Dicen que Stein las había pintado la misma mañana que se las vendió al galerista, y que para que parecieran antiguas las sumergió en té Lipton. Las llevó a

enmarcar, y mientras esperaba a que estuvieran listas falsificó también la documentación que acreditaba su autenticidad.

Reímos ante la desfachatez de aquel individuo.

—La noticia contaba que fue el propio Chagall quien descubrió el fraude —recordó Mona.

—Estaba de visita en Nueva York y el galerista le enseñó las obras —confirmó Cliff—. Luego Stein declaró que debería haberse limitado a falsificar el trabajo de pintores que estuvieran muertos.

—La mayoría de los coleccionistas estafados no se anima a salir del anonimato y denunciar —explicó Edith—. Para no quedar como idiotas, por un lado, y porque en su momento se desgravaron impuestos con la compra de los cuadros y no tienen ninguna voluntad de devolver el dinero.

—Todo el mundo en el mercado del arte preferiría que nada de esto saliera a la luz —dijo Cliff—. Hace tres meses, Sotheby's subastó casi cuatrocientas obras de pintores modernos por valor de cinco millones de dólares. Un Picasso fue vendido por trescientos mil. Un Braque alcanzó una cifra parecida. Nadie quiere escándalos que arruinen el negocio. Demasiado dinero en juego.

El sol ya había desaparecido detrás del horizonte y el cielo tenía esa tonalidad dorada que los fotógrafos atribuyen a la hora mágica.

—¿Cuánto habrá ganado Elmyr con sus falsificaciones, o como queráis llamarlas? —pregunté.

—¿Él? Muy poco, comparado con lo que se han llevado Legros y el otro —respondió Edith—. Esos dos se han aprovechado de su mala cabeza para los números y el dinero.

Cliff asintió.

—Calculo que, en toda su carrera, Elmyr habrá realizado alrededor de mil obras «a la manera de» grandes maestros, entre óleos, acuarelas y dibujos. Es imposible saber con seguridad a cuánto

asciende el valor de semejante producción, pero hay quien afirma que lo que Legros y Lessard han sacado al mercado en los últimos seis o siete años, que es el tiempo que llevan ordeñando a nuestro amigo, rondaría los sesenta millones de dólares.

Los cuatro guardamos un momento de silencio para asimilar la cifra.

—Elmyr dice que es una exageración —añadió Cliff—. Pero él lleva desde 1946 dándose la gran vida; primero, en Europa; luego, de un lado para otro en Estados Unidos; y finalmente de vuelta en el Viejo Continente, gracias a sus habilidades para imitar el trazo de los pinceles de Modigliani, Matisse o Picasso.

Edith le sirvió a Mona lo que quedaba del champán.

—Voy por otra. —Cogí la botella vacía y me puse en pie—. Ahora entiendo el empeño de Edith por acabar con las reservas de Moët de Elmyr. Siempre a favor de la redistribución de la riqueza.

—Nosotros no podemos quedarnos mucho más —dijo Edith riendo —. Le prometí a Antonia que volveríamos pronto. Otra copa y nos vamos, ¿eh, Cliff?

Entré en la casa y deposité la botella vacía junto a otras en un extremo de la mesa del bufet. Pregunté a la criada dónde estaba el cuarto de baño más cercano. Siguiendo sus indicaciones, bajé un pequeño tramo de escaleras y lo encontré. Era un aseo con dos lavabos y un retrete aparte. Me encerré en el retrete y alivié mi vejiga, muy exigida por el abundante trasiego de champán. Oí el ruido de la puerta y el del agua del grifo corriendo. Cuando salí, me encontré a Jerry refrescándose la cara en uno de los lavabos.

—Acabo de enterarme de que Chucho y Carly están en el sur de Francia —dijo mirándome en el espejo.

Me coloqué a su lado para lavarme las manos en el otro lavabo.

—¿Con Laia?

Jerry se secó con una toalla pequeña que cogió de un montoncito.

—Supongo.

—O sea, que están de vuelta.

—Chucho tiene cosas que hacer aquí en la isla la semana que viene, así que es cuestión de días.

Tiró la toalla húmeda en un cesto en el que ya había otras.

—Qué buena noticia. Gracias por contármelo, Jerry.

—Lo que necesites. Yo me voy de viaje mañana y no regresaré hasta principios de agosto. Seguramente para entonces ya te habrás marchado a Barcelona. Si no nos volvemos a ver, ha sido un placer conocerte.

Me dio la mano y se marchó. Cuando salí del baño, un minuto más tarde, ya no lo volví a ver entre los invitados. Edith y Cliff cumplieron con su palabra y se fueron después de tomar una última copa de Moët. Nos invitaron a pasar por su casa y hacerles una visita cuando quisiéramos. Cliff nos dio el número de su estudio en Ibiza, porque en la casa de campo no tenían teléfono, y nos despedimos con grandes abrazos. Elmyr trató sin éxito de convencerlos de quedarse un rato más. Suplicó a Cliff que le dejara leer algo del libro. Al lado del espigado americano, parecía un anciano indefenso, frágil. Abrazó a Edith y la retuvo durante un rato largo, hablándole al oído. Cuando se separaron, Elmyr tenía los ojos llenos de lágrimas. Edith se las secó con las manos, como una madre a un hijo, y le dio un beso.

—No hagáis caso al *povero* Elmyr. ¡Demasiado *champagne*! —gimoteó el anfitrión recuperando la sonrisa. Acompañó a la pareja al interior de la casa, desapareciendo de nuestro campo de visión.

—Nosotros también nos vamos a ir —me dijo Mona.

—¿Tan pronto?

Se levantó y cogió su capazo.

—Tú quédate aquí cinco minutos y luego sal discretamente. Yo voy al baño. Nos vemos en el coche.

No esperó a que yo aprobara o desaprobara el plan. Cruzó el jardín y se metió dentro de la casa. Seguí sus instrucciones y cinco minutos más tarde me levanté y me escabullí. Nadie iba a notar mi marcha ni lamentar mi ausencia; me desplacé entre los invitados rehuyendo sus miradas, como si fuera invisible, temiendo solamente cruzarme con Elmyr y a la vez sintiéndome mal por no despedirme de él y agradecerle la invitación. Una vez afuera, me reencontré con Mona en el Seiscientos. Estaba fumando con el *senalló* al hombro, en la misma postura con la que me recibió en la puerta del Montesol. Me enseñó lo que escondía en el capazo —una botella de Moët— y sonrió.

—A las doce será mi cumpleaños. ¿Nos la tomamos en tu habitación?

SEGUNDA PARTE
PERDIDOS EN EL ESPACIO

1

Carmel Highlands, California
Marzo de 2001

Mona y yo llevamos juntos prácticamente desde aquella noche en la que ella cumplió veinte años. Nos casamos esas Navidades, seis meses antes de que naciera nuestra hija Luna, y vivimos en Ibiza hasta principios de 1971, cuando nos mudamos, primero a San Francisco y luego casi doscientos kilómetros al sur, a esta misma casa frente a la bahía de Monterrey desde la que escribo ahora. Al año siguiente fundamos aquí nuestra productora de cine, Moonrace. Hemos pasado largas temporadas en otros lugares por trabajo, como Sídney, en donde estuvimos entre 1973 y 1974, o por motivos familiares; a principios de los ochenta Mona volvió a Cork para cuidar de su abuela enferma mientras yo iba y venía de California a Irlanda durante el año y medio que aquella extraordinaria mujer tardó en apagarse como una vela y morir con casi un siglo a sus espaldas. Gerry el Irlandés fue incapaz de ir a visitar a su madre durante esos últimos meses. En el funeral y en el entierro nadie le oyó pronunciar una palabra, y al regresar a Ibiza no volvió a salir a pescar en su barca. Creo que no exagero si digo que dedicó los cinco años que sobrevivió a su madre a matarse poco a poco bebiendo hasta pudrirse el hígado. Según cuenta Mona, su padre ya era un alcohólico antes de que ella naciera, pero a partir del

fallecimiento de la abuela triplicó la dosis diaria de Bushmills, su *whiskey* favorito.

Neus, la madre de Mona, sigue viviendo en Ibiza. Vamos todos los años a verla en Navidad, y desde que murió Gerry nos reunimos toda la familia en Nochebuena en la casa de San Miguel, que Mona heredó. Neus y Gerry hacía décadas que no se hablaban cuando yo los conocí, cada uno vivía en un extremo de la isla como si el otro no existiera. En cuanto fue legal en España, a principios de los ochenta, se divorciaron. Solo los vi coincidir —que no estar juntos— en dos ocasiones, el día de nuestra boda y el del nacimiento de Luna. Mona tuvo que reformar completamente la casa de San Miguel y borrar cualquier huella de su padre en ella para que Neus aceptara cenar allí los 24 de diciembre.

—¿Qué tal tu sesión de hoy? —me pregunta Mona desde la puerta de mi estudio. Ella prefiere trabajar en la oficina de la productora, de donde viene ahora.

—Bien. La terapeuta me anima a que siga escribiendo.

—Se llama Beverly.

—Es amiga tuya, no mía. Me gusta mantener una saludable distancia clínica con ella. ¿Alguna novedad en la oficina?

—Han llamado de *Sight and Sound*. La entrevista sale en el número de este mes. Me han invitado a votar en su lista de las mejores películas de la historia que publicarán el año que viene.

—¿Y vas a participar? Siempre dices que odias esas listas.

—Es que ponerle nota a las películas o a los libros es absurdo. A mí hay obras maestras que reconozco que lo son que no me emocionan ni interesan y obras imperfectas o incluso fallidas que me entusiasman. A veces, precisamente por sus defectos o carencias. Les he dicho que me lo pensaré.

Señala la foto de Eva, que sigue dentro de su embalaje de madera cuatro meses después.

—Hablando de obras maestras, ¿te ha dicho ya Beverly qué hacer con la «diosa»?

—Es la primera vez en la vida que tienes celos.

Se ríe.

—¿Y qué quieres? Nunca te has desmayado por mi culpa.

—Si lo sé, no te lo dejo leer —bromeo yo también.

—No estoy celosa, pero sí un poco molesta. Nunca me contaste que te habías acostado con Eva por primera vez el mismo día que pasamos nuestra primera noche juntos.

—¿Cómo que no? Te lo dije en mi habitación del Montesol, cuando tú me contaste lo tuyo con Paloma.

—Pero pensaba que habíais follado ya en el ferri cuando os conocisteis. Eso he creído siempre.

—Si lo hicimos en el barco, no lo recuerdo.

Nada de lo que me contaron en su día Eva, Ferrán, Günther o las rusas sugiere que la reunión en el camarote hubiera incluido sexo, además de drogas y música.

—Es verdad, que también te desmayaste esa noche —replica divertida.

Aquel verano seguí viendo a las dos, a Eva y a Mona, y ellas mantenían cada una por su lado relaciones con terceras personas. Mona con Paloma, otra camarera de El Mono Desnudo. La noche en que me propuso bebernos el champán de Elmyr en mi habitación hacía casi dos años que no se metía en la cama con un hombre. Estaba harta, o eso me explicó más adelante, de polvos rápidos, falocentrismo y orgasmos aplazados, en vista de lo cual se refugió en los expertos brazos de otra mujer. Tuve la suerte de que decidiera volver a probar conmigo y que mi inexperiencia amatoria e

inmejorable predisposición al aprendizaje le permitieran instruirme para satisfacer sus necesidades y expectativas. Desde luego, practicamos mucho esos meses. Cuando me anunció que estaba embarazada, ambos decidimos renunciar a nuestras respectivas amantes.

—Ahora en serio, Daniel —dice Mona señalando la foto—. ¿No vas a sacarla nunca de la caja?

—¿Y luego qué? ¿La colgamos en el salón? Te recuerdo que fuiste tú la que me animó a comprarla.

—Porque si no habría acabado decorando la casa de algún coleccionista de la obra de Toni.

Efectivamente, fue Toni quien hizo el retrato de Eva. Su obra fotográfica —a la que la comisaria de la exposición en la galería, una joven historiadora del arte llamada Ariadna, había dedicado su tesis doctoral— se ha convertido con los años en objeto de deseo de nostálgicos de la estética *hippie*, gente a la que los verdaderos *hippies* y el propio Toni habrían despreciado profundamente. Ariadna nos explicó que encontró el negativo de 6x6 en una carpeta con otros muchos que Toni, aparentemente, nunca había ampliado. La comisaria desconocía la identidad de la retratada y las circunstancias que habían rodeado el posado. Le pareció magnífica; según su opinión, la mejor fotografía que Toni había hecho, y por eso le adjudicó un lugar privilegiado en la exposición, en una sala aparte al final del recorrido. Mona y yo fuimos invitados a la inauguración y acudimos dispuestos a celebrar la memoria del viejo amigo. Vimos muchas fotos que ya conocíamos, en alguna incluso figurábamos entre los retratados, como en una serie dedicada a la inauguración de Las Puertas del Edén, el local que abrimos Mona y yo en Ses Feixes, los humedales a las afueras de la ciudad. Nos reencontramos con Edith, que sigue viviendo y pintando en Ibiza y con la que nunca

hemos perdido el contacto, y nos reímos rememorando anécdotas y brindando por los que ya no están entre nosotros. Al llegar a esa última sala con la foto de Eva en la casa de Las Salinas, lo único que recuerdo es que se me nubló la visión y que un zumbido intenso se apoderó de mis oídos. Mona me contó más tarde que pronuncié dos palabras y caí redondo al suelo. Las dos palabras fueron «un ángel».

Toni llegó a Ibiza a finales de agosto de 1968, tres meses después que yo, y enseguida se integró en la vida de la isla, mucho más a fondo de lo que yo nunca lo hice. Se bajó del vapor con la Leica colgada del cuello y al volante del Dos Caballos —repintado de color rojo para tapar el rótulo del Estudio Carreras—, y durante los dos años siguientes retrató a todos los personajes destacados de la época, célebres y anónimos, especialmente a las mujeres y preferiblemente con poca o ninguna ropa. En julio, yo le había comunicado por teléfono que no pensaba volver a Barcelona y que iba a traspasar el negocio y alquilar el piso. Le dije que podía quedarse con la furgoneta y con todo el equipo fotográfico que quisiera conservar, que su padre y él vendieran el resto y se quedaran con el dinero que obtuvieran en concepto de indemnización y de agradecimiento por haber trabajado tantos años junto a mi familia. Don Alberto no habría estado conforme con mi manera de saldar cuentas, pero eso a mí ya me daba igual.

Nunca pensé que Toni decidiría quedarse en Ibiza. Al principio me contó que solo venía a hacerme una visita, pero no tardé en darme cuenta de que no eran mis pasos los que seguía, sino los de mi hermana. Quería reencontrarse con Laia, estar presente cuando regresara de sus vacaciones en Marruecos, en Turquía o dondequiera que se hubiera marchado. Transcurrieron las semanas, acabó el verano y Laia no apareció. Chucho y Carly nos contaron que Laia se había unido en alguna escala de su viaje a un grupo que

estaba recorriendo lo que se conocía como el *hippie trail*, una ruta que atravesaba todo Oriente Medio hasta la India. Toni prefirió dar pábulo a testimonios de gente que aseguraba haber visto a una mujer cuyos rasgos se parecían a los de Laia en distintos sitios de Ibiza cuando se suponía que ya se había ido con Chucho y Carly. Trató de convencerme de que en realidad no había salido de la isla y que vivía escondida como Ben Gunn en una cueva remota en algún acantilado. Ni siquiera cuando Agustina empezó a recibir las postales de Laia desde Goa asumió Toni que mi hermana se había ido de nuevo con los comanches. Sin duda, el ácido, la marihuana y las pastillas que Toni comenzó a consumir en grandes cantidades al poco de instalarse en Ibiza tuvieron mucha culpa de sus paranoias. Que también se pinchaba heroína no lo descubrí hasta que Paloma lo encontró muerto por sobredosis en el baño de la planta de arriba de Las Puertas del Edén.

—Deberías regalarle la foto a Eva —dice Mona—. Tienes que encontrarla.

—¿Cómo? En internet no hay rastro de ninguna Eva Wladimiroff. Se habrá casado y llevará el apellido de su marido.

Eva se marchó sin despedirse en la primavera de 1969 y no volvimos a saber nada más de ella.

—¿No mandaste un *e-mail* a Edith? ¿No la han vuelto a ver por Ibiza?

—La última vez que tuvo alguna noticia de Eva fue hace muchos años, a través de Nina.

—¿La baronesa?

Nina —la mitad del dúo Nina & Frederik—, amante de Cliff durante tanto tiempo y en buena medida culpable de su detención en 1972, tuvo una irregular carrera como actriz. Apareció en un par de películas de Robert Altman y en papeles episódicos en series de

televisión. Mona y yo hemos coincidido con ella en fiestas y alfombras rojas a lo largo de los años.

—Según parece, Nina y Eva se cruzaron en Hollywood, en las oficinas de un estudio haciendo un *casting*. Eso le contó la danesa a Edith en una cena.

—Podemos llamar a algunos amigos de Los Ángeles.

—Lo intentaré, pero si hubiera acabado trabajando en la industria habríamos oído hablar de ella.

—Contrata a Pluto —sugiere Mona—. No tuvo suerte con Laia, pero Eva no creo que se haya recluido en ningún monasterio remoto. Seguro que él encuentra a tu diosa angelical —añade con sorna.

Y, como de costumbre, Mona tiene razón. Si alguien puede encontrar a Eva, ese es Pluto.

2

Barcelona
Octubre de 1968

El cuadro del abuelo con su bigote y su reluciente calva, los archivadores, el enorme escritorio, las paredes forradas de madera, el tresillo de cuero y hasta el jarrón con el ramo de flores mustias encima de la mesa baja de cristal; todo seguía exactamente igual que cinco meses antes en el despacho del notario Puigvert. El traje que yo había rescatado de mi armario del piso de la calle Aragón también era el mismo que llevaba entonces. Mi aspecto, por el contrario, había cambiado radicalmente. El pelo largo y aclarado por el sol, la piel bronceada y la barba sin arreglar llamaron la atención del notario. Discreto, no hizo ningún comentario al respecto. Cerró la carpetilla con los papeles relativos al traspaso y la dejó a un lado.

—Ribas me puso al corriente de la situación, señor Carreras —dijo Puigvert cambiando de tercio—. ¿Han tenido alguna noticia de su hermana en estos últimos días?

—Solo las dos postales que mandó a Agustina, nuestra cocinera.

Puigvert depositó la boquilla con el cigarrillo en el cenicero y asintió. Esa información ya le constaba.

—Como siempre, sin remite —dijo—. El matasellos era de Panaji, la capital de Goa, eso me contó Ribas. También que las gestiones que hizo su despacho con la embajada en Nueva Delhi y con la

oficina consular en Bombay no dieron ningún fruto, lo cual no es de extrañar después de lo que me explicó el abogado. A saber con qué documentación está viajando su hermana.

A principios de septiembre, Toni y yo habíamos ido a la casa de Blind John para intentar averiguar el paradero de Laia. Luis Ribas nos presentó al inglés, que resultó ser un hombre muy amable y diligente. Me enseñó el cuarto donde dormía mi hermana y me permitió curiosear entre las cosas que había dejado allí antes de marcharse: algo de ropa, un par de libros sobre meditación y budismo, el *Walden* de Thoreau y, dentro de un cajón, unas gafas de sol de piloto, un diario con muchas páginas arrancadas y dos pasaportes, uno español y otro argentino, con nombres distintos y diferentes fechas de nacimiento, pero la misma foto de Laia, la que le hizo Toni en el estudio y yo había enseñado a todo el mundo a mi llegada a la isla. A eso se refería el notario con lo de la documentación. Según nos contó Luis el Gordo a Toni y a mí, en Ibiza era relativamente sencillo hacerse con un pasaporte falso.

—Yo me he rendido, señor Puigvert. No voy a ir a buscar a mi hermana a un país con más de quinientos millones de habitantes.

—No le culpo.

—¿Puedo seguir adelante con mis planes sin contar con ella?

—Como no tiene intención de vender el piso, no hace falta cambiar el registro de la propiedad. Tampoco necesita su firma para formalizar el traspaso del local del estudio de fotografía. Su hermana tiene diez años de plazo para reclamar la legítima y las joyas de su madre, que en paz descanse. Ya hablaremos de todo eso cuando dé señales de vida. ¿Cuántos días tiene usted previsto quedarse en Barcelona?

—Mañana vacían el piso y firmo el contrato con el inquilino en la inmobiliaria. En cuanto dejemos listo el traspaso me marcho.

—¿Entonces va a mudarse definitivamente a Ibiza?

Noté cómo sus ojos se fijaban en mis barbas y el pelo alborotado.

—He alquilado una casita.

A través de Mona había conocido a Bel, una amiga australiana de Neus, que vivía en el campo, pero conservaba la casa que compró en la ciudad —en Sa Penya, el barrio de pescadores— cuando llegó a la isla en los cincuenta. Accedió a arrendármela por un precio ridículo y me instalé allí a principios de julio.

—¿Y va a vivir de las rentas, o tiene pensado montar algún negocio?

—De momento voy a tomármelo con calma —respondí con una sonrisa.

El notario también sonrió. Casi pude leerle el pensamiento. Estaba convencido de que en ese momento Puigvert se estaría acordando de mi padre, imaginando cómo un escandalizado don Alberto expresaría la total desaprobación que, indudablemente, le merecería mi nueva vida.

—Le avisaremos tan pronto esté listo el papeleo del traspaso del local —dijo—. No requiere escritura pública, solo una simple acta, así que no demorará mucho.

Esta vez el notario me acompañó hasta la puerta y se despidió con un fuerte apretón de manos. Salí al paseo de Gracia y me coloqué las gafas de sol de piloto que Laia olvidó en su cajón. También me había llevado de casa de Blind John el diario y los pasaportes falsos.

De la existencia del diario no le dije nada a Toni, al que conseguí mantener fuera del cuarto mientras yo revisaba las cosas de mi hermana. Él se quedó con los libros, que tenían anotaciones de puño y letra de Laia en los márgenes. Sometió a Blind John a un interrogatorio que el inglés soportó estoicamente. También hablamos con las demás personas que vivían en la casa en ese momento, tres

chicas y dos chicos, y todos nos dijeron que Blind John simplemente alojaba a quien necesitara un techo sin pedir nada a cambio. Practicaban el amor libre y consumían drogas, pero sin mediar coacciones ni imposiciones. El modo en el que Blind John se refería a Laia —o Layla, como él la llamaba— era más paternal que sexual. Y una de las chicas sugirió que a mi hermana le gustaban más las mujeres que los hombres. Pregunté a Mona sobre el particular y me lo confirmó. Por un momento se me pasó por la cabeza que tal vez ella y Laia podían haberse acostado, pero enseguida me tranquilizó asegurándome que tal cosa nunca había ocurrido.

Volví al piso de la calle Aragón, en donde me había citado con el encargado de la empresa que se iba a ocupar de llevarse todos los muebles. Ya había enviado al pueblo de Agustina la vajilla, la cubertería, las mantelerías y la ropa de cama de mi madre. Algunos objetos de cierto valor se los vendí a un *brocanter* conocido de Antonio, el padre de Toni. Lo único que me llevaba a Ibiza era parte de mi ropa, mis libros y las fotos que estaban en álbumes y cajas en el trastero. Del resto de las cosas me deshice sin regatear el precio. Resolví el asunto en media hora y le di al encargado las llaves para que viniera al día siguiente sin necesidad de que yo estuviera para abrirle. No me quedaba a dormir en el piso, había cogido una habitación en una pensión de la Ronda Universidad. No quería pasar ni un minuto más de lo necesario entre aquellas cuatro paredes que me habían visto crecer y que después de cinco meses me parecían el escenario de un sueño, un lugar marcado por las ausencias, poblado por fantasmas. Ahora era consciente de que, desde la muerte de mi madre, la casa se había convertido en un mausoleo, un espacio de luto permanente.

De camino a la pensión pasé por la puerta del Estudio Carreras. El cierre metálico estaba bajado y la vitrina del escaparate tapada con

Blanco de España. Entré por el portal, pero solo para recoger la correspondencia que el cartero había dejado en el buzón. En un mes, el local sería ocupado por una mercería, según tenía entendido. Sustituirían el rótulo de la fachada con el apellido de mi familia y todo habría terminado. Los vecinos de la manzana pronto se olvidarían de Conchita y de don Alberto, y las teresianas tendrían que buscar un nuevo estudio para hacer las fotos de la primera comunión.

Por la tarde salí a dar una vuelta y bajando por Ronda de San Antonio acabé en el Florida Cinerama. La semana anterior habían estrenado *2001: una odisea del espacio* y me moría de ganas de verla. En casa de Edith y Cliff había leído una entrevista con Stanley Kubrick en la revista *Playboy* que me había despertado una gran curiosidad. Sentado en la butaca, esperando a que empezara la película, me acordé de las historias que le contaba a Laia en la cama sobre cómo sería el mundo en el siglo XXI. Estaba a punto de darme cuenta de lo ingenuas y banales que habían sido mis predicciones.

3

Quizá cuando «todo» es hermoso, nada sea hermoso.

Eso dijo Kubrick en *Playboy* al entrevistador, que le preguntó si había probado el ácido. Respondió que no. En opinión del director de cine, la ilusión de fundirse con el universo y absorber el significado de cada objeto que te rodea, envuelto en un aura de paz y satisfacción que lo invade todo, no es el estado ideal para un artista. Kubrick pensaba que los que usaban LSD en sus procesos creativos compartían la incapacidad de distinguir entre las cosas que son realmente interesantes y estimulantes en el mundo real y las cosas que parecían serlo mientras te encontrabas bajo los efectos de la droga.

Ese verano, yo me había iniciado en el ácido y también había vuelto a fumar a menudo el célebre *primo* afgano de Ferrán, quien, como sospechaba, era uno de los principales proveedores de todo tipo de sustancias en la isla. Esa resina perfumada nunca volvió a dejarme fuera de combate como aquella vez en el vapor, pero tampoco acabé de rendirme a sus encantos. Tomé LSD en varias ocasiones con Eva, y tuve algún mal viaje que me disuadió de seguir experimentando. Laia estaba en lo cierto: desconfiaba de lo exótico. Como a Kubrick, a mí no me gustaba perder el control, aunque en algún momento los buenos viajes me abrieran puertas que parecían comunicar con el paraíso. Sin embargo, después de ver su película, resultaba difícil de creer que él no hubiera probado el ácido. Cuando se encendieron las luces de la sala de cine, permanecí inmóvil en mi

butaca hasta que la señora de la limpieza apareció con el espray de ozonopino. ¿Qué era lo que acababa de presenciar? ¿Los demás espectadores habían sido testigos de lo mismo que yo?

Ferrán, en una de sus pedagógicas charlas sobre las drogas psicodélicas, me había advertido de que, pasados los efectos de una dosis, a veces días o incluso semanas más tarde de la toma, podían producirse *flashbacks*, momentos en los que la realidad circundante volvía a distorsionarse como durante el viaje. ¿Había experimentado uno de esos episodios durante la proyección? No me refería únicamente al último tramo de la película, la travesía interestelar en la que el astronauta Bowman es absorbido por un vórtice de colores —una sensación muy parecida, por cierto, a la que yo viví en mi primer *trip* con Eva—, sino a la totalidad del metraje, a todos los elementos que Kubrick ponía en juego: las naves espaciales bailando a ritmo de vals vienés, el misterioso y ubicuo monolito, el ojo omnisciente de HAL, su agónica, patética desconexión. Las primeras secuencias transcurrían en la prehistoria, algo desconcertante tratándose de una película de ciencia ficción. Llegué a pensar que el proyeccionista se había equivocado de lata al cargar el rollo. Unos primates habitaban un paisaje árido, similar al de la Zona Prohibida de *El planeta de los simios*, la última película que había visto, porque en Ibiza no volví a ir al cine en todo el verano. Esa coincidencia estableció un puente en mi cabeza entre los universos de ambas narraciones, de la misma forma que en junio los simios me habían transportado a la tarde en la que vi *King Kong* con mi padre, muchos años atrás.

Taylor y Bowman, los astronautas de las dos películas, se me antojaban versiones de un único mono desnudo con el que me sentía íntimamente identificado. Un antes y un después que se correspondía con el cambio que yo había sufrido en los últimos

meses; del joven atildado, ingenuo e inexperto que bajó por la escalerilla del vapor en el puerto de Ibiza al barbudo con el pelo demasiado largo, desnortado y lleno de incertidumbres, pero libre de complejos, que deambulaba por una Barcelona que ya no tenía nada que ofrecerme después de haber sido el único hogar que podía concebir. Taylor pertenecía al mundo de ficción con el que había crecido y que había conformado mi educación sentimental, el de los héroes de las lecturas y películas de mi infancia y adolescencia, mientras Bowman encarnaba ideas, conceptos filosóficos y nociones abstractas que habían empezado a interesarme más recientemente.

Necesitaba compartir con alguien lo que acababa de vivir. Pensé en volver a la pensión y llamar a Mona, que tenía teléfono en casa, pero a esa hora ya estaría trabajando en el bar. Me senté en un banco de la Plaza Universidad y miré a la gente que caminaba con prisa a mi alrededor, cada uno pensando en lo suyo, ajenos a mi escrutinio. El peso de la soledad se me hizo insoportable. En ese momento deseé que el negro monolito de cuatro millones de años de antigüedad apareciera en el centro del bulevar de la Gran Vía y me fuera revelada de una vez por todas cuál era mi misión en la Tierra. Sonaría el teléfono de la cabina que tenía enfrente, descolgaría el auricular y al otro lado un portavoz de la NASA despejaría mis dudas sobre el sentido de la vida, la existencia de Dios y el paradero de Laia.

Obviamente, ni se manifestó el monolito ni se produjo ninguna revelación del oráculo. La epifanía que experimenté fue mucho más prosaica. De andar por casa, literalmente. Una pareja que pasó por delante de mí me recordó a don Alberto y a Conchita. Él era más alto y ella rubia, pero vestían de forma muy parecida a mis padres. Cuando llegaron al paso de cebra, ella se agarró del brazo de él y cruzaron la calle sincronizando el ritmo de sus zancadas. Aceleraron

un poco más en los últimos metros y alcanzaron la acera contraria dando un saltito y riéndose juntos.

Comencé a llorar. Tuve que levantarme del banco y meterme a toda prisa en la boca del metro para esconderme. Ocho años después de la muerte de Conchita y cinco meses después de la de don Alberto, dos desconocidos habían conseguido por fin que las lágrimas asomaran a mis ojos.

La dueña de la pensión me abordó en cuanto entré en mi cuarto. Alguien había venido a buscarme y había dejado recado de que estaría esperándome en la cafetería de la esquina. Había apuntado su nombre en un papel: Antonio Baeza.

El padre de Toni estaba sentado en una mesa junto al ventanal de la cafetería. Le saludé desde la calle, antes de entrar, y él tardó unos segundos en reconocerme. Habíamos hablado por teléfono recientemente, pero no nos veíamos desde el funeral de mi padre. Se levantó para recibirme.

—Gracias por venir, Daniel.

—¿Cómo va todo, Antonio?

Se encogió de hombros y nos sentamos. Él estaba tomando un café y yo pedí otro al camarero. Antonio no fijó la mirada en mis ojos, antes la paseó por las greñas y la barba.

—Perdona que te moleste, pero mi mujer me tiene muy preocupado.

—¿Qué le pasa a Rosa? ¿Está enferma?

—Si no lo está, acabará estándolo. Y todo por culpa de Toni.

Cuando yo era niño, Antonio me imponía mucho respeto. Tenía una voz grave, como la de los dobladores de los personajes negros en las películas. Toni me contó que, antes de casarse, su padre

había competido en lucha grecorromana y que fue uno de los fundadores del mítico Centro Gimnàstic de la calle Joaquín Costa. A su edad, seguía estando en forma.

—¿Tú sabes si va a volver? —me preguntó.

—A mí me dijo en agosto que había ido a Ibiza de vacaciones. Ahora creo que ha encontrado un trabajo.

—Sirviendo mesas en una sala de fiestas —añadió con pesadumbre.

—El YeYé Club. Es un sitio de moda, en la playa.

La descripción no tranquilizó a Antonio, al contrario.

—¿Qué estáis haciendo, Daniel?

Esa pregunta no tenía fácil respuesta, menos aún formulada de ese modo. La segunda persona del plural me convertía en socio, cómplice o instigador de lo que estuviera haciendo Toni.

—Yo no lo animé a ir a la isla. Ni siquiera me avisó. Me enteré cuando desembarcó.

—¿Os habéis vuelto *hippies* también?

El «también» me hizo sonreír amargamente recordando a mi padre. Para don Alberto, un *hippie* era un ser despreciable, un paria. Cuando usaba el término con Laia, convertía la palabra en un insulto. La semana previa a la marcha de mi hermana fue mucho más lejos y la llamó, es cierto que en voz baja y entre dientes, fulana. Se arrepintió en el mismo instante de pronunciar esas tres sílabas, lo vi en sus ojos, pero no pidió disculpas. Laia no se ofendió. Contestó muy dignamente, desafiante, que era una mujer libre con una mente y un cuerpo libres. Ese fue el momento en que yo temí que mi padre la echara de casa o que ella se fuera para no volver. Sin embargo, los siguientes días se impuso una tregua silenciosa y discurrieron sin sobresaltos, como si ambas partes se hubieran dado cuenta de que habían traspasado todos los límites y convenía calmar

las aguas. Siete días después se desató la tormenta, volvieron a discutir a voz en grito y veinticuatro horas más tarde Laia nos dejó. Yo estaba presente cuando mi padre se lo comunicó a Antonio. Estábamos los tres solos en la tienda. «Eulalia se ha hecho *hippie*, Antonio. Explíqueselo usted a Rosa», dijo sin venir a cuento. «Ya no forma parte de esta familia», añadió dando por concluido el asunto.

—No me he vuelto nada, Antonio.

—¿Entonces?

—Solo puedo hablar por mí. La muerte de mi padre me ha obligado a plantearme muchas cosas. Fui a Ibiza buscando a Laia para contarle lo que ha pasado y resulta que mi hermana se ha marchado a la India. Entienda que necesite algún tiempo para decidir qué hago con mi vida.

Antonio asintió. El camarero dejó en la mesa mi café y se marchó.

—Entiende tú que nosotros estemos preocupados. Rosa no pega ojo desde que Toni se fue. Aquí tendría trabajo de fotógrafo. Le llamaron de un estudio de San Gervasio y de una agencia de publicidad. Son oportunidades que no puede perder. Él no tiene rentas ni patrimonio. Está en juego su futuro.

El innecesario recordatorio de las diferencias económicas entre Toni y yo me molestó.

—Hablaré con él cuando lo vea. Pero a mí no me hace mucho caso, se lo advierto.

—Toni nunca ha hecho caso a nadie.

Me dolía ver a ese hombre fuerte de voz ronca tan abatido. Sacó un sobre del bolsillo de su chaqueta y lo dejó delante de mí encima de la mesa. Lo abrí y vi que contenía un inventario y un cheque.

—¿Qué es esto?

—Lo que sacamos tras liquidar todo lo que había en la tienda.

Volví a guardar los papeles dentro del sobre y se lo devolví.

—Esto es para usted, Antonio, ya se lo dije.

—No puedo aceptarlo. En contra de mi voluntad, Toni ya se quedó con el Dos Caballos, la Rolleiflex, una Leica sin estrenar y no sé cuántas cosas más.

—Porque yo le pedí que lo hiciera.

—Pues eso es mucho más que suficiente. Yo tengo mi pensión, don Alberto siempre me pagó bien y no necesito nada más.

Se levantó y dejó un duro encima de la mesa para los cafés.

—Daniel, yo no soy quién para darte consejos, y comprendo que es muy difícil quedarse solo tan joven, pero cuando dices que necesitas tiempo para decidir qué hacer con tu vida... El reloj no se detiene. El tiempo sigue corriendo y no espera a nadie. No lo desperdicies.

Salió de la cafetería. Cogí el sobre con el talón y me lo metí en el bolsillo interior de la americana. Vi alejarse a Antonio a través del ventanal. No recordaba haber estado antes a solas con él y, sin lugar a duda, esa conversación había sido la más larga que habíamos mantenido nunca.

El diario de Laia había viajado conmigo a Barcelona. No sé qué me llevó a meterlo en la maleta, porque ya lo había leído entero varias veces buscando sin éxito algún indicio que me ayudara a localizarla. Faltaban muchas hojas. La primera entrada era del doce de febrero de 1966, el día de su santo. No era muy constante escribiendo, en una misma página saltaba hasta dos meses entre una anotación y la siguiente. Un buen número de ellas no estaban fechadas y la única manera de deducir que correspondían a días diferentes era porque estaban escritas con tinta de distinto color. La mayor parte reproducían citas, poemas, letras de canciones en inglés que luego

traducía, o recogían detalles cotidianos sin importancia, como los que refería a Agustina en las postales. Igual que en las postales también, abundaban los dibujos de flores, las puestas de sol y los símbolos esotéricos como el yin y el yang, el ojo de Horus, hexagramas del I Ching o la estrella de David. Y algunas caricaturas. La de Blind John lo representaba sentado como un buda de cuyos ojos salían unos rayos de luz. «BJ is watching you» había escrito al pie. Me pareció reconocer en otra a Jerry el Americano. Lo había pintado con su sempiterna chaqueta de flecos marrón y el pelo y las patillas muy negras. Un bocadillo como el de los tebeos le hacía decir: «Beware of God». Las siglas de esa frase —BOG— se repetían con frecuencia en muchos de los dibujos, como otras cuyo significado se me escapaba: BEL. Los textos más largos a menudo coincidían con saltos de tiempo y recolectaban anécdotas de viajes, casi siempre a Marruecos, en los que, aparentemente, no se llevaba el diario. La última entrada que se conservaba —antes de una hoja arrancada— era del catorce de abril, dos días después del aniversario de la muerte de nuestra madre. Me tumbé en la cama de la pensión y la volví a leer tratando de visualizar a Laia escribiéndola en su cuarto en casa de Blind John, poniéndole su voz a las palabras.

14 de abril
Abril es el mes más cruel, hace brotar
lilas en tierra muerta, mezcla
memoria y deseo, remueve
lentas raíces con lluvia primaveral.

John nos ha recitado esta noche este poema que yo no conocía. Me he puesto a llorar como una tonta pensando en mamá. Me cuesta creer que solo hayan pasado ocho años desde que murió. Parece que fue hace un siglo. Cada vez me cuesta más trabajo acordarme de su cara. Lo que nunca falla es recordarla cuando volvía conmigo al banco de la iglesia después de comulgar en misa los

domingos. Yo aprovechaba que ella cerraba los ojos un rato para mirarla. Movía los labios rezando en silencio y a mí me parecía la mujer más guapa del mundo. Mientras la observaba, yo intentaba despegar la Sagrada Forma del paladar con mucho cuidado de no morderla, porque Daniel me había dicho que era pecado. Lo mismo que me dijo cuando empezó a cerrar la puerta de su cuarto por las noches. Siempre hablando pestes de los maristas, pero bien que le metieron en la cabeza al germanet *lo del pecado. Espero que algún día se quite de encima toda esa tontería y pueda ser feliz. Le echo mucho de menos.*

Quiero que llegue ya el verano y marcharme con J. a Nueva York.

Había preguntado a Blind John y a Jerry si alguno de ellos era «J» y ambos respondieron que no tenían ningún plan de viajar a Nueva York con Laia. Blind John sugirió que tal vez se refiriera a Judy, una chica americana que había pasado por la casa en primavera y que se llevó muy bien con mi hermana. No sabía dónde podía estar ahora. Mona no la conocía.

¿Le había dicho yo alguna vez a Laia que morder la comunión era pecado? Sinceramente, no lo recordaba. Quizá cuando éramos pequeños, era una de esas cosas que te cuentan en la catequesis. Sí recordaba haber recurrido a ese argumento cuando, tras la muerte de nuestra madre, Laia se refugiaba casi cada noche en mi habitación. Cuando empezó a hacerlo, ella tenía trece años y yo dieciséis. Don Alberto se tomaba una pastilla y dormía profundamente hasta que sonaba el despertador. El cuarto de Agustina estaba en la otra punta de la casa y no se enteraba de nada. Laia se pasaba las noches en vela y cuando lograba conciliar el sueño la atormentaban pesadillas horribles. Yo acudía al oír sus gritos y llantos, y me quedaba a su lado hasta que se tranquilizaba. Al poco tiempo, era ella la que cruzaba el pasillo y tocaba en mi puerta para acurrucarse en mi cama y pedirme que le contara historias hasta que se quedaba dormida. Por la mañana, Laia volvía a su cuarto. Esta rutina se prolongó diariamente durante años.

Cuando comencé a ir a clase a la escuela mercantil, que estaba en Pedralbes, tenía que madrugar mucho y la llevaba a veces dormida en brazos a su cama. No fue nunca exactamente un secreto, sino algo que ocurría cuando nadie más estaba delante y que no comentábamos en presencia de terceras personas. Cosas de hermanos.

Todo cambió el primer verano que me fui de campamento a Los Castillejos con las milicias universitarias. El mismo en el que perdí la virginidad con la prostituta del Raval. Al regresar en septiembre de permiso a casa, Laia hacía años que no tenía pesadillas. Ella había crecido, ya no era una niña. Después de tres meses durmiendo en un jergón sobre un charnaque en una tienda de campaña con una docena de reclutas que exudaban testosterona y relataban sus hazañas sexuales antes del toque de retreta, la idea de compartir colchón con mi hermana adquirió unas connotaciones completamente nuevas. Al volver de la mili, echaba el cerrojo de mi cuarto por las noches y me hacía el dormido cuando oía el ruido de la baldosa suelta del pasillo y los golpes en la puerta. Laia me llamaba sin levantar la voz para no despertar a mi padre ni a Agustina, hasta que se rendía y regresaba a su cama. A la mañana siguiente me pedía explicaciones y era entonces cuando yo le decía que no podíamos seguir durmiendo juntos, que no estaba bien. Ella no lo entendía e insistía, se enfadaba y perdía los nervios. Yo no me sentía cómodo entrando en detalles y zanjé la cuestión calificando sus visitas nocturnas como un pecado.

Mi hermana aún iba a misa los domingos con Agustina, pero creo que a partir de que yo le prohibiera venir conmigo por las noches, o coincidiendo con ese momento, comenzó a cuestionarse su fe. Se alejó de mí, me retiró la palabra y pasó una larga temporada en la que casi vivía enclaustrada en su cuarto. Luego, poco a poco, hizo

nuevos amigos, empezó a salir todos los días y a dormir fuera de casa muchas noches. Dejó de atender a razones. Discutía por todo conmigo y, mucho más violentamente, con nuestro padre. Su rebeldía no parecía conocer límites. Se transformó física y mentalmente en otra persona. Y ya no volvió a ser la misma.

Cerré el diario y lo dejé sobre la mesilla de noche. Me hubiera gustado poder contarle a Laia que en los últimos meses me había quitado de encima cualquier resto que pudiera quedarme en la cabeza de toda esa tontería del pecado que me habían inculcado los maristas, que a mí también me costaba recordar el rostro de nuestra madre y que cuando se acercaba el mes de abril siempre me ponía triste. Me hubiera gustado poder pedirle perdón por no haberla defendido delante de nuestro padre, por no haber intentado impedir que se marchara. Y decirle que el *germanet* también la echaba mucho de menos.

Cinco días más tarde me embarqué de nuevo rumbo a Ibiza. El viaje a Barcelona lo había realizado en avión porque solo pensaba pasar un par de días fuera de la isla para arreglar el contrato de alquiler del piso de la calle Aragón. Pero Puigvert me dijo que había alguien que tenía prisa por cerrar el traspaso del estudio de la calle Lauria y decidí alargar mi visita hasta que todo estuviera firmado. Había comprado un billete de ida y vuelta que la compañía aérea, Aviaco, no me permitió cambiar de fecha, así que cuando terminé con todos los trámites del piso y del local me encaminé al puerto y compré un pasaje —me aseguré de que fuera en primera y que no tuviera que compartir cabina con nadie— a bordo del Rey Jaime I.

Como si tuviera que cumplir con una vieja tradición, nada más zarpar fui a la cantina y me tomé una cerveza Rosa Blanca y un

bocadillo de salchichón. Esta vez solo fumé los Lucky sin filtro que ya nunca faltaban en mi bolsillo. Al salir a tomar el aire en cubierta me encontré con un hombre de largas patillas y frente despejada al lado de una cámara de cine de 35 milímetros en un trípode. No había nadie más a su lado, ni rastro de miembros de un equipo de rodaje. Le oí pedir educadamente a una turista, en perfecto español, que se moviera un poco para no aparecer en el plano. Estaba filmando a un joven rubio de camisa azul y pantalones tejanos sentado en la barandilla de la cubierta inferior de popa, con la estela de espuma del barco a su espalda. El objetivo montado en la cámara, una Cameflex, era un *zoom*. Cuando cortó la toma me acerqué con curiosidad.

—¿Es un 25-250? —le pregunté.

El hombre de la cámara se giró sonriendo.

—Un Angénieux. ¿Te gusta la fotografía?

—He vendido cámaras y lentes muchos años.

—No soy partidario de abusar del *zoom*, pero a veces se consiguen efectos muy interesantes. ¿Quieres verlo?

Tenía un ligero acento que no supe identificar. Era extraordinariamente amable. Me animó a mirar por el visor de la cámara mientras él hacía girar la rueda que modificaba la distancia focal del objetivo. Al lado del joven de la camisa azul estaba ahora un hombre también rubio y muy alto que conversaba con él. El cambio de distancia focal combinado con el movimiento del agua al fondo creaba, efectivamente, un efecto casi hipnótico.

—Parece que el agua se los fuera a tragar —dije.

—Es por la profundidad de campo. Hay mucha luz, puedo cerrar más el diafragma y todo está a foco, tanto el primer término como el mar detrás.

El hombre alto y rubio levantó la cabeza hacia nosotros.

—¡Néstor! —gritó, e inmediatamente señaló una gaviota que sobrevolaba el barco.

—Perdona —me dijo el tal Néstor.

Desbloqueó el cabezal del trípode y apuntó con la Cameflex a la gaviota, que se mantuvo planeando el tiempo suficiente para que pudiera filmarla. Cortó de nuevo y le hizo un gesto con el pulgar hacia arriba al hombre alto y rubio.

—¿Estáis rodando un documental?

—Todas las películas son documentales —respondió con una sonrisa. Me tendió la mano y se la estreché—. Bueno, ya lo has oído, me llamo Néstor.

—Yo, Daniel.

El hombre alto y rubio le dijo a Néstor en francés que él y el joven, a quien llamó Klaus, se iban a tomar algo a la cantina. Le pidió que si rodaba más recursos no gastara mucha película. Néstor dijo que no se preocupara.

—¿Qué quieres decir con que todas las películas son documentales?

—Es así, ¿no? Es la naturaleza misma de la cámara. Recoge lo que está delante del objetivo y lo captura, ya sea un actor interpretando un papel o una gaviota volando.

—Pero en los documentales lo que pasa delante de la cámara es real —argumenté sabiendo inmediatamente que no me había expresado con mucha propiedad.

—¿Te refieres a que no está ensayado? No creas, he hecho muchos documentales y muy a menudo se prepara lo que se va a rodar. Y, al contrario, en muchas películas de ficción ocurren accidentes que acaban formando parte de la historia. Pero sí, esta es de ficción.

Mientras hablaba conmigo, desmontó el objetivo y lo guardó en una maleta.

—¿No tienes ayudantes?

—Uno. Imagino que estará en la cantina bebiendo cerveza. Somos un equipo muy pequeño. Es una producción modesta. Hemos aprovechado la buena luz para hacer un par de planos. No tenemos permiso para rodar en el barco.

—¿Quiénes eran esos dos?

—El director y el protagonista.

—¿Y vais a rodar en Ibiza?

Mi manía de interrogar a la gente se acrecentaba cada vez que me aproximaba a la isla. A Néstor no parecía importarle. Desmontó la cámara del trípode y lo cerró.

—Sí, en Ibiza y Formentera.

—¿Cómo se llama la película?

—*More.*

—¿*More?* ¿En inglés? —Néstor asintió—. ¿«Más» qué?

—Eso tendrás que preguntárselo al director. Ven y te lo presento. ¿Me ayudas?

Agarré la maleta con el objetivo y el trípode y lo acompañé dentro del barco.

4

San Francisco, California
Mayo de 2001

A Robert Quinn todo el mundo lo conoce como Pluto. Cuando a finales de los años setenta salió de la academia y empezó a trabajar en el Departamento de Policía de San Francisco, sus dos mejores amigos y compañeros de promoción se llamaban Mickey y Don. Como el ratón y el pato de Disney. Por más que lo intentara, el agente Quinn no consiguió que nadie en la comisaría le llamara Robert, Bobby ni Bob. Como él dice siempre, podía haber sido peor; podía haber acabado siendo Goofy.

Abandonó el cuerpo en la década de los noventa, ya como inspector, y abrió una agencia de detectives. También por entonces escribió una novela policíaca, *Golden Gate*, cuyos derechos adquirimos Mona y yo para convertirla en la película más taquillera de nuestra productora hasta el momento. Está basada en el caso real —uno de los últimos que Pluto investigó antes de dejar la policía — de un peculiar asesino en serie, un fotógrafo trotamundos portugués que intentó ahogar a un mendigo que vivía en Fort Point a la sombra del famoso puente que cruza la bahía de San Francisco, y cuya detención condujo a resolver crímenes previos que había cometido en Europa. Una sobrina de Mona, Vicky —en realidad, hija de una prima suya—, conoció al asesino. Trabajaba de camarera en

el café en el que desayunaba todas las mañanas y era amiga de una peluquera mexicana que tuvo una relación amorosa con él. Vicky testificó en el juicio y durante la investigación Pluto y ella se enamoraron. Ahora están casados y tienen tres hijos, dos niños y una niña. Mona y yo somos los padrinos del mayor.

El último intento que hice para localizar a Laia —hace cuatro años— fue contratar a Pluto. Me habló de un profesor de computación de la Universidad de Stanford que estaba desarrollando un programa de biometría informática que permitía deducir el aspecto actual de alguien a partir de fotos antiguas. El estudio se encontraba en una fase muy precoz, pero Pluto logró que el profesor accediera a hacer una prueba con Laia, de quien, gracias a la compulsión con que don Alberto había encargado a Antonio retratarla, teníamos cientos de fotografías desde que era un bebé hasta su desaparición. También me pidieron fotos mías y de mis padres para detectar y procesar rasgos familiares comunes. El resultado fue inquietante: un retrato robot de Laia tal como sería con cincuenta años, perfectamente reconocible, pero al mismo tiempo extraña, con varias opciones de corpulencia, largo de pelo, peinado y cantidad de canas. En la versión con el pelo recogido guardaba un parecido siniestro con mi madre.

La primera vez que Pluto me enseñó las imágenes recordé de nuevo *Centauros del desierto* y sentí el mismo escalofrío que Ethan —el personaje interpretado por John Wayne— cuando ve a la pequeña Debbie convertida en Natalie Wood dentro de la tienda del jefe Cicatriz. Pluto viajó personalmente a la India y recorrió el país enseñando el retrato robot en todas las comunidades budistas, áshram y lugares de peregrinación habituales de los *hippies*. Después hizo lo mismo en Kabul, Kandahar, Beirut y Estambul, siguiendo en sentido inverso el itinerario que se supone había

realizado Laia en el verano de 1968 tras separarse de Chucho y Carly en Turquía. Fueron varios meses de inútil búsqueda.

La oficina de Pluto está en San Francisco, muy cerca de Alamo Square. En el antedespacho tiene colgado el póster de la película que hicimos a partir de su novela. Le he traído el catálogo de la exposición de Toni en la galería de Ibiza para que vea la foto de Eva.

—Vicky me ha contado lo que pasó. ¿Qué te han dicho los médicos?

—Un episodio poco frecuente, pero no preocupante. Un síncope vasovagal es lo que me diagnosticaron en Urgencias. A veces una crisis de ansiedad puede afectar al nervio vago y pierdes el conocimiento. Había mucha gente en la galería, hacía calor. No lo sé, Pluto, que me hago viejo.

Mira la foto que reproduce el catálogo y levanta las cejas.

—¿Esta es la ex a la que buscas? No me extraña que Mona esté celosa.

—Finge que está celosa. Lo hace para burlarse de mí, dice que voy por ahí desmayándome como una damisela.

Pluto hace un montón de preguntas sobre Eva, para la mayor parte de las cuales no tengo respuesta. Apunta, sin embargo, todos los detalles que acierto a recordar y se queda con una copia del relato que escribí por recomendación de mi terapeuta.

—No creo que sea muy complicado localizarla —dice mientras enciende un cigarrillo de liar y se acaricia la cabeza, que lleva rapada al cero. A Pluto le gusta presumir de haber sido de los primeros en superar la alopecia dejándose el cráneo completamente rasurado.

—Parece una de vuestras películas —comenta—. Todo empieza siempre con una fotografía, como en *La caída* e incluso en *Golden Gate*. Quizá no seas consciente de ello, pero las historias que te

atraen siempre están relacionadas con la fotografía de una forma u otra.

Claro que soy consciente. Es algo deliberado. Desde mi conversación con Néstor en el barco —la primera de muchas durante los más de veinte años de amistad que solo su prematura muerte interrumpió—, eso que él llamó «la naturaleza misma de la cámara» estuvo en el centro de la idea de dedicarnos a hacer cine. Tardó en tomar forma porque yo aún no sabía qué hacía exactamente un productor, ni Mona que ella pudiera escribir y dirigir películas, pero terminó surgiendo de manera orgánica, aunque impulsada por Néstor, como consecuencia lógica y casi inevitable de nuestra falta de vocación, de la ausencia de un plan una vez que supimos que no queríamos pasarnos el resto de nuestra vida regentando Las Puertas del Edén.

Al fin y al cabo, crecí en el estudio de mi familia viendo trabajar a Toni y a su padre, observando cómo la gente reacciona en cuanto se coloca delante de una cámara; algunos se tensan como si se encontraran frente a un pelotón de fusilamiento, otros posan afectadamente y componen un personaje que encarnan durante unos segundos y se desvanece tan pronto salta el *flash*. Mi trabajo junto a Toni —muy distinto al que don Alberto hacía con Antonio, en quien delegaba todas las decisiones artísticas— era crear una atmósfera favorable y alargar o reducir el tiempo de posado buscando el momento en el que el retratado bajaba la guardia, se relajaba y su máscara, ya fuera la del ajusticiado o la del mohín impostado, caía. Al mismo tiempo, la presencia de la cámara, por discreta y poco invasiva que se pretenda, también modifica ineludiblemente lo que tiene enfrente. Es la célebre paradoja del observador, que condiciona todo lo que sucede en una sesión de fotos o en un rodaje.

Yo siempre supe cómo lidiar con esa tensión entre el artificio y la espontaneidad. A Toni, los posados en estudio lo mataban de aburrimiento, no tenía paciencia; a él lo que le gustaba era salir a la calle, ir a Sitges y hacer retratos a las turistas. Era un gran reportero gráfico, sus fotos de Ibiza son buena prueba de ello. Pero durante las sesiones, me pedía a mí que le hiciera la señal cuando quería que apretara el disparador. Solía decir que yo tenía un don natural para decidir el instante preciso. Como productor de cine, ese ha seguido siendo mi principal cometido: medir los tiempos, preparar el terreno, facilitar las cosas. Nunca me han interesado especialmente los aspectos técnicos, la luz, el encuadre, ni siquiera la puesta en escena, porque he estado rodeado de quienes tenían más sensibilidad y conocimientos que yo para esas tareas, pero sobre todo porque sé que la diferencia entre una foto o una toma correctas y una extraordinaria reside en que quede atrapado en el negativo —mejor o peor iluminado, enfocado y encuadrado, eso no es tan importante— algo parecido a la verdad. Por eso llamamos «revelado» al proceso químico que nos permite fijar las imágenes.

—¿Cómo lleva Luna el embarazo? —me pregunta Pluto.

—Está engordando mucho. Mona la llama Luna Llena.

Pluto se ríe mientras me acompaña a la puerta.

—¿Saben ya si será niño o niña?

—Le han pedido al médico no enterarse. Será una sorpresa.

—Abuelo, Daniel. Sí que te estás haciendo viejo.

—Pero por lo menos conservo el pelo.

Encaja la broma con una sonrisa y me despide diciendo que en cuanto tenga noticias de Eva me llamará.

Pluto está en lo cierto: casi todas las historias que han suscitado nuestro interés a lo largo de los años giran en torno a la fotografía. El protagonista de su novela vive de los derechos de autor que genera una foto que hizo de la mano de una de sus víctimas. En el caso de *La caída,* que rodamos en Australia a mediados de los setenta, la historia real de la que partimos es también la de una fotografía tomada en extrañas circunstancias. La descubrí en marzo de 1970 en la revista *Life*. Ocupaba una doble página de una sección que recogía imágenes impactantes publicadas alrededor del mundo. En el primer golpe de vista no acabé de entender los dos elementos aislados que tenía ante mis ojos: un avión de Trans Australia Airlines con el tren de aterrizaje desplegado y una silueta humana flotando en el aire unos metros por debajo. La imagen en blanco y negro había sido ampliada hasta el límite que permitían el grano y el contraste, confiriéndole un aspecto irreal, onírico. El texto al pie rezaba:

> «Lo único que mi hijo quería era ver mundo», dijo su padre. Kyle Swanson —14 años, australiano— se escondió en el compartimento del tren de aterrizaje de un avión de Trans Australia Airlines con destino a Tokio. John Griffin, fotógrafo aficionado, estaba probando el objetivo de su nueva cámara cuando el avión despegó del aeropuerto de Sídney y, sin darse cuenta, captó cómo Kyle Swanson se precipitaba a 200 pies de altura hacia la muerte.

Me obsesioné con esa fotografía. Necesitaba conocer toda la historia. Bel, la amiga australiana de la madre de Mona que me alquilaba la casa de Sa Penya, estaba suscrita a varios periódicos de su país. Encontré la noticia en ejemplares atrasados que guardaba del *The Age* de Melbourne y el *Sydney Morning Herald,* pero no ofrecían muchos más datos. Guardé durante meses los recortes en una carpeta, y cuando Mona y yo pusimos en marcha Moonrace, la historia detrás de aquella foto se convirtió en una de las que empezamos a desarrollar con la idea de convertirla en una película.

En junio de 1972, el Festival de Cine de Melbourne seleccionó uno de nuestros primeros cortometrajes y aprovechamos el viaje para documentarnos más a fondo sobre lo ocurrido.

El domingo 22 de febrero de 1970, John Griffin se había dedicado a hacer fotos a los aviones que despegaban del aeropuerto internacional Kingsford Smith con el único fin de probar su recién adquirido equipo. No advirtió nada raro ese día. Tardó una semana en revelar el carrete, y al positivar la hoja de contactos detectó en uno de ellos una mancha en el cielo debajo de un avión de Trans Australia Airlines que alzaba el vuelo. Al acercar el cuentahílos, Griffin apreció perfectamente una figura humana con un brazo extendido y las piernas abiertas. Se trataba de Kyle Swanson, un muchacho de catorce años que se había escapado del internado en el que le habían ingresado sus padres solo un par de semanas antes y que se había colado de polizón en las tripas del DC-8 porque, como dijo el señor Swanson, quería «ver mundo». Tras el despegue, las compuertas del tren de aterrizaje se abrieron para guardarlo dentro del fuselaje y el adolescente cayó al vacío desde una altura equivalente a un edificio de veinte plantas.

Mona y yo no nos poníamos de acuerdo sobre el punto de vista que debíamos adoptar para contar esta historia. Al poco de mudarnos a San Francisco, habíamos visto *Blow-Up*, que en España no se estrenaría hasta después de muerto Franco. La película de Antonioni está basada en un cuento de Cortázar —«Las babas del diablo»—, que a su vez se inspiró en una anécdota que le refirió un amigo fotógrafo. Tanto en el cuento como en la película, un hombre hace una foto y solo cuando la revela y amplía se percata de que algo imprevisto, que había pasado desapercibido en el momento del

disparo, está ocurriendo dentro del encuadre. Yo veía la oportunidad de llevar esa premisa aún más lejos centrándonos en la figura de Griffin, el fotógrafo aficionado, pero a Mona le interesaba profundizar en el personaje de Kyle, que desde el principio le recordó, a pesar de ser un par de años más joven, a Holden Caulfield, el protagonista y narrador de *El guardián entre el centeno*, su novela favorita.

Yo leí el libro de Salinger cuando Mona me habló de él, porque aún no había sido traducido en España. Al igual que Holden, Kyle era un adolescente inadaptado que se rebelaba contra los adultos y sus convencionalismos. Holden es expulsado del colegio en el que está interno y Kyle se escapó de la Ciudad de los Muchachos, una institución regentada por padres salesianos en Engadine, un suburbio al sur de Sídney, a casi una hora en coche de su casa familiar. En Barcelona también había una Ciudad de los Muchachos en Collserola, y creo recordar que otra en Galicia. Todas seguían los pasos de la original, un orfanato fundado en Nebraska a principios del siglo XX por el padre Flanagan, al que interpretó Spencer Tracy en un par de películas. En la Ciudad de los Muchachos de Engadine no solo había huérfanos, alojaba también a chicos problemáticos, como al parecer era el caso de Kyle. En aquella época no se empleaba esa terminología, pero es muy posible que hoy en día le hubieran diagnosticado un trastorno de hiperactividad y déficit de atención.

Mona y yo viajamos de Melbourne a Sídney y localizamos a los padres de Kyle, que en un principio se negaron a hablar con nosotros. Mona les escribió una larga carta explicando que no nos interesaba explotar el lado sensacionalista de la tragedia —no íbamos a mostrar el momento del accidente, lo contaríamos desde el punto de vista del fotógrafo—, sino que pensábamos que su hijo representaba a toda una generación de jóvenes cuyas ansias de

aventura, de vivir nuevas experiencias, estaban provocando espejismos y mucha frustración. También nos pusimos en contacto con el autor de la foto, John Griffin, que se mostró muy receptivo y colaborador. Nos enseñó el negativo original y nos explicó que aquel domingo estaba probando un duplicador que había comprado para el objetivo de su cámara. Describió como terrorífico el momento en que descubrió, días más tarde, lo que había fotografiado sin darse cuenta.

Los Swanson tenían una hija, Fanny, que leyó la carta de Mona y consiguió que sus padres nos recibieran para poder contarles en persona lo que pretendíamos hacer con la historia de Kyle. Accedimos a cambiar el nombre y apellido del protagonista y algunas características personales. Ninguna de las partes mencionó la necesidad de firmar ningún papel; lo que no queríamos Mona y yo era hacer la película en contra de la voluntad de la familia. Confiaron en nosotros y en nuestras buenas intenciones.

Ese mismo verano encontramos un coproductor australiano y Mona empezó a trabajar en el que habría de ser su primer guion cinematográfico. Hasta entonces, solo se había atrevido con diarios, relatos cortos y poemas que no había dejado leer a nadie, a pesar de que llevaba escribiendo desde que la mandaron a vivir a Irlanda con su abuela. Yo me enteré de esa faceta creativa de Mona gracias a Neus, mi suegra, que me lo contó el día de nuestra boda. No fue fácil conseguir que Mona me dejara leer alguno de sus textos, pero me costó mucho más convencerla de que tenía un talento innato como narradora y que no podía malgastarlo.

Néstor nos dijo que el de *La caída* era uno de los mejores guiones que había leído en su vida. Fue imposible contar con él como director de fotografía —tenía compromisos profesionales adquiridos en Europa y Estados Unidos incompatibles con un rodaje en

Australia—, pero fue suya la sugerencia de que Mona asumiera también la dirección de la película. A nuestros coproductores les pareció bien, sobre todo porque contratarla a ella en lugar de a un director experimentado suponía un ahorro considerable. Así es como nuestro debut como productores de un largometraje fue además el de Mona como guionista y directora.

Rodamos la película íntegramente en Sídney durante siete semanas del invierno de 1973 con un presupuesto de poco más de medio millón de dólares. Con ese dinero no podíamos permitirnos adquirir derechos discográficos, pero un adolescente como nuestro protagonista tenía que escuchar música rock. Mona lo resolvió convirtiendo en atrezo inseparable del personaje unos auriculares, de modo que nunca oíamos los discos que escuchaba en la soledad de su cuarto; solo necesitábamos ver las portadas, cuyos derechos de reproducción eran más asequibles. Conseguimos permiso de varias bandas australianas, prácticamente desconocidas en el resto del mundo. Pero Mona quería que Kevin —así rebautizamos a Kyle— se obsesionara con una canción en concreto que sirviera de *leitmotiv* a la historia, y dado que no podríamos usar la música, debía ser un *hit* internacional que todos los espectadores conocieran e imaginaran solo viendo la portada.

Yo le propuse usar *Thick as a Brick*, de Jethro Tull, que acababa de lanzarse al mercado con un gran éxito. La portada imitaba un tabloide inglés de provincias. Era un álbum conceptual, un único tema de más de cuarenta minutos cuya letra se suponía obra de un niño prodigio llamado Gerald Bostock, un personaje de ficción creado por Ian Anderson, compositor y líder de la banda. Argumenté que había semejanzas entre el pequeño Gerald y el Holden de Salinger y que el personaje de Kevin se podía identificar con él. No logré convencer a Mona. Ella y yo nunca hemos compartido gustos

musicales. A mí —sobre todo por aquel entonces— me interesaba el *jazz* y el *rock* progresivo o sinfónico: Pink Floyd, Yes, Genesis, King Crimson, o los citados Jethro Tull. Mona, por su parte, se niega a considerar *rock* ninguna canción que no tenga estribillo y dure más de cuatro minutos. A pesar de esta máxima, no descansó hasta que cerró un acuerdo con United Artists para usar la portada de un *single* que requiere la cara A y la B para alojar una sola canción que dura casi nueve minutos, la única excepción en la historia de la música a su regla, según Mona: *American Pie*. Tras arduas negociaciones con la multinacional, pudimos usar en la película la carátula del disco de Don McLean, y durante buena parte del desarrollo el proyecto se llamó *Lost in Space* en alusión a un verso de la canción que define a la nuestra como «una generación perdida en el espacio». McLean rinde homenaje a una célebre serie de televisión de ciencia ficción con ese título, *Perdidos en el espacio*, que se emitió en Estados Unidos en los años sesenta. Toda la letra está llena de guiños y referencias a personajes y productos de la cultura popular americana. Comienza con el recuerdo del 3 de febrero de 1959 —«el día que murió la música»—, fecha del accidente aéreo en que perdieron la vida Buddy Holly, Ritchie Valens y The Big Bopper, tres ídolos juveniles de los primeros años del *rock*. Ciertos problemas legales nos impidieron usar el título y lo cambiamos por *La caída*.

Nuestra ópera prima nos abrió las puertas de la industria y todavía hoy le debemos buena parte de nuestra reputación. Mona recibió elogios unánimes por su trabajo. Los críticos destacaron la complejidad psicológica del personaje protagonista, su capacidad para generar empatía y encarnar la mentalidad de toda una generación, con sus anhelos, miserias y contradicciones. Muchos hablaron de una reformulación moderna del mito de Ícaro. Fue un éxito de taquilla en Australia y tuvo una buena acogida en Europa,

pero al ser una producción independiente sin apoyo de ningún gran estudio, la distribución en Estados Unidos se limitó a cines de arte y ensayo en algunas grandes ciudades. Aun así, *Esquire* dijo que era la mejor película estrenada en 1974 y siempre figura en las listas de las más importantes de la década. El póster —la silueta del cuerpo de Kyle cayendo al vacío sobre un fondo blanco y el título en grandes letras negras— forma parte de la colección de carteles de cine del MoMA.

Organizamos un pase privado para los Swanson antes de estrenarla. La madre no quiso acudir, pero al volver a casa después de la proyección su marido y su hija la convencieron de que debía verla. Accedió si solo estaban ellos tres en la sala. Así lo hicimos. Una semana más tarde, la madre llamó a Mona para darnos las gracias. Las pesadillas que tenía todas las noches desde que murió Kyle habían desaparecido. Ver la historia de su hijo convertida en una ficción, con actores interpretándoles a ella y su familia, había obrado el milagro. Esa fue la palabra que la señora Swanson empleó.

5

Ibiza
Noviembre de 1968

Todo el equipo de rodaje de *More* estaba tomando unas cervezas en el Lola's Club, un bar horadado en la roca junto a la muralla de Dalt Vila, después de haber filmado algunos planos allí. El grupo no llegaba a una decena de personas, incluyendo a los actores. Llevaban cinco semanas rodando en la isla, principalmente en la casa que la madre de Barbet, el director, tenía en San Antonio. Yo había visitado el rodaje en varias ocasiones y me habían dejado leer el guion. *More* cuenta la historia de un joven alemán que viaja a Ibiza siguiendo a una chica americana a la que conoce en París y que le introduce en el consumo de drogas. Stefan, el protagonista, me recordaba a mí mismo en algunos aspectos, y Estelle, la americana, tenía muchos puntos en común con Eva, pero los personajes de ficción vivían mucho más atormentados que nosotros y su relación adquiría tintes trágicos.

—Desde luego, no creo que estemos asistiendo al nacimiento de una nueva civilización —dijo con desprecio Günther, que estaba echando una mano en el rodaje con los decorados.

—¿Y cómo llamarías a lo que está sucediendo? —preguntó Ferrán.

—Pero ¿qué está sucediendo? ¡Decídmelo!

—Lo que pasó en mayo en París y lo que sigue pasando en los campus de medio mundo contra la guerra de Vietnam —contesté yo.

—En Francia pasó que De Gaulle ganó con holgura las elecciones en junio después de que el Partido Comunista y los sindicatos abandonaran a su suerte a los estudiantes. Igual que en mi país.

Günther estaba muy alterado. La conversación surgió a raíz de una secuencia del guion de la película en la que el protagonista escribe en su diario que se siente el último superviviente de otra era y se pregunta si estará naciendo una nueva civilización. Ferrán, Néstor y yo estábamos comentándolo tranquilamente mientras bebíamos cerveza cuando el alemán intervino con vehemencia.

—A principios de junio del año pasado yo estaba en Berlín —continuó—, manifestándome junto a varios cientos de personas contra la visita oficial del sha de Persia. Tiramos huevos y tomates al Mercedes del dictador a su llegada a la ópera con su esposa. La policía nos disolvió a porrazos, pegándonos patadas y disparándonos con un cañón de agua a presión. A uno que ni siquiera formaba parte de la protesta, que simplemente pasaba por allí, lo tiraron al suelo y le pegaron un tiro en la nuca. Ocurrió a diez metros de donde yo me encontraba. Impidieron el paso a un médico que se acercó a atenderle. Cuando llegó al hospital, estaba muerto. Muchos compañeros fueron arrestados y otros huimos del país. El policía que lo mató salió libre de cualquier cargo. Y en abril, Rudi Dutschke, un líder estudiantil, iba en bicicleta a comprar medicinas para su hijo cuando se le acercó un tipo que le llamó asqueroso cerdo comunista y acto seguido le disparó tres tiros en la cabeza. Por increíble que parezca, Dutschke sobrevivió. Eso es lo que está sucediendo en Alemania. En Estados Unidos, además de enviar a Vietnam a miles de soldados a morir matando con napalm a campesinos, mujeres y niños, ejecutan a su presidente, al hermano del presidente, a

Malcolm X y a Martin Luther King. En México, el gobierno asesinó el mes pasado a cientos de estudiantes en la plaza de las Tres Culturas. Aquí en vuestro país lleváis treinta años de dictadura fascista. ¿A vosotros eso os parece síntoma del inicio de una nueva civilización?

Néstor escuchaba atentamente sin intervenir, haciendo gala de su flema habitual.

—Tú hablas de política —dijo Ferrán—. Las verdaderas revoluciones son la psicodélica y la sexual, la liberación de las mentes y la de los cuerpos...

Günther terminó de perder los nervios.

—A mí no me vengas con el sermón de Jerry y su Fraternidad del Amor Eterno. Me gusta follar y colocarme como al que más, pero así no vamos a cambiar el mundo.

—Expandir las conciencias, amigo —replicó Ferrán—, esa es la única forma de acabar con el capitalismo.

—Sois unos ingenuos. Todos nosotros no somos más que pequeños burgueses mostrando una rebeldía contra el sistema que el sistema convierte rápidamente en mercancía. Lennon titula *Revolución* una canción que dice que no contemos con él para la destrucción, que todo va a ir bien, *subidubidá*. Venderá millones de discos a través de una multinacional y volveremos al todo lo que necesitas es amor y a pasear con Lucy por el cielo lleno de diamantes. El bueno de John será todavía más rico y los pobres seguirán siendo pobres. Necesitamos destruir para poder amar.

—Yo no soy cómplice del sistema. Vivo al margen de sus normas.

—Vendes drogas, Ferrán. No pagar impuestos no te convierte en revolucionario. ¿Sabes de quién es este bar, a quién damos nuestro dinero viniendo aquí a beber y a montar fiestas? Lola es hija de un industrial, amiga de las familias aristocráticas de la isla, su cuñada

es una sobrina nieta ¡de Tolstói! Lev Niokoláievich sería un gran escritor y un anarquista cristiano, pero también un miembro de la nobleza. ¿Y la Cueva de Álex Babá, donde también vas a distribuir tu mercancía? El dueño, y un buen cliente tuyo, es hijo del Mengele particular de Franco. ¿Que no eres cómplice del sistema? Las Panteras Negras en California, que se están enfrentando a la policía, son los únicos que se oponen al orden establecido. Tú y tus amigos de la Fraternidad, Timothy Leary y su Liga para el Descubrimiento Espiritual, o Allen Ginsberg jugando a hacer levitar el Pentágono solo sois bufones que contribuyen al espectáculo.

Günther se dirigió a Néstor y a mí mientras recogía su chaqueta de pana.

—¿Visteis *Los profesionales*, la de Burt Lancaster? Como dice su personaje, «solo hay una revolución, desde el principio de los tiempos, la de los buenos contra los malos. La cuestión es saber quiénes son los buenos».

El alemán se marchó rezongando. Ferrán lio un porro y atribuyó el mal humor del Faquir al rechazo que había sufrido por parte de Katya, que se había marchado unos días con Eva, Alina y Zoe a Formentera. En ese momento entraron en el Lola's dos franceses buscando a Ferrán y él se fue con ellos al fondo del local.

—¿Tú qué opinas? —pregunté a Néstor, que seguía callado.

—Entiendo lo que dice Günther. Hay demasiadas injusticias en el mundo y yo también me he pasado la vida huyendo de ellas. Mi padre se fue a Cuba después de la Guerra Civil y mi madre, mis hermanos y yo le seguimos unos años más tarde. Llegó Batista y me marché a Nueva York. Volví a La Habana en el cincuenta y nueve creyendo en la revolución de Fidel. Pero a mí no me gusta pelear; mejor dicho, no sé pelear. Yo nunca seré uno de esos personajes de la película de Brooks. La revolución cubana arrestó a muchos

compañeros estudiantes. Yo también fui detenido e interrogado. En cuanto pude volví a exilarme, primero a Italia y luego a Francia —hizo una pequeña pausa en su hablar ya de por sí sosegado—. No sé, Daniel. No creo en la destrucción. Creo que el cine, el arte en general, es nuestra única salvación.

Néstor se fue con su ayudante a guardar la cámara y las latas de película a una habitación de El Corsario que usaban de oficina de producción. Barbet y Mimsy, la actriz que interpretaba el personaje de Estelle, estaban sentados en la barra discutiendo sobre el guion, reescribiendo diálogos. Néstor la había conocido el año anterior rodando por toda Europa una película producida por Roger Corman ambientada en el mundo de las carreras de coches y se la había presentado a Barbet. Mimsy trabajó algunos meses como enfermera en el laboratorio que Al Hubbard, el profeta del LSD, dirigía en Daymon Island, su isla privada en Vancouver, y estaba muy preocupada por reflejar con fidelidad los efectos del ácido. Le molestaba el sensacionalismo con el que se había tratado el asunto en un par de películas de serie B que había hecho en Hollywood. No quise interrumpirlos y me marché también con la idea de recoger a Mona, que estaría a punto de terminar su turno en El Mono Desnudo.

Había visto *Los profesionales*, escrita y dirigida por Richard Brooks, en Barcelona, en el cine Urgel, las últimas Navidades. Estaba enamorado de Claudia Cardinale, como todo el mundo. En los diálogos abundaban las referencias a la revolución, puesto que la historia transcurría durante la que tuvo lugar en México, pero la reflexión que yo recordaba no pertenecía al personaje de Burt Lancaster, sino al de Jack Palance.

Jesús Raza es un bandido que antes ha luchado bajo las órdenes de Pancho Villa. Un grupo de mercenarios, los profesionales del

título, con Lancaster y Lee Marvin a la cabeza, son contratados por un adinerado ranchero para que rescaten a su mujer, interpretada por la Cardinale, que ha sido supuestamente secuestrada por el bandido mexicano interpretado por Palance. Durante el tiroteo al final de la película, malherido y a punto de ser capturado, Raza dice que la revolución es como una gran historia de amor, que al principio te parece una diosa, una causa por la que merece la pena morir, pero que, como todas las historias de amor, tiene un enemigo implacable: el tiempo. De repente te das cuenta de que no es una diosa, sino una prostituta, que nunca fue pura, ni santa, ni perfecta. Entonces huyes y encuentras otra amante, otra causa por la que luchar. Ya no es amor, sino lujuria; pasión, pero no compasión. Y, según Raza, sin amor no eres nada. Burt Lancaster le acaba dando la razón, porque en lugar de entregarlo al ranchero, él y Lee Marvin facilitan su huida con la mujer, que nunca fue secuestrada, sino que se marchó voluntariamente con el bandido, de quien está enamorada.

Me sorprendía que Günther citara al mercenario en lugar de al revolucionario, al gringo y no al oprimido, para apoyar su razonamiento. Un par de días después nos enteramos de que el Faquir se había marchado de la isla.

En El Mono Desnudo no cabía un alma a esas horas. Toni fumaba un cigarrillo en la terraza. Me senté a su lado mientras esperaba a que Mona terminara de trabajar.

—¿Tú sabes algo de una Fraternidad a la que pertenecen Jerry y Ferrán? —le pregunté.

—La del Amor Eterno —asintió Toni.

—Eso ha dicho Günther. ¿De qué va la historia?

—Es un tinglado que empezó con unos surfistas de Laguna Beach, en California. Se dedican a sintetizar LSD y a distribuirlo gratis para provocar la revolución psicodélica. Mira.

Se sacó del bolsillo de la chaqueta vaquera un pastillero esmaltado con lo que parecía una cruz gamada redondeada inscrita en un sol radiante. Era uno de los dibujos que se repetían en el diario de Laia.

—Este es su símbolo. Me lo regaló Ferrán.

Abrió el pastillero, que contenía varias tabletas de distintos colores.

—Eva me dio a probar esas de color naranja —le dije.

—*Orange Sunshine*. El ácido más potente del mercado, gentileza de la Fraternidad.

—¿Y lo regalan?

—El negocio lo hacen con el hachís. Traen de Afganistán y Marruecos furgonetas llenas de polen y lo venden por todo el mundo. A eso se fue tu hermana con Chucho y Carly, que, por cierto, se han largado. Esta vez no piensan volver.

—¿Laia pertenece a la Fraternidad?

—No es que repartan carnés, pero sí. Jerry es el que dirige el cotarro aquí en la isla. Según Ferrán es uno de los miembros fundadores. ¿Quieres?

Me ofreció una pastilla con unas letras y unos números impresos: Lemmon 714.

—¿Qué es? —pregunté rechazándola.

Él se la metió en la boca y la pasó con un trago de cerveza.

—Tiene muchos nombres. *Limones, ludes, reds, mandrax*...

—¿También es ácido?

—Es un sedante.

—¿Y esas cápsulas azules y rojas?

—Tuinal. Ferrán las llama también *beans* o *blue tips*. Otro barbitúrico.

—Esas amarillas se parecen mucho a las que tomaba mi padre para dormir.

—Valium. Tu hermana se las robaba a don Alberto.

Cerró el pastillero y se lo guardó.

—¿Te lo contó Laia? —Toni asintió—. ¿Cuándo?

—Coincidíamos alguna noche de fiesta en el San Carlos —me contestó.

—Nunca me lo habías dicho.

Se encogió de hombros.

—Estaba peleada contigo y me pedía que no te contara que la había visto.

—¿Conocías a sus amigos de Barcelona?

—De pasada. Eran mayores que nosotros. *Hippies* de La Floresta.

—¿Hay alguno aquí?

—Yo no he visto a ninguno.

Toni se había dejado un mostacho como el de Jack Palance en *Los profesionales*. El flequillo le había crecido tanto que ya no tenía que apartárselo continuamente de la cara, se lo podía colocar detrás de la oreja derecha, que ahora lucía un arete pequeño de plata. Llevaba un jersey de lana tejido a mano, pantalones de pana, una chaqueta vaquera con el símbolo de la paz pintado en la espalda y unas botas militares raídas. La Leica colgaba de su cuello, siempre lista para hacer una foto. Al regresar de mi viaje a Barcelona había cumplido la promesa que le hice a Antonio y le transmití a Toni la preocupación de sus padres y su deseo de que volviera a casa y aceptara alguno de los empleos que le esperaban allí. Como vaticiné, Toni no me hizo el menor caso.

Parecía mentira que solo hubieran transcurrido cinco meses desde que hicimos la sesión en las teresianas; ambos estábamos irreconocibles. En menos de medio año habíamos experimentado la misma metamorfosis que los Beatles desde 1964. Sobre todo yo, con el pelo más largo de lo que lo había llevado nunca, la barba poblada y unos tejanos que en Barcelona solo me ponía para salir de excursión. Encendí dos Luckys y le di uno a Toni.

—¿A dónde se han largado Chucho y Carly? —pregunté.

—Se han vuelto a América. Eso he oído —respondió Toni.

—¿Ellos también forman parte de la Fraternidad?

—Trabajan para Jerry, eso seguro.

—Hace días que no le veo.

—Desde que yo llegué a finales de agosto no ha pasado más de diez días seguidos en la isla. Aparece y desaparece como si fuera un fantasma. Algunos le llaman Mandrake, por el mago ese de los tebeos. Bueno, y porque le gustan los *mandrax*, como a mí.

Dio un trago al botellín de cerveza. Cerró los ojos durante un segundo y me di cuenta de que la pastilla debía de comenzar a hacerle efecto, porque los músculos de la cara se le habían relajado y realizaba todos los movimientos como a cámara lenta.

—Me lo contó el hijo del taxista mudo —dijo de repente.

—¿Fonsi? ¿Te conto qué?

—Lo de Chucho y Carly. Los vio subirse al barco con la furgoneta. Carly le regaló al chaval un gorro de piel de mapache como el de Daniel Boone y se despidió porque se volvían a California.

Se quedó pensativo.

—¿Cómo se llama el indio que va con Daniel Boone? —preguntó.

A don Alberto le encantaba esa serie. No se perdía un episodio. Siempre se levantaba de la siesta a tiempo para verla. Algunos días,

yo me sentaba con él delante del televisor y en el primer corte para los anuncios me iba a abrir el estudio.

—¿Toro?

Toni negó con la cabeza.

—Ese es el del Llanero Solitario...

Bebió un trago más largo de cerveza. Cuando separó los labios del botellín, su expresión era más sombría.

—Se fueron sin contarme la verdad.

Sabía que se refería a Laia, así que no le seguí la corriente. Chucho estuvo a punto de pegar a Toni porque no dejaba de acosar a Carly con preguntas sobre mi hermana. Toni se negó a creer la versión que contaron cuando regresaron del viaje sin ella. Los sometía a interrogatorios exhaustivos y si caían en alguna contradicción o recordaban algo de manera distinta a como se lo hubieran relatado antes, se ponía violento y les exigía que explicaran dónde estaba Laia realmente. Se cebaba sobre todo con Carly, porque fue ella quien cedió a sus presiones y reconoció al final que mi hermana no había salido con ellos desde Ibiza, que se les había unido en Tánger. Jerry me lo confirmó más tarde, pero dijo que fue Laia la que emprendió viaje unos días antes. Toni sostenía ahora que Laia estaba aún en la isla varios días después de que Chucho y Carly embarcaran. Decía que varios testigos aseguraban haberla visto en un desfile de las Fiestas de Mayo en Santa Eulalia. El desfile había tenido lugar un domingo y Chucho y su novia partieron el martes anterior. Pregunté a uno de esos testigos, uno de los *hippies* de Blind John, y lo que me dijo es que había visto de lejos a una chica que se parecía a mi hermana.

—El mudo también la vio —dijo Toni retomando una conversación que solo tenía lugar en su cabeza—. Andando por la carretera. Cerca de las cuevas de San Vicente.

—¿Has estado molestando también a Alfonso con esto, Toni?

—Jerry, Ferrán, Chucho, Carly, Blind John... Todos mienten.

Se había olvidado del cigarrillo que sostenía entre los dedos y la ceniza crecía sin llegar a desprenderse.

—¿Por qué iban a mentir?

—No lo sé... ¡Mingo!

—¿Cómo?

Sonrió victorioso.

—El indio amigo de Daniel Boone. Se llama Mingo.

Mona salió del local y me hizo un gesto. Me levanté.

—Ten cuidado si coges el Dos Caballos, ¿vale?

Toni asintió con la cabeza e intentó dar otro trago de cerveza, pero el botellín estaba vacío.

—Ten cuidado con Dios —dijo riéndose.

La casa de Sa Penya tenía dos alturas. Abajo estaban el salón y una cocina de carbón. Arriba, el dormitorio y un baño minúsculo que Bel se empeñó en construir a toda costa. Tenía inodoro y una tina de hierro fundido como las de las películas del Oeste en la que cabías sentado con las piernas encogidas. Además de Mona y yo, la tina la usaban de vez en cuando los hijos de Alejo y Josefa, unos gitanos que vivían en la misma calle. En agradecimiento, él, que era albañil, se ofreció a agrandar el ventanuco del dormitorio para convertirlo en una pequeña puerta por la que se accedía a un terrado con la cisterna que almacenaba el agua de lluvia y en el que coloqué una mesita y dos sillas para desayunar viendo el puerto. Josefa me preguntaba si tenía ropa sucia cada vez que iba al lavadero. La mayoría de los otros vecinos faenaba en el mar y traían pescado que, sobre todo en verano, cocinaban en parrillas instaladas en la

puerta de sus casas y lo compartían con todo el barrio, que cenaba en la calle.

—El símbolo de la Fraternidad está por todas partes.

Le estaba enseñando a Mona los dibujos del diario de Laia. Acabábamos de hacer el amor y ella fumaba un cigarrillo a mi lado en la cama, un poco ausente.

—¿Por eso me preguntaste si Laia conocía a Bel? —preguntó Mona señalando las tres letras que se repetían en muchas páginas.

—Sí. Aunque siempre lo escribe en mayúsculas y a veces con puntos entre las letras, como si BEL fueran las siglas de algo, no un nombre. BOG creo que significa «Beware of God», porque la primera vez que aparece es al lado de esta caricatura de Jerry diciendo esa frase. Debe de ser un chiste privado; Toni me lo ha dicho a mí esta misma noche, que tuviera cuidado con Dios.

Mona cogió el diario y le echó un vistazo. Me pasó el cigarrillo.

—BEL puede referirse a la Fraternidad —sugirió—. En inglés sería «Brotherhood of Eternal Love».

—¡Es verdad! Tiene que ser eso.

Parecía confirmarse que Laia pertenecía a la organización.

—No me fío de nada que tenga que ver con Jerry —dijo Mona devolviéndome el diario—. Paloma dice que tiene tatuadas unas cruces en la espalda. No va a la playa y nadie le ha visto nunca sin camisa, pero ella lo sorprendió un día en su cuarto de El Corsario, a través de una ventana entreabierta, saliendo del baño.

—¿Unas cruces? Es lo último que esperaría que se tatuara un tipo como Jerry. ¿Y nadie le ha visto desnudo? ¿No tiene novias, amantes?

—No, que se sepa.

Mona se levantó de la cama y metió un tronco de leña en la estufa. Cada vez hacía más frío por las noches.

—Creo que estoy embarazada.

Deposité el diario sobre el cajón de madera que hacía las veces de mesita de noche. Mona volvió a la cama y se tapó con la manta. Recuperó el cigarrillo y le dio una profunda calada. Levantó las cejas imitando mi reacción. El tronco con el que acababa de alimentar el fuego crepitó y a continuación sonó lejana la sirena de un barco.

—¿Has ido al médico?

Mona negó con la cabeza.

—Pero este mes no me han visitado los ingleses.

Otra de las expresiones de la abuela irlandesa. Cuando a una mujer le bajaba la regla, ella decía que la visitaban los ingleses. Mona suponía que porque las casacas de los soldados ingleses eran de color rojo.

—Una sola falta... A lo mejor es un retraso.

—Nunca me retraso. Soy como un reloj. Lo noto, estoy embarazada.

El aplomo de Mona era extraordinario y no dejaba resquicio a la duda.

Mi primer pensamiento fue para mi madre, Conchita. Decía a menudo que su mayor deseo era convertirse algún día en abuela. Imaginé su cara al enterarse de la noticia.

—Estás sonriendo —dijo Mona.

—Tú también.

Mi segundo pensamiento fue para don Alberto.

—Tendremos que casarnos, ¿no?

—Si no queremos que mi madre se muera del disgusto, sí, deberíamos casarnos.

Me pasó el cigarrillo y lo apagué en el cenicero que había sobre el cajón.

—¿Cómo te apellidas? —pregunté.

Se rio.

—¿No lo sabes?

—Mona, la hija de Neus y de Gerry el Irlandés. La de El Mono Desnudo. Eso es todo lo que sé.

—Eden.

Lo pronunció en inglés.

—¿Como el jardín del Edén?

—Mona Eden Marí. Mi madre tiene el nombre de la patrona de Ibiza y uno de los apellidos más comunes de la isla.

—Carreras Eden. Suena rarísimo.

—Si yo he sobrevivido llamándome Mona, ella también lo superará.

—¿Ella?

—Va a ser una niña —dijo totalmente convencida.

—¿Y la llamaremos también Mona?

Deslizó la mano por debajo de las sábanas y la manta, y en cuestión de segundos me provocó una nueva erección.

—Ni de broma. Con dos Monas en la familia es más que suficiente.

6

Mona Eden: «Al cine de Hollywood le sobran lazos. Parece un conejo de feria»

La directora de origen irlandés y con doble nacionalidad estadounidense y española repasa su filmografía, sus ideas sobre el cine, y nos habla de la película que lleva más de veinticinco años intentando rodar.

Por H. Cofa para *Sight & Sound* Julio/2001

El pelo rizado y de un rojo intenso es herencia de su abuela paterna, a la que mencionará varias veces a lo largo de la entrevista. De ella heredó también el nombre y, según nos dice, la tozudez. Mona Eden nos recibe en las oficinas de Moonrace, la productora que fundó hace tres décadas junto a su marido, Daniel Carreras, en Carmel-by-the-Sea, lejos de las colinas de Hollywood.

Lo de vivir tan lejos de Los Ángeles y la industria, ¿es una declaración de principios?

Es una cuestión de salud mental. *(Risas)* Nunca nos hemos sentido parte de la industria, nosotros hacemos artesanía. Lo que ocurre es que las películas, incluso las nuestras, cuestan mucho dinero y no podemos financiarlas sin la ayuda de los estudios.

Escribió y dirigió su primera película con solo 25 años. ¿Siempre quiso hacer cine?

Fue un accidente. Jamás se me había pasado por la cabeza escribir ni dirigir películas. Tampoco producirlas. Ni siquiera era especialmente cinéfila. Daniel sí, él se pasó su infancia y adolescencia en Barcelona dentro de una sala de cine. Yo

crecí en Ibiza, y aunque cuando era pequeña había cinco cines en la isla, prefería jugar en la calle o salir a pescar con mi padre en su barca.

¿Entonces? ¿Cómo acabó escribiendo y dirigiendo *La caída*?

Daniel leyó en una revista la historia real en la que está basada la película y, cuando me la enseñó, yo me enamoré del protagonista, ese pobre chico que encontró la muerte de manera tan absurda. Acabábamos de montar la productora y habíamos hecho un par de documentales con directores afincados aquí, en la Bahía de Monterrey. Un largometraje de ficción nos quedaba muy grande, era algo totalmente nuevo para nosotros. Daniel se empeñó en que me ocupara yo del guion, aunque hasta ese momento solo había escrito algún cuento que no había leído nadie. Cuando lo terminé se lo pasamos a Néstor Almendros, que se había hecho muy amigo de Daniel durante el rodaje de *More* en Ibiza. A Néstor le encantó y nos dijo que tenía que dirigirla yo. Como no teníamos mucho dinero para pagar a un director experimentado, le hicimos caso.

Y se fueron a Australia a rodarla.

Es donde transcurría la historia real y no tenía sentido trasladarla a Estados Unidos o Europa. Trata de un adolescente que precisamente quiere conocer esos lugares lejanos en los que sucede todo lo que a él le interesa: la música, el cine...

***La caída* se ha convertido con los años en una película de culto, un retrato descorazonador de una época y de una generación que pensó que podía cambiar el mundo. En una entrevista durante la promoción usted dijo que la contracultura estaba condenada al fracaso. ¿Cree que el tiempo le ha dado la razón?**

Lo descorazonador no es la película, espero, sino la realidad que retrata. Como dice Paco Ignacio Taibo II, el autor de *Cuatro manos*, la novela en la que está basada nuestra última película: «Cualquier parecido con la realidad es culpa de la realidad». En los años sesenta y setenta cambiaron muchas cosas, algunas para siempre, pero en lo esencial todo sigue igual. Que la contracultura estaba condenada al fracaso no lo dije yo, lo pronosticó Theodore Roszak, que fue quien acuñó el término en su libro, que es de 1968. Dijo ya entonces que se corría el riesgo de que fuera «un esperanzador comienzo que nunca dejaría de ser comienzo». A quien el tiempo le ha acabado dando la razón es a Roszak.

Hablando de Roszak, en algún momento se anunció que estaba usted trabajando en la adaptación de su novela *Parpadeo*.

Es la mejor novela que he leído sobre el cine. Maravillosa. Opcionamos los derechos y escribí un guion, pero aún no hemos conseguido encontrar financiación.

¿Es muy larga la lista de proyectos que no han llegado a ver la luz del día?

¿Larga? ¡Kilométrica! *(Risas)* La gente desconoce lo difícil que es levantar una película, los miles de obstáculos que hay que sortear y la cantidad de factores que intervienen y pueden llevar al traste años de gestiones y trabajo. En el caso de una productora independiente como Moonrace, los impedimentos se multiplican y el porcentaje de proyectos en distintas fases de desarrollo que se quedan en el camino es enorme. Los que se acaban haciendo son la parte visible de un iceberg muy puntiagudo.

Su marido y usted son copropietarios de Las Puertas del Edén, la mítica discoteca de Ibiza, que imagino genera grandes beneficios. ¿No invierten ese dinero en la producción de películas?

Hace años que no tenemos nada que ver con la gestión directa del negocio, que lleva una socia y buena amiga, pero los beneficios de la discoteca han ido creciendo exponencialmente, sobre todo desde los años ochenta en adelante con el desembarco en Ibiza de la música electrónica. Como dice mi marido, tenemos la vida resuelta gracias a una música que los dos aborrecemos. *(Risas)* La explotación del logotipo del local, las dos hojas de higuera enlazadas por una serpiente, es una fuente de ingresos adicional. Es el *merchandising* que nuestras películas nunca han tenido: se puede ver en camisetas, ropa interior, gorras, cuadernos, tazas... Gracias a ese dinero hemos podido mantener abierta la productora sin hacer concesiones artísticas, realizando únicamente el cine que nos interesa, y sobrevivir largas temporadas sufragando escrituras de guion e interminables desarrollos. Así es el capitalismo. Si no puedes combatirlo, únete a él.

Pero no es suficiente para sacar adelante esos proyectos fallidos.

No lo es. Además, para financiar una película no basta con tener dinero. Porque entonces te arriesgas a producirla y no poder estrenarla, o estrenarla, pero no recuperar la inversión. Si haces una película y te arruinas, no haces ninguna más. Una productora tiene que ser rentable para seguir funcionando. *La caída* y *Golden Gate* son las únicas películas que hemos hecho que se pueden considerar éxitos

comerciales. Son producciones independientes, modestas, pero recuperaron con creces el dinero invertido y siguen generando ingresos.

De esos proyectos frustrados, ¿cuál es el que más le duele no haber podido hacer?

(Contesta inmediatamente, sin titubear). Mr. Z.

¿Mr. Z?

Es la historia de Abraham Zapruder, el hombre que filmó con una cámara de 8 mm el asesinato de John Fitzgerald Kennedy. Estuvimos a punto de hacerla en 1979, pero nos la pararon pocos meses antes de empezar el rodaje.

¿Qué ocurrió?

Aún no me lo explico. Teníamos el respaldo de un estudio, la financiación, el reparto, y de un día para otro todo se desmoronó como un castillo de naipes.

¿Puede explicarnos cómo se gestó el proyecto?

En noviembre de 1973, en el décimo aniversario del magnicidio, Daniel y yo estábamos en Australia preparando *La caída* cuando leímos en *Esquire* un artículo de Richard Stolley en el que contaba su asistencia a la primera proyección de la película casera que Zapruder, a quien sus empleados llamaban Mr. Z, organizó para el Servicio Secreto en sus oficinas al día siguiente del asesinato. En 1963, Stolley era el jefe de la revista *Life* en Los Ángeles. Voló a Dallas en cuanto tuvo noticia de lo ocurrido, y uno de sus colaboradores le habló de la existencia de una película casera que había registrado el momento de los disparos. De nuevo, nos encontrábamos en una revista la historia de un aficionado con una cámara capturando un momento único, los últimos instantes de vida de una persona, como en *La caída.* En este caso, además de único, un momento histórico, porque esa persona era el presidente de Estados Unidos. Como es lógico, ya conocíamos la existencia de la película de Zapruder, pero lo que nos llamó la atención en el relato de Stolley fue la figura de Mr. Z, un inmigrante ruso nacionalizado americano que llegó al país con quince años sin saber inglés y que con casi sesenta se había convertido en testigo privilegiado de uno de los sucesos cruciales del siglo xx. Daniel recortó el artículo y lo guardó en la carpeta de posibles películas futuras.

O sea, que Mr. Z tendría que haber sido su segundo largometraje…

No retomamos la idea hasta que en 1975 vimos la película de Zapruder en el salón de nuestra casa, junto a millones de telespectadores, en el programa de Geraldo Rivera. Hasta entonces solo se habían mostrado unos treinta de los casi quinientos fotogramas que forman la película. Daniel y yo reprimimos un grito de

espanto en el momento en el que uno de los disparos revienta la cabeza de Kennedy. El público presente en el plató hizo el mismo sonido. Estoy segura de que todo el mundo que estaba esa noche frente al televisor reaccionó de la misma manera. Stolley me contaría después que él y los dos agentes del Servicio Secreto presentes en la proyección en el despacho de Zapruder también habían gritado al ver los sesos del presidente saltar por los aires. Es una de esas imágenes que se graban para siempre en la memoria de quien la contempla.

¿El guion abogaba por alguna de las teorías de la conspiración que rodean el magnicidio?

A lo largo de los años he leído docenas de libros sosteniendo las más variadas hipótesis, algunas verosímiles y otras descabelladas, pero nuestro proyecto no aborda ninguna de ellas, no es un *thriller* político, sino un estudio de personaje. En todas las versiones del guion que he escrito, la secuencia de lo sucedido en la Dealy Plaza muestra únicamente a Zapruder filmando. La caravana presidencial, los disparos, el tumulto y la confusión posteriores, todo está fuera de campo. Igual que cuando proyectan la película en el laboratorio de Kodak, o después, en las oficinas de Zapruder. El espectador ve las reacciones de los personajes, nunca las imágenes, que, por otro lado, todo el mundo conoce.

Esa es una característica recurrente de su cine. A menudo el acontecimiento más importante de la historia se cuenta con una elipsis, o fuera de campo.

Sobre todo, si son hechos violentos.

¿Está en contra de mostrar la violencia en el cine?

Es el cine el que está en contra. *(Risas)* La representación de la violencia delante de la cámara nunca funciona. Yo siempre la evito porque nunca me la creo. Cuando filmas un beso, los actores se besan, pero cuando se pelean tienen que fingir que lo hacen. Por eso hay bofetadas famosas, la de Glenn Ford a Rita Hayworth en *Gilda*, la de Bette Davis a Joan Crawford en *¿Qué fue de Baby Jane?*, las de Jack Nicholson a Faye Dunaway en *Chinatown*..., pero no puñetazos, porque las bofetadas son de verdad.

¿Y Peckinpah, Tarantino, Scorsese...? La violencia es un elemento central de sus filmografías.

¿Por qué Peckinpah y Scorsese recurren a la cámara lenta para filmar escenas violentas? Porque solo estilizándolas, o sea, alejándose de la realidad, consiguen que sean verosímiles. Y Tarantino deja fuera de campo el momento en que un personaje le corta la oreja a otro.

Dice que los besos en el cine son reales, pero ¿y el sexo? En *Golden Gate* está la famosa escena de sexo entre dos personajes en un coche que es tan realista que se rumoreó que los actores hicieron el amor delante de la cámara.

A diferencia de la violencia, el sexo puede llegar a recrearse con verosimilitud. En la versión de Bob Rafelson de *El cartero siempre llama dos veces* y en *Amenaza en la sombra* de Nicolas Roeg también se especuló mucho con que Nicholson y Jessica Lange en la primera y Donald Sutherland y Julie Christie en la segunda follaban de verdad delante de la cámara. Obviamente no es el caso, son representaciones muy logradas, digámoslo así. Los golpes y los disparos, por el contrario, nunca resultan convincentes. Quizá tenga que ver con que casi todos tenemos la experiencia personal del sexo y, sin embargo, solo una minoría ha ejercido o sufrido una agresión física de cualquier tipo. Siempre que veo imágenes documentales de gente tiroteada en guerras y revueltas me llama la atención lo poco que se parece la realidad a la ficción. La película de Zapruder es un buen ejemplo. Su crudeza plástica resulta extraña, casi onírica.

¿Cómo se documentó para escribir el guion de Mr. Z?

Al día siguiente de la emisión del programa de Geraldo Rivera, Daniel consiguió el teléfono de Stolley y él nos facilitó el acceso a una copia en 35 mm de la película de Zapruder que nos mostraron en una moviola en las oficinas de Time Inc., propietarios de los derechos, en el Rockefeller Center de Nueva York. Con aquella calidad de imagen, el impacto fue aún mayor. Me sorprendió la deslumbrante belleza de los primeros segundos de metraje, la alegría que desprendía esa paleta de colores brillantes en contraste con los últimos segundos en los que las sombras lo engullían todo fundiendo a negro. Me pareció una obra maestra.

Pero fue fruto de la casualidad. El señor Zapruder no sabía lo que iba a suceder.

Eso aumenta el mérito. La puesta en escena es irreprochable, una panorámica perfecta desde la mejor posición posible, lo que demuestra que Zapruder había tomado todas las decisiones correctas, y luego la suerte, si puede hablarse de

suerte en una tragedia, le había sonreído, que es lo que siempre espera un director cuando planifica una secuencia. En la Dealy Plaza había alrededor de treinta personas con cámaras y solo Zapruder captó con esa precisión lo que ocurrió delante de todos ellos. A punto estuvo de no hacerlo. Descubrimos que, a pesar de tener previsto inmortalizar el paso de la caravana de Kennedy justo por delante de su oficina, ese día amaneció lloviendo en Dallas y Zapruder pensó que no merecía la pena llevarse al trabajo la Bell & Howell con la que filmaba las películas familiares. Su secretaria le convenció de que volviera a casa a coger la cámara.

No cabe duda de la importancia documental de la película, pero ¿no cree que es exagerado hablar de obra maestra?

En absoluto. Es una expresión que no suelo utilizar a la ligera y en este caso está totalmente justificada. Una cámara, la vida y la muerte. Cine mudo en color. Un solo plano que es un *thriller* y es un documental. Ni guion, ni equipo, ni actores. Nunca nadie en la historia ha logrado tanto con tan poco.

¿Llegaron a hablar con el señor Zapruder?

Lamentablemente, falleció de cáncer en 1970, pero conocimos a su viuda, y a sus hijos. La mayor, Myrna, sigue viviendo en Dallas. Ella ha sido nuestra principal aliada a lo largo de todo este tiempo. Trabajó como voluntaria en la campaña electoral de Kennedy de 1960 y acudió junto a muchos otros ciudadanos a Love Field, el aeropuerto de Dallas, a recibir al presidente y su esposa aquel 22 de noviembre. Su familia soporta la carga de llevar un apellido inconfundible y ligado inevitablemente al asesinato de un hombre a quien todos (el primero, su padre) admiraban con fervor.

¿Por qué se malogró el proyecto? ¿Fue una cuestión presupuestaria? ¿Problemas legales?

Después del gran éxito de *Todos los hombres del presidente*, los argumentos con trasfondo político basados en hechos reales se pusieron de moda. Varios estudios de Hollywood se interesaron por nuestro guion, y en el otoño de 1979 todo estaba listo para empezar a rodar con un reparto de primer orden y un presupuesto de alrededor de seis millones de dólares. Pero, de repente, todo se detuvo. Los abogados del estudio alegaron problemas de derechos de imagen de la película de Zapruder, a pesar de que, como acabo de explicar, ni un solo fotograma iba a aparecer en pantalla. Mientras se ponían de acuerdo con los representantes legales de Time Inc. y cruzaban con ellos cartas y memorándums, se retrasó la fecha de inicio de rodaje y perdimos a varios actores que tenían

firmadas otras películas. Los nombres que propusimos para reemplazarlos no convencieron a los ejecutivos y terminaron cancelando el proyecto. Lo llevamos entonces de vuelta a los demás estudios, que unos meses antes habían querido financiarnos, pero todos lo rechazaron. De repente, los argumentos con trasfondo político basados en hechos reales ya no se llevaban.

¿No intentaron reflotarlo más adelante?

Por aquel entonces, mi abuela se puso muy enferma y me fui a Irlanda a cuidar de ella hasta que falleció. *Mr. Z* volvió a la parte sumergida del iceberg. Luego, otros proyectos se nos cruzaron en el camino. Estando en Irlanda cayó en mis manos *A Waiting Game*, la única novela de uno de mis directores favoritos, Michael Powell, que no había vuelto a hacer cine después del escándalo de *Peeping Tom*, una película que los críticos se encargaron de enterrar en su estreno en 1960 y que le condenó al ostracismo. Nos pusimos en contacto con Michael, un hombre encantador, y le ofrecimos producir la adaptación de su novela, con la idea de que la escribiera y dirigiera él. Durante un par de años hicimos lo posible para levantar el proyecto, pero nuestros esfuerzos fueron en vano. Michael se trasladó a San Francisco para trabajar como asesor de Coppola en su productora, American Zoetrope, donde tampoco conseguiría volver a dirigir. Una lástima. Cuando quisimos retomar *Mr. Z*, Oliver Stone ya estaba preparando *JFK*, una superproducción en las antípodas de nuestra visión del proyecto. Además de un enorme éxito en taquilla, obtuvo ocho nominaciones a los Óscar y ganó los de fotografía y edición. Todos los intentos de resucitar *Mr. Z* que hemos llevado a cabo en los últimos tiempos han sido inútiles. Pero no pierdo la esperanza de hacerla algún día.

¿Qué opina de la película de Oliver Stone?

Como diría mi abuela irlandesa, es un conejo de feria.

¿…?

(Risas) ¿Sabe esas niñas a las que sus madres llenan de lazos, bordados y volantes? Mi abuela decía que parecían conejos de feria. Eso pienso yo cuando veo la mayoría de las películas que se hacen en Hollywood actualmente, y la de Oliver Stone es un buen ejemplo. Les sobran lazos.

No sé si la entiendo…

Es como un guiso precocinado. El cine que sale de Hollywood tiene demasiados condimentos, conservantes y aditivos, está ultraprocesado. Las películas acumulan giros de guion, todas tienen unos desenlaces llenos de acción y efectos especiales, la mayoría mueren de una sobredosis de artificio. *JFK* mezcla formatos y soportes,

color con blanco y negro, imágenes reales con recreaciones... Decía Bresson que cuando un actor finge el miedo al naufragio sobre el puente de un barco real azotado por una tempestad verdadera, no creemos ni en el actor, ni en el barco, ni en la tempestad. Por eso yo no quería mostrar la película de Zapruder.

La película de Oliver Stone generó una gran discusión y polémica. Consiguió su objetivo.

Generó ruido, en eso estamos de acuerdo. Pero no arrojó luz sobre un acontecimiento tan turbio y decisivo, al contrario. Hollywood es especialista en eso, en vender como revolucionario y radical un discurso esencialmente conservador.

Dijeron de Stone que era un peligro nacional, un izquierdista...

¡Por favor! Él mismo ha reconocido que apoyó a Goldwater en el 64 y que votó por Reagan en el 80. Sus películas, e incluyo los guiones que ha escrito para otros directores, disfrazan de denuncia planteamientos reaccionarios. *El precio del poder*, que dirigió De Palma, o *Manhattan Sur*, de Cimino, son películas racistas. Como *El expreso de medianoche. Platoon* o *Wall Street* no logran disimular su fascinación por el militarismo y el capitalismo extremos. Es algo muy masculino eso de recrearse en la violencia, de cualquier tipo, física, política, social, y vender que se está criticando lo que en realidad se ensalza.

¿Cree que eso cambiaría si hubiera más mujeres dirigiendo películas?

Debería haber más mujeres dirigiendo películas porque somos más de la mitad de la población mundial. Dirigiendo películas, empresas, pilotando aviones, presidiendo gobiernos... No garantizaría nada, porque las mujeres somos tan inteligentes, brillantes y capaces como los hombres, pero también tan potencialmente mezquinas, corruptas e ineptas. Pero sería más justo y proporcional. Yo nunca he hecho una película que no esté basada en hechos reales y todos los protagonistas de esas historias son hombres. A veces me han acusado de que, siendo mujer, no cuente historias «de mujeres». No se me ocurre un argumento más machista que ese. Las historias no tienen género, lo que tienen necesariamente es un punto de vista.

¿Y existe un punto de vista exclusivamente femenino?

Hay tantos puntos de vista como posibles autores. Durante miles de años, los creadores en cualquier disciplina han sido abrumadoramente hombres. Las mujeres también nos hemos formado leyendo libros y viendo películas contadas por hombres. Llevará algún tiempo, espero que no miles de años, equilibrar la balanza. Pero a las mujeres nos cuesta menos detectar el sesgo introducido por el

punto de vista hegemónico masculino. Voy a poner un ejemplo. La película favorita de mi marido es *2001: una odisea del espacio*. Es una gran película, no cabe duda. Un prodigio visual y una reflexión filosófica muy interesante sobre la existencia humana. Clarke y Kubrick fueron capaces de imaginar un futuro en el que las naves espaciales viajan a la velocidad de la luz y las computadoras tienen sentimientos. Pero no imaginaron a ninguna mujer con un papel relevante en ese futuro. El único plano aislado de una mujer es el de la azafata que recoge el bolígrafo que flota en ausencia de gravedad. Ninguna astronauta, ninguna científica... Cuando se lo hice ver a Daniel, reconoció que nunca había reparado en ello. Tengo entendido que, en las primeras versiones del guion, la voz de HAL era la de una mujer. Habría sido una curiosa puesta al día de la *femme fatale.* ¡Ni siquiera el feto del final, el Niño de las Estrellas, necesita un útero materno! *(Risas).*

Volvamos a su carrera. No rodó su siguiente largometraje de ficción hasta 1987, *Agee & Evans*, la multipremiada adaptación de *Elogiemos ahora a hombres famosos*. Ha dicho varias veces que es su favorita dentro de su filmografía.

Esa película fue un regalo que me hizo Daniel. Me descubrió el libro y buscó dinero hasta debajo de las piedras para hacerla tal y como queríamos, en blanco y negro y con actores desconocidos. Y por fin conseguimos trabajar con Néstor, que lamentablemente murió pocos años después. Es nuestro trabajo más personal y experimental.

¿Sabe ya cuál será su próximo proyecto?

¡El que primero consigamos financiar! *(Risas)* Nunca sabes qué parte sumergida del iceberg saldrá a la superficie. Tenemos también una idea para una serie de televisión. *Los Soprano* han abierto una senda que merece la pena explorar.

¿Le gusta *Los Soprano*? Volviendo a su argumento anterior, ¿no le parece muy violenta y muy masculina?

Es una serie sobre hombres violentos, que no es lo mismo. En realidad, es un estudio muy interesante sobre la masculinidad tóxica y tiene unos personajes femeninos memorables. La madre de Tony; su mujer, Carmela... Y, por supuesto, la doctora Melfi. En la temporada que acaba de terminar, el personaje interpretado por Annabella Sciorra es fabuloso. Nos encantaría poder hacer algo parecido.

Cuando habla de su trabajo, siempre usa la primera persona del plural.

Porque Daniel y yo formamos un equipo creativo. Yo firmo los guiones y la dirección, pero él está siempre implicado en todo el proceso, desde el primer momento hasta el final. Toda película es fruto de una colaboración, pero la aportación de Daniel va mucho más allá de la que se supone habitualmente a un productor.

Para terminar, ¿qué cineastas le interesan del panorama actual?

Nombraré a una joven directora, Kelly Reichardt, que debutó con una de las películas que más me ha impresionado en los últimos años, *River of Grass*. Y la semana pasada vi *Infiel*, la película que ha dirigido Liv Ullman a partir de un guion de Bergman, que me gustó mucho.

Películas sin lazos.

(Risas) Exacto. Mi abuela Mona les habría dado el visto bueno a las dos.

7

—No me puedo creer que hayan usado una de las expresiones de la abuela Mona para titular la entrevista. Me meo —dice Luna.

Tiene el pelo recogido en un descuidado moño que a contraluz parece de hilo de cobre. Nuestra hija cumplirá treinta y dos años dentro de menos de dos meses y antes de que termine el año nos hará abuelos a Mona y a mí. La próxima Nochebuena en Ibiza seremos uno más en la familia. Luna y su marido, Steve, dan clases en la Universidad de San Francisco; ella es profesora de Arte Dramático y él, de Literatura Americana. Luna se ha criado en sets de rodaje, siempre rodeada de actores. En cuanto te descuidabas se colaba en los ensayos y en las caravanas de maquillaje y vestuario para estar cerca de ellos. Su madre y yo estábamos convencidos de que acabaría siendo actriz, pero en la universidad encontró su verdadera vocación en la enseñanza y en el entrenamiento de profesionales a los que ayuda a preparar sus personajes. Solo apareció en una de nuestras películas, *Golden Gate*, interpretando en un par de secuencias el papel de su tía Vicky. Hemos quedado a comer en un restaurante aprovechando que estoy en la ciudad. El camarero trae el plato extra de patatas fritas que mi hija ha pedido de guarnición. Luna deja la revista a un lado y empieza a devorarlas.

—Igualita que tu madre. Ella tampoco podía parar de comer cuando estaba embarazada.

—Genial —masculla Luna con la boca llena—. Me tranquiliza saber que todas las mujeres de la familia, en ambas ramas, se pusieron

como toneles antes de parir. Preferiría haber heredado un millón de dólares.

Físicamente, Luna es el vivo retrato de Mona, pero tiene el carácter y el sentido del humor de mi madre. Un millón de dólares no, pero eso lo ha heredado de Conchita, igual que mi hermana. Como Laia, Luna creció prodigando y cosechando sonrisas. A diferencia de su tía, a la que obviamente solo conoce en fotografías, no sufrió en su infancia ni adolescencia una pérdida que marcara su vida para siempre. Tampoco ha soportado a un don Alberto que le contagiara la amargura y la propensión a los estallidos de ira. Yo no salí ni a mi padre ni a mi madre. Esquivo el drama y evito los extremos en la misma medida en que desconfío de lo exótico. Eso me convierte, imagino, en un mono desprovisto, no solo de pelaje, sino probablemente de interés. También en uno apacible, dócil. La mediocridad ha sido el ingrediente secreto de mi armonía conyugal. Mona dice que lo que más le gusta y, a la vez, lo que más detesta de mí es que es imposible discutir conmigo. Le gusta porque antes de casarse tuvo muy en cuenta la recomendación materna de no elegir de pareja al «alma de la fiesta». Neus se enamoró del alma de la fiesta y le arruinó la existencia.

Gerry el Irlandés era el hombre más simpático y gracioso que haya pisado la faz de la tierra, eso dice mi suegra y corroboran todos los que lo conocieron bien. Tenía un carisma y un magnetismo irresistibles que lo convertían inmediatamente en el centro de atención cuando entraba en cualquier sitio. Su don de gentes fue la clave de su éxito como periodista; lograba sin esfuerzo que la gente se abriera y compartiera con él intimidades y confidencias. Pero nadie, dice mi suegra, puede ser encantador las veinticuatro horas del día, doce meses al año, durante toda la vida. Lo que hoy te hace gracia, dentro de dos días te producirá un rechazo visceral. Solo la

bondad es una fuente inagotable de felicidad. Y las personas divertidas no son necesariamente buenas.

Gerry le dio la primera bofetada a Neus en su noche de bodas. Ella reaccionó riéndose, esperando un giro o una réplica que diera sentido al guantazo, que tenía que ser, no cabía otra explicación, parte de una broma. Si hubiera sido eso, un chiste de mal gusto, Neus se lo habría perdonado, los dos estaban borrachos. Pero ni fue una broma ni una excepción. La culpa no era del *whiskey*; Gerry podía beberse una botella entera de Bushmills y jamás pegaba a Neus en público. Mona nunca presenció de niña ninguna agresión. Le hacían creer —a ella y al resto del mundo— que los cardenales y los ojos morados que su madre aprendió a maquillar y disimular eran producto de accidentes domésticos. Gerry no se comportaba de manera violenta con otras personas por mucho que hubiera bebido, así que nadie sospechaba que «el alma de la fiesta» fuera un maltratador.

El abuelo de Mona, el padre de Neus —distinguido miembro de la Sociedad de Cazadores La Ibicenca—, falleció cuando su nieta tenía cinco años. Neus esperó a enterrarlo para separarse de Gerry. Por una parte, le daba vergüenza reconocer delante de su padre lo que sucedía en su matrimonio; por otra, estaba segura de que, si la verdad salía a la luz, su marido recibiría un tiro en la cabeza y su padre acabaría en la cárcel. Al día siguiente del entierro, Neus se mudó con su hija a la casa paterna en Dalt Vila y dejaron a Gerry solo en San Miguel. Él no aceptó de buen grado la separación y una noche se presentó reclamando que volvieran a su lado. Neus le recibió con una escopeta cargada del abuelo recién fallecido y le dijo sin alzar la voz que como volviera a acercarse a ellas lo mataba. Esa escena sí que la presenció Mona. Gerry se tomó en serio la amenaza y su hija no lo vio en catorce años, solo una vez de lejos en San

Antonio, y él se dio media vuelta en el muelle cuando alguien le advirtió de que esa adolescente pelirroja a punto de subirse al barco de unos amigos era su hija.

Cuando Mona volvió de Cork y dejó atrás sus años de *groupie*, le dijo a su madre que quería ir a visitar a su padre. A Neus no le gustó la idea, pero sabía que su hija lo acabaría haciendo con o sin su permiso. Mona describió el reencuentro con una de las muchas pintorescas expresiones que en la familia se atribuyen a su homónima abuela irlandesa: frío y desagradable como la papada de un obispo. Gerry le ofreció a su hija un trago de Bushmills que ella rechazó. Él solo parecía interesado en hablar sobre un submarino americano de la VI Flota que estaba haciendo escala en Ibiza y que ese domingo aceptaría visitas del público que se acercara al puerto. Mona le propuso ir juntos a verlo, pero a él le daba pereza desplazarse a la ciudad. A partir de ese día, esa fue la rutina de su relación; Mona se dejaba caer de vez en cuando por la casa de San Miguel para ver si su padre necesitaba algo, conversaban sobre trivialidades, él le ofrecía un trago de *whiskey* y ella lo rechazaba. Así hasta que nos mudamos a vivir a California. Una madrugada, a finales de los ochenta, sonó el teléfono y era Neus. «Ha muerto», le dijo a Mona. Nada más. No acudió al entierro de su exmarido. Siendo muy pequeña, Luna le pidió a su abuela que le enseñara alguna foto del abuelo Gerry. La respuesta de Neus fue que las había quemado todas.

—No sabía nada del proyecto de película sobre Zapruder —dice Luna señalando la revista.

—Eras muy pequeña. Más allá de la historia, que es fascinante, ¿sabes por qué me interesó especialmente el personaje? Zapruder se parecía muchísimo a mi padre. Como una gota de agua a otra.

—¿En serio?

—Si no fuera por la pajarita que Zapruder lucía casi siempre, y que nunca le vi usar a tu abuelo, al mirar algunas fotos habría jurado que los dos eran la misma persona.

Luna se ha terminado las patatas y el camarero se acerca a tomar nota de los postres.

—Un café para mí.

—Yo tomaré la copa de helado de fresa —dice Luna.

Espero a que el camarero retire los platos y se marche.

—No se lo diremos a tu madre. Me ha pedido expresamente que no te dejara tomar postre.

—Es un antojo. ¿Ella no tenía antojos?

—Estando de ocho meses, me hizo levantarme de la cama para prepararle un ponche de huevo.

—¿El ponche no lleva alcohol?

—Ron, leche, clara de huevo y azúcar.

—¿Y le preparaste uno estando embarazada de mí? —se escandaliza.

El timbre de mi móvil le salva de enterarse de que, por entonces, y hasta el mismo día del parto, Mona fumaba un paquete de tabaco diario.

—Dime, Pluto.

—Ya he localizado a tu ex. Ahora se apellida Kremer y vive en Fort Salonga, en la costa norte de Long Island.

—¿Tienes su teléfono?

—Tengo un correo electrónico y el teléfono del despacho en Manhattan de su marido, que es socio de un importante bufete. Si necesitas la dirección y el número de teléfono de su casa te lo puedo conseguir en un rato.

—Con el correo electrónico me sirve.

—Te lo mando en un mensaje.

Mi hija me hace gestos.

—Gracias, Pluto. Luna te manda un beso.

—Otro de vuelta para ella.

Cuelgo.

—¿Ha encontrado a tu diosa? —pregunta Luna.

—¿Tú también?

—¿Vas a escribirle? ¿Qué le vas a decir después de tantos años?

—No lo sé.

Llegan el café y el helado. Luna se abalanza sobre el postre.

—Por cierto, hoy he recogido en correos el regalo que le voy a hacer a mamá por su cumpleaños. ¿Qué le vas a regalar tú? ¿Lo mismo de siempre?

Todos los años salgo del paso con un gran ramo de flores y una botella de Moët en recuerdo de nuestra primera celebración juntos. No es muy original, pero qué se puede esperar de quien nunca ha pretendido ser el alma de ninguna fiesta.

—¿Qué le has comprado tú?

—Está en mi bolso. Cógelo.

Ella está demasiado ocupada con el helado. Saco del bolso un sobre que contiene un libro.

—Una primera edición —dice—. 1961, la primera en castellano.

—¿El cazador oculto?

—Así la titularon en Argentina.

Es un ejemplar de la traducción de *El guardián entre el centeno* de la Compañía General Fabril Editora de Buenos Aires. Está en un magnífico estado de conservación, prácticamente como nuevo. La portada reproduce una pintura que en la solapa identifican como *Muchacho de la ciudad*, firmada por Juan Manuel Sánchez, y que representa exactamente eso, el retrato de un joven en primer plano con unos edificios a su espalda, todo en tonos marrones y grises, en

un estilo primitivo y tosco. Ni los rasgos del muchacho remiten a Holden Caulfield ni el *skyline* es el de Nueva York; no se trata de una ilustración de la novela, sino de una obra claramente preexistente que han usado para decorar la sobrecubierta.

—Qué buena idea, hija. Le va a encantar.

—Steve dice que *El cazador oculto* es una mejor traducción del título que *El guardián entre el centeno*, ¿te lo puedes creer?

—Pero si no tiene nada que ver con *The Catcher in the Rye*.

—Según él, traducir «*catcher*» como cazador está justificado porque uno de los elementos distintivos del personaje de Holden es precisamente su gorra roja de caza y la palabra describe bien la tarea a la que hace alusión el verso de Burns, atrapar a los niños que juegan entre el centeno antes de que se despeñen por un precipicio. Que «guardián» no transmite esa idea e introduce un matiz policial totalmente opuesto a la intención del autor.

—Él es el profesor de literatura —digo encogiéndome de hombros.

—El profesor de literatura está totalmente equivocado —dice Luna con la vehemencia heredada de su madre—. Cazar es arrebatar la libertad, lo contrario de lo que Holden busca vigilando a los niños. Y el adjetivo «oculto» implica un acecho más amenazador que protector.

—Pues si te digo la verdad, yo creo que ninguna de las dos opciones recoge el significado que primero me viene a la cabeza cuando oigo «*catcher*», que es la posición del jugador de béisbol.

—¡Tienes razón! Y el béisbol es importante en la historia.

Holden cuenta que Allie, su hermano pequeño, que murió de leucemia, era un niño brillante que escribía poemas en su guante de béisbol para tener algo con lo que entretenerse durante los partidos.

—Siempre he pensado que no hay manera de traducir «el guardián» —dice Luna—. Es prácticamente imposible recrear la voz

de Holden en otro idioma. He echado un vistazo a la traducción argentina y tampoco lo consigue.

—Aun así —replico—, el libro se ha publicado en más de treinta idiomas diferentes y ha vendido millones de ejemplares.

Mona empezó la colección de ediciones de su libro favorito un poco por casualidad. Ella lo leyó por primera vez en la de bolsillo de Penguin, que es la que me prestó a mí durante la preparación de *La caída*. Luego, durante un fin de semana que pasamos en París, encontró en los *buquinistas* del Sena la edición también de bolsillo de Signet Books de 1953, con una portada de James Avati. Salinger no quería que la imagen de Holden —a quien no describe físicamente en el texto— apareciera en sus libros y más adelante prohibiría cualquier ilustración en la cubierta; solo debía figurar su nombre y el título. Tampoco su foto ni un perfil biográfico.

En la primera edición americana de 1951 —de Little, Brown and Company— el famoso retrato en blanco y negro de Salinger que le hizo la fotógrafa Lotte Jacobi ocupa toda la contra y el dibujo coloreado de naranja oscuro de un caballito de tiovivo —obra de E. Michael Mitchell, un pintor amigo y vecino de Salinger en Westport— se extiende por la portada y el lomo. La foto es famosa por rara, porque es bien sabido que el escritor huía de la exposición pública y especialmente de las cámaras, sobre todo tras el éxito de su novela. En la edición argentina que ha comprado Luna también usan ese retrato para la solapa; se ve que se publicó antes de que Salinger expresara su veto.

Mona y yo íbamos a menudo a comprar libros en San Francisco a una diminuta librería en Tillman Place, un callejón al lado de Union Square, que desgraciadamente cerró hace un par de años. En los ochenta, su dueña, Charlotte, que conocía la pasión de Mona por «el guardián», le consiguió un ejemplar de la primera edición inglesa de

Hamish Hamilton, sin foto del autor, pero con una preciosa ilustración de Fritz Wegner en la que el escorzo de Holden aparece en primer término con su gorra de caza roja mientras observa a una niña que lleva puesto un abrigo azul —su hermana Phoebe en la escena que cierra la novela— corriendo hacia el tiovivo de Central Park. En mi opinión, es la edición más bonita del libro. Yo le regalé unas Navidades la original de Little, Brown and Company, por lo que Mona pronto atesorará, contando con la argentina, cinco ediciones de la obra de Salinger procedentes de tres países y en dos lenguas diferentes.

8

Para: ekremer@alinarags.com
Cc:
Asunto: ¿Te acuerdas de mí?
De: dcarreras@moonrace.com

Querida Eva:

La pregunta del «asunto» pretende ser retórica, pero tampoco sería tan extraño que te hubieras olvidado de una persona con la que coincidiste durante menos de un año hace más de treinta. Ni siquiera estoy seguro de que llegaras a saber cómo me apellido. En Ibiza todos nos conocíamos por el nombre de pila. Creo que no había otro Daniel en tu vida por entonces, pero eran tiempos proclives a la desmemoria, por lo que tal vez te cueste un rato aflorar el recuerdo.

Nos conocimos en junio de 1968 en el barco de la Trasmediterránea que hacía la ruta entre Barcelona e Ibiza y nos vimos con frecuencia ese verano. Luego te fuiste una temporada a Formentera y no pudiste asistir a mi boda con Mona. Ella suele dejar una huella más profunda en la gente que yo. Seguimos juntos y probablemente recordarás que tuvimos una hija. Nos vinimos a Estados Unidos cuando la niña aún no había cumplido dos años. Vivimos en el norte de California. Por lo que sé, tú también has formado una familia y vives en la Costa Este.

Pero no es el momento de contarte mi vida. Una foto tuya que creo que nunca llegaste a ver tiene la culpa de que me haya puesto a buscarte. Te la hizo un buen amigo, Toni, en la casa de Zoe en Las Salinas. Cómo ha llegado a mi poder es algo que también requiere una conversación más larga. Abajo encontrarás mi número de teléfono por si prefieres llamarme en lugar de contestar a este mensaje.

Me encantará saber de ti.

Besos,

A Mona le ha llamado la atención la dirección de correo electrónico de Eva. Alina Rags es una firma de ropa. Me pregunto si la coincidencia del nombre con el de una de las rusas, la ucraniana, que según me contó Günther se dedicaba a coser con la única rusa de las rusas, Katya, tiene algo que ver con la marca. Una rápida búsqueda en internet —no voy a molestar a Pluto para esto— identifica a una tal Alina Andrich detrás de la firma, pero no encontramos ni una foto ni información relevante sobre su biografía. Del marido de Eva, Jason Kremer, sí tenemos el retrato del panel de socios que aparece en la página web de su bufete. «Tu diosa encontró a su Apolo», ha dicho Mona cuando le he enseñado a Jason. Es guapo como una estrella de cine, alto, elegante, atlético, con una sonrisa perfecta y el pelo entrecano solo un poco más largo de lo que se espera de un ejecutivo que lleva un traje a medida y corbata.

—¿Por qué has elegido escribir esa interrogación en el «asunto» si tú mismo reconoces que es retórica? —me pregunta la terapeuta—. ¿Crees que es posible que Eva no se acuerde de ti?

Vengo a la consulta de Beverly desde hace dos años, dos veces a la semana. Empecé a verla a raíz de unos ataques de pánico que parecía haber controlado hasta que me desvanecí en la galería de arte. No fue mi primera opción. Antes probé con un psicoanalista que tras cuatro sesiones relacionó los ataques con el hecho de haber cumplido la edad con la que murió don Alberto y me advirtió de que teníamos años de análisis por delante. Yo buscaba algo más práctico y Mona me habló de una amiga suya que practicaba el método cognitivo-conductual.

—Eva y yo tuvimos una relación muy breve en un momento especial de mi vida, no tanto de la suya —le respondo—. Ese verano,

todo cambió radicalmente para mí y lo hizo para siempre. Para ella supongo que sería otro verano más.

La terapeuta siempre escribe en su cuaderno mientras yo hablo.

—La relación fue breve, pero íntima —dice.

—Es posible que yo ocupe en su memoria un espacio parecido al que ocupa en la mía la chica de la playa de Tosa, de la que no recuerdo ni el nombre.

—¿Te molestaría que Eva se hubiera olvidado de ti?

—Pues sí, la verdad.

Sigue apuntando.

—En nuestra última sesión te pedí que pensaras posibles explicaciones a la foto.

—No se me ha ocurrido ninguna.

A veces se queda mirándome sin escribir y sin decir nada. Es una invitación a que elabore mi respuesta.

—No sé por qué lo hicieron, pero espero que no fuera para burlarse de mí.

Beverly subraya una anotación previa. Me pone muy nervioso no saber lo que escribe.

—¿Es posible que Eva y Toni fueran amantes?

Niego con la cabeza con demasiado énfasis.

—Ni siquiera eran amigos, que yo sepa. Yo no recuerdo haberlos visto nunca juntos.

—La isla no es tan grande, se moverían por los mismos ambientes...

—Sí, es probable que coincidieran, claro. Pero yo no los presenté.

—¿Recuerdas si le hablaste a Eva de Toni?

—Seguro que sí. Le hablé de mi vida en Barcelona.

—¿Y a Toni de Eva?

—Imagino...

—¿Seguro que nunca los viste juntos?

Hago memoria.

—Esas primeras semanas, Toni frecuentó sobre todo los círculos de personas que habían coincidido con Laia. Su prioridad era recabar datos que pudieran ayudarnos a encontrarla, y Eva no llegó a conocer a mi hermana. Toni sí se interesó mucho por Mona, pero como ya he dicho, nunca le presenté a Eva. Y ella se fue luego a Formentera.

—¿Por qué iban a querer burlarse de ti?

—No lo sé.

Sigue mirándome.

—Sé que Toni pensaba que yo era, no sé, torpe con las mujeres. Que era un mojigato.

No anota nada.

—Bueno. Y tenía razón —añado.

—¿Crees que Eva también lo pensaba?

—Probablemente. Yo no era como los demás.

Escribe mientras asiente con la cabeza.

—¿Los demás?

—Ferrán, Günther, Jerry... Cuando conocí a Eva yo aún era un chico formal.

Aumenta la velocidad con la que la punta del bolígrafo corre por la hoja del cuaderno.

—Lo que quiero decir es que mi aspecto era distinto.

—Piensas que es posible que hicieran la foto para reírse de ti.

—No lo sé. Sí, puede ser. ¿Por qué la hicieron si no?

Termina de tomar notas y cierra el cuaderno. Sonríe.

—Muy bien, Daniel. Es la hora. Seguimos pasado mañana.

9

Ibiza
Diciembre de 1968

Cliff tenía su estudio en la ciudad, donde se encerraba a escribir lejos de los llantos del pequeño Nedsky. Nos habíamos visto con frecuencia durante el verano y ahora éramos buenos amigos. Me pasaba a recoger muchas tardes al final de su jornada, paseábamos hasta Vara de Rey y si hacía bueno nos sentábamos en la terraza del Montesol, del Alhambra o del Cristal a tomar algo, contarnos nuestras vidas y ver el trasiego de gente por la Alameda.

—Nina quiere que volvamos.

Lo dijo angustiado. Estos meses me había contado su *affaire*intermitente con la cantante y aspirante a actriz danesa, a la que conoció antes de empezar su relación con Edith. Nina estaba casada con Frederik, el barón holandés con el que formaba además pareja artística, el dúo musical Nina & Frederik. Cuando Edith se quedó embarazada de Nedsky, Cliff dejó de ver a Nina, pero ella, al parecer, pretendía retomar la relación.

—Esta vez Edith no te lo perdonaría, Cliff.

—Lo sé.

—¿Cómo lleva lo de Elmyr?

—El otro día hablaron por teléfono. Sigue en Torremolinos. La revista *Life* va a sacar un reportaje sobre él en su próximo número y

está como loco. Su gran temor es que lo encarcelen en Francia.

En agosto, la policía española había detenido a Elmyr, que pasó dos meses en prisión, pero no a consecuencia de los cargos de falsificación; le aplicaron la ley de Vagos y Maleantes por «invertido». Antes de ingresar se despidió de todos sus amigos con una cena en La Falaise y, sumido en una profunda depresión, anunció a los más cercanos su intención de quitarse la vida. Sin embargo, cuando lo soltaron en octubre lucía un bronceado envidiable. La estancia en la cárcel de Ibiza no sería tan dura como habría cabido esperar. Situada en el antiguo convento de Santo Domingo, junto al ayuntamiento y al colegio municipal, la cárcel era conocida popularmente como el Hotel Naranjo porque en el patio dispensaba sombra y frutos un ejemplar de ese árbol. La disciplina del establecimiento se parecía más, en efecto, a la de un hotel que a la de una penitenciaría. A Elmyr le permitieron llevarse a la celda su cama, libros, discos y un gramófono. También una tumbona que instaló en el patio y donde tomaba el sol, leía la prensa extranjera y recibía a las visitas, que le traían provisiones, incluso botellas de champán que los guardias mantenían frías en una nevera. Edith estuvo muy pendiente de él. Nos contó que, a la semana de ingresar, Elmyr había contratado los servicios de otro de los presos —un *hippie* condenado por bañarse desnudo en la playa y fumar marihuana—, quien, a cambio de un modesto sueldo, se ocupaba de barrer y fregar el suelo de la celda y de lavar los platos. Además de a los dos meses de prisión, Elmyr fue sentenciado a un destierro de un año lejos de la isla, que debía cumplir inmediatamente después de quedar libre. Cerró La Falaise, embarcó con su Corvette Sting Ray descapotable en el vapor, y se marchó a la península. En un principio, el plan era mudarse a Portugal, pero se había quedado a medio camino, en la Costa del Sol, donde fue acogido por la *jet set*

de la zona. España no tenía tratado de extradición con Francia y se sentía seguro dentro de nuestras fronteras.

—No le cuentes nada a Mona, por favor —dijo Cliff—. Ahora con lo del embarazo, seguro que Edith y ella van a estar más en contacto todavía y no quiero que se entere de que Nina vuelve a la carga.

—Descuida.

Cliff había tenido una atribulada vida sentimental vinculada siempre a Ibiza. Allí había conocido a su primera mujer, Claire, que falleció mediada la década de los cincuenta en un accidente de coche en California cuando estaba embarazada de ocho meses. En 1960, conoció también en Ibiza a su segunda esposa, Fay, con la que tuvo un hijo y de la que se divorció poco después. En la primavera de 1964, siempre en la isla, se cruzó en su camino Nina, que ya estaba casada con Frederik. Se hicieron amantes. Edith apareció en escena ese mismo verano y en enero de 1965 Cliff se mudó a la casa que ella tenía en el campo. Durante un par de años, Cliff y Edith mantuvieron una relación complicada; a comienzos de 1967 él pasó dos semanas con Nina en Nueva York y a su regreso a Ibiza encontró a Edith viviendo con otro. La separación duró poco. Se reconciliaron durante un viaje que hicieron juntos a Israel, inmediatamente después de la guerra de los Seis Días. Cliff había ido con la idea de escribir sobre el conflicto, y en mitad de ese paisaje desértico, en el que hacía tan solo unos días resonaban las bombas, decidieron casarse y tener un hijo.

—¿Vas a volver con Nina?

—Estoy harto de esta historia, pero mentiría si te dijera que se ha acabado. Se ha convertido en una obsesión. Mi vida con Edith es maravillosa. Y Nina y yo no tenemos futuro, no supone una alternativa. Ella no es feliz con Frederik, pero no va a divorciarse de

él. Yo no quiero que lo haga. Es una situación absurda, imposible. ¿Cómo has hecho tú para cortar definitivamente con Eva?

—Muy simple: hemos dejado de vernos. Le conté que Mona estaba embarazada y que íbamos a casarnos. Me dijo que se alegraba mucho por nosotros y se fue a Formentera.

—¿Y no te gustaría seguir acostándote con ella?

No supe qué contestar, me encogí de hombros. En primer lugar, no era algo que dependiera exclusivamente de mi voluntad.

—¿Estás enamorado de Mona, o te sientes comprometido con ella por haberla dejado embarazada?

—Quiero estar con Mona —respondí enseguida, un poco ofendido —. Querría estar con ella, aunque no estuviera embarazada.

—¿Y si la que se hubiera quedado embarazada fuera Eva? ¿Qué habrías hecho entonces?

El camarero del Montesol nos sirvió dos cervezas. Aproveché la interrupción para pensar en el dilema que me acababa de plantear Cliff.

—No lo sé. No me lo imagino, la verdad.

—Eres un farsante, Daniel.

Lo dijo con una sonrisa que suspendió en el aire el tiempo justo de encenderse un cigarrillo. Tras la primera bocanada se rio abiertamente al ver mi gesto de incomprensión.

—Mírate —continuó—. Te vistes como un *hippie*, llevas esos pelos y esa barba, pero eres un chico formal. Te comportas como los de mi generación. Los de la tuya practican el amor libre, no se casan porque vayan a tener un hijo.

No le faltaba razón.

—Aunque llamamos amor a demasiadas cosas —sentenció—. Y con cada adjetivo que le atribuimos, enredamos todavía más el asunto. ¿Libre? Si algo no puede ser nunca el amor es libre. Menos

aún el sexo. En el momento en que cualquier actividad humana involucra a más de una persona, la libertad es imposible. Nadie folla con quien le da la gana. El amor y el sexo están condicionados por el deseo, la biología, el interés, el poder, la cultura, las costumbres, la religión, la política, el mercado, la economía... Los *hippies* creen que destruyendo la pareja tradicional socavan los cimientos de la civilización occidental, pero lo que hacen es perpetuarla. No hay nada más antiguo y civilizado que una orgía, como demuestran las bacanales romanas. Todo está inventado, Daniel.

—Tener una amante, también.

Me dio la razón.

—El adulterio es una debilidad. Demuestra falta de carácter, de voluntad, y además es el síntoma de una personalidad narcisista. No es amor auténtico. Yo no digo que no quiera a Nina, pero lo que siento por ella es fundamentalmente una atracción sexual aderezada con la culpa, por la clandestinidad de nuestros encuentros, una mezquindad compartida. Es una relación que no exige nada a cambio. Nos une la mentira. Pero yo soy escritor, un mentiroso profesional, es mi modo de vida, mi droga favorita. Por eso tropiezo en la misma piedra una y otra vez. El amor con mayúsculas es todo lo contrario: generoso, transparente, desinteresado, honesto, incondicional. Exigente. Y exclusivo.

—¿Es así con Edith?

—Sin duda.

—¿Y te vas a arriesgar a perderla?

Cliff se quedó mirando la brasa en la punta de su cigarrillo y suspiró. No tuvo tiempo de responder porque Jerry nos saludó con la mano acercándose a nuestra mesa. Venía cariacontecido. Se sentó sin pedir permiso. La animadversión mutua entre Edith y Jerry no

afectaba a Cliff, que a menudo charlaba con su compatriota cuando nos cruzábamos con él.

—Chucho y Carly han muerto —soltó Jerry al tiempo que hacía un gesto al camarero para que le trajera también una cerveza.

—¿Quién? —preguntó Cliff.

—Unos amigos de mi hermana —respondí—. ¿Qué ha pasado?

—Un accidente de coche en San Diego.

Jerry venía de recoger su correspondencia en la oficina de correos. Según nos dijo, el hermano de Carly le había escrito una carta dándole la noticia.

—También ha llegado una postal de Laia.

La dejó sobre la mesa. Un templo budista con una torre exenta que parecía una tarta nupcial de varios pisos. Miré el texto al dorso, con la inconfundible caligrafía de mi hermana. Solo decía: «*Greetings from Mangeshi Shiva Temple. Love, Laia*». El matasellos era de la ciudad de Ponda, en Goa. Agustina, con la que había hablado por teléfono unos días antes, seguía recibiendo de vez en cuando alguna muy parecida.

—Son como mensajes en una botella de un náufrago que quiere que sepas que está vivo, pero que no busca ser rescatado —dije con resignación—. Muy propio de mi hermana. Qué pena lo de Chucho y Carly.

—Chocaron frontalmente con un camión. El hermano de Carly dice que fallecieron en el acto.

El camarero le trajo a Jerry la cerveza.

—Cuéntanos a Cliff y a mí lo de la Fraternidad —le solté yo a Jerry con la misma naturalidad con la que él había anunciado la noticia del fatal accidente. Cliff puso cara de no tener ni idea de qué estábamos hablando.

—¿Qué quieres saber? —preguntó Jerry.

—Cómo funciona.

Me volví hacia Cliff.

—La Fraternidad del Amor Eterno. ¿Te suena? Un grupo al que pertenecen Jerry, mi hermana y esa pareja que se ha matado en San Diego.

—Creo que es la primera vez que oigo hablar de ella —contestó Cliff.

—No sé si debo contarle esto a un escritor —dijo Jerry medio en broma.

—Nunca revelo mis fuentes.

Los dos sonrieron.

—Tampoco es ningún secreto. Todo empezó hace un par de años en Orange County, al sur de Los Ángeles. Una media docena de amigos empezamos a reunirnos los miércoles para tomar ácido y leer pasajes del Evangelio de Juan y del *Psychedelic Prayers* de Tim Leary. El año pasado abrimos una tienda y galería de arte en Laguna Beach, Mystic Arts World, que se ha convertido en algo así como la sede de la Fraternidad. Nuestro objetivo es modesto: expandir la conciencia de toda la humanidad.

—Distribuyendo gratis LSD —añadí.

—¿Gratis? —se extrañó Cliff—. ¿Como hacían los Bromistas de Kesey en sus fiestas?

—Ellos tuvieron la suerte de que cuando hicieron su *tour* el ácido era todavía legal.

Cliff me explicó quiénes eran esos bromistas. Al frente estaba Ken Kesey, un escritor que había triunfado con su primera novela, *Alguien voló sobre el nido del cuco*, basada en sus propias experiencias mientras trabajaba como celador en el turno de noche de un hospital de veteranos. Allí se sometió voluntariamente a varios experimentos con drogas alucinógenas. En un viaje a Nueva York en

1964, durante la promoción de su segunda novela, surgió la idea de cruzar Estados Unidos en un autobús escolar de los años treinta con la excusa de realizar una *road movie*, una especie de homenaje a *En la carretera* de Jack Kerouac. De hecho, Neal Cassady —el escritor en el que está inspirado Dean Moriarty, el protagonista de la novela de Kerouac— fue uno de los participantes en el viaje, ocupándose de conducir el autobús, al que bautizaron Furthur. Como todo había empezado como una broma, Kesey y sus amigos decidieron hacerse llamar los Merry Pranksters —los Alegres Bromistas— y se pusieron en marcha equipados con una cámara de 16 mm, una generosa provisión de LSD, *speed* y marihuana. Kesey fue arrestado en el sesenta y cinco por posesión de marihuana, fingió su suicidio y huyó a México. Ocho meses después, regresó a San Francisco, volvieron a arrestarlo por el mismo motivo y pasó una temporada en la cárcel. La *road movie* nunca vio la luz. Más tarde, los Bromistas organizarían una serie de fiestas lisérgicas en la zona de la bahía de San Francisco, los Acid Tests; primero, en casa de Kesey y luego en lugares públicos. En una de ellas nacieron los Grateful Dead. También fueron promotores del Trips Festival, que convocó a lo largo de tres días de junio de 1966 a más de diez mil personas en el Longshoreman's Hall de San Francisco. En octubre, los estados de Nueva York y California ilegalizaron el LSD.

—¿Y de dónde sacáis el ácido? —preguntó Cliff—. Tengo entendido que el laboratorio suizo que lo fabricaba dejó de comercializarlo.

—Lo sintetizamos nosotros mismos.

—¿Hacéis suficiente ácido para distribuirlo gratis en todo el mundo?

—Principalmente lo distribuimos en casa, pero sí, producimos una cantidad de sobra para abastecer a todo el que quiera probarlo.

Jerry se terminó la cerveza.

—No, en serio, ¿de cuánto estamos hablando? —inquirió Cliff.

—Calculo que en los últimos tres años habremos repartido más de cinco millones de dosis.

Cliff no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Cómo financiáis semejante operación?

—Con los beneficios que obtenemos vendiendo el mejor hachís del mundo, el afgano.

—Que gente como mi hermana, o los difuntos Chucho y Carly, van a buscar en furgonetas.

—Laia parece que prefiere las *temple balls* nepalíes a la resina afgana —dijo Jerry—. Tampoco la culpo.

Cliff seguía sin salir de su asombro.

—Cinco millones de dosis de ácido —repitió.

—A lo mejor, después de todo, los *hippies* sí que están socavando los cimientos de la civilización occidental —le dije con sorna. Luego me volví hacia Jerry—. Cliff comentaba hace un momento que no hay nada nuevo bajo el sol y que todo está inventado.

—La psicodelia también —replicó Cliff—. Los griegos ya organizaban rituales con hongos en Eleusis hace más de dos mil años. Pero reconozco que la escala de lo que está contando nuestro amigo es sorprendente.

Noté que la mirada de Jerry se fijaba en un punto a mi espalda. Ferrán esperaba junto a la estatua de Vara de Rey, fumando. Saludó con un movimiento de cabeza cuando me giré.

—Puedes quedártela si quieres —ofreció Jerry señalando la postal de Laia.

Se levantó e hizo ademán de llamar al camarero.

—El LSD corre de vuestra cuenta, pero a las cervezas invito yo —dije.

—Gracias, hombre. Ah, y enhorabuena. Ya me han dicho que te casas con Mona.

—La semana que viene. Solo la familia y un par de amigos, será una boda íntima.

—Que seáis muy felices.

Jerry sonrió y se marchó con Ferrán. Me guardé la postal.

—Tarde o temprano, volverá a casa —aseguró Cliff para animarme.

10

Eva Kremer
Re: ¿Te acuerdas de mí?
Para: dcarreras@moonrace.com

Querido Daniel:

¡Claro que me acuerdo de ti! Y no sabes la alegría que me da recibir noticias tuyas después de tanto tiempo. Cuando se lo he contado a Alina, no podía creerlo. Hablamos por teléfono cuando quieras, pero lo que me gustaría es que nos viéramos en persona.

Me pillas justo a punto de subirme a un avión. Voy a estar dos meses viajando por Europa por cuestiones de trabajo. A mediados de agosto vuelvo a Nueva York. ¿Crees que sería posible organizar un encuentro aquí o en San Francisco a mi regreso? Yo voy a menudo a California.

Creo que sé a qué foto te refieres. Y supones bien; nunca la he visto. Pensaba que Toni ni siquiera la habría revelado. Me muero de ganas de saber cómo has llegado hasta ella.

Dale de mi parte un beso a Mona y dile que soy una gran admiradora de su trabajo. Ojalá nos veamos muy pronto.

XOXO,

Eva

(Pensándolo bien, te voy a llamar en cuanto dé a enviar este *e-mail*.)

Ha sido Mona la que ha hablado largo y tendido con Eva por teléfono. Yo estaba en la sesión con la terapeuta cuando ha llamado a casa. Han estado casi una hora poniéndose al día. Efectivamente, Alina Andrich es la ucraniana de las rusas y se ha convertido en una importante diseñadora de moda. Eva y ella son socias en Alina Rags.

Cuando se marchó de Ibiza, Eva trabajó un par de años como modelo en París y, a mediados de los setenta, se mudó a Nueva York. Desde entonces vive allí, aunque durante algún tiempo pasó largas temporadas en Los Ángeles intentando impulsar su carrera como actriz. A finales de los setenta abrió una tienda de ropa en el East Village —Rags— y volvió a cruzarse con Alina, que había acabado trabajando en Broadway en la confección de vestuario para montajes teatrales. La tienda fue un éxito y Eva se olvidó del cine y apostó por Alina. Financió su primera colección de ropa y ahora tienen tiendas repartidas por todo el mundo. Se casó con el abogado hace quince años y tienen dos hijos. Viven en Long Island, pero ella conserva su apartamento en la ciudad, en Central Park West.

—Además de con Alina, Eva sigue en contacto con Katya —dice Mona—. Vive en una granja en Canadá con su pareja, cuatro hijos, y un montón de animales. Y Zoe es la persona que lleva Alina Rags en Europa desde Ámsterdam. Pero lo que me ha dejado de piedra es lo que me ha contado de Günther.

—¿El Faquir? ¿Qué es de su vida?

—Murió en 1975. ¿Tú sabías que era miembro de la Fracción del Ejército Rojo?

—¿Günther uno de la Baader-Meinhof?

—¿Llegaste a conocer a una novia suya que vivía en Formentera? Una tal Birgit. Ella sigue viva y Eva habla con ella de vez en cuando.

—No me suena —contesto aún en *shock*—. Sabía que anduvo detrás de Katya.

—Antes de que aparecieran las rusas, Günther estaba con Birgit. Eva la conoció en Formentera. Günther tuvo efectivamente un lío con Katya, y Birgit se volvió a Berlín. La aventura con Katya no prosperó y, al regresar a Alemania, Günther reanudó su historia con Birgit y se casaron.

—¿Ella también formaba parte de la banda?

—Simpatizaba, pero nunca se involucró en ningún atentado. Günther sí. Eva me ha mandado por *e-mail* un artículo que publicaron sobre él después de su muerte. Mira. Es una especie de obituario.

Así que Günther había dado el paso: se había convertido en un auténtico revolucionario.

GÜNTHER MANN 1943-1975

Günther Mann, uno de los fundadores de la Fracción del Ejército Rojo (RAF, por sus siglas en alemán), conoció a Gudrun Ensslin mientras estudiaba en la Universidad Libre de Berlín, y a través de ella a Andreas Baader. Hijo de un ingeniero de minas, Mann vivió durante su infancia y adolescencia en España. A finales de los sesenta, ayudó a huir a la República Oriental a Baader y Ensslin, que se enfrentaban a un juicio por incendiar unos grandes almacenes en Fráncfort. Después del ingreso en prisión de Baader, en abril de 1970, Mann planeó su fuga con ayuda de la periodista Ulrike Meinhof. A partir de este momento, la organización terrorista, responsable de numerosos robos a bancos, secuestros y asesinatos, sería conocida como la banda Baader-Meinhof.

Toda la cúpula de la banda fue detenida en junio de 1972, pero tres años después Mann fue uno de los beneficiados del canje que el gobierno alemán hizo con un grupo anarquista afín a la RAF que había secuestrado al candidato democristiano a la alcaldía de Berlín Occidental, Peter Lorenz. A cambio de la liberación de Lorenz, Mann y otros cinco presos fueron liberados.

Tras salir de la cárcel, Mann no tardó en retornar a la acción. Lideró el comando que en abril de 1975 llevó a cabo el asalto a la embajada alemana en Estocolmo. Junto a otros cinco miembros de la RAF, Mann tomó como rehenes al embajador y una docena de empleados y amenazó con hacer explotar los quince kilos de TNT que introdujeron en el edificio si el gobierno federal no liberaba a veintiséis camaradas presos en la cárcel de máxima seguridad de Stammheim, en Stuttgart. Ante la falta de respuesta por parte de las autoridades suecas, el comando ejecutó a un agregado militar y a un agregado económico, y anunció que seguirían matando un rehén por cada hora que

pasara sin que sus exigencias fueran atendidas. Cuando la policía sueca se disponía a irrumpir en la embajada, uno de los hombres del comando dejó caer por error una granada de mano que detonó los quince kilos de TNT. El terrorista y dos rehenes murieron en el acto. Mann resultó gravemente herido, con quemaduras en más del cincuenta por ciento de su cuerpo, y fue trasladado a la prisión de Stammheim, donde murió unos días más tarde de un edema pulmonar.

No puedo evitar pensar en Günther como si fuera uno de los personajes de *Los profesionales*. Lo imagino enrocado en la embajada con armas y dinamita creyéndose una suerte de Burt Lancaster, el experto en explosivos. Pero, como dice Mona, la violencia que vemos en el cine no es como la del mundo real.

—Me cuesta creerlo —le digo a Mona—. No había vuelto a acordarme de Günther ni una sola vez hasta que Beverly me pidió que hiciera memoria y escribiera sobre aquellos días. Y resulta que hace más de veinticinco años que está muerto. Y de esa manera.

Tenemos muchos amigos y conocidos que murieron de sobredosis en los setenta y ochenta, de sida en los ochenta y noventa; otros que han pasado tiempo en la cárcel, por tráfico de drogas principalmente, víctimas todos de una época convulsa; pero no recuerdo a ningún otro, aparte de Günther, que optara por ejercer la violencia y la lucha armada. Cuando Mona y yo llegamos al área de la bahía de San Francisco, en 1971, las Panteras Negras se dedicaban más a actividades educativas y sociales en Oakland que a la acción directa, y los Weathermen —la organización de izquierda radical más relevante en esos días— se aseguró de que sus bombas no produjeran daños personales después de que en 1970 tres de sus miembros murieran cuando estalló el artefacto que preparaban en una casa del Greenwich Village, que quedó reducida a escombros.

Günther nos había contado a Ferrán y a mí que presenció el momento en que los antidisturbios dispararon en la cabeza a un

estudiante durante una manifestación. Si Mona y yo nos estremecimos y reprimimos un grito de pavor cuando vimos la cabeza de Kennedy reventar en una pantalla de televisión, ¿qué sentiría Günther al ver estallar en directo la del estudiante? Segundos después, esos mismos policías antidisturbios los aporrearon a él y a sus compañeros. Antes de convertirse en guerrillero o terrorista, Günther había conocido en primera persona el sonido de los disparos, el olor de la pólvora y el dolor que producen los huesos al romperse. No lo aprendió en el cine, como yo. Él debió de ver con otros ojos a *Los profesionales*, a Lancaster, Marvin, Ryan y Palance. Y lo que sea que viera con esos ojos le llevó a empuñar un arma y matar. A morir, también.

—Le he dicho a Eva que iremos a verla la última semana de agosto —dice Mona—, cuando ella haya regresado de su viaje por Europa. Tenemos reuniones pendientes en Nueva York.

—Muy bien. Le llevaremos la foto. Tenías razón, tengo que regalársela.

Ese será el final de toda esta historia.

TERCERA PARTE
LA ZONA PROHIBIDA

1

Ibiza
21 de julio de 1969

«Justo acaba de llegar la primera imagen...

Estas imágenes se transmiten por una cámara pequeña, muy pequeña, capaz solo de recibir impulsos en blanco y negro.

Pero observen ustedes que la imagen se empieza a mover. No sé lo que es exactamente en estos momentos, pero vamos a tratar de saberlo.

¡Observen ustedes el pie! ¡Ahí está! A las 109 horas 22 minutos 48 segundos de vuelo: ¡el pie!

Lentamente, muy lentamente, el pie de un astronauta. Se ve cómo tantea....

Como un niño recién nacido levanta sus brazos para tocar a la madre, como algo que aún no sabe dónde poner su sensibilidad, dónde agarrarse, en qué sustentarse...».

Mientras Jesús Hermida narraba esa madrugada en directo para toda España los primeros pasos del hombre en la Luna, Mona estaba de parto en el piso superior, en la cama de su madre —la misma en la que nació ella—, atendida por una matrona y el médico de la familia. Hacía media hora que me había quedado sin cigarrillos y calmaba mis nervios con una copa de brandi, aferrándome al ridículo consuelo de que Neil Armstrong, esa mancha gris que adivinaba en la pantalla del televisor, debía de tener más miedo que yo. Que

Hermida recurriera a la metáfora del recién nacido para expresar poéticamente la emoción del momento me lo tomé como un chiste del destino.

Edith, como siempre al rescate, entró en la casa agitando en el aire dos paquetes de tabaco.

—¿Dónde los has conseguido a estas horas?

—En el bar de la esquina. Está abierto y lleno de vecinos que no tienen tele.

Edith llevaba toda la tarde y toda la noche acompañándome y haciendo de mensajera de lo que pasaba dentro de la alcoba, en donde Neus me tenía terminantemente prohibido entrar. Dejó los cigarrillos sobre la mesa y subió por la escalera para ver si había ocurrido algo durante su ausencia.

Ahora sí se distinguía bien a Armstrong junto al módulo lunar. Mona había empezado a sentir las primeras contracciones seis horas antes, cuando oímos en la radio que el Eagle se posaba en la superficie del satélite en un lugar que llamaron Base Tranquilidad. Estábamos en Sa Penya con Edith, que había venido a ver a Mona. Nos fuimos los tres a casa de mi suegra y Neus llamó a la matrona, que vivía en la calle de al lado. Cuando vieron que el parto podía ir para largo avisaron al médico. Edith se acercó al estudio de Cliff a decirle que fuera a casa a ocuparse de Nedsky, que ella se quedaría con nosotros hasta que Mona diera a luz. Eran ya casi las cuatro de la mañana y nada.

—Todavía no viene —dijo Edith bajando las escaleras.

—¿Es normal que tarde tanto?

—Yo estuve doce horas de parto. Mona está bien, no te preocupes.

Se encendió también un cigarrillo.

—¿No puedo entrar a verla un momento?

—Cada vez que subo, Neus me recuerda que no eres bienvenido —dijo con una sonrisa—. Tampoco te lo recomiendo. De vez en cuando, Mona suelta una palabrota, supongo que en gaélico, porque yo no la entiendo.

Los juramentos de la abuela irlandesa.

—Tú y yo lo único que podemos hacer es esperar. Voy a hacer más café.

Edith se metió en la cocina y me dejó a solas con Armstrong, que caminaba de un lado a otro, flotando en una nube de ruido blanco e interferencias. A lo largo del último año había seguido en la prensa con mucho interés los avances del programa Apolo que culminaban esa noche con la hazaña de Neil Armstrong, Buzz Aldrin y Michael Collins. Los astronautas eran héroes de nuevo cuño, figuras mitológicas contemporáneas que habían resucitado la épica y la aventura, tanto en la realidad como en la ficción. Yo continuaba mirándome en el doble espejo de Taylor y Bowman, los astronautas de *El planeta de los simios* y de *2001*, cuando me enfrentaba al devenir incierto en el que se había convertido mi vida. No tenía ningún plan de futuro, ningún propósito definido más allá de ver pasar los días. Disponía de más dinero en el banco del que necesitaba. La herencia de don Alberto, el traspaso del local del Estudio Carreras y la renta del piso de la calle Aragón me permitían vivir holgadamente. Mona y yo fantaseábamos con la idea de montar algún negocio, tal vez un bar, pero habíamos postergado cualquier decisión hasta que naciera el bebé. Eso estaba a punto de suceder; tendríamos que fijar un rumbo a nuestra existencia o, por el contrario, abandonarnos a la plácida deriva en la que nos habíamos instalado durante el embarazo. Hacer como Taylor y adentrarnos en la Zona Prohibida, o esperar como Bowman el regreso del monolito.

—¿Habéis decidido ya el nombre? —preguntó Edith, fumando apoyada en el quicio de la puerta de la cocina.

—Esta última semana bromeábamos con que si nacía el día del alunizaje la llamaríamos Luna.

—¿Y si es niño?

—Ya sabes que ella ni siquiera contempla esa posibilidad.

—Es muy bonito. Luna.

El borboteo del agua hirviendo la reclamó dentro de la cocina. Volvió con la cafetera y dos tazas en una bandeja.

—Mona tiene mucha suerte contigo.

Sirvió el café y me acercó una taza.

—Vas a ser un buen padre, porque eres un buen compañero —dijo —. No abundan los hombres como tú.

No supe qué decir. Le agradecí sus palabras con un movimiento de cabeza.

—El otro día fuimos a cenar a casa de Nina y Frederik, ¿lo sabías?

—Me lo dijo Cliff —respondí inquieto—. Era el cumpleaños de Nina, ¿no?

Edith asintió con un gesto.

—Siguen enamorados. Nina y Cliff. Al menos ella sigue enamorada de él. No lo puede disimular ni delante de mí ni de su marido.

Yo tampoco supe disimular mi incomodidad.

—Tranquilo, Daniel. No pretendo que me cuentes lo que hayas hablado con Cliff. No hace falta. Sé perfectamente cómo es, le conozco mejor de lo que se conoce él a sí mismo.

—Él te quiere, de eso estoy seguro —me apresuré a decir con torpeza.

Me caían muy bien los dos, cada uno por separado, pero sobre todo me gustaban mucho juntos. Cliff y Edith formaban una pareja

divertida, interesante, estimulante. Mona pensaba igual que yo, lo habíamos comentado muchas veces. No quería que se separaran.

—Lo sé —contestó—. Por eso ayer fui a casa de Nina para hablar con ella.

Edith me sostuvo la mirada. Era una mujer físicamente pequeña, sobre todo al lado de Cliff, alto e imponente como una montaña; pero ella transmitía una inusitada fortaleza, como la de un canto rodado.

—En el cumpleaños de Nina, Cliff y ella ni siquiera hablaron. Éramos siete u ocho parejas y nos sentamos en el otro extremo de la mesa. Pero hubo un momento en que cruzaron sus miradas y no me cupo la menor duda. Cuando volvíamos a casa en el coche, le pregunté directamente a Cliff si quería estar con ella en lugar de conmigo. Contestó que no, pero yo sé que si Nina le llama, él acudirá. No sabe resistirse a una tentación. Es demasiado vanidoso.

—¿Y qué le dijiste a Nina?

—Que así no podíamos seguir. Ninguno de los tres. De los cuatro, si contamos a Frederik.

—¿Y ella qué dijo?

—Está de acuerdo.

Tuve que esperar a que bebiera un sorbo del café para saber en qué estaba de acuerdo Nina exactamente.

—No quiere romper ni su matrimonio ni el mío. Me prometió que no volverá a verse con Cliff.

—¿A ella sí la crees capaz de resistir la tentación?

Edith apagó con esmero el cigarrillo, asegurándose de que la colilla no humeara.

—Nina también es muy vanidosa. Pero me fío más de ella que de él. Tampoco me queda otro remedio.

—¿Se lo has contado a Cliff?

—¿Que he ido a verla? Claro. Al principio no supo cómo tomárselo, si debía ofenderse, sentirse adulado o qué. Creo que piensa que ir a ver a Nina ha sido un poco humillante para mí.

—¿Humillante por qué? A mí me parece que has sido honesta. Y muy valiente.

—Es verdad que he tenido que tragarme mi orgullo, pero por encima de todo quería dejar de interpretar el papel de la esposa engañada. No me importa reconocer que estoy enamorada de Cliff y que es mi deseo mantener unida la familia que hemos construido juntos. Si luchar por eso es humillarme, lo hago con gusto. Nina es guapísima, distinguida, sofisticada, un trofeo irresistible para un hombre como Cliff. Siempre he sabido que mi marido era un mujeriego, no es algo ajeno a su encanto. Y sé que me quiere. Te lo ha reconocido a ti, a mí, ¡incluso a Nina! Si consigo que renuncie a estar con ella para estar conmigo, habrá merecido la pena. Ahora sabe que ya no puede tenernos a las dos.

Nos quedamos unos segundos en silencio. Armstrong seguía su paseo y Hermida su retransmisión. El periodista anunció que en breve Aldrin saldría también al exterior del módulo.

—Cliff tiene mucha suerte contigo, Edith. No abundan las mujeres como tú.

Antes de que terminara la frase, llegaron voces desde el piso de arriba.

Yo me quedé clavado en el sillón. Edith subió corriendo las escaleras. Oí que Neus decía claramente: «Es una nena». Y, a continuación, el desgarrado llanto de Luna debió de oírse hasta en la Base Tranquilidad.

2

Nueva York
Agosto de 2001

Eva nos recibe a Mona y a mí en su apartamento del Majestic, el edificio de Central Park West que se alza justo al lado de otro más famoso, el Dakota. Desde las ventanas del salón las vistas del parque son magníficas. Mona se fija en el grupo de gente reunida alrededor del mosaico circular con la palabra «Imagine» en el suelo de Strawberry Fields, el pequeño jardín que rinde homenaje a John Lennon. Su asesino llevaba en el bolsillo un ejemplar de *El guardián entre el centeno*, un dato que en su momento impresionó mucho a Mona; no concebía que la lectura de su novela favorita pudiera haber empujado a nadie a matar a un semejante.

—¿Estabas aquí el día que lo mataron? —se interesa Mona.

—Ya tenía el apartamento, pero me encontraba de viaje —responde Eva—. Dos pisos más abajo, vivía un pintor que me contó que sí oyó los disparos. Se asomó a la ventana y vio a Lennon tirado en el suelo. Corrió a coger una cámara con teleobjetivo que tenía en su estudio.

—¿Le hizo una foto? —pregunto.

—Me dijo que no pudo. Pensó que Lennon merecía un último momento de privacidad. Vio llegar a los policías que cargaron el

cuerpo en el asiento trasero de un coche patrulla para llevárselo al hospital.

—Le habrían dado una fortuna por esa imagen —comentó Mona.

—Dijo que no era su trabajo. Él era pintor, así que se puso a pintar inmediatamente lo que había visto. Tampoco ha vendido nunca el cuadro, que yo sepa. Cuando se mudó hace muchos años a Venecia, se lo llevó con él. Era una vista cenital de la calle. Los policías y Lennon eran manchas oscuras iluminadas por las farolas, que arrojaban sombras multiplicadas en el asfalto. Una composición casi abstracta.

Es una de esas historias que nos persiguen a Mona y a mí: una foto imposible, como la que Toni le hizo a Eva y que ahora preside el salón. Se la envié a Eva en el mismo embalaje en el que llegó de Ibiza y le ha faltado tiempo para colgarla en un lugar de honor. Nos dice que Jason, su marido, quería ponerla en la casa familiar de Long Island, pero que a ella le da pudor que sus hijos y sus compañeros del colegio la vean desnuda cada vez que entren por la puerta. Eva sigue siendo la misma diosa que bajó de los cielos en el camarote del vapor hace más de treinta años. Ese insólito pudor es el único signo visible en ella del paso del tiempo.

El apartamento es una curiosa mezcla de lugar de trabajo y residencia. La mesa del comedor está llena de patrones de ropa, catálogos de tejidos, archivadores con fotos y bocetos de la próxima colección de Alina Rags. Un burro con vestidos tapa el hogar de la chimenea. Los libros de la biblioteca comparten espacio con piezas de artesanía de todas partes del mundo. Entre los numerosos cuadros que decoran las paredes reconozco un Basquiat, un Mati Klarwein y unas serigrafías de Sister Corita. La foto de Toni ha ocupado el sitio de un paisaje urbano, un rascacielos de Manhattan, que ahora descansa apoyado en el suelo.

—¿Sabéis de quién es? —pregunta Eva señalando el cuadro descolgado—. Lo pintó Bob Dylan. Si soy sincera, nunca me ha gustado mucho, pero me lo regaló un amigo común al que tengo mucho cariño. Lo siento, Bob —dice dirigiéndose al cuadro—. Tendremos que buscarte otro emplazamiento.

—Las Puertas del Edén se llama así por la canción de Dylan —dice Mona—. Cuando era adolescente la oía en bucle, me la sabía de memoria. Siempre que Bob pronunciaba «Eden» me imaginaba que me lo decía a mí.

Eva se ríe.

—He estado muchas veces en vuestra discoteca. Hasta que nació mi primer hijo, Alina y yo seguimos yendo a menudo de vacaciones a Ibiza.

—Ah, ¿sí? Nosotros vamos muy poco, la verdad —confiesa Mona.

—Siempre preguntaba por vosotros, pero me decían que solo volvéis a la isla en Navidades.

Eva y Mona se comportan como si fueran viejas amigas, a pesar de que cuando yo las conocí casi no tenían relación. Es un vínculo inesperado que me produce unos celos que reconozco ridículos. Me excluyen de la conversación, que fluye entre ellas hablando de la ropa que hace Eva y de las películas de Mona, como si no fueran mías también. Tan solo se dirigen a mí para solicitar la confirmación de algún dato, un nombre, una fecha; nunca una opinión. Hacen planes para los próximos días sin consultarme ni contar conmigo. Alina vuelve de París mañana y organizan una salida nocturna a la que soy invitado a sumarme en el último momento. Sospecho, sin embargo, que prefieren que las deje a ellas tres solas, porque Mona me recuerda que yo quería aprovechar el viaje a Nueva York para ver a un financiero con el que hemos trabajado en el pasado.

—¿Por qué no intentas quedar a cenar con él? —sugiere.

Por fin consigo que me hagan un poco de caso y le pido a Eva que nos desvele el misterio detrás de la foto de Toni, que es, al fin y al cabo, el motivo principal de nuestro reencuentro.

—Nos presentó Ferrán en la playa de Las Salinas —dice Eva—. Toni acababa de llegar de Barcelona y me pareció muy simpático. Me preguntó si podía hacerme unas fotos y yo le dije que sí. A cambio, le pedí que me contara cosas de ti, Daniel.

—No quiero ni pensar lo que te dijo.

—Te quería mucho. A tu hermana también. Preguntaba a todo el mundo por ella. Pero como yo no llegué a conocerla, no podía ayudarle. El caso es que me explicó cómo trabajabais juntos en el negocio de tu padre, el tipo de fotos que hacíais, que en mayo no librabais ni los fines de semana porque teníais comuniones todos los domingos. Me contó que tú eras el que le decías cuándo tenía que disparar. E hizo un gesto con la mano que reconocí enseguida. El mismo que habías hecho cuando me pediste que posara como si estuviera rezando.

—Entonces ¿te propuso él hacer la foto? —pregunto.

—Se lo pedí yo —afirma Eva. Se vuelve hacia Mona—. Estaba enamorada de tu marido.

Las dos se ríen cuando lo dice, como si fuera algo gracioso, o absurdo. Logran que a mis cincuenta y siete años me sienta como un imberbe que se ha colado por error en el vestuario de las chicas. Mona me coge la mano.

—Su mayor atractivo es que nunca ha sido consciente de lo adorable que es —susurra Mona a Eva como si de repente yo no estuviera en la habitación.

—Pensé que sería un bonito regalo —dice Eva—. A Toni también le pareció una idea estupenda.

Así fue como pasó. Tres meses después de que Eva y yo hiciéramos el amor por primera vez en la casa de Las Salinas, a la misma hora, con el sol entrando por la ventana con idéntica angulación, ella se desnudó, dejándose puestas las botas de *cowboy* blancas, sujetó la *yapa mala* entre las palmas de las manos y Toni emplazó la Rolleiflex en el lugar exacto en el que yo me había tumbado.

—Pocos días más tarde —prosigue Eva—, me dijiste que Mona se había quedado embarazada y que os ibais a casar. Esa es la razón por la que Toni nunca llegó a ampliar la fotografía. Yo le pedí que no lo hiciera, claro.

No tenía sentido regalarme un retrato de ella desnuda cuando yo me iba a casar con otra mujer. Se fue a Formentera y Toni respetó su voluntad. El negativo estuvo perdido hasta que la comisaria de la exposición lo encontró en los archivos de Toni.

Colgada en el salón del apartamento de Eva, una vez resuelto el enigma, la foto ha perdido todo su efecto perturbador. Queda la belleza espléndida de la rusa holandesa, la mezcla de inocencia e irreverencia de su pose, la excentricidad de las botas de *cowboy* blancas —que rompen la intemporalidad de todos los demás elementos visibles en el encuadre—. Queda, sobre todo, el reflejo de cierto espíritu de una época que esa imagen acierta a compendiar. El momento que replica fue crucial en mi vida —salí de ese cuarto convertido en otro, como los monos de Kubrick tras tocar el monolito —, pero el hecho de que sea eso, una evocación apócrifa, una escenificación y no el instante original, desactiva la carga explosiva que me derribó cuando me pilló por sorpresa en la galería de arte ocho meses atrás.

Beverly tiene razón: la memoria no existe hasta que le damos forma. La mía albergaba el recuerdo de Eva, nuestro encuentro en el

vapor, la primera vez que hicimos el amor en la casa de Las Salinas y la anécdota que dio lugar a la foto: el momento en que pedí a Eva que posara desnuda junto a la ventana. Pero no recordaba lo que lo había provocado: el comentario extasiado de la teresiana al ver a la niña vestida de primera comunión iluminada por el sol. Una imagen ha llevado a otra, un recuerdo al siguiente; he desenterrado situaciones y personajes que yacían a mucha profundidad, instantes de felicidad irrecuperables que, en efecto, han adquirido un sentido distinto ahora que sé lo fugaces y volátiles que fueron. He intentado contar lo que pasó, lo que recuerdo que sentí mientras pasaba y lo que he sentido al hacer memoria. Ya he recopilado, restaurado y ordenado todas las fotos, las reales, las inventadas y las que nunca llegué a hacer, las películas realizadas y las soñadas.

Por fin el álbum parece completo.

3

Ibiza
Nochevieja de 1969

Las Puertas del Edén se abrieron por primera vez para despedir la década de los sesenta. El dibujo de las hojas de higuera y la serpiente recibía a los que entraban en el *porxo* de la casa payesa que Mona y yo compramos a finales del verano para transformarla en un lugar donde reunirse a beber, escuchar música y bailar sin molestar a los vecinos. Era una idea a la que Mona y Paloma —su amiga, examante y compañera detrás de la barra de El Mono Desnudo— llevaban mucho tiempo dando vueltas, pero para la que necesitaban financiación. A don Alberto le habría dado otro ataque al corazón si se hubiera enterado de que su primogénito iba a invertir una parte, por pequeña que fuera, del dinero de la herencia en lo que él habría calificado de antro.

La casa estaba en Ses Feixes, un cañaveral a unos cinco kilómetros al norte de la ciudad. Se la compramos a la madre de un amigo de infancia de Mona. Hacía años que nadie vivía allí, desde que en los años cincuenta dejaron de cultivar esas tierras. La reforma —de la que se ocupó mi vecino Alejo, el gitano de Sa Penya — consistió en arreglar los terrados y aislarlos con el método tradicional en la isla —a base de ceniza, arcilla y posidonia—, llevar electricidad y teléfono, acondicionar el piso superior —en donde,

además de una oficina, Paloma tenía un pequeño estudio con una cama y un baño— y encalar todas las paredes y techos, por dentro y por fuera. Había dos barras, una en el interior de la casa y la otra en el patio, que llenamos de plantas y pequeños árboles y bautizamos como el Jardín del Edén.

Un amigo suizo de Ferrán que presumía de haber trabajado en Estados Unidos con el ingeniero de sonido de Grateful Dead instaló altavoces por todas partes y los conectó a un equipo de alta fidelidad que trajo de Ginebra. Este tinglado se llevó la partida más grande de nuestro presupuesto. Mona bromeaba con que si teníamos más hijos los llamaríamos Thorens y JLH, los nombres del tocadiscos y el amplificador que el suizo no paró de repetir hasta que le dimos el dinero para comprarlos. Él se ocuparía además de pinchar los discos en una cabina al final de la barra. Colocamos también proyectores de diapositivas que inundaban las paredes encaladas de colores psicodélicos e imágenes de obras de arte.

La misma tarde del día 31 de diciembre, Luis el Gordo, el abogado Ribas, se acercó a traernos la licencia de apertura del Ayuntamiento.

—Aquí tenéis. Todo en regla. Si aparece la Benemérita no tendréis que echar el cierre.

—Gracias, justo a tiempo. ¿Quieres tomar algo? —le pregunté.

—Venga, una cerveza. ¿Dónde está tu mujer?

Le serví la cerveza y le ofrecí también un cigarrillo.

—Ha ido a dejar a Luna con su madre. No creo que tarde mucho.

Ribas encendió su cigarrillo y el mío y echó un vistazo alrededor.

—Ha quedado muy bien, Daniel. Ahora solo hace falta que la gente venga.

—Díselo a Mona, que es la que se ha empeñado en inaugurar en invierno.

—Turistas no hay. Yo se lo he dicho a todo el mundo que conozco.

—Será un ensayo general con amigos. ¿Has visto los carteles indicando el camino que hemos puesto desde la carretera?

—No tiene pérdida, no te preocupes —señaló el dibujo de las hojas y la serpiente—. ¿Quién os pintó eso?

—Lo hemos hecho Mona y yo. Estábamos eligiendo diapositivas y proyectamos en esa pared varios cuadros antiguos, representaciones de Adán y Eva, y se nos ocurrió que quedaría bien un mural con uno de ellos. Probamos a pintar una de las hojas directamente en la pared siguiendo la imagen proyectada y nos dimos cuenta de que hacer lo mismo con todo el cuadro nos iba a llevar una eternidad. Así que nos limitamos a pintar la otra hoja y la serpiente. ¿Te gusta?

—Mucho. Tenemos que registrarlo.

—¿El dibujo?

Ribas asintió.

—Hacedle una foto y yo me ocupo. Es vuestra marca.

Encargamos quince kilos de uva y a las once y media ya había más de quinientas personas. La mitad de los asistentes tuvo que tomar cacahuetes con las campanadas, que escuchamos por la radio. Blind John canceló su fiesta de Nochevieja cuando se enteró de la nuestra, así que él y todos sus invitados acudieron a la inauguración. A la una de la madrugada, una multitud bailaba en la pista celebrando la llegada de 1970. La celebración se prolongó hasta bien entrado el primer día del año. Nadie quería marcharse del Edén.

Toni fue uno de los primeros en llegar con el Dos Caballos lleno de gente, como si fuera un furgón policial trasladando delincuentes a la comisaría. Abrió las puertas y se bajaron por lo menos una docena de chicos y chicas que había recogido en la carretera. Muchos venían a pie desde la ciudad a pesar de la distancia. Los que venían en

coche hacían como Toni, se paraban y acercaban a los que veían caminando por el arcén. Se formó una procesión que en algunos momentos adquirió categoría de atasco. Alfonso, el taxista, estaba enfermo con gripe, pero su hijo no dejó pasar la oportunidad de hacer negocio. Fonsi —que nunca se volvió a quitar el gorro de piel de mapache que le regaló Carly— llevó de paquete en el Vespino a docenas de *hippies* a los que pedía la voluntad por el trayecto. Se pasó la noche yendo y viniendo de la ciudad a Ses Feixes.

Ribas, Ferrán, las rusas sin Eva, los habituales de El Mono Desnudo, muchas de las caras que vi por primera vez en la casa de Blind John... todos los que estaban en aquel momento en la isla se diría que pasaron esa noche por la fiesta. No podía faltar el hijo pródigo.

—*Happy new year, mon cheri*! Tengo un *petit cadeau* para Mona *e per te*.

Elmyr lucía bronceado, vestía un esmoquin y había adelgazado desde la última vez que lo había visto. Estaba radiante. Llevaba un libro en la mano.

—¿Cuándo has vuelto?

Nos dimos un abrazo.

—Hace una *settimana*. ¡Por fin en casa *mia*!

Mona cruzó toda la estancia para saludar a Elmyr, que le besó la mano, alabó su belleza y le preguntó por la pequeña Luna. Había regresado de su destierro y parecía un hombre nuevo, rejuvenecido. Nos hizo entrega del ejemplar dedicado de su puño y letra de *¡Fraude!*, el libro que Cliff acababa de publicar y que llevaba por subtítulo *La historia de Elmyr de Hory, el mayor falsificador de arte de nuestro tiempo*.

—«A mis queridos Mona y Daniel, con el *chaleur* de la amistad» —leyó Mona en voz alta—. Muchísimas gracias, Elmyr. Qué ganas de

leerlo.

El húngaro había esbozado junto a su autógrafo el retrato de una mujer con un bebé en brazos que bien podrían ser Mona y Luna. En esa misma página estaba la dedicatoria impresa de Cliff: «Para Edith, con amor».

—Creo que se está vendiendo muy bien en Estados Unidos —dije yo.

—Este nuevo año se publica *anche in* Europa —replicó Elmyr con orgullo para acto seguido torcer el gesto—, *però* Cliff ha escrito *quelques choses* que *non sono contento*...

—¿Qué cosas? —pregunté.

—Dice que Elmyr es «*a charming crook*» —contestó—. *Io non sono nessun ladrone*... Cliff es un *fiction writer*, *le piace beaucoup* la fantasía. Mucho que cuenta *non é vero*. Quiero *cambiare* esas cosas en la *nouvelle edizione*.

Su enfado era sobreactuado; la prueba es que estaba encantado de regalar ejemplares dedicados del libro a sus amigos.

—En el fondo es un piropo, Elmyr —apuntó Mona—. Un ladrón encantador, como Steve McQueen en esa película con Faye Dunaway, *El caso Thomas Crown*. ¿No la has visto?

La comparación devolvió la sonrisa a Elmyr. Mona se lo llevó hacia la barra en busca de champán.

Cliff y Edith estaban esquiando en Suiza. Nos habían mandado una postal felicitándonos la Navidad desde St. Moritz. La relación parecía pasar por un buen momento después de la crisis del verano anterior. Nina & Frederik se habían ido de gira por Sudáfrica a finales de agosto y corría el rumor de que el barón se había quedado en Ciudad del Cabo con una amante con la que habría tenido un hijo. El dúo musical estaba a punto de disolverse. El matrimonio, quién

sabe. Quedaba por ver si la promesa que Nina le había hecho a Edith en junio sobreviviría a una eventual separación del barón.

La gran alegría de la noche fue la aparición por sorpresa de Néstor en la fiesta con un grupo de amigos de Barcelona. Mona y yo no lo veíamos desde que terminó el rodaje de *More.* La película estaba siendo un éxito de crítica y público en Francia y Alemania.

—Los jóvenes van a verla una y otra vez. Todos quieren venir a conocer Ibiza.

—Seréis los culpables de una nueva oleada de invasores —le dijo Mona con ironía.

—Si viene todavía más gente este verano —dije yo—, Mona querrá adelantar sus planes de irnos a vivir fuera de la isla.

—¿A dónde? —preguntó Néstor desconcertado.

—Estados Unidos, seguramente —contestó Mona.

—De momento es solo una idea. Mona quiere que nos vayamos antes de que la niña empiece a ir al colegio.

Néstor señaló todo lo que nos rodeaba. A esa hora la fiesta estaba en su apogeo.

—Pensaba que este era vuestro proyecto de vida.

—A corto plazo, sí —dije—. Algo teníamos que hacer.

—Después del parto no era cuestión de volver a ponerme detrás de la barra de El Mono Desnudo —apostilló Mona.

—Y yo quería invertir en algún negocio el dinero de la herencia.

—Esto es un trampolín —explicó Mona—. En unos años habremos ahorrado lo suficiente para empezar algo distinto en otro lado. La que va a llevar el local en realidad es Paloma.

—¿Un trampolín para saltar hacia dónde? ¿Qué pensáis hacer en Estados Unidos?

Mona y yo nos encogimos de hombros.

—Aún no lo sabemos —dijo ella.

Néstor nos miró levantando un poco el mentón y esbozando una sonrisa, entrecerrando los ojos en un gesto muy habitual en él.

—¿Has metido aquí todo el dinero que te dejó tu padre?

Negué efusivamente con la cabeza.

—Ni de broma. Nos hemos gastado lo que me dieron por el traspaso de la tienda.

—Entonces, yo sé qué deberíais hacer con el resto.

—¿Qué? —saltamos Mona y yo a la vez.

—Cine.

—¿Cine? —me extrañé yo.

Sin embargo, Mona no acusó la misma sorpresa.

—Seríais unos productores estupendos.

—¿Qué te hace pensar eso? —pregunté.

—Tú tienes cabeza para los números y te encantan las películas. Además, sabes de fotografía.

—¿Y yo? —se interesó Mona.

—Tú consigues que todos hagan lo que tú quieres, pensando que hacen lo que quieren ellos.

Néstor era único calando a las personas.

—Hacedme caso —dijo.

Seguimos hablando de cine durante un buen rato. Nos recomendó un montón de películas que no habíamos podido ver; la oferta cinematográfica en la isla era muy reducida y habíamos estado muy ocupados con la pequeña Luna. Él había rodado ese año de nuevo con Rohmer y por primera vez con Truffaut. Las dos en blanco y negro. La de Truffaut, *El pequeño salvaje*, contaba el caso real de un niño que a finales del siglo XVIII creció solo en un bosque del sur de Francia y fue encontrado cuando tenía once o doce años por unos

cazadores. Truffaut había interpretado él mismo el personaje del doctor que se ocupa de educar al niño.

—Hemos tomado prestados recursos del cine mudo, como los cierres de iris para terminar una escena —nos contó Néstor—. Me he acordado mucho de aquellas sesiones de mi adolescencia en el cineclub de Ángel Zúñiga, en Barcelona. ¿Tú llegaste a ir, Daniel?

—¿Zúñiga el corresponsal en Nueva York de *La Vanguardia*?

Néstor asintió.

—Antes de eso escribía crítica de cine en la revista *Destino* y organizaba un cineclub en el Astoria y en la cúpula del Coliseum. Allí vi yo con quince o dieciséis años todo el cine mudo. Ahora me doy cuenta de que te hablo de mediados de los cuarenta, a lo mejor tú ni habías nacido.

—¿Y cómo es trabajar con Truffaut? —preguntó Mona.

—Una delicia. Crea un ambiente muy relajado en el rodaje. Escucha a todo el mundo, es muy cooperador. Espero volver a hacer con él otra película.

Mona y Néstor continuaron charlando, pero yo dejé de escuchar lo que decían. Acababa de reconocer entre el grupo de amigos de Barcelona que acompañaba a Néstor a mi amor platónico de infancia y adolescencia. Me disculpé con mi mujer y mi amigo y me acerqué a saludar a Aurora. O sea, a Mónica.

—¿Daniel? ¿De verdad eres tú?

La barba, el pelo largo, la ropa..., yo había cambiado mucho desde que nos habíamos visto por última vez casi diez años antes, en el funeral de mi madre. Mónica —todo el mundo la llamaba ya así— tardó unos segundos en identificarme como el hijo de Alberto y Conchita, el vecino recatado y formal que bajaba la mirada cuando

coincidíamos en el portal y se presentaba voluntario para subir a su casa a pedir un poco de sal, o a llevarle a su familia una bandeja con los carquiñoles de almendra que hacía Agustina. Le expliqué que ahora vivía en la isla, me había casado, había tenido una hija y era uno de los anfitriones de la fiesta.

—¿Está Laia contigo? —preguntó.

—Mi hermana está en la India. Eso creo, al menos.

—¿Cuándo se fue?

—Hace año y medio. Justo después de que muriera mi padre.

—Lo sentí mucho, Daniel. No pude ir al entierro.

—Tus padres me dieron el pésame en tu nombre. Me dijeron que estabas en Madrid haciendo una película.

—¿Y dices que Laia se marchó a la India cuando se enteró de la muerte de vuestro padre?

—No. Se fue antes de que pudiera darle la noticia. Yo sabía que estaba aquí en Ibiza, pero no tenía manera de localizarla. Por eso vine a buscarla. Cuando llegué a la isla ya se había ido.

—Qué raro.

—He intentado sin ningún éxito averiguar dónde está a través de la embajada en Nueva Delhi y del consulado en Bombay, que es el referente para la región de Goa, porque es desde allí desde donde envía de vez en cuando alguna postal, pero siempre sin remite.

—A mí dejó de escribirme en mayo del año pasado.

Así fue como me enteré de que Laia y Mónica habían mantenido el contacto todo el tiempo, desde antes de que mi hermana se marchara de casa. Yo sabía que, siendo niños, la guapa, moderna y talentosa vecina adolescente se había convertido en un modelo a seguir para Laia, cuatro años más joven. Lo que ignoraba era que años después, cuando mi hermana empezó a salir de noche en

Barcelona, además de con Toni se cruzó muchas veces con Mónica en los locales de moda.

—Quedábamos de vez en cuando a tomar un café. Me contaba los problemas que tenía en casa con tu padre. Se desahogaba conmigo. Yo intentaba que no se metiera en líos, porque andaba con algunas compañías un poco raras. Pero Laia no es tonta, sabe apañárselas. Le perdí la pista durante un par de meses, hace tres años, y lo siguiente que supe de ella es que estaba aquí, en la isla. Me mandó una postal. La primera de muchas.

A Mónica también.

—¿Con qué frecuencia te las manda?

—Al principio recibía una o dos al mes. Luego tardaba más en escribir. No contaba gran cosa, simplemente mandaba recuerdos. Parecía contenta. Como te digo, en mayo del año pasado recibí la última.

—¿Te decía algo que te hiciera pensar que tenía planeado irse de viaje?

Mónica negó con la cabeza.

—Era una postal como las demás. Venían sin remite, yo no pude escribirle nunca.

Agustina, con la que hablaba por teléfono a menudo, hacía varios meses que tampoco recibía ninguna postal de Laia. La náufraga había cortado cualquier comunicación.

—En Barcelona siempre hablaba de ti con mucho cariño —dijo Mónica.

Si tanto cariño tenía al *germanet*, ¿por qué no me había mandado a mí ninguna de esas postales? Solo aquella primera en la que me pedía que no dijera a nuestro padre dónde estaba, que era feliz, que no nos preocupáramos. Nunca más. Ningún mensaje a través de Agustina, de Mónica o de Jerry, las tres personas a las que había

seguido haciendo llegar sus dibujos pueriles, sus buenos deseos de paz, amor y armonía universal.

Hacía mucho tiempo que ya no estaba preocupado por mi hermana, simplemente estaba enfadado con ella. En *Centauros del desierto* llega un momento en que sospechamos que si Ethan —el personaje que interpreta John Wayne— encontrase al fin tras años de incansable búsqueda a su sobrina Debbie, secuestrada por los comanches, lo que haría sería matarla. Mi rencor no alcanzaba esas cotas de odio, pero a Laia nadie la había raptado, su desaparición había sido voluntaria y ella era la única culpable de que yo me sintiera abandonado. Aunque supiera que no tenía sentido, no podía evitar pensar que me estaba castigando por todas esas madrugadas en las que se encontró la puerta de mi cuarto cerrada, que su intención era que me sintiera tan solo y desvalido como debió de sentirse ella entonces. En ese último año y medio me había imaginado muchas veces cómo sería el reencuentro, qué le diría si diera señales de vida y regresara de la India, o si —mejor aún— viajara yo hasta allí después de descubrir su paradero. Aún no había encontrado las palabras adecuadas para la ocasión. Tras rescatarla, Ethan coge a Debbie en brazos y le dice: «Vámonos a casa». Pero nosotros no teníamos casa a la que volver.

4

Nueva York
Septiembre de 2001

Anoche estuve cenando con el financiero mientras Mona, Eva y Alina fueron a divertirse a un club que una amiga de Eva y Alina ha abierto en lo que antes era un garaje en Chelsea, uno de esos locales a los que es prácticamente imposible acceder, incluso haciendo una cola interminable, salvo si tu nombre figura en una lista o tienes una tarjeta vip. Las Puertas del Edén se ha convertido con los años en uno de esos sitios. Los detesto, lo reconozco. Parafraseando a Groucho, soy fundador de un club del que nunca sería socio. Pero haberlo puesto en marcha me ha permitido tener la vida resuelta y poder dedicarme al cine. Por desgracia, también ha contribuido a degradar —quizá irremediablemente— una isla que era un paraíso natural cuando yo llegué por primera vez. La belleza de Ibiza es aún visible en el interior, en algunas calas recónditas, o fuera de temporada, en días soleados de invierno. Si personas como Mona y yo —o como Barbet y Néstor, que inundaron la isla de jóvenes que habían visto *More*— no somos los únicos culpables de su transformación en un destino turístico masificado, sí somos cómplices necesarios. Como dijo Günther, el capitalismo fagocita incluso aquello que crece en sus márgenes o pretende destruirlo.

El financiero, que sabe de mi relación con Ibiza, me preguntó en la cena si conocía a Cliff. Le contesté que no solo lo conocía, sino que durante un breve espacio de tiempo fuimos buenos amigos. Su curiosidad se debía a que uno de los proyectos de película en cuyo desarrollo estaba invirtiendo era la adaptación del libro de memorias en el que Cliff contó el colosal fraude que protagonizó a principios de los setenta cuando vendió a su editorial, McGraw-Hill, una supuesta autobiografía del multimillonario texano Howard Hughes. Yo seguí el caso desde la distancia, porque ya nos habíamos mudado a San Francisco cuando el escándalo saltó a los periódicos de todo el mundo.

Cliff convenció a los ejecutivos de una de las editoriales más importantes de Nueva York de que el paranoico y elusivo magnate del cine y la aviación le había encargado escribir su vida. Aportó cartas manuscritas de Hughes que pasaron las pruebas de expertos calígrafos y relató sin ahorrar detalles encuentros personales con él en Las Vegas y México. Hughes ponía como condición que Cliff fuera su único interlocutor durante todo el proceso. Los cheques con los pagos del abultado anticipo también debían ser entregados al escritor; él se los haría llegar al empresario que llevaba casi una década recluido, sin contacto con nadie que no perteneciera a su círculo más próximo, viviendo en hoteles, alimentando leyendas sobre sus obsesiones y manías. El engaño solo se descubrió cuando el propio Hughes desmintió conocer a Cliff a través de una delirante entrevista telefónica en la que siete reporteros de distintos periódicos y agencias de comunicación le preguntaron, entre otras cosas, sobre la longitud de su cabello y de su barba y si se arreglaba o no las uñas de los pies. Cliff acabó confesando que era todo un invento, fue condenado, devolvió el dinero adelantado y pasó un año y medio en prisión.

Edith también se vio involucrada. Fue ella quien cobró en un banco de Suiza, bajo una identidad falsa —Helga R. Hughes—, los cheques que Cliff pidió a la editorial que extendiera a nombre de H. R. Hughes siguiendo las presuntas instrucciones del millonario. Edith tuvo que cumplir dos meses de condena en Nueva York y algo más de un año en una cárcel en Suiza. Sin embargo, lo que más le dolió fue descubrir que Cliff la había vuelto a engañar con Nina. La danesa había acompañado a Cliff en el viaje a México en el que se suponía que iba a encontrarse con Hughes. Cuando su nombre salió a la luz en la investigación, Nina contó todo a la policía y su testimonio fue decisivo durante el juicio. La exbaronesa no había cumplido lo prometido a Edith en Ibiza y al final ninguno de los dos matrimonios sobrevivió, pero tampoco su relación con Cliff.

Nos carteamos con Edith durante su estancia en la cárcel y luego, como ya he dicho, hemos seguido en contacto. Con Cliff no volvimos a hablar. Imagino que, como casi siempre que se rompe una pareja, elegimos bando, y Mona y yo tomamos partido por ella. La gente da por hecho que lo que movió a Cliff en todo este embrollo fue el dinero, lo que no es cierto. *¡Fraude!*, el libro sobre Elmyr, fue un éxito hasta que Legros —uno de los dos marchantes que vendían las falsificaciones del húngaro— demandó a la editorial y el largo y complicado proceso judicial perjudicó las ventas en Estados Unidos, Alemania y Francia. Sin embargo, Edith nos contó que Cliff había firmado un contrato de casi medio millón de dólares con McGraw-Hill por tres libros, no necesitaba dinero. Leyó un artículo sobre Hughes en la revista *Newsweek* y se le ocurrió la idea: si Elmyr había logrado engañar a tantos expertos en arte y coleccionistas, ¿por qué no intentar hacer él su propia falsificación, en este caso literaria? Lo hizo por diversión, porque nadie había hecho algo así antes, empujado por el espíritu aventurero que le había guiado siempre en

la vida. No pudo resistir la tentación de gastarle una broma al mundo entero. La última película de Orson Welles, *F for Fake*, fue un documental sobre Elmyr y Cliff que explica muy bien la naturaleza lúdica de toda la historia. Según nos dijo Edith, el problema fue que no supieron calibrar las consecuencias de sus actos. Elmyr disfrutó unos años de su celebridad, pero se suicidó en 1976. Cliff estaba seguro de que se trató de un error de cálculo, que en realidad fue otro de sus melodramáticos intentos de llamar la atención y que tardaron en encontrarle más de lo que él esperaba. Al menos murió en su querida La Falaise.

El actor en el que están pensando para interpretar a Cliff en la película es Richard Gere. El parecido es notable: los ojos pequeños, la nariz grande, el carisma, aunque Cliff es mucho más alto. El financiero me dijo que Cliff no va a escribir el guion, solo figura como asesor en el proyecto. Estuve a punto de pedirle que le diera recuerdos de mi parte y le hiciera llegar mi teléfono, pero no lo hice. Su carrera se truncó después del escándalo, a pesar de que yo creo que conseguir embaucar a editores, abogados y peritos —incluso se sometió a un detector de mentiras y pasó la prueba— es algo que solo está al alcance de un consumado fabulador, un maestro en el arte de contar historias.

Un camarero viene a servirme más café y al levantar la vista me fijo en un huésped, sentado también solo en una mesa al otro lado del salón, que me está mirando. Sonríe cortésmente y vuelve a su periódico. Es difícil calcular su edad, tiene el pelo corto, muy negro sin canas y peinado a raya. Lleva americana y pantalones azules, camisa blanca, corbata granate y zapatos de ante marrones. Me resulta familiar. Su aspecto es el de un oficinista, un personaje que

pasaría completamente desapercibido en cualquier otro sitio, pero que no acaba de encajar en el ambiente relajado del Gramercy Park. Siempre que venimos a Nueva York nos alojamos aquí.

Mona se ha quedado en la cama durmiendo —volvió a las tantas de su salida con Eva y Alina— y yo he bajado a desayunar al restaurante del hotel. Inicialmente teníamos el vuelo de regreso a San Francisco previsto para hoy sábado, pero cambiamos los billetes al martes porque Eva, cuando se enteró de que no habíamos visto nunca el West Indian Parade —un desfile que se celebra en Brooklyn en el Labor Day, que es el lunes que viene—, nos dijo que no podíamos perdernos ese carnaval caribeño con el que despiden el verano bailando por las calles de Crown Heights. Algo tendremos que hacer durante este fin de semana inesperado en la ciudad. Así que mientras desayuno busco en el periódico qué películas están en cartel. Cuando vuelvo a levantar la vista, el tipo del traje ya no está en su mesa.

5

Ibiza
Octubre de 1970

El teléfono sonó a las tres de la mañana despertando a toda la casa. Luna rompió a llorar con el primer timbrazo. La saqué de la cuna y Mona bajó corriendo las escaleras. Desde que nació la niña vivíamos con mi suegra.

—Dámela, Daniel.

Neus salió de su cuarto anudándose la bata. Le pasé a su nieta, que se calmó mágicamente en cuanto estuvo en los brazos expertos de la abuela.

—Será otra vez esa calamidad de hombre —dijo con desgana.

Nunca se refería a su marido por el nombre. En julio, Gerry el Irlandés había tenido un accidente de tráfico y llamaron del hospital en mitad de la noche. Le dijeron a Mona que su padre había tenido mucha suerte y solo se había fracturado la cadera. Había dado varias vueltas de campana y estuvo a punto de despeñarse por un barranco.

—Habrá vuelto a coger el coche como una cuba.

No oíamos lo que Mona hablaba por teléfono. La conversación fue breve. Cuando colgó se asomó por la escalera con gesto muy serio.

—Era Paloma, Daniel. Tenemos que ir.

Obviamente no quería dar más información delante de su madre.

Un coche de la Guardia Civil estaba aparcado en la entrada de Las Puertas del Edén. Mona y yo bajamos del Seiscientos y atravesamos el *porxo* lleno de gente tomando copas y divirtiéndose, ajenos a lo que nos había llevado allí. Ferrán nos salió al paso cuando estábamos al pie de la escalera.

—¿Qué ha pasado, amigo? He visto entrar a unos guardias con Paloma.

—Ahora no puedo, Ferrán.

Lo dejamos atrás y subí con Mona a la planta superior, ocupada por la oficina y el estudio de Paloma.

—Aquí no pueden estar.

Un guardia civil grande como un armario se interpuso en nuestro camino. Se había cambiado las gafas, pero lo reconocí inmediatamente. Era el que me había pedido que les sacara una foto a él y a sus compañeros en el ferri que me trajo por primera vez a la isla. Por supuesto, no había manera de que él relacionara a aquel joven engominado con el *pelut* que tenía delante.

—Son mis socios —dijo Paloma asomándose desde el interior de la oficina. Tenía los ojos llorosos.

El guardia civil se disculpó y se hizo a un lado. Otro número y un sargento estaban dentro esperándonos. Paloma se lanzó en los brazos de Mona.

—Buenas noches —dijo el sargento dirigiéndose a mí—. Tengo entendido que usted conocía bien al fallecido.

—Sí, sargento. Nos conocemos desde pequeños.

Era incapaz de emplear el pretérito.

—¿Sabe cómo localizar a su familia?

Asentí con la cabeza y tardé unos segundos en poder articular palabra.

—Sus padres viven en Barcelona. Tengo su dirección y su número de teléfono. ¿Puedo verlo?

—Claro. Tenga cuidado de no tocar nada. Hasta que llegue el juez debe estar todo como se lo encontró la señorita.

Le hizo un gesto al número, que me condujo hasta la puerta del baño.

Toni estaba sentado en la taza del váter, la cabeza hundida en el pecho y las piernas abiertas. La jeringuilla le colgaba del brazo izquierdo, que se había estrangulado con el cinturón. Me alegré de que no se le pudiera ver la cara. Le había oído afirmar muchas veces que el caballo le inspiraba respeto, pero la prudencia nunca se encontró entre sus virtudes.

Paloma nos contaría más tarde que Toni había estado esa noche dando la lata a todo el mundo con sus teorías sobre la desaparición de Laia. Ahora le había dado por decir que podía demostrar que mi hermana no se marchó con Chucho y Carly y que alguien la retenía en la India en contra de su voluntad. Lo mismo de siempre. A mí hacía tiempo que me había dejado por imposible porque nunca prestaba atención a sus disparatadas conjeturas, al contrario, le pedí en muchas ocasiones que parara de especular, de dar crédito a habladurías y rumores.

Al día siguiente, la Guardia Civil me entregó los efectos personales de Toni. En los bolsillos llevaba las llaves del Dos Caballos, el pastillero con el símbolo de la Fraternidad —vacío, por supuesto; el sargento se había incautado de todas las drogas—, un mechero, un librito de papel de liar y su billetera. Dentro encontré tres fotos. Las dos que les hizo Antonio a Laia y Toni junto al mamut de la Ciudadela y el retrato de Laia que le hizo Toni y que ella usó para

sus pasaportes falsos. También llevaba cuidadosamente doblada en cuatro una hoja de papel con un dibujo de Laia. Era la flor de loto azul que mi hermana me regaló y que yo creía haber perdido: «Todo está en el origen».

Fui yo quien llamó a Antonio desde el cuartel para comunicarle lo sucedido. El silencio al otro lado de la línea cuando le di la noticia se me hizo eterno. Sentí físicamente el dolor que estaba causando a ese hombre, el peso aplastante de la culpa —merecida o no, eso daba igual— sobre mis espaldas, la crueldad de lo que ya era inexorable, pero podría haberse evitado; la mala conciencia de haberlo provocado en primer lugar —Toni no habría venido a Ibiza si yo no hubiera huido de Barcelona—, de haberlo facilitado tras haberlo provocado —le regalé el Dos Caballos, las cámaras, los medios con los que se abrió paso aquí en la isla—, y de no haberlo impedido tras haberlo facilitado y provocado —Antonio me pidió expresamente que convenciera a su hijo de que volviera a casa y yo me limité a trasladarle la inquietud de sus padres sin presionarlo lo más mínimo—. Cuando por fin habló, Antonio me dio las gracias por la llamada con esa voz grave que moduló sin que la emoción asomara en sus palabras, tampoco ningún reproche. Le dije que lo sentía mucho, nada más. No me atreví a mencionar a Rosa, la madre de Toni, que no sabía si estaría presente durante la conversación. Esperaba que no, que la pobre mujer no se encontrara delante, porque el anuncio de una conferencia desde Ibiza le habría hecho pensar que su hijo los llamaba para dar señales de vida y ver cómo estaban, algo que yo ignoraba si Toni hacía alguna vez. «Dar señales de vida», qué odiosa me resultaba esa expresión de repente. Pasé el teléfono al sargento y salí al pasillo a encender un pitillo. Mona, que me había acompañado al cuartel, me dio fuego.

—Vámonos ya, Daniel —dijo.

—Tengo que esperar a que el sargento termine de hablar con el padre de Toni.

—No digo de aquí. Vámonos de la isla.

La miré y rompí a llorar como no lo hacía desde niño. Uno nunca llora solo de pena ni por los ausentes. Las lágrimas tienen muchos motivos y destinatarios. Lloraba por Toni, claro, pero sobre todo por sus padres, por la tristeza perpetua a la que la muerte de su hijo los condenaba. Lloraba también las lágrimas debidas —un saldo que llegaba con demasiado retraso— a mi padre y a mi madre, a quienes nunca perdoné que quisieran más a mi hermana que a mí —o eso pensaba yo—, y a los que por esa razón regateé muestras de verdadero cariño. Lloraba por Laia, que había despilfarrado tanto amor incondicional recibido por parte de todos los que la rodeaban, y que me negaba a mí, su *germanet* del alma, el consuelo de esas señales de vida cuya omisión resultaba tan insoportable. Pero sobre todo lloraba por mí, por seguir vivo lo primero —que es lo que la ausencia definitiva de los demás nos recuerda de forma inmisericorde— y por creer que no merecía sobrevivir a nadie, que no daba la talla, que recibía mucho más de lo que ofrecía —¿cuántos querrían tener la vida resuelta y lo aprovecharían mejor que yo?—, que mi felicidad —la suerte inmensa de tener a Mona a mi lado— era una recompensa injusta, que no me correspondía recibir. Por último, lloraba de agradecimiento porque todas las lágrimas previas significaban que tenía la posibilidad de enmendar mis errores, que tenía por delante un futuro —el de la vida de Luna, aún por estrenar— que Mona acababa de invocar y que nos esperaba lejos de esa isla. Tres meses más tarde, Mona, Luna y yo nos subimos a un avión con destino a San Francisco para empezar nuestra nueva vida.

6

Carmel Highlands, California
Septiembre de 2001

El sobre de manila estaba con el resto del correo acumulado durante la semana que hemos pasado en Nueva York. En el remite figura el nombre de una empresa de la que no he oído hablar nunca —Thoreau & Sons, Ltd— con domicilio en la planta 92 de la Torre Norte del World Trade Center de Manhattan. Mi nombre está escrito en el destinatario con un rotulador grueso de tinta negra. En la esquina inferior derecha han añadido una sigla con un rotulador más fino de tinta roja: BOG.

Dentro del sobre, una carta manuscrita y un montón de cuartillas arrancadas de un cuaderno. Son las páginas que faltaban del diario de Laia que encontré en casa de Blind John hace treinta y tres años. Pero la letra de la carta —escrita en inglés— no es la de mi hermana, es una caligrafía angulosa difícil de leer que recuerda al gráfico de un cardiograma. Son media docena de hojas de renglones apretados, sin apenas márgenes. La firma no tiene ningún tipo de rúbrica, solo las cinco letras del nombre escritas en mayúsculas: JERRY.

Querido Daniel:

Estos días en Nueva York he estado tentado de contarte esto muchas veces, acercarme a vuestra mesa mientras Mona y tú desayunabais en el hotel, o abordaros en Central Park cuando volvíais del apartamento de la holandesa y sincerarme con los dos en persona. Lamentablemente, eso es imposible. Lo peor de mi trabajo es no poder hablar nunca con nadie de lo que hago, tener que ocultarme y mentir todo el rato. Muchos de mis colegas en la Compañía me consta que lo disfrutan, a la gente en general le gusta engañar —a sus parejas, a sus padres, a Hacienda—, pero a mí me cuesta hacerlo, no es cinismo. «Más que amor, que dinero, que fama, dadme la verdad», dijo Thoreau. ¿Has leído Walden*? Mi autor y mi libro favoritos, mi compás moral, mi profeta.*

Yo he renunciado al amor, el dinero y la fama, pero mi misión requiere vivir en la mentira, es el precio que tengo que pagar para que la Verdad, así con mayúsculas, triunfe. Afortunadamente, mi final está muy cerca y ya no tendré que seguir haciéndolo, por eso te escribo esta carta. Cuando la recibas ya no habrá posible marcha atrás ni quedará nadie a quien esta revelación comprometa directamente. La única persona, aparte de mí, implicada en los hechos era Ferrán, pero murió en 1986 en Nicaragua cuando el bimotor en el que viajaba fue derribado por los sandinistas.

También te devuelvo las páginas que arranqué del diario de tu hermana Laia. Las he conservado en tu dosier todos estos años a la espera de este momento, para rendir cuentas e irme en paz. No es algo que pueda hacer con todas las personas a las que mentí e hice daño durante toda mi vida —me refiero a los que, como tú, eran inocentes y no merecían el castigo—, así que espero que esta confesión sirva de muestra de contrición en todos los demás casos. Uno de los motivos por los que te elijo a ti es porque tu trabajo es contar historias y, si lo consideras oportuno, podrás hacer pública la mía. Aunque Mona y tú os dedicáis a la ficción, vuestras películas siempre parten de casos reales. Y siempre sois rigurosos en el tratamiento de los hechos. Demasiado. De ahí que hayamos tenido que intervenir para impedir que llegaran a buen puerto alguno de vuestros proyectos, como por ejemplo la película sobre Zapruder. Pero hablaré de eso más tarde, antes debo contarte qué pasó con Laia.

Conocí a tu hermana en Barcelona, en una comuna en las afueras de la ciudad. Desde el primer momento me llamaron la atención su madurez, inteligencia y perspicacia, tan impropias de su edad. Estaba rodeada de gente que le sacaba varios años y ninguno de ellos se podía comparar con ella. Me impresionó tanto que pensé seriamente en reclutarla, a pesar de su juventud. Era una candidata perfecta: peleada con el mundo, dispuesta a romper

cualquier atadura e influenciable. No es fácil encontrar mujeres para este trabajo, principalmente porque suelen establecer relaciones personales —familiares, sentimentales, de amistad— más sólidas que las de los hombres, y por eso mismo son muy valiosas. El proceso de captación es largo y delicado, no podemos precipitarnos y exponer a las primeras de cambio nuestra verdadera identidad a un potencial agente local. El primer paso era aislarla de su entorno, ver cómo se comportaba lejos de los suyos. Le propuse que me acompañara a Ibiza y no se lo pensó. Un mes después estaba viviendo en casa de Blind John. Mi intención era que pasara en la isla solo unos días y volviera a Barcelona, como era menor de edad estaba seguro de que la policía la buscaría si no regresaba a casa pronto. Sin embargo, Laia decidió quedarse, me dijo que vuestro padre no denunciaría su desaparición, que el único que la echaría de menos serías tú. Fue idea suya mandarte una postal para que supieras que estaba bien. Dejé pasar los meses y comprobé que tenía razón, nadie vino a buscarla ni preguntó por ella. Tu hermana también mandaba postales a vuestra criada y hablaba con ella de vez en cuando por teléfono para tranquilizarla. Poco más tarde la introduje en la Fraternidad del Amor Eterno y empezó a traer hachís desde Turquía y Afganistán con Chucho y Carly.

Si todo hubiera seguido igual, habría puesto en marcha la siguiente fase del reclutamiento, pero Ferrán —que llevaba un par de años trabajando para mí— encontró el diario de Laia en la casa de Blind John mientras ella estaba fuera en uno de sus viajes con Chucho. Tu hermana era tan lista como imprudente. Había estado metiendo las narices donde no debía y había llegado a conclusiones que, para su desgracia, se acercaban peligrosamente a la verdad. A su vuelta de ese viaje, Chucho me informó de que habían conocido en Kabul a Judy, una chica americana de la que Laia se había enamorado y que apareció en casa de Blind John semanas después. Judy había vivido en San Francisco, donde oyó contar historias sobre la Fraternidad, rumores que decían que en realidad era una pantalla de la CIA y que alimentaron las sospechas de Laia. Tu hermana y su novia suponían un riesgo inasumible para toda mi operación, no solo en Ibiza, sino aquí en casa. Cuando leas las páginas que arranqué de su diario comprenderás que no tenía más remedio que hacer lo que hice.

Laia no llegó a salir nunca de la isla, Daniel. Su cuerpo descansa con el de Judy en el fondo del Mediterráneo, en algún lugar cerca de unas cuevas que hay al norte, en San Vicente. No había transcurrido ni una semana desde que Ferrán se ocupó de las dos cuando me enteré por Luis el Gordo del fallecimiento de tu padre. Al abogado lo tenía en nómina, pero le pagaba muy bien para que no

hiciera preguntas. No estaba al corriente de lo que yo hago, para él era un simple traficante de drogas. Su trabajo consistía en mantenerme informado de lo que pasaba en la isla, especialmente de todo lo relativo a determinadas personas, entre las que se encontraba tu hermana. Me dijo que ibas a ir tras los pasos de Laia y tuve que actuar deprisa. Envié a Chucho y Carly a Turquía y corrimos la voz de que tu hermana se había ido con ellos. A Judy no la iba a echar nadie en falta, se había escapado de casa de sus padres a mediados de los sesenta y desde entonces iba dando tumbos por el mundo. Te metí con Ferrán en el camarote del barco que te llevó a Ibiza desde Barcelona y el resto creo que te lo puedes imaginar. A Chucho y Carly los envié de vuelta a California, me vi obligado a eliminarlos. Como a tu amigo el de las fotos, Toni, que no paraba de indagar, hacer preguntas, aventurar hipótesis y buscarnos problemas. De nada sirvieron las postales que, siguiendo mis instrucciones, mandaba un agente desde Goa como si fuera Laia. En este negocio es imprescindible reducir al máximo las amenazas, expulsar del tablero a versos libres como Toni o a efectivos como Chucho y Carly que saben demasiado y están amortizados. No pretendo que apruebes mis acciones, pero sí que comprendas o al menos conozcas mis motivos. Tú y yo vivimos en mundos paralelos, sujetos a reglas diferentes. Pero, créeme, si yo y los que son como yo no hiciéramos nuestro trabajo, tu mundo habría desaparecido hace mucho tiempo.

Una vez se crea un dosier con un nombre, no se cierra nunca. Hacemos un seguimiento rutinario, monitorizamos comunicaciones, cuentas bancarias, y en algunas ocasiones establecemos vigilancias personales de mayor o menor intensidad y frecuencia dependiendo del nivel de compromiso para la seguridad que suponga el sujeto en cuestión. Cada vez que retomabas la búsqueda de tu hermana, como cuando pusiste tras su pista a ese detective casado con una prima de Mona, se activaba el protocolo y yo personalmente me ocupaba de asegurarme de que no hurgabais donde no debíais. No te niego que recibir esas alertas me provocaba cierta alegría porque me ofrecía la posibilidad de volver a saber de vosotros, como cuando un viejo amigo reaparece por sorpresa en tu vida. Siempre me caíste bien, en otras circunstancias me gustaría pensar que habríamos sido eso, amigos. De vez en cuando, aunque no saltara ninguna alarma, comprobaba cómo te iban las cosas, en qué andabas metido, solo para saber de ti. Así me enteré de que teníais entre manos el proyecto de la película sobre Abraham Zapruder. Leí el guion, que me gustó mucho a pesar de que el presidente Kennedy nunca fue santo de mi devoción y vosotros lo retratabais

como un mártir. Habría sido una película estupenda. Pero los analistas de la Compañía la etiquetaron como peligrosa. Les pregunté por qué y me explicaron que reflejaba de forma demasiado fiel la realidad. La estrategia de la agencia era patrocinar, impulsar y divulgar los enfoques conspiranoicos, cuanto más disparatados y fantasiosos mejor, porque, como me dijo el jefe de la Dirección de Análisis, la mejor manera de tapar la verdad es ponerle un disfraz distinto cada día.

Desde donde te escribo tengo Nueva York a mis pies, Mona y tú estáis ahí abajo haciendo turismo y en unos días volaréis de regreso a vuestra casa en Carmel. Mi última misión está a punto de terminar. Si culmina con éxito —así lo espero— me inmolaré en este mismo despacho, un sacrificio que asumo con sumo gusto de manera voluntaria porque contribuirá a cambiar el mundo para siempre. Mi eliminación es necesaria, como antes lo fueron la de Laia, la de Toni, la de todos los que amenazan el equilibrio. No te puedo dar más datos, pero lo entenderás cuando lo veas, cuando todo el planeta lo vea en directo por televisión. Quiero que sepas que tu dosier desaparecerá conmigo, ese es el pequeño regalo que os hago a Mona y a ti para intentar compensar de algún modo el dolor que os he infligido. Sé que no es gran cosa, pero nadie volverá a husmear en vuestras vidas cuando yo ya no esté.

Mi admirado Thoreau dijo que «lo que un hombre piensa de sí mismo es lo que determina su destino». Yo he consagrado mi vida a luchar contra los que quieren destruir nuestra civilización. A veces la única forma de combatir el fuego es con fuego. Así me gustaría que me recordaras, como el bombero que quema el monte para que no arda tu casa.

Cuidado con Dios, Daniel.

7

¿Laia está muerta?

¿Estaba ya muerta cuando murió mi padre?

¿Nunca se fue a la India?

Todas las veces que me he preguntado «¿Qué estará haciendo Laia ahora?» y la imaginaba meditando en un monasterio budista, paseando por una playa de Goa o escribiendo postales a Agustina, ¿en realidad no estaba en ninguna parte?

Mona me encontró sentado en mi estudio con la carta en la mano, inmóvil. Yo no oía lo que me decía. No oía nada, ni las olas rompiendo afuera contra las rocas. Veía todo borroso, desenfocado. Mona pensó que estaba a punto de tener otro episodio. Siguió las indicaciones que nos habían dado los médicos, intentó que me calmara y me concentrara en la respiración, me pidió que contara con ella hasta diez, pero yo seguía sin poder oírla. Como no reaccionaba, llamó por teléfono a Beverly, que le dijo que me diera el ansiolítico que había tomado en anteriores ocasiones. Luego leyó la carta y comprendió lo que pasaba.

«No puede ser» fue lo primero que la oí decir cuando empecé a recuperar los sentidos.

«No puede ser». Eso mismo me repito una y otra vez desde que vi el contenido del sobre de manila.

Lo primero que saqué fueron las páginas del diario de mi hermana.

«Por fin», pensé. «Por fin me escribe Laia».

Señales de vida.

Durante unos segundos el universo pareció ordenarse al ritmo de un vals, como en la película de Kubrick. Hasta que comencé a leer la carta. No logré pasar del primer párrafo.

¿Quién escribía aquello?

¿Quién nos había estado siguiendo a Mona y a mí en Nueva York?

La confusión aumentó cuando busqué la firma. ¿Jerry? Se me ocurrieron varias personas con ese nombre, gente con la que habíamos trabajado. Leí el segundo párrafo y la mención a Ferrán despejó la incógnita.

¿Jerry el Americano?

Mi primera reacción fue pensar que era algún tipo de broma macabra.

Entonces recordé al oficinista que me sonrió en el restaurante del hotel.

No podía ser.

¿Jerry el Americano nos había estado vigilando toda la semana? Seguí leyendo las palabras de una en una, luchando contra la afilada caligrafía, releyendo las frases para estar seguro de lo que decían, recorriendo los renglones como si fueran un sendero angosto en un risco, venciendo el vértigo que me producía descubrir que lo que no podía ser, lo inconcebible, contra todo pronóstico, era.

Laia estaba muerta.

Estaba ya muerta cuando murió mi padre. Nunca se fue a la India.

La había matado Ferrán por orden de Jerry.

Habían arrojado su cuerpo al mar días antes de que enterrara a mi padre, semanas antes de que yo llegara a Ibiza para buscarla. Las postales que se suponía que mi hermana mandaba desde la India eran falsificaciones.

No puede ser, pero la carta dice que eso es lo que pasó.

He intentado dormir. Mona me ha dado más pastillas y ha insistido en que me echara un rato en la cama. Mientras, ella iba a llamar por teléfono a Pluto.

Cierro los ojos lo que yo creo que es un minuto y al abrirlos los oigo a los dos hablar abajo en el salón. Han pasado más de dos horas, que es lo que ha tardado Pluto en llegar en coche desde San Francisco a nuestra casa. Me duele la cabeza. No quiero ver a nadie ahora. Bajo por la escalera sin hacer ruido y voy directamente a mi estudio. Mona se ha llevado el sobre, la carta y las páginas del diario. Se las estará enseñando a Pluto.

Saco de un cajón una carpeta en la que guardo las fotos de Laia y Toni con el mamut, el dibujo de la flor de loto azul y los retratos robot de Laia que confeccionaron hace cuatro años en el departamento de computación de Stanford. Había elegido la del pelo recogido, en la que más se parecía a nuestra madre. Ese es el rostro que imaginaba cada vez que pensaba en ella, el que esperaba ver el día de nuestro reencuentro: mi hermana de cincuenta años sonriéndome. Esa era la Laia de 2001 que yo le había descrito muchos años antes, desplazándose en coches voladores y cohetes ultrasónicos. Creía que esos retratos serían la recreación de un momento futuro, por venir, pero real. Resulta que son la foto imposible de un instante asimismo imposible.

Hace más de treinta años que abrigo una esperanza inútil.

No volveré a ver a Laia.

En las páginas arrancadas de su diario, mi hermana recoge las sospechas que fue acumulando sobre Jerry y la Fraternidad. Se hace

eco de lo que le habían contado a la tal Judy cuando vivía en Haight-Ashbury unos compañeros de piso, muy críticos con Tim Leary y su círculo, a los que culpaban de estar al servicio del *establishment*. Se despacha a gusto con Jerry: traidor, cerdo capitalista, hipócrita, fascista. Encontró una pistola en su cuarto de El Corsario una tarde que se coló buscando pruebas de que trabajaba para la CIA, acusación que hacía sin ambages en otra de las entradas del diario. Planeaba irse a vivir en verano con Judy a una comuna en las Catskill, en el estado de Nueva York. Era el amor de su vida, decía.

Mi hermana descubrió lo que yo ni siquiera imaginé. Con Jerry tuve una relación esporádica, pero Ferrán se supone que era mi amigo. Ribas también. El abogado llevó todos nuestros asuntos en España hasta que murió hace unos años de un infarto. La idea de que Ferrán —el simpático fumado de sonrisa infinita— matara a Laia sigue sin entrarme en la cabeza. Cuando nos conocimos —un encuentro que yo creía fortuito, pero que según parece fue orquestado por Jerry— ya la había matado.

¿Cómo lo hizo?

¿Le pegó un tiro?

¿Ferrán también fue el responsable de la sobredosis de Toni? Aquella noche estaba allí, fingiendo no saber por qué se había presentado la Guardia Civil en el local.

Rememoro el día de nuestro primer encuentro en el barco, su simpatía, su cara de sorpresa al día siguiente en El Mono Desnudo cuando le enseñé la foto de Laia y fingió no reconocerla al principio. Luego, en la casa de Las Salinas, me dijo: «Hazme caso, está en Turquía».

Vivo rodeado de actores, artistas capaces de hacerte creer que son otras personas, de repetir como si se les acabaran de ocurrir palabras que alguien les ha escrito en un papel.

Ninguno como Ferrán.

Mona ha hablado con Eva y con Edith por teléfono. Siguiendo el consejo de Pluto, no les ha mencionado la carta ni su contenido. Se ha limitado a indagar sobre Jerry de forma casual. A Edith le ha costado acordarse de él, lo había borrado casi completamente de su memoria. Hasta que Mona no ha señalado el parecido físico con Jerry Lewis y que ella le llamaba «el profesor chiflado» no estaba segura de quién le hablaba. Tampoco recuerda la conversación en casa de Elmyr en la que nos dijo que creía que era un espía. Poco a poco ha ido recomponiendo la imagen que tenía de él, la de un personaje siniestro, falso y manipulador. Eva sí le ubicaba perfectamente. Sabía que era el jefe de Ferrán, quien le proveía de drogas. Nada más. Ninguna de las dos volvió a saber de él.

Pluto lleva setenta y dos horas preguntando por Jerry a todos sus contactos en la comunidad de inteligencia. Ha recabado mucha información salpicada de rumores a partir de la descripción y los datos que le hemos proporcionado Mona y yo. Al parecer Jerry sería su nombre real, se apellida Smith y trabaja para la CIA desde el desastre de Bahía de Cochinos. De niño vivió en La Habana de Batista, en donde su padre trabajaba en un hotel. Se graduó en Psicología en la Universidad de Florida y entró en un programa de formación en Langley. Como hablaba español lo enviaron en calidad de intérprete al campamento en el que entrenaron los componentes de la Brigada de Asalto 2506 que desembarcó en abril de 1961 en playa Girón. Luego se habría infiltrado en el entorno del profesor Timothy Leary en Harvard y habría sido uno de los fundadores de la Fraternidad del Amor Eterno, tapadera de la Agencia, muy interesada en controlar los movimientos contraculturales de la Nueva

Izquierda. A mediados de la década de los sesenta, Jerry llegó a Ibiza y más tarde, durante finales de los setenta y primeros ochenta, ocupó el despacho 705 de la embajada americana en Madrid como jefe de antena de la estación de la CIA. Después se convirtió en un alto oficial de operaciones para el sur de Europa. Nadie ha sabido decirle a Pluto dónde se encuentra ahora mismo. La dirección del remite que aparece en el sobre es de una empresa de importación recientemente creada que aún no tiene actividad y que ni siquiera se ha instalado en las oficinas —las están reformando— de la planta 92 de una de las Torres Gemelas, razón por la que nadie contesta al teléfono.

Edith tenía razón, Jerry era un espía.

Toni, el pobre Toni, también tenía razón. Y lo mataron por ello.

¿Cómo voy a perdonarme por haber sido incapaz de ver lo que ellos vieron?

Renuncié a seguir buscando a Laia, preferí adoptar el papel del hermano mayor que mira con displicencia la rebeldía inconsciente de quien considera una niña mimada y caprichosa. No hay tanta diferencia entre mi actitud y la que tuvo don Alberto con ella, ambos nos desentendimos y pensamos que «perderla de vista» era lo mejor para todos. Eso me resultó mucho más cómodo que investigar a fondo lo que había pasado. Estaba muy ocupado sintiendo pena de mí mismo y disfrutando al mismo tiempo de la ausencia de obligaciones, descubriendo los placeres de una vida resuelta, haciendo el amor con diosas, asomándome sin demasiado interés ni verdadera curiosidad al paraíso artificial de las drogas, sin dejar de desconfiar de lo exótico, como uno de esos turistas que tanto desprecio.

Siento una furia que nunca he conocido antes, con la que no sé cómo lidiar. Me gustaría transformarla en violencia, desatarla, pero

me repugna incluso levantar el tono de voz. Ahora que sé que Laia no nos había abandonado sin dar explicaciones ni pistas de su paradero, me doy cuenta de que siempre me quiso, que nunca dejé de ser su *germanet* —el que ahuyentaba sus pesadillas contándole historias hasta que conciliaba el sueño—, que por muy lejos que se hubiera ido habría terminado por volver a casa. Pero la ira me paraliza los músculos y el cerebro, me acobarda, hace que me sienta ridículo, avergonzado de lo ingenuo que he demostrado ser.

La carta de Jerry es la obra de un loco. Pluto intenta descifrar las misteriosas alusiones que hace al inminente final de su misión, a su inmolación retransmitida en directo a todo el planeta, y busca mensajes ocultos en las citas de Thoreau, en las tres letras escritas con tinta roja en el sobre de manila —tantas veces repetidas en el diario de Laia— y que coinciden con la advertencia altisonante de su despedida: «Beware of God».

A mí me dan igual sus acertijos y delirios. No es con Dios con quien debemos tener cuidado, sino con él.

8

Hablo con Agustina por teléfono casi todas las semanas. Sigue viviendo en el pueblo, cuidando de su madre. El padre falleció hace unos años. Cuando vamos a pasar la Navidad a Ibiza, al ir o al volver siempre nos acercamos a visitarla. Ha visto crecer a Luna, que la considera una especie de abuela paterna. La llamo los domingos a primera hora de la mañana cuando allí es media tarde. Las dos últimas semanas he faltado a nuestra cita; no la llamé desde Nueva York porque con el cambio horario cuando quise acordarme era ya muy tarde, y anteayer no me encontraba en condiciones después de las revelaciones de la carta de Jerry. Mona y Luna están de acuerdo conmigo en que lo mejor es no contarle nada. Tampoco sabríamos cómo hacerlo. Ella hace mucho que se ha hecho a la idea de que Laia —la niña, su niña— vive tranquila en algún lugar de la India. Actúa como si mantuvieran el contacto, como si continuara recibiendo sus postales, y los demás fingimos normalidad. Así debe seguir siendo.

Poco después de las seis de la mañana ha sonado el teléfono. Era ella, Agustina, que preguntaba atropellada y muy nerviosa si estábamos aún en Nueva York, algo absurdo porque estaba llamando a la línea fija de casa. No consigo entender lo que me está tratando de decir. Mona se ha incorporado a mi lado en la cama y, mientras yo intentaba tranquilizar a Agustina, ella ha cogido su móvil y ha empezado a leer mensajes con un gesto cada vez más preocupado. Se ha levantado y ha bajado al salón. Una vez que ha

entendido que estamos todos bien y en casa, a miles de kilómetros de Nueva York, Agustina ha colgado el teléfono y me he ido detrás de Mona, que me llamaba a gritos.

La televisión estaba encendida. El plano fijo de las Torres Gemelas humeando parecía sacado de una película de catástrofes, pero era el informativo de la CNN. En la esquina superior izquierda un rótulo indicaba que la imagen era en vivo. El titular del faldón decía «Un avión se estrella contra una torre del World Trade Center». En realidad, el locutor anunciaba que se acababa de estrellar un segundo avión en la otra torre. Mona hablaba con nuestra hija Luna por el móvil sin poder apartar la mirada de la pantalla. Mi teléfono, que me había dejado arriba, en el dormitorio, no paraba de sonar.

Pluto supone —he hablado varias veces con él durante la mañana— que Jerry estaba en su despacho en obras de la planta 92 de la Torre Norte en el momento en que, aproximadamente a esa altura, impactó el primero de los aviones. A estas horas las dos torres han colapsado, otro avión se ha estrellado contra el Pentágono y uno más en un campo en Pensilvania. Se rumorea que hay más vuelos secuestrados que podrían estar dirigiéndose a la Casa Blanca, la sede de Naciones Unidas o el Congreso. Todo apunta a que estamos siendo atacados por terroristas islámicos.

Jerry dijo que lo entendería cuando lo viera, pero yo no entiendo nada.

¿Contra qué Dios nos advertía entonces y por qué tendría él que inmolarse?

A lo largo de los próximos días y semanas vemos infinidad de vídeos grabados por miles de *zapruders* anónimos que cubren la tragedia desde todos los ángulos posibles. Los informativos

reproducen las imágenes en bucle. Muchas son de una escalofriante belleza.

No sé si será un efecto secundario de los ansiolíticos que estoy tomando en dosis altas estos días en los que no me despego del televisor, pero mi mente desconecta a veces de la realidad y mezcla recuerdos y secuencias de películas con lo que estoy viendo, como si estuviera «haciendo memoria» de manera autónoma. O quizá todo lo contrario, «deshaciéndola» en un proceso parecido al de la desconexión de HAL, el superordenador de *2001*.

Tal vez yo también estoy agonizando y lo que veo pasar por delante de mis ojos sea la película de mi vida.

En mi cabeza, King Kong pelea con los helicópteros encaramado en el monolito contra el que se estrella un avión a más de novecientos kilómetros por hora. Los «saltadores» que se precipitan al vacío desde las ventanas rotas replican la silueta de Kyle Swanson cayendo del DC-8 de Trans Australia Airlines y, no muy lejos de allí, la Estatua de la Libertad contempla la escena. Un comentarista dice que es posible que sea otro de los objetivos de los aviones suicidas.

Quizá estemos asistiendo al comienzo de la guerra que el astronauta Taylor maldice de rodillas en la playa de la Zona Prohibida.

Salvo que ese no era el final.

Todo está en el origen.

Taylor, Bowman, Kong, Kyle, Jerry, Ferrán, Laia...

Todos dando vueltas en un tiovivo.

Tengo que darle la razón al notario Puigvert. Claro que importa cómo acaban las historias.

Esta terminó antes de empezar, pero yo no lo sabía.

Al álbum de mi vida le sobraba una fotografía que nunca nadie hizo, pero que, paradójicamente, yo no podré borrar de mi memoria:

el retrato robot de Laia. Jerry y Ferrán me robaron también eso, la capacidad de olvidar lo que no sucederá.

Laia con poncho y sandalias, el pelo recogido en una trenza y la mochila al hombro, despidiéndose con la mano.

Esa es la última imagen de este álbum.

9

—Siento que no voy a salir nunca de este agujero.

Beverly anota y se queda mirándome en silencio.

—Nada tiene sentido —añado.

Yo también me callo. He consumido quince minutos de sesión y esas dos frases son las únicas que he conseguido articular. El resto han sido balbuceos, hiperventilación y lágrimas. No puedo soportar tanta autocompasión.

—Escríbelo. Lo que acabas de decir.

Escribo las dos frases y a la desesperación se suma la vergüenza de constatar la vulgaridad de mis palabras. Pero no se me ocurre otra manera de expresar lo que siento en este momento.

—Cuando dices nunca, ¿a cuánto tiempo te refieres?

—No lo sé. Cada vez estoy peor.

—¿Crees que dentro de veinte años seguirás igual?

Veinte años.

—Si no estoy muerto...

Yo hago un esfuerzo por sonreír, pero ella no.

—Diez años. Si no estás muerto, ¿crees que dentro de diez años no habrás conseguido «salir del agujero»?

—Supongo que sí —respondo con más voluntad que confianza.

—¿Y dentro de cinco? ¿Cómo te imaginas dentro de cinco años?

Pienso en dónde estaba hace cinco años. Mona y yo pasamos la mayor parte de 1996 en México, terminando el guion de *Cuatro manos* y localizando exteriores para la película. Luna vino a vernos

en vacaciones y recorrimos con ella el país. Fue un período muy feliz de nuestras vidas.

—Mejor —reconozco—. Dentro de cinco años espero estar mejor.

Asiente y anota.

—¿Qué es lo que no tiene sentido? Has dicho «nada». ¿Puedes ser más concreto?

—Mira cómo está el mundo. La guerra. Han pasado dos meses y no sabemos qué ocurrió en realidad en los atentados de Nueva York.

A Beverly se lo he contado todo. Le di a leer la carta de Jerry. Dijo que era el caso más evidente de complejo de Mesías con el que se había cruzado en su carrera.

—Siempre ha habido guerras, atentados... ¿Qué quieres decir exactamente con que «nada tiene sentido»?

—Que es incomprensible.

Me mira sin anotar nada en el cuaderno.

—Todo lo que pasa —aclaro.

—¿No hay nada en tu vida, no en el mundo, que tenga sentido?

—Imagino —digo encogiéndome de hombros.

Vuelve a anotar y subraya algo de lo que había escrito más arriba.

—¿Qué tal con tu nieta?

El cambio de tercio me pilla por sorpresa.

—Es lo único que me alegra el día.

Beverly asiente y ahora sí que esboza una sonrisa.

—En la última sesión me dijiste que no sabías qué pensar de la decisión de tu hija de llamarla igual que a tu hermana.

Al principio me resultó muy extraño. Cuando me lo dijo, Luna creyó que me iba a poner muy contento y al ver mi gesto se dio cuenta de que mi reacción no era la que esperaba.

—Aún no me he hecho del todo a la idea de que Laia esté muerta, que lleve muerta tantos años, y que su sobrina heredase su nombre

me parecía... inapropiado. Como si le robásemos a Laia algo que era solo suyo. No sé bien cómo explicarlo.

—Ponerle a un hijo el nombre de un familiar es una forma de homenaje.

—Lo sé. Y ahora lo entiendo y me hace mucha ilusión. Es un detalle muy bonito.

Beverly deja el bolígrafo y el cuaderno en la mesita que tiene a su derecha.

—¿Recuerdas lo que hablamos de las ideas irracionales? No estás en ningún agujero, Daniel. «Nunca», «nada», «todo»..., son palabras que suelen acompañar a percepciones catastrofistas de la realidad. Y el verbo «sentir» también conduce a la confusión. Que no vayas a salir de ese supuesto agujero es un pensamiento, no un sentimiento. Los pensamientos pueden ser erróneos, equivocados, mientras que lo que sentimos está fuera de nuestro control. Reformula lo que has escrito, por favor.

Leo mentalmente las dos frases y las traduzco en voz alta.

—Pienso que estoy tardando más de lo que me gustaría en salir de esta situación. Hay muchas cosas que no comprendo.

La terapeuta asiente en silencio. La angustia remite en la misma medida en que asoma el pudor. Este ejercicio que hacemos en casi todas las sesiones tiene esa virtud y esa contrapartida, la de procurarme un alivio instantáneo y la de hacerme parecer un idiota. Por más que intento usar por mi cuenta esta sencilla herramienta de racionalización, hasta que no me siento delante de Beverly y le cuento lo que me pasa no acierto a ordenar mi cabeza. Cada vez que salgo de su consulta renuevo el firme propósito de no dejarme arrastrar por el negativismo, pero la ansiedad no tarda en volver a nublarme el entendimiento.

—¿Has seguido escribiendo?

—No puedo concentrarme.

Beverly levanta las cejas.

—Me cuesta concentrarme —corrijo.

Coge de la mesa la copia impresa del relato que he escrito de mi vida. Ella lo llama «el álbum». Lo tiene lleno de marcadores y subrayados.

—¿Qué te dijo la madre de aquel chico que cayó del avión cuando le enseñasteis la película?

—¿La señora Swanson?

Localiza el pasaje que estaba buscando. Lo lee en voz alta.

—«La madre de Kyle nos llamó para darnos las gracias. Desde que murió su hijo las pesadillas no le dejaban dormir. Después de ver *La caída* desaparecieron. Dijo que ver la historia de su hijo convertida en una película de ficción, con actores, había obrado el milagro. Esa fue la expresión que empleó la señora Swanson».

Beverly cierra el álbum y lo deposita en su regazo.

—¿Propones que hagamos una película con mi vida?

—Piénsalo. Tú mismo lo dices aquí. La historia de la foto de Eva es uno de esos argumentos que os persiguen a Mona y a ti.

—¿Y darle gusto a Jerry? En su carta sugiere que lo hagamos público todo.

—Es verdad. Dice que ese es vuestro trabajo, contar historias.

Y en eso tiene razón.

Edén
Nacho Faerna

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Imagen de la cubierta: Detalle de St. John (1962), Abdul Mit Klarwein, Óleo sobre lienzo. Crédito: © Mati Klarwein, VEGAP, Barcelona, 2026. Archivo procedente de la Familia Klarwein

© Nacho Faerna, 2026
Autor representado por Carmen Balcells S. A., Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S.A., 2026
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2026

ISBN: 978-84-670-8263-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
Cita
Primera parte. Revolución
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12

Segunda parte. Perdidos en el espacio
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10

Tercera parte. La Zona Prohibida
- 1
- 2
- 3
- 4

5
6
7
8
9
Créditos